

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

Bajo la direccion de los mismos editores.

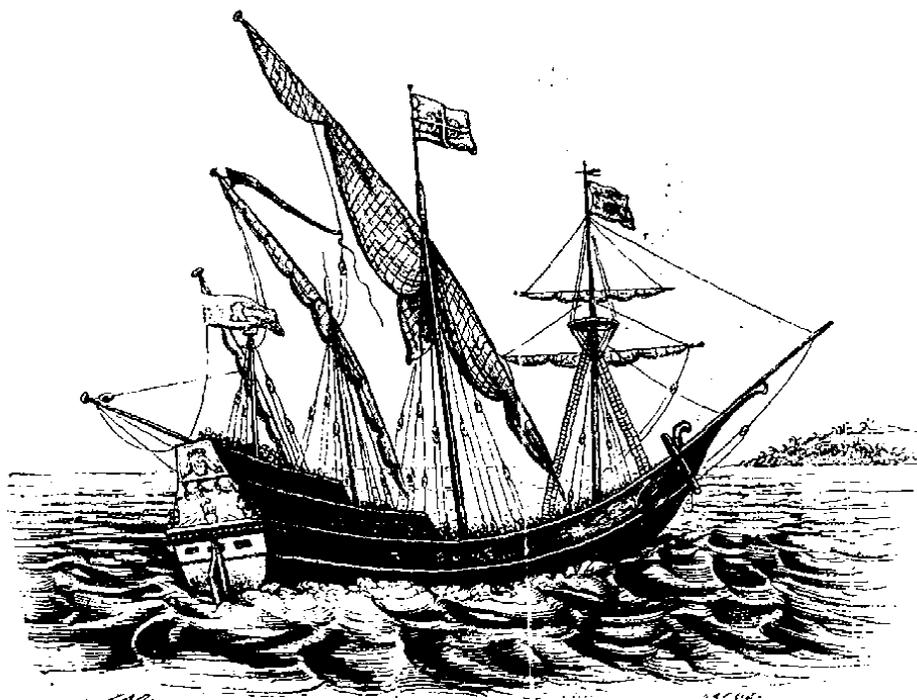
VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

DE LOS

COMPAÑEROS DE COLON,

POR

WASHINGTON IRVING.



MADRID.

IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

calle del Principe núm. 4.

1864.

En mi opinion , cuanto ha sido descubierto hasta ahora en los famosos viajes de Hércules, Saturno y otros varios á quienes la antigüedad honró como á dioses, por sus heróicos hechos, queda oscurecido y reducido á la nulidad, comparado con los grandes trabajos y victorias de los españoles.

V. Martyr, decad, III. c. 4.



VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

DE LOS

COMPAÑEROS DE COLON

POR

WASHINGTON IRVING.

PROLOGO

En la historia de Colon, hizo ya el autor relacion del primer descubrimiento verificado en el Hemisferio Occidental. Se propone ahora referir las empresas de varios de los compañeros y discipulos del Almirante, que inflamados por su celo e instruidos por su ejemplo, sobresalieron separadamente en el vasto campo de las aventuras, cuyo camino les habia enseñado. Muchos de ellos no llevaron mas idea que la de costear el continente visitado en parte por Colon, recoger los primeros productos de la pesca de las perlas de Pória y Cubaga, ó explorar la costa de Veragua que Colon decia ser el Aurea Chersonesus de los antiguos. Otros se propusieron llevar á cabo un gran descubrimiento que tenia ya calculado el Almirante, hácia el fin de sus dias, pues habia oido hablar repetidas veces en sus expediciones á Costa Firme de la existencia de un vasto mar hácia el Sur, y suponía que era el grande Océano Indico, region oriental de las islas de las Especies, y que debia comunicar por un estrecho con el mar de los Caribes.

Colon emprendió su último y desgraciadísimo viaje, con objeto deliberado de descubrir aquel

es recho imaginario y pasar por él al mar del Sur; pero el ilustre navegante debia morir, por decirlo así, en los umbrales de sus descubrimientos. Estaba reservado á uno de sus compañeros, Vasco Nuñez de Balboa, descubrir por primera vez la existencia del prometido Océano, desde las altas montañas de Darien, pocos años despues de haberse cerrado para siempre los ojos del venerable Almirante.

Por tanto las expediciones que aquí se refieren, pueden considerarse como consecuencia inmediata de los viajes de Colon y complemento de alguno de sus vastos designios. Pueden compararse estas tentativas con los esfuerzos de los antiguos paladines para dar cima á la empresa que algun ilustre predecesor habia dejado inacabada: comparacion tanto mas exacta cuanto que es un hecho tan curioso como digno de especial mencion, que al espíritu caballeresco de los españoles, entró por mucho en sus primeras expediciones, revistiendo á estas de un carácter enteramente opuesto al que han tenido otras empresas del mismo género efectuadas por gentes de distintos paises. Tal vez debe buscarse la causa de esta particularidad en la historia doméstica de España durante la edad media.

Ocho siglos de guerras continuas con los moros, usurpadores de la península, dejaron una profunda huella en el carácter y costumbres de los españoles. Los combates fueron una ocupación ordinaria que se mezcló en sus asuntos domésticos y en sus hábitos individuales. El español nacía soldado. La especie de guerra cruel y rapaz que se hacia, imprimía en ellos una especie de caballerismo salvaje, debidos al pillaje y merodeo que creian de derecho. Su caballo y su lanza estaban siempre dispuestos á la pelea; era su mayor delicia emprender escursiones arriesgadas y extravagantes aventuras, y nada les agradaba tanto como volver á sus casas cargados de despojos y con cautivos procedentes de las infelices provincias asoladas por sus armas. Como la religion ha ejercido siempre gran predominio sobre el entendimiento de los españoles, animábalos santificando su propension al robo y al pillaje hasta el extremo de que un caballero castellano que devastaba los campos de un vecino musulman, cria piadosamente que todo esto era en honra y gloria de Dios.

La conquista de Granada dió fin á la guerra entre cristianos y moros, el espíritu caballeresco de los españoles se vió repentinamente privado de su centro de acción, pero habia sido excitado por largo tiempo, y no podia reposar de improviso. La juventud, educada en medio de los disturbios, ansiaba distinguirse por medio de extraordinarias aventuras, huyendo del reposo que una vida pasiva y regular trae consigo, deseaba un ancho campo que abriese un porvenir á sus romancescas imaginaciones. Tales fueron las felices coyunturas en que el gran proyecto del Almirante se llevó á ejecución. Su tratado con los Reyes Católicos debió firmarse con la propia pluma que firmó la capitulación de Granada, y su primera expedición puede decirse que salió de los mismos muros de la ciudad rendida. Una porción de caballeros jóvenes que habian blandido sus espadas en aquella famosa guerra, se apresuraron á embarcarse creyendo que iba á abrirseles una nueva carrera de gloria, una especie de cruzada en regiones desconocidas donde reinaba la idolatría. Las lanzas y armaduras que se habian usado contra los moros, salieron de los arsenales para equipar á los héroes del descubrimiento y algunos de los mas célebres capitanes de los ejércitos que marchaban contra el Nuevo Mundo, habian ejecutado sus primeras hazañas bajo las banderas de Fernando é Isabel, durante las románticas y helicóas correrías de estos al través de los hermosos montes de Andalucía.

De ahí provino, en gran parte, el espíritu á la vez belicoso y caballeresco, mezclado con la áspera franqueza del marino, y la sordida ambición del mercenario aventurero, que caracterizó las primeras expediciones de los españoles. Embarcaronse estos en las galeras expedicionarias, arrastrados por sus deseos de aventuras, abandonaron la tierra y se lanzaron á los mares; acompañádoles á los ásperos desiertos del Nuevo Mundo, el mismo desprecio del peligro, la propia fortaleza en los sufrimientos, igual in-

quietud de espíritu, idéntica pasión por el pillaje, y las gloriosas hazañas, y un celo ferviente y con frecuencia supersticioso por la propagación de la fe, no inferior al que habian mostrado durante la prolongada guerra de los moros. Repetidas pruebas de ello se ven en la extravagante excursión del intrépido Ojeda, particularmente en sus aventuras en Costa Firme, y por las desiertas playas de Cuba; en la triste historia del infortunado Nicuesa, á pesar de estar adornada con algunos toques de la mas selecta educación y cortesania, en el singular cruzero del viejo y valiente aunque crédulo caballero Juan Ponce de León, que sucumbió en las encantadoras costas de la Florida, buscando la imaginaria fuente de la juventud; y sobre todo en la mala fortuna que tuvo al fin Vasco Nuñez de Balboa, cuyo descubrimiento del Océano Pacifico forma uno de los mas bellos y admirables episodios de la historia del Nuevo Mundo, y cuyos hechos suministran abundante materia para formar un poema ó un drama maravillosos.

Las extraordinarias acciones y aventuras de este hombre, al paso que rivalizan con las que nos refieren los romances de la caballería, tienen además el interés de la verdad; y nos llenan de admiración, el atrevimiento y las heroicas cualidades, inherentes al carácter castellano, que condujeron la España á tan alto grado de poder y de gloria, cualidades que todavía distinguen en la gran masa de un pueblo los que tienen ocasión de juzgarlo imparcialmente.

Antes de concluir esta reseña preliminar, cumple al autor manifestar lo que debe al tercer tomo de la inestimable colección histórica de don Martín Fernández de Navarrete, en la cual este autor da pruebas de su laboriosidad, aptitud y criterio. También se ha aprovechado mucho del segundo tomo de la *Historia general de Oviedo*, que no existe sino manuscrita, y cuya copia encontró en la librería Columbiana de la catedral de Sevilla.

Igualmente le han servido los documentos del pleito entre don Diego Colón y la corona que existen, en los archivos de Indias, y que hubo ocasión de examinar, gracias al permiso que para ello le otorgó el gobierno, las benévolas atenciones del inteligente archivero don José de la Higuera y Lara. Estos trabajos históricos y los de Herrera, las Casas, Gomara y Pedro Martir, han sido las autoridades que ha consultado para la relación de los hechos consignados en este escrito, cuya lectura no le ha parecido bien interrumpir con continuas llamadas.

Mientras se estaba imprimiendo esta obra, recibió un volumen de biografías españolas, escrito con la mayor elegancia y precisión por don Manuel José Quintana, que contiene la vida de Vasco Nuñez de Balboa, y notó con la mayor complacencia que todos los hechos relatados por este humilde escritor se hallaban generalmente de acuerdo con los que él habia atribuido al navegante. Tuvo, sin embargo, que corregir algunas fechas y hacer otras pequeñas alteraciones, tomadas del volumen del señor Quintana, cuya posición en España le daba medios de ser mas exacto en estas materias.

ALONSO DE OJEDA,

SU PRIMER VIAJE,

ACOMPAÑADO DE

AMÉRICO VESPUCCIO.

CAPITULO PRIMERO.

Noticia acerca de Ojeda.—Juan de la Cosa.—Américo Vespuccio.—Preparativos de viaje.

Los que hayan leído la Historia de Colon, sin duda recordarán el carácter y las proezas de Alonso de Ojeda; pero como es probable que algunos de nuestros lectores no tengan conocimiento de aquella obra, y como nos proponemos trazar el cuadro de los hechos posteriores de este joven aventurero, no nos parece superfluo hacer aquí en breves líneas su bosquejo.

Alonso de Ojeda era natural de Cuenca, en Castilla la Nueva, é hijo de una familia respetable. Recibió una regular educación, y entró en calidad de paje al servicio de D. Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, uno de los nobles mas poderosos de España, y el mismo que por largo tiempo protegió á Colon durante su permanencia en la corte (1).

En aquellos tiempos de guerra y tribulación, en que la península se hallaba perturbada á la vez por las continuas desavenencias de los reyes cristianos, las contiendas entre los nobles y la corona, y por la guerra incasante y devastadora con los moros, el castillo de un noble español era una escuela perfecta de armas, adonde todos los jóvenes de las cercanías acudían para instruirse en toda especie de duros y penosos ejercicios, y para ser conducidos al combate bajo una ilustre bandera.

En este caso se hallaba especialmente el servicio del duque de Medinaceli, que poseedor de vastos dominios, rodeado de una pequeña corte y capitaneando en persona numerosas huestes de vasallos, se presentaba con tanta pompa y magnificencia, que mas bien podía juzgarse aliado que súbdito de los reyes.

En las mas árdas empresas era el primero que se arrojaba al peligro, y mas de una vez se le vió dar muestras de un valor heróico durante la memorable guerra de Granada.

Alonso de Ojeda estaba precisamente formado para distinguirse en su escuela. Era pequeño de cuerpo, pero bien formado, y de una fuerza y actividad maravillosas; de espíritu elevado, mirada altiva que compensaba su falta de estatura; airoso y diestro ginete, buen soldado de infantería, hábil en el manejo de todas las armas, y célebre por su extraordinaria habilidad y destreza en todo género de ejercicios de fuerza y agilidad.

Debía ser aun sumamente joven, cuando siguió en calidad de paje al duque de Medinaceli á pelear contra los infieles; pues apenas contaba veinte y un años cuando acompañó á Colon en su segundo viaje, y no obstante, ya se habia distinguido por su carácter emprendedor y su valor temerario. Las proezas que ejecutó durante aquella expedición, contribuyeron á aumentar su fama. Volvió á España con Colon, pero

no le acompañó en su tercer viaje, que se verificó en la primavera de 1498. Se supone que no podia sufrir la subordinación, y ambicionaba un mando independiente que esperaba obtener con la influencia de sus relaciones.

Tenia un primo hermano de su mismo nombre, el reverendo padre Alonso de Ojeda, fraile dominico, que era uno de los primeros inquisidores y gran favorito de los Reyes Católicos (2) y además íntimo amigo del obispo don Juan Rodríguez Fonseca: este manejaba en aquel tiempo todos los negocios concernientes á las Indias, nombre que comprendia todas las tierras descubiertas en el Nuevo Mundo. Por los buenos oficios del primo inquisidor, fue Ojeda presentado al obispo, el cual le tomó bajo su especial patrocinio. Ya se ha hecho mérito en la Historia de Colon del regalo con que este obispo obsequió á Ojeda, consistente en una pequeña imagen de la Virgen Santísima, de la escuela flamenca. El joven aventurero llevaba la efígie consigo, como un talismán salvador, invocándole en cualquier peligro que se hallase, ya fuese por mar ó por tierra; y á su especial protección, atribuía la notable circunstancia de no haber sido herido en ninguna de las innumerables escaramuzas y batallas á que le arrastraban la impetuosidad de su carácter y la irascibilidad de su temperamento.

Mientras Ojeda estaba ocioso en la corte, se recibieron cartas de Colon, noticiando los sucesos ocurridos en su tercer viaje, particularmente su descubrimiento de las costas de Parí, de las cuales decia que eran muy abundantes en drogas y especería, plata, oro y piedras preciosas, sobre todo en perlas orientales, y que formaban los límites de aquella vasta y desconocida region del Este, donde, segun algunos sabios teóricos, se hallaba situado el paraíso terrenal. Acompañaban su epistola muestras de varias clases de perlas obtenidas de los naturales y algunos mapas descriptivos de su derrotero. Estas noticias causaron profunda sensacion en los aventureros marinos españoles; pero ninguno se conmovió tanto como Alonso de Ojeda, quien por su intimidad con el obispo, podia enterarse plenamente de la correspondencia y mapas de Colon. Sin tardanza concibió el proyecto de hacer un viaje por el camino que habia marcado el Almirante, y apoderarse antes que ninguno de los frutos abandonados de aquel descubrimiento. Fonseca acogió la idea de Alonso, como implacable enemigo que era de Colon, aceptándola con igual placer que todos los que se dirigian á herir su amor propio ó mortificarle.

Autorizó á Ojeda para tripular un buque y proceder inmediatamente á un viaje de descubierta, con la única prohibición de no anclar en ningún país perteneciente á Portugal, ni en ninguna de las tierras descubiertas por los españoles antes del año 1495. Esta última cláusula parece haber sido introducida

(1) Varones ilustres, por Pizarro y Orellana, pág. 41. Las-Casas, Hist. Ind., lib. 1, cap. 82.

(2) Pizarro, Varones ilustres.

sagazmente por el arzobispo, á fin de dejar las costas de Pária y la pesca de las perlas á disposicion de Ojeda, pues habian sido recientemente descubiertas por Colon en el año 1498.

La comision estaba firmada solo por Fonseca, en virtud de los poderes generales de que se hablaba investido; pero la firma de los soberanos no autoriz6 este documento: y aun es dudoso que se pidiera su sancion en aquel caso. El obispo sabia que Colon habia reclamado últimamente contra una orden dada por los reyes en el año 1495, permitiendo que se hiciesen viajes de descubrimiento por aventureros particulares, en consecuencia de lo cual se habia revocado aquella, como perjudicial á los privilegios estipulados con el Almirante (1). Por esta razon es probable que Fonseca evitase una cuestion que hubiera podido frustrarlo todo, seguro de que al fin no le parecería mal á Fernando ver extendidos sus dominios en el Nuevo Mundo, aunque se debiese á los descubrimientos de simples aventureros, viajando estos á expensas propias. Habíase estipulado en estas y otras licencias dadas posteriormente, que el cuatro ó el cinco por ciento quedaria á beneficio de la corona.

Obtenido ya por Ojeda el permiso de emprender su viaje, faltaba solo buscar los medios. El no era mas que un jóven aventurero, un soldado de fortuna, destituido de bienes; pero tenia una alta reputacion de arrojado y emprendedor. Creyóse, pues, que pronto se abriría una carrera en las ricas regiones nuevamente descubiertas; y que todas las riquezas de la India se pondrian á su disposicion; de forma que no halló dificultad en asociarse á los mas ricos comerciantes de Sevilla, quienes en aquella época apasionada por los descubrimientos, no temian exponer sus caudales en manos de osados navegantes.

Con tal apoyo, pronto equipó una escuadrilla de cuatro bajeles en el Puerto de Santa María. Entre los marineros que se alistaron, habia muchos de los que acompañaron á Colon en su viaje y que acababan de llegar de las mismas costas de Pária. El principal socio de Ojeda, y en quien tenia gran confianza, era Juan de la Cosa, su primer piloto; atrevido vizcaino, que debia ser considerado como discípulo de Colon, con quien habia navegado en su segundo viaje, cuando costeó á Cuba y la Jamáica, y que despues acompañó á Rodrigo de Bastides en una expedicion que hizo á Costa-Firme. Este intrépido veterano era considerado por sus compañeros como el oriculo de los mares, como uno de los mas inteligentes marinos de aquel tiempo; no es, pues, de extrañar que en su inocente vanidad se creyese un segundo Colon (2).

Otro distinguido socio de Ojeda en aquel viaje fue Américo Vespucio, comerciante florentino, que inducido por su propension á andar errante y por su quebrantada fortuna, iba á probar los mares del Nuevo Mundo. Ignórase si tenia algun interés pecuniario en la expedicion, y en clase de qué se embarcó, pues nada ha llegado hasta nosotros sobre el particular.

Su importancia provino de circunstancias subsiguientes: escribió y publicó una narracion de sus viajes, y debió á una eventualidad el inmortalizar su nombre, imponiéndolo al hemisferio descubierto por Colon.

CAPITULO II.

Salida de España.—Llegada á las costas de Pária.—Costumbres de aquellas naciones.

OJEDA se dió á la vela desde el Puerto de Santa María el 20 de mayo de 1499. Llegó de arribada á las Canarias, donde tomó refrescos y volvió á hacerse á la mar, saliendo de la Gomera y siguiendo el mismo

derrotero de Colon en su tercer viaje: sirviéronle al efecto los mapas que remitió y los marineros que le habian acompañado. Al cabo de veinte y cuatro dias avistó el continente del Nuevo Mundo, doscientas leguas mas al Sur que la parte descubierta por Colon, siendo como se supone, las costas de Surinán (3).

Desde allí corrió á lo largo de las del golfo de Pária, pasando por las embocaduras de muchos rios, particularmente por las del Esquivo y el Orinoco. Este último llenó de admiracion á los españoles, no acostumbrados á ver los poderosos rios del Nuevo Mundo, arrastrando tal prodigiosa cantidad de agua, que es bastante á dulcificar las del mar por largo trecho. No se ofreció á su vista ninguno de los naturales hasta que llegaron á la isla de la Trinidad, donde encontraron vestigios del reciente paso de Colon.

En sus cartas hace Vespucio una larga descripcion de los habitantes de aquella isla y de las costas de Pária. Eran de raza caribe, altos, bien formados y vigorosos, diestros en el manejo de la flecha, lanza y escudo. Su descripcion es muy parecida á la de las demás aborígenes del Nuevo Mundo, con variaciones pequeñas, pero dignas de notarse.

Cuenta que carecian de toda creencia religiosa, y por consiguiente de cualquier especie de culto, sacrificios ú oraciones; pero por su manera voluptuosa de vivir, pudiera considerárselos como discípulos de Epicuro. (4) Sus habitaciones estaban construidas de troncos de árboles, en forma de campana, y cubiertas con hojas de palmera, capaces de resistir al viento y á la lluvia.

Parecian de pertenencia comun, pues algunas eran de tal tamaño, que cabian en ellas seiscientas personas: en un sitio habia ocho grandes casas, capaces de contener diez mil habitantes. Cada siete ú ocho años tenian que cambiar de residencia, á causa de las enfermedades producidas por la falta de ventilacion y acumulacion de individuos.

Toda su riqueza consistia en cuentas y adornos hechos de huesos de pescado; en piedrecitas blancas y verdes ensartadas como rosarios, con las cuales adornaban sus personas y en las magnificas plumas de varios colores que distinguen á los pájaros tropicales.

Los españoles se reian de la simplicidad de aquellas buenas gentes, que atribuian tanto valor á fruslerias de suyo insignificantes; y ellos, por su parte, se admiraban tambien probablemente de que los extranjeros mostrasen tal codicia por recoger el oro, las perlas y piedras preciosas, que en su concepto eran cosas inútiles.

Su modo de tratar á los muertos, se asemejaba al observado entre los naturales de algunas otras islas. Despues de depositar el cuerpo en un sepulcro ó caverna, le ponian un jarro de agua y algunos comestibles á la cabecera, y lo abandonaban sin ninguna especie de sentimiento ni pesar. En varias partes de la costa, cuando se consideraba que una persona estaba próxima á su fin, algunos de sus parientes mas próximos la llevaban á los bosques, y la dejaban en una hamaca suspendida de los árboles. En seguida se ponian á bailar á su alrededor hasta la tarde, y dejándole suficientes víveres y agua para alimentarse cuatro dias, se volvan á sus casas. Si se restablecia y tornaba á la poblacion, la recibian con grandes ceremonias de júbilo; pero si moria por efecto de su enfermedad ó por hambre, nadie se acordaba mas de ella.

El sistema que tenian de curar la calentura, estabien digno de atencion. Cuando el paciente estaba en el mayor acceso, le sumergian en un baño de agua muy fria, despues de lo cual le obligaban á hacer muchas evoluciones alrededor de un gran fuego, hasta que

(1) Navarrete, tom. I, Dec. CXIII.

(2) Navarrete, Colec. de Viajes, tom. III, pág. 4.

(3) Navarrete, tom. III, pág. 5.

(4) Viajes de Vespucio, Navarrete, tom. III, pág. 211.

llegaba á un grado excesivo de calor, y entonces le metían en la cama para que durmiese: dice Américo Vespucio, que vió varias curas practicadas por este método.

CAPITULO III.

Navegacion por Costa-Firme. — Expedicion militar de Ojeda.

Después de haber tocado en algunos puntos de la Trinidad y del golfo de Paria, pasó Ojeda por el estrecho de la boca del Dragon, que para Colon habia sido tan formidable, y dirigió su rumbo á lo largo de las costas, saltando en tierra una que otra vez, hasta que llegaron á Curiana ó golfo de las Perlas. Desde allí hizo rumbo en direccion opuesta, y arribó á la isla Margarita, descubierta ya por Colon, y muy nombrada por su abundante pesca de perlas. Visitó esta y otras islas adyacentes; y después de haberlas explorado, se volvió al punto de partida principal, tocando en Cumana y Maracapaná, en donde encontró los rios infestados de caimanes muy parecidos á los cocodrilos del Nilo.

Habien lo hallado un buen fondeadero en Maracapaná, descargó y carenó allí sus bajeles, y construyó un pequeño bergantín.

Los naturales del país acudían en tropel á traerles carne de venado, pescado y pan de cazabe, y ayudaban á los marineros en sus trabajos. Su hospitalidad no dejaba de llevar algunas miras interesadas, porque querian captarse la proteccion de los españoles, creyéndoles unos seres sobrehumanos. Cuando calcularon que podrian contar con ellos, se dirigieron á Ojeda, suplicándole, que los protegiese contra las invasiones de los moradores canibales de cierta isla distante, que iban á incomodarles á menudo, llevándolos prisioneros para comérselos en sus banquetes.

Esta peticion lisonjaba en extremo los belicosos instintos de Ojeda, y su amor á las aventuras; así es que inmediatamente fue concedida. Tomó por guías á siete indígenas, y se hizo á la vela en busca de los canibales. Después de siete dias de navegacion, llegó á un grupo de islas, de las cuales unas estaban habitadas y otras desiertas; se supone eran las islas Caribes. Una de ellas fue designada por los guías, como la morada de sus enemigos. Veíase á lo largo de sus costas multitud de guerreros salvajes, adornados con coronas de vistosas plumas y pintados sus cuerpos de varios colores. Estaban armados de arcos, flechas, dardos, lanzas y escudos, y en aptitud de defender sus hogares contra cualesquier invasores.

Aquel aparato guerrero contribuyó á despertar el espíritu marcial de Ojeda.

Fondeó, puso en órden sus lanchas, y armó á cada una de estas con un pedrero. Además de los remeros, cada lancha contenía un número regular de soldados, á quienes habia mandado que permaneciesen ocultos. Adelantó con resolusion sus botes hácia la playa; los indios les dispararon una nube de flechas, pero sin gran resultado, y como viesan que aquellos seguian avanzando, se arrojaron al mar blandiendo sus lanzas para impedir el desembarco.

Descubriéndose entonces los soldados, descargaron los pedreros, y los salvajes amedrentados con el ruido y el humo de estas arenas para ellos desconocidas, huyeron desavoridos hácia la orilla.

Ojeda y su gente saltaron en tierra y los persiguieron con ardor.

Replegáronse los caribes y sostuvieron un encarnizado combate por largo tiempo, mostrando el valor salvaje, peculiar de su raza: perseguidos y estrechados por todas partes, acudieron como último recurso, al abrigo que les ofrecian sus bosques, dejando muchos muertos y heridos en el campo de batalla.

Al otro dia se presentaron los salvajes en la playa,

mayores en número que el precedente, armados, pintados y adornados con sus plumas de guerra, haciendo un ruido infernal con sus conchas y tambores, y desafiando al combate. Ojeda volvió á saltar en tierra con cincuenta y siete hombres, que dividió en cuatro compañías, mandando cargar al enemigo en diferentes direcciones. Los caribes lidiaron largo espacio cuerpo á cuerpo, desplegando gran maestria y agilidad en cubrirse con sus escudos; pero al fin fueron enteramente derrotados, sufriendo una horrible carnicería. De los españoles solo murió un hombre, quedando veinte y uno heridos: tal era la ventaja que les daba su armadura sobre los salvajes desnudos.

Después de haber saqueado y quemado las casas, se retiraron Ojeda y los suyos triunfantes á sus bajeles, llevando gran número de caribes cautivos, y en seguida se hicieron á la vela para volver al país de donde habian salido. Ojeda repartió una parte del botin entre los siete indios que le habian servido de guías, depachándolos contentos á sus casas, para que contasen á sus compatriotas la terrible venganza que habian tomado de sus enemigos, y permaneció en el fondeadero hasta que su gente se hubo recobrado de las heridas (1).

CAPITULO IV.

Descubrimiento del golfo de Venezuela. — Sucesos en él. — Ojeda reconoce el golfo. — Penetra en Maracaibo.

REPUESTA la tripulacion y curadas las heridas de sus soldados, levó Ojeda el ancla, y tocó en la isla de Curazao, que segun las relaciones de Vespucio, estaba habitada por una raza de gigantes; «las mujeres eran todas Pentésileas, y los hombres Anpteos.» (2) Como Vespucio habia sido estudiante, y suponía estar explorando las regiones mas apartadas al Este, teatro antiguo de la fábula, su imaginacion se acaloró sin duda, y le representó las asombrosas maravillas que los indios contaban de sus vecinos los canibales, bajo el aspecto de sus recuerdos mitológicos. Lo cierto es que los viajeros que visitaron después de él aquellas islas, dicen que las hallaron pobladas de hombres de estatura ordinaria.

Navegando siempre á lo largo de la costa, arribaron á un vasto y profundo golfo que parecia un tranquilo lago; y habiendo entrado en él, quedaron sorprendidos al distinguir hácia la parte del Este, una poblacion de construccion fantástica. Constaba de veinte grandes casas en forma de campana, levantadas sobre estacas clavadas en el fondo del lago, que por aquella parte era de poca profundidad y sus aguas muy cristalinas. Cada casa estaba provista de un puente levadizo y de canoas para la fácil comunicacion de sus habitantes. Ojeda le dió el nombre de golfo de Venecia, por su semejanza con esta ciudad de Italia, la misma que hoy dia se conoce bajo el nombre de Venezuela, y que los indios llamaban Coquibacoa.

Luego que los habitantes repararon en las embarcaciones ancladas en la bahía, como si fueran apariciones submarinas, corrieron desavoridos á meterse en sus casas y levantaron los puentes levadizos para mayor seguridad.

Estaban los españoles entretenidos en contemplar aquella poblacion anfibia, cuando vieron entrar en la rada una multitud de canoas que volvian del mar. Al

(1) Hay cierta discrepancia entre las primitivas relaciones de esta batalla, respecto del tiempo y el lugar en que se verificó. El autor ha consultado las narraciones de Vespucio, Las-Casas, Herrera y Pedro Mártir y las declaraciones, dadas en el pleito de Diego Colon, y ha procurado en lo posible conciliar estas diferencias.

(2) Vespucio. — Carta á Lorenzo de Pedro Francisco de Médicis.

aspecto de las buques, se quedaron los indios mudos de estupor y asombro; pero así que los españoles quisieron aproximarseles, saltaron ligeramente en tierra y se internaron en los bosques. Al cabo de un instante volvieron, trayendo consigo diez y seis doncellas que embarcaron en las canoas y condujeron á bordo de los bajeles, dejando cuatro en cada uno, como ofertas de paz, ó presente de amistad y confianza. De este modo quedó establecida entre indios y españoles la mejor armonía; y los naturales acudieron en gran número, unos en sus canoas y otros nadando, á satisfacer su curiosidad, alrededor de las naves.

Sin embargo, la amistad de los salvajes era una estratagemas, porque de repente algunas viejas empezaron á dar gritos espantosos á la puerta de su casa, arrancándose los cabellos y haciendo ademanes extravagantes. Esta era sin duda la señal para romper las hostilidades. Las diez y seis ninfas se arrojaron al agua, nadando hácia la orilla; los indios, que estaban en las canoas, tomaron sus arcos dispararon una nube de flechas sobre los españoles, que se quedaron sorprendidos al ver tan brusco é inesperado ataque; los que nadaban alrededor de las embarcaciones, arrojaban dardos y lanzas, que habían ocultado debajo del agua.

Ojeda titubeó un momento, notando que hasta el agua hacia armas contra él; pero se repuso luego mandando aprestar sus lanchas, cargó con furia sobre el grueso de los enemigos, destruyó y echó á pique varias canoas, mató veinte indios, hirió muchos mas, y esparció tal terror pánico, que los que quedaban vivos, se arrojaron al mar y ganaron la orilla á nado. Tres de ellos y dos de las muchachas cayeron en manos de los españoles, que los condujeron á bordo y cargaron de cadenas; pero con todo, uno y las dos muchachas, hallaron modo de escaparse aquella misma noche.

Cinco hombres tuvo Ojeda fuera de combate; mas ninguno pereció. Reconoció las casas; las halló abandonadas y vacías de todo; mas á pesar de la hostilidad inmotivada de los habitantes, respetó los edificios para no causar una irritación inútil en toda la costa.

Siguió explorando el golfo, y encontró un puerto seguro, al que dió el nombre de San Bartolomé, que se supone ser el mismo conocido hoy con el nombre de Maracaibo, que es como lo llamaban los indios. Allí accediendo á las súplicas de los naturales, destacó veinte y siete hombres para que reconociesen el interior. Por espacio de nueve dias fueron conducidos de pueblo en pueblo, festejados, agasajados y casi divinizados por los indios, que los miraban como unos seres sobrehumanos descendidos del cielo: bailaban á su redor las danzas del país con la mayor destreza y agilidad, y cantaban sus baladas tradicionales para entretenerlos y divertirlos.

Los naturales de aquel país se hacían notar por la hermosa proporción y simetría de sus formas; las mujeres sobre todo, en concepto de los españoles, sobrepujaban en gracia y hermosura á todas las que habían visto hasta entonces en el Nuevo Mundo. Los hombres no manifestaban el carácter zeloso y suspicaz de los demás habitantes de la costa; al contrario, permitían á los extranjeros tratar con franqueza é intimidad á sus mujeres é hijas.

Así que los españoles trataron de reembarcarse, el país en masa se esforzó en agasajarlos: hombres y mujeres querían honrarlos, cada uno á su manera. Unos preparaban literas y hamacas para conducirlos y que no se cansasen en el camino, considerándose muy feliz el indio que obtenía de un español permiso para llevarle sobre sus hombros y pasar con él el río. Otros venían cargados de presentes que habían recogido en sus chozas, y consistían en requi-

simas plumas, armas de varias clases, pájaros y animales del trópico. De este modo volvieron los españoles en triunfante procesion á sus bajeles, mientras que los bosques y las orillas resonaban con cánticos y gritos en su alabanza.

Muchos de los indios se metieron en tropel en las lanchas que habían venido á tierra; otros se embarcaban en canoas, ó se arrojaban á nado: así que, en pocos minutos los buques se vieron sobrecargados con mas de mil de aquellos maravillados salvajes.

Para aumentar su asombro, mandó Ojeda disparar un cañonazo, cuyo sonido, según dice Vespucio, «hizo que los indios se arrojasen al mar, como los »sapos á una laguna.» Mas luego que vieron que esto no se había hecho con intencion de ofenderles, volvieron á bordo y pasaron el resto del dia con grande algazara. Los españoles se trajeron consigo algunas de aquellas hermosísimas y hospitalarias mujeres; una de las cuales, á quien dieron por nombre Isabel, se captó el amor de Ojeda, y le acompañó en su siguiente viaje (1).

CAPITULO V.

Prosigue su viaje.—Vuelta á España.

Az abandonar Ojeda el hospitalario puerto de Coquibacoa, continuó costando hácia el Oeste de Venezuela, y despues de doblar el cabo de Maracaibo, prosiguió su viaje puerto por puerto, promontorio por promontorio, hasta que llegó á una larga y estrecha lengua de tierra, llamada cabo de la Vela.

El estado de sus buques, ó quizás el ver que sus esperanzas le salían fallidas, porque no hallaba los medios de enriquecerse con prontitud como había pensado, le indujeron entonces á abandonar las costas, y cambiando de rumbo, se dirigió al mar Caribe en busca de la Española. Según las órdenes recibidas, le estaba prohibido visitar esta isla; pero Ojeda no era hombre que retrocedía fácilmente ante esta clase de obstáculos pequeños cuando su interés ó sus inclinaciones le estimulaban á vencerlos. Procuró disculpar la infraccion de las órdenes que tenia, con el especioso pretesto del mal estado de sus naves, las cuales necesitaba carenar y reparar, y tambien con el de procurarse provisiones. Su verdadero objeto es de suponer fuese cortar palo de tinte, que abunda en la parte occidental de la Española.

Ancló en Yaquimo y saltó en tierra, acompañado de una gran parte de los suyos. Colon, que gobernaba la isla, luego que supo la llegada de aquellos intrusos, despachó á Francisco Roldán, el rebelde de otro tiempo para que pidiese cuentas á Ojeda sobre el hecho. La lucha de estratagemas y artificios que se trabó entre estos dos sagaces y osados aventureros, ha

(1) Navarrete, tom. III, pág. 8, Idem, pág. 107 y 108.

Es digna de particular mención la circunstancia de que Ojeda en la relacion que hizo de su viaje, al rey le informó de un encuentro que hubo con viajeros ingleses cerca de Coquibacoa. El gobierno español dió tanta importancia á la noticia, que adoptó varias medidas para evitar la intrusion de los ingleses en aquellos parajes. Es singular que no exista memoria alguna acerca de esta primitiva y extensa expedicion de navegantes ingleses; si se hubiera emprendido en servicio de la corona, se habria encontrado algun documento concerniente á ella en los archivos del reinado de Enrique VII. Los ingleses habían descubierto ya el continente de la América del Norte, descubrimiento hecho en 1497 por Juan Cabot, veneciano, acompañado de su hijo Sebastian, natural de Bristol. Estos navegaban con licencia de Enrique VII, á quien debían pagar el quinto de los productos de su viaje, y el 24 de junio descubrieron á Terra-nova, despues de lo cual costearon el continente hasta la Florida, volviendo á Inglaterra con un rico cargamento y varios indigenas. Este fue el primer descubrimiento del continente de América; y acaso el buen éxito de la expedicion de Cabot dió origen á la que encontró Ojeda en las cercanías de Coquibacoa.

sido ya descrita minuciosamente en la historia de Colon. Por entonces Roldan quedó victorioso, y Ojeda tuvo que abandonar la Española, reducido á andar vagando por las islas contiguas, de donde se llevó gran número de habitantes. Llegó por fin á Cádiz en junio de 1500, cargado de cautivos que vendió como esclavos.

Tan pobre fue el resultado de la expedicion, que, segun se oíjo, despues de cubiertos todos los gastos,

no quedaron mas que 500 ducados que repartir entre cincuenta y cinco aventureros. Contribuyó á hacer aparecer este resultado mucho mas pobre y sensible, el que una pequeña expedicion que habia salido despues de Ojeda, volvió dos meses antes que él, rica con los despojos del Nuevo Mundo.

Preciso es referir, aunque ligeramente, aquella expedicion, para no interrumpir esta serie de empresas subalternas.

PEDRO ALONSO NIÑO,

Y

CRISTÓBAL GUERRA.

(1409)

El permiso concedido por el obispo Fonseca á Alonso de Ojeda para hacer una expedicion particular al Nuevo Mundo, despertó la emulacion de otros compañeros de Colon. Entre ellos se cuenta á Pedro Alonso Niño, atrevido marino, natural de Moguer, cerca de cabo de Palos, á quien Colon habia llevado de piloto en su primer viaje, y durante sus cruceros por las costas de Cuba y Pária. (1) Pronto obtuvo un permiso igual al que habia obtenido Ojeda, y como él, se procuró los medios de embarque entre algunos ricos negociantes de Sevilla. Uno de estos, llamado Luis Guerra, prometió armar una carabela: pero con la condicion, de que su hermano Cristóbal Guerra la habia de mandar. La pobreza de Niño le obligó á condescender en todo lo que quiso exigirle el negociante, y se hizo á la mar, como subalterno, en una expedicion promovida por él; pero sus conocimientos maritimos y su inteligencia pronto le colocaron en el primer lugar: él era el capitán de hecho, y últimamente se llevó toda la gloria de aquel viaje. La embarcacion no tenia mas que cincuenta toneladas de porte, y estaba tripulada con solo treinta y tres hombres; mas los aventureros, sin cuidarse de lo escaso del armamento, emprendieron una larga y peligrosa travesía por mares desconocidos, para explorar los países salvajes de aquel vasto continente, recientemente descubierto por Colon; tal era la intrepidez de los marinos españoles en aquella época.

A principios de junio de 1499, y algunos dias despues de la salida de Ojeda, zarparon del pequeño puerto de Palos, cuna de los descubrimientos del Nuevo Mundo y cuyos hábiles y valientes marinos continuaron sobresaliendo en todas las expediciones dirigidas á las Indias. Guiados por las cartas marítimas de Colon, siguieron su derrotero, llegando al continente del Sur, un poco mas allá de Pária, como unos quince dias despues de haber sido visitada esta costa por Ojeda.

Desde allí navegaron hácia el golfo de Pária, bajaron á tierra para cortar maderas de tinte y fueron tratados amistosamente por los naturales. Poco tiempo despues, saliendo del golfo por la boca del Dragon, hallaron diez y ocho canoas de caribes, piratas y ladrones de aquellos mares, terror de los países circunvecinos. Esta escuadra salvaje, en lugar de sobrecojerse á la vista de un buque europeo, cuyas hinchadas velas le daban la apariencia de un alado monstruo marino, lo consideraron solo como un objeto de pillaje

y lo asaltaron con una lluvia de flechas. El estruendo repentino del cañon y la horrible carnicería que causó entre los salvajes los llenó de terror y los obligó á huir en todas direcciones. Sin embargo, los españoles lograron apresar una canoa, con el guerrero que la conducia. En el fondo habia un infeliz prisionero, atado de piés y manos: pusieronle en libertad; y él se explicó por medio de señas, dando á entender, que los caribes venian de una expedicion á las islas contiguas, en donde habian robado y saqueado á su placer, encerrándose de noche en una estacada que traian al efecto, y saliendo de día á robar las poblaciones y hacer prisioneros. El quedaba únicamente de siete que eran; sus compañeros habian sido devorados á su vista en los banquetes abominables de sus enemigos; y á él le esperaba la misma desgraciada suerte. El honrado Niño y sus compañeros se indignaron tanto oyendo aquella narracion, que acordaron creyendo que ejercian así un acto de justicia distributiva, poner á disposicion del salvaje á su opresor, para que obrase con él á su arbitrio. El indio se arrojó inmediatamente sobre el indefenso caribe con tal furia, que no quedó su venganza satisfecha hasta que no le hubo muerto á puñetazos y patadas: entonces arrancó la cabeza del cuerpo, y clavándola en un palo, la elevó en alto como trofeo de su venganza.

Niño y sus aventureros se dirigieron en seguida á isla Margarita, donde negociaron gran cantidad de perlas. Despues costearon hácia Cumaná, comerciando con gran cautela y artificio de puerto en puerto. Cuando los salvajes se presentaban en gran número, permanecian á bordo de su pequeño buque, y obligaban á aquellos á ir á buscarlos en sus canoas; pero si el país ofrecia alguna seguridad, solian bajar á la playa y aun internarse. Generalmente fueron bien tratados por los naturales: estos iban enteramente desnudos, y algunos llevaban brazaletes y collares de perlas, que entregaban á los españoles sin retribucion de ninguna especie, ó cambiaban por cuentas de cristal ó chucherías semejantes, causándoles gran risa ver que los españoles hiciesen tanto caso de las que ellos creian bagatelas (2).

Los aventureros estaban admirados de la magnitud y densidad de los bosques que vieron en aquella costa propias de regiones húmedas y calorosas, donde la vegetacion se desarrolla de un modo sorprendente. Oían en lo interior de su espesura gritos y ru-

(1) Declaracion de Bastiões en el pleito de Diego Colon.

(2) Las-Casas, Hist. Ind., lib. I, cap. 171.

gidos de animales desconocidos que, seguramente, no eran muy dañinos, porque los indios atravesaban los bosques sin mas armas que el arco y las flechas. El hallarse allí venados y conejos, animales que no habian encontrado en las islas (1) les convenció de que aquella parte correspondía á Costa-Firme.

Niño y Guerra, agradecidos á la hospitalidad de los naturales de Cumaná, y complacidos del lucrativo comercio que habian hecho con las perlas, cuya mayor porcion era de muy buen tamaño y de una perfecta belleza, permanecieron tres meses en aquellas costas.

Dirigieron despues hácia el Oeste, á un país llamado Cauchieto, negociando siempre con perlas y una clase de oro de inferior calidad que llamaban *guanin*. Por fin, llegaron donde habia una especie de fortaleza, que protegía las casas y los jardines, situados á orillas de un rio: gracioso conjunto, que pareció á los españoles la mas agradable morada que habian contemplado en su vida.

Preparábanse para bajar á tierra y gozar de las delicias de aquel imaginario eden, cuando avistaron como unos mil indios, que se acercaban armados de arcos, flechas y clavos, y dispuestos á recibirlos como enemigos, excitados como estaban probablemente por la reciente visita de Ojeda. Como Niño y Guerra no tenían el carácter belicoso de este, y andaban mas de caza de provecho, que de gloria, tomando

en consideracion los intereses del rico comerciante de Sevilla se abstuvieron prudentemente de desembarcar abandonando aquellas hostiles costas, y volviéndose para continuar Cumaná su comercio de perlas. En breve recogieron gran cantidad, muchas de ellas de igual tamaño y belleza, que las mas célebres del Oriente y que á pesar de hallarse algo estropeadas por no haberlas agujereado con instrumentos á propósito, merecian alta estimacion.

Satisfechos del buen éxito, se dieron á la vela para España, dirigiendo el rumbo hácia Bayona de Galicia, á donde llegaron salvos de todo accidente y anclaron á mediados de abril, año de 1500, cerca de dos meses antes de la llegada de Ojeda y sus socios, *La Cosa y Vespereño* (2).

Los mas afortunados viajeros al Nuevo Mundo tuvieron que sufrir disgustos á consecuencia del mismo buen éxito de sus expediciones. El considerable número de perlas que entregaron en pago de los derechos de la corona á la tesorería real, produjo desconfianza, en vez de favor.

Se les acusó de haber ocultado gran parte de las perlas, en perjuicio de sus compañeros y de la corona. Pedro Alonso Niño fue preso; pero como no habia pruebas contra él, se le puso en libertad, gozando de la envidiable reputacion de haber concluido con felicidad el viaje mas rico que se habia hecho hasta entonces al Nuevo Mundo (3).

VICENTE YAÑEZ PINZON.

(1499)

Orno de los famosos aventureros cuya actividad despertaron las licencias concedidas para salir en expediciones particulares, fue el ilustre Vicente Yañez Pinzon, de Palos, uno de los tres valientes hermanos que acompañaron á Colon en su primer viaje, y expusieron con él sus vidas y fortunas.

De Martin Alonso Pinzon, el mayor y mas importante de estos tres hermanos, ya hemos hablado particularmente en la historia de Colon: los errores de su conducta le separaron del Almirante y atrajeron sobre él el desagrado de los reyes, causa que probablemente contribuyó á su prematuro y triste fin.

La desgracia en que se vió envuelta su familia no fue duradera. Las faltas de Martin Alonso quedaron como suele suceder, purgadas con la muerte; no sobreviviéndole sino sus buenas acciones. Sus méritos y servicios, y los de sus hermanos, fueron recompensados; sus descendientes volvieron á la gracia real. No tomaron parte en los siguientes viajes de Colon, por un sentimiento de zelos; pero así que vieron abiertas las puertas para acometer empresas individuales, se presentaron á pedir el permiso de hacer un viaje á su costa y riesgo, que inmediatamente les fue concedido: como que su desavenencia con Colon, era una recomendacion para el obispo Fonseca.

Vicente Yañez Pinzon, capitaneaba aquella nueva empresa, y le acompañan dos sobrinos suyos llamados Arias Perez y Diego Fernandez, hijos de su hermano Martin Alonso Pinzon. Muchos de los marineros habian navegado con Colon, acompañándole en su último viaje á Páris: llevaba además consigo á tres de sus principales pilotos, Juan Quintero, Juan de

Umbria y Juan de Jerez. Así, todas estas pequeñas expediciones parecian consecuencia de los grandes viajes de Colon y tendian á realizar las ideas y los proyectos manifestados en los documentos que habia remitido á España.

El armamento consistía en cuatro carabelas, armadas en el puerto de Palos. Los fondos de Vicente Yañez se agolaron del todo antes que esta escuadrilla se hallase completamente equipada; por lo cual tuvo que tomar á crédito las provisiones y artículos de comercio necesarios para la empresa. Los comerciantes de Palos supieron muy bien aprovecharse del carácter desprendido de los marineros y de las grandes esperanzas de los descubridores. En sus contratas cargaron al honrado Pinzon el ochenta y aun el ciento por ciento sobre el valor de los adelantos; y Pinzon hubo de someterse á sus exigencias, obligado por la urgencia del momento (4).

La escuadrilla salió al mar á principios de diciembre, año de 1499; y dejando atrás las Canarias y las islas de Cabo-Verde, se dirigió al Sudoeste.

Sobre seiscientas leguas habian navegado, pasando luego el Ecuador y perdiendo de vista la estrella polar, cuando al atravesar la línea una horrible tempestad estuvo á pique de sumergir sus débiles embarcaciones. Disipada la tormenta, el cielo volvió á serenarse: pero los marineros permanecieron consternados, porque les imponía sobremanera la turbu-

(2) Navarrete, Colec. t. III, p. 11, Herrera, D. 1, libro IV.

(3) Pedro Mártir. Otros historiadores asignan á su llegada diferente fecha. Herrera dice que fue el 6 de febrero.

(4) Navarrete, tom. III. Véase el Doc. n. 7 en que Vicente Yañez Pinzon pide indemnizacion de estos perjuicios.

(1) Navarrete, tom. III, pág. 14.

lencia espantosa de las olas y el siniestro aspecto del cielo. En vano miraban hacia el Sur en busca de alguna estrella, que les sirviese de guía para dirigir su rumbo; y se llegaron á figurar que una gran prominencia del globo impedía el verla. No conocían absolutamente nada del firmamento de aquel hemisferio, ni la magnífica constelación llamada la Cruz del Sur pero esperaban hallar en el polo opuesto alguna estrella parecida á la Osa menor del Norte.

Sin embargo, como Pinzon estaba dotado de un alma intrépida, siguió resueltamente su curso hacia el Este, y despues de haber navegado doscientas cuarenta leguas, y estando á los ocho grados de latitud Sur, descubrió tierra á lo lejos el 28 de enero, llamándola Santa María de la Consolacion, porque su vista le habia consolado, en medio de sus dudas y perplejidades. Hoy se conoce con el nombre de cabo de San Agustín, y es la parte mas prominente del vasto imperio del Brasil.

El mar estaba tan descolorido y turbio como los rios; y habiendo echado la sonda, se encontraron sobre diez y seis brazas de agua. Pinzon bajó á tierra con un escribano y testigos, para tomar posesion formal del territorio en nombre de la corona de Castilla, sin que nadie se presentase á disputarle su derecho, á pesar de haber observado impresas en la arena huellas que parecian de gigantesca magnitud.

Por la noche vieron hogueras encendidas en la vecina costa, lo que indujo á Pinzon á mandar la siguiente mañana cuarenta hombres bien armados, que reconocieran el terreno. Una bandada de indios, iguales en número á los españoles, salieron á su encuentro, pertrechados de arcos y flechas: su estatura era extraordinaria. A lo lejos se veían muchos mas, á modo de cuerpo de reserva, prontos á acudir en socorro de sus compañeros.

Colocáronse los indios en orden de batalla, y de ambas partes se estuvieron observando por algun tiempo con mútua curiosidad y desconfianza. Los españoles mostraron á los salvajes una porcion de objetos propios para llamar su atencion; espejos, cuentas y otras varias cosas, sin olvidar los cascabeles, cuyo sonido tan armonioso parecia á los habitantes del Nuevo Mundo; pero ellos miraron todo aquello con desprecio, sin fijar la vista mas que un momento y permaneciendo luego en la mas estóica gravedad. Su aspecto era feroz y su disposicion belicosa: tal vez pertenecian á esas razas vagamundas de extraordinaria estatura que hacian de noche sus escursiones; y tenian un carácter feroz é intratable. Desde que oscureció, no se dejó ver ningun indio en las cercanías.

Desanimado con la poca hospitalidad de aquellos salvajes, dirigió Pinzon su rumbo hacia el Nordeste, tropezando con la boca de un rio de poca profundidad para poder anclar sus buques. Envió las lanchas á tierra llenas de gente armada; y luego que estos desembarcaron, distinguieron multitud de indios desnudos en una altura.

Un español solo, armado de escudo y espada, se adelantó hacia ellos, ofreciéndoles su amistad: les arrojó algunos cascabeles, y ellos correspondieron á su invitacion arrojándole una barra de oro. Bajóse el soldado para cogerla; pero una tropa de salvajes le asaltó de improviso, echándose sobre él para capturarle. El español tomó la defensiva, y á pesar de ser hombre de poca estatura y nada robusto, supo con su espada y rodela evitar tan diestra y ágilmente los golpes, que mantuvo á los salvajes á una respetuosa distancia, formando un ancho círculo á su rededor é hiriendo á varios que intentaron acercársele. Su inesperada valentía, sorprendió y confundió á los salvajes, y dió tiempo para que sus compañeros viniesen en su ayuda. Los indios entonces dieron el asalto general, descargando tal inmensidad de flechas y dár-

dos, que inmediatamente sucumbieron ocho ó diez españoles, quedando muchos mas heridos.

Estos últimos se retiraron á sus botes, disputando el terreno palmo á palmo. Persiguéronles los indios hasta dentro del mar, rodeando las lanchas y apoderándose de los remos. Los españoles se defendieron desesperadamente: atravesaron á unos con sus lanzas, y á otros los destrozaron con las espadas; pero tal era la ferocidad de los que sobrevivian, que persistiendo en su ataque, lograron vencer á la tripulacion de una lancha, y llevársela en triunfo. Con esto se retiraron del combate, y los españoles volvieron á sus buques en completa derrota, y desalentados por haber hallado peor acogida que ningun viajero. Pinzon navegó cuarenta leguas hacia el Nordeste; hasta llegar á las cercanías de la linea equinocial; allí encontró el agua tan dulce y fresca, que llenó sus toneles. Admirado de aquel singular fenómeno se acercó á tierra, y se encontró en medio de un grupo de hermosas y verdes islas, habitadas por una raza hospitalaria. Los naturales, pintados de colores vivos, vinieron hacia los buques con la mas sincera y alegre confianza. En breve advirtió Pinzon que aquellas islas estaban situadas á la embocadura de un inmenso rio de mas de treinta leguas de ancho, cuyas aguas no perdian su dulzura hasta cuarenta leguas mar adentro. Efectivamente, era el famoso Maraón ya conocido, como el Orellana y el de las Amazonas. Mientras estaban en la boca del rio, repentinamente se elevaron las aguas mas de cinco brazas, produciendo un ruido espantoso causado por las corrientes opuestas y la estrechez de los canales y levantando montes de espuma, que parecia se iban á tragar las embarcaciones. Costó mucho á Pinzon sacar de tan peligroso sitio su pequeña armada, no hallando allí mas que muy poco oro, sin otra cosa digna de apreciarse. Pagaron la hospitalidad de los indígenas, como se pagaba entonces esta por los viajeros; llevándose treinta y seis cautivos.

Habiendo por fin avistado la estrella polar, continuó Pinzon su curso á lo largo de la costa; pasó las bocas del Orinoco, y entró en el golfo de Paría, donde desembarcó para cortar palo del Brasil.

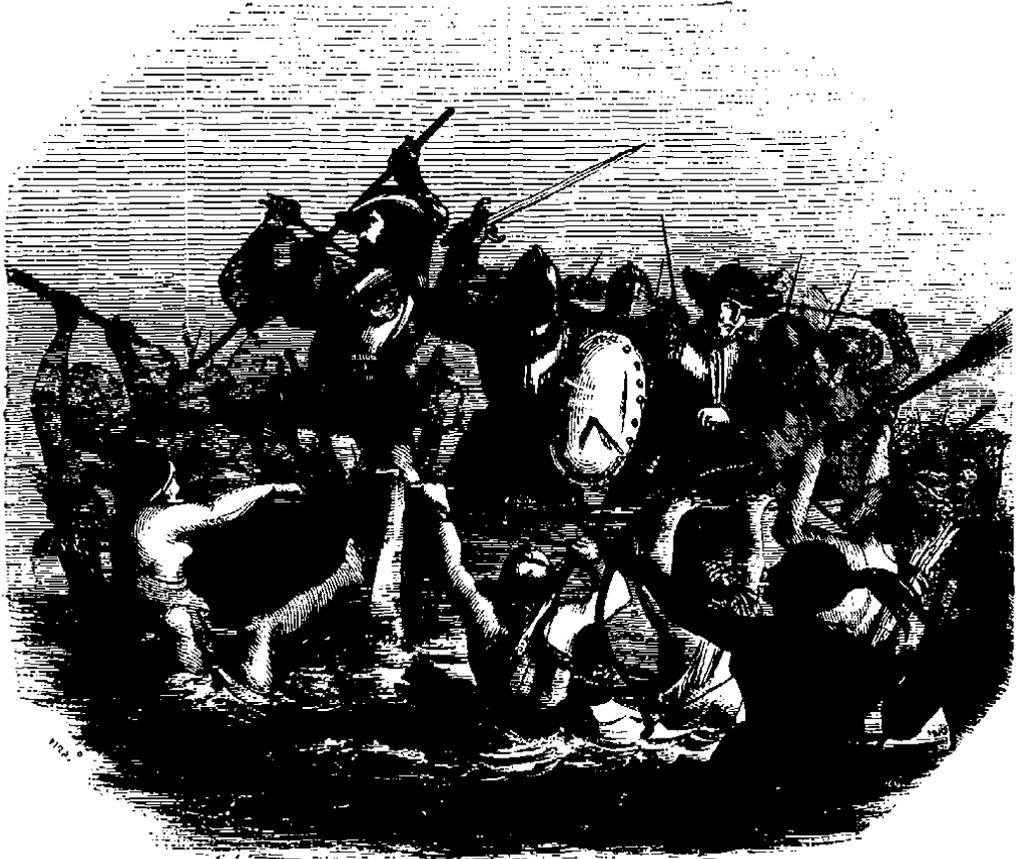
Saliendo luego por la boca del Dragon, llegó á la Española el 23 de junio, y de allí zarpó hacia las Bahamas, en donde ancló en el mes de julio, sufriendo un violento huracan. Dos caravelas se perdieron con toda su tripulacion, á la vista de los demás expedicionarios horrorizados; la tercera rompió los cables y cedió al empuje del temporal, mientras los terribles golpes de mar que esperimentaba la cuarta, hicieron que la tripulacion se arrojase á las lanchas y ganase la orilla. Encontraron allí algunos indios desnudos, que no los molestaron; pero temiendo que llevasen la noticia del naufragio á los salvajes, sus vecinos, y que estos los acometiesen, se reunieron en consejo de guerra para deliberar, si seria prudente precaucion deshacerse de ellos con la muerte.

Afortunadamente para aquellos pobres indios, el buque que habia arrastrado las olas volvió y puso fin á sus temores, disolviéndose en seguida el consejo. La otra carabela sufrió la tempestad sin mayor detrimento. Luego que el mar se calmó, se reembarcaron los españoles y bogaron á toda prisa hacia Santo Domingo: allí repararon sus averías, y en seguida se hicieron á la vela para España, fondeando en Palos á fines de setiembre.

De este modo concluyó el mas desastroso viaje de cuantos se habian hecho al Nuevo Mundo. Yañez Pinzon habia perdido dos vajeles y la mayor parte de su tripulacion; y lo que mas amargaba tal pérdida, era que la gente habia sido reclutada entre sus amigos, vecinos y parientes. Aquella desgraciada expedicion realizó los temores de los habitantes de Palos, llenando la poblacion de viudas y huérfanos. Los ricos

comerciantes, que habian prestado á Pinzon efectos al ciento por ciento de ganancia y le vieron llegar con dos miserables barcos y una porcion de infelices marineros maltratados, temblaron por sus intereses. Tan pronto como Pinzon y sus sobrinos salieron para Granada á dar parte al gobierno de sus descubrimientos, los comerciantes se apoderaron de las carabelas y vendieron el cargamento para indemnizarse,

El honrado Pinzon elevó instancia al rey, manifestando la imposicion á que se le habia sometido y el peligro en que estaba de ser preso y quedar completamente arruinado si se permitia á sus acreedores vender los efectos en pública subasta. Suplicaba por tanto que se les obligase á devolver los bienes de que se habian apoderado y se le permitiera vender trescientos quintales de palo del Brasil, con lo que bastaba para sa-



Desesperado choque de españoles é indios.

tisfacer sus débitos. El rey le otorgó lo que pedia. Se expidieron inmediatamente órdenes á las autoridades civiles de Palos, para que entendiesen en la materia sin la menor dilacion ni entorpecimiento, administrando justicia sin vulnerar los intereses de ninguna de las partes.

Pinzon escapó con bien de las manos de sus acreedores, mas no así de las de la justicia; que en España es capaz de arruinar al mas dichoso de los litigantes, á fuerza de expedientes y protocolos. Inferimos esto, del permiso que se le concedió al año siguiente, para exportar una cantidad de granos, apoyándose en las graves pérdidas que habia sufrido en su último viaje al Nuevo Mundo. Cúpole igual suerte que á los demás viajeros españoles; los cuales, á consecuencia de los adelantos que necesitaban, concluian por arruinarse; pero siempre se le distinguirá entre todos, como que fue el primer europeo que cruzó la línea equi-

noccial en el Océano Occidental, y descubrió el grande imperio del Brasil (1).

(1) El 5 de setiembre de 1501 se concedió real permiso á Vicente Yañez Pinzon para colonizar y gobernar los territorios que habia descubierto, que comenzaban desde el rio de las Amazonas y se extendian hasta el cabo de San Agustín. El objeto del gobierno al conceder este permiso fue establecer en aquella frontera meridional un puesto avanzado á las órdenes de un gefe resuelto que contuviera las incursiones que pudieran hacer los portugueses á consecuencia del descubrimiento accidental de una parte de la costa del Brasil por Pedro Alvarez Cabral en el año 1500. La demarcacion de fronteras entre los dos paises hizo innecesaria esta precaucion, y no parece que Vicente Yañez emprendiese ningun otro viaje á aquellas regiones.

En 1508 hizo una expedicion en compañía de Juan Diaz de Solis natural de Lebrija, cuyo objeto era buscar el estrecho ó paso que segun Colon conducia desde el Atlántico al mar del Sur. Esta expedicion no tuvo como era natural

DIEGO DE LEPE

Y

RODRIGO DE BASTIDES.

(1500)

A pesar de los trabajos y desastres que experimentaron siempre los viajeros del Nuevo Mundo, y de la penuria que era consiguiente á los dispendiosos antecipos que les hacian, la mania de las aventuras continuaba, por las noticias que corrían de nuevas regiones descubiertas, en las cuales cada uno de por sí imaginaba hallar la tierra de promision. Apenas hubo Vicente Yañez Pinzon emprendido el viaje que queda mencionado, cuando su paisano Diego de Lepe salió con dos buques, y con el mismo objeto del pequeño puerto de Palos. Nada de particular se cuenta de este viaje, sino es que Lepe dobló el cabo de San Agustín, y observó que el continente del Sur se extendía mucho hácia el Sudoeste. A su vuelta á España presentó al obispo Fonseca un mapa de aquella costa, y estuvo por mas de diez años reputado, como el viajero que mas se habia adelantado al Sur.

Otro aventurero contemporáneo fue Rodrigo de Bastides, acomodado escribano de Triana (barrio de Sevilla). Con el permiso de los reyes, previa cesion de una cuarta parte de las ganancias, armó dos carabelas, y salió á buscar oro y perlas en octubre de 1500.

Desconfiando prudentemente este escribano aventurero de sus conocimientos náuticos, llevó consigo al veterano piloto Juan de la Cosa, que habia navegado con Colon y con Ojeda. Ya se ha dado en la vida de Colon una idea general de este viaje, el cual extendió los descubrimientos de Costa-Firme desde el cabo de la Vela, á donde habia llegado Ojeda, hasta el puerto de Nombre de Dios.

Bastides se distinguió de los demás viajeros, por lo bien que trató á los naturales y Juan de la Cosa por su profunda discrecion é inteligencia. Su viaje fue felicísimo: negociaron gran cantidad de oro y de riquísimas perlas; pero repentinamente su prosperidad sufrió un ataque terrible; pues con gran sorpresa, reconocieron que el fondo de los buques estaba agujereado por el broma, gusano que abunda en las aguas de la zona torrida, del cual apenas tenían una ligera

éxito ninguno, ni tampoco otra que hicieron con el mismo objeto en 1508; pero como no existe semejante paso, no puede culparse á estos hábiles navegantes por no haberlo encontrado.

Para premiar los distinguidos méritos y servicios de la familia de Pinzon, el emperador Carlos V elevó á sus individuos á la dignidad de hidalgos, dándoles por armas tres carabelas con una mano, señalando á una isla cubierta de salvajes. Todavía conserva la familia este escudo de armas al cual ha añadido el mote concedido á Colon, substituyendo el nombre de Pinzon al del Almirante, y así dice:

A Castilla y á Leon,
Nuevo mundo dió Pinzon.

noticia. A costa de grandes dificultades pudieron llegar á un islote, próximo á la Española. Allí retocaron los buques lo mejor que les fue posible, y zarparon con direccion á Cádiz. Los temporales los hicieron retroceder al mismo puerto. Como el broma continuaba en su destructor ejercicio, los agujeros se aclararon de abrir; se desembarcó lo mas manejable y precioso del cargamento, y los bajeles se fueron á pique con lo demás. Bastides perdió las armas y municiones que se salvaron del naufragio; pues hubo que inutilizarlas, para que no cayesen en manos de los indios.

Distribuyó su gente en tres partidas; de las cuales una mandaba él y otra Juan de la Cosa; y por tres senderos distintos se dirigieron á Santo Domingo, pues el país no proporcionaba comodidad para viajar tanta gente junta. Cada partida llevaba un cofre lleno de bagatelas, á propósito para obtener provisiones de los indios.

Francisco de Bobadilla, el injusto perseguidor de Colon, estaba entonces de gobernador en Santo Domingo. Llególe la noticia de que una tropa de aventureros habia desembarcado en la isla, y se adelantaba en tres distintas direcciones, provista cada una de un cofre de oro, y haciendo un comercio ilícito con los naturales. Por tanto, en el momento en que Bastides se presentó, le prendieron y formaron causa. En su defensa hizo ver que el comercio con los naturales, no habia sido mas que para procurar-se provisiones y guías.

Determinóse, sin embargo, mandarle á España bajo partida de registro, y se le trasportó en la misma flota que se embarcó Bobadilla, la cual sufrió un horroroso temporal, naufragando la mayor parte de los buques á la vista de Colon. Aquel á cuyo bordo iba Bastides fue uno de los pocos que se salvaron de la tempestad, llegando á Cádiz en setiembre de 1502. Ultimamente, Bastides fue absuelto de las acusaciones que se le hacian.

De los productos de su viaje, á pesar de la pérdida de los buques, pagó una considerable suma á la corona, y le quedó un buen capital. En premio de sus servicios, le señalaron los reyes una renta anual sobre los rendimientos de la provincia de Uraba, que él habia descubierto. Igual pensión fue asignada al intrépido Juan de la Cosa, como procedente del mismo territorio, del cual fue nombrado Alguacil Mayor. (1) Cénfiese, por lo visto, la económica gratitud del rey Fernando, á recompensar las fatigas de los descubridores, con los productos que esperaba recoger de sus trabajosas faenas.

(1) Navarrete, Colec. t. III.

ALONSO DE OJEDA.

(1502)

Ya hemos hablado del primero y desgraciado viaje de Ojeda á la costa de Pária, que tuvo fin en junio de 1500. No ganó nada en intereses en aquella expedición, pero sí en nombradía y celebridad, como atrevido y hábil aventurero. Su fogosa juventud, su carácter emprendedor y las maravillosas historias que se contaban de su actividad y proezas, le hicieron sumamente popular; tanto que su protector, el obispo Fonseca, no encontró dificultad en proporcionarle la protección de los reyes. En consideración á sus pasados servicios, y á los nuevos que se esperaban de él, se le concedieron seis leguas de terreno en la parte del Sur de la Española, y el gobierno de la provincia de Coquibacoa que habia descubierto. Estaba además autorizado para equipar á sus expensas, un cierto número de bajeles que no pasase de diez, y para proseguir en el descubrimiento de Costa-Firme sin tocar ni traficar en las costas de Pária, ni en los alrededores de la bahía de la isla Margarita. Fuera de esto, podia negociar en toda especie de mercancías, perlas, joyas, metales y piedras preciosas, pagando un quinto á la corona, y absteniéndose de reducir á esclavitud ningún indio, sin el permiso expreso de los soberanos. Debía colonizar á Coquibacoa y en recompensa gozar de la mitad de los productos del territorio, con tal que no pasasen de 300,000 maravedises; el exceso debía ingresar en el tesoro.

La razon principal para conceder aquel gobierno y aquellos privilegios á Ojeda, fue el haber hallado este en su primer viaje en las cercanías de Coquibacoa á unos viajeros ingleses, que tambien iban de descubridores, lo que alarínó mucho á los reyes. Por esto deseaban tener en aquel punto un comandante resuelto y batallador como Ojeda, al cual ordenaron que en cualquiera parte donde desembarcase, pusiera las armas de Castilla y Leon en señal de posesion, con lo que creian evitar la introduccion de los ingleses (1).

Llevando estos despachos en el bolsillo, y teniendo ante sí la perspectiva de tierras y un gobierno en América, pronto encontró Ojeda socios que le ayudasen. Estos fueron Juan de Vergara, mayordomo de un rico canónigo de la catedral de Sevilla, y García de Campos, llamado generalmente Ocampo. Hicieron un contrato de asociacion por dos años; estipulando, que todos los gastos y provechos de la expedicion y del susodicho gobierno, habian de ser divisibles entre los tres por partes iguales. Los bolsillos de los confederados no estaban provistos de manera que pudiesen armar diez vajeles; pero si armaron cuatro: Santa María de la Antigua, mandada por García del Campo; Santa María de la Granada, mandada por Juan de Vergara; la carabela Magdalena, mandada por Pedro de Ojeda, sobrino de Alonso; y la carabela Santa Ana, mandada por Hernando de Guevara. Alonso de Ojeda mandaba las cuatro. La expedicion

se dió á la vela en 1502, tocando en las Canarias, como de costumbre, para tomar provisiones, y dirigiendo despues su rumbo al Occidente en busca de las playas del Nuevo Mundo.

Despues de haber atravesado el golfo de Pária, y antes de llegar á la isla Margarita, la carabela Santa Ana, mandada por Hernando de Guevara, se separó de las demás y por espacio de muchos dias se anduvieron buscando unas á otras en aquellos silenciosos y no surcados mares. Luego que lograron reunirse, observaron que las provisiones se disminuian considerablemente; por esta razon, bajaron á tierra en un paraje de la costa llamado por los naturales Cumaná; al cual, por su belleza y fertilidad, dió Ojeda el nombre de Valfermoso. Mientras andaban recogiendo lo necesario para su alimento, le ocurrió á Ojeda la idea; de que, necesitando muebles y utensilios de todas clases para su presunta colonia, era mejor robarlos en un paraje donde estaban de tránsito, que no tomarlos violentamente de los habitantes del territorio donde iba á establecerse su gobierno. Sus compañeros se admiraron de la política, sino de la justicia, de esta idea, é inmediatamente pusieron todos manos á la obra. Se dispersaron emboscándose, y á una señal convenida se arrojaron repentinamente sobre los pobres indios. Ojeda dió sus órdenes prohibiendo que se les hiciese daño, y sobre todo, mandando que se respetasen sus habitaciones; sus compañeros, sin embargo, por un exceso de celo, traspasaron sus mandatos. Mataron siete ú ocho indios, hirieron á varios en la refriega, y una porcion de cabañas fueron presa de las llamas. Gran cantidad de hamacas de algodón y utensilios de varios géneros cayeron en poder de los conquistadores; tambien cogieron algunas indias; de las cuales, unas fueron rescatadas con el oro que llamaban *guanín*: otras se reservó Vergara para él y su amigo Ocampo; otras se distribuyeron entre la tripulacion, y á las restantes, probablemente las viejas y feas, se les dió libertad. Ojeda no tomó para sí de este saqueo, mas que una simple hamaca.

El rescate que los pobres indios pagaron por algunas de sus mujeres y efectos, produjo á los españoles una pequeña cantidad de oro; el país no era tampoco á propósito para abastecerlos, por lo cual Ojeda tuvo que despachar á Vergara con su carabela en busca de viveres á la Jamayca, previniéndole se reuniese con él en Maracaibo, ó cabo de la Vela.

Al fin llegó Ojeda á Coquibacoa, puerto destinado para su gobierno. Encontró el país tan estéril y tan pobre, que siguió á la largo de la costa hasta una bahía llamada Santa Cruz, probablemente la misma que hoy se llama Bahía Honda, donde hallaron un español que habia dejado Bastides en la provincia de Citarma hacia tres meses; el cual, por permanecer todo este tiempo entre los indios, habia aprendido su idioma.

• Ojeda determinó establecerse allí; pero los naturales estaban determinados á defender su territorio. No bien desembarcaron los de una partida en busca

(1) Navarrete, t. III, doc. X.

de agua, cuando una lluvia de flechas los obligó á volverse á bordo. Ojeda saltó entonces en tierra con toda su gente, é infundió tal terror en los indios, que se humillaron pidiendo su amistad y presentado como prenda de paz, gran cantidad de oro, que fue admitida con gran complacencia.

Ayudado Ojeda por sus compañeros, empezó á trabajar á fin de formar un establecimiento, cortando árboles y dando principio con la construcción de una fortaleza. Apenas habían empezado, cuando los atacó un cacique vecino; pero los españoles cayeron sobre él con tal ímpetu, que no solo le derrotaron, sino que le obligaron á dejar las cercanías. En seguida procedió Ojeda tranquilamente á la conclusión de su fortaleza, defendida por lombardas y destinada á guardar el almacén de provisiones y el tesoro recogido durante la expedición. Las provisiones se repartían dos veces al día, bajo la inspección de oficiales nombrados al efecto; el tesoro recaudado, procedente del tráfico, rescates ó saqueos, estaba depositado en una caja fuerte de hierro con dos llaves, una que tenía el superintendente y otra Ocampo.

Entre tanto, iban escaseando los víveres. Los indios no se presentaban en derredor de la fortaleza sino para molestarla con sus repetidos, aunque infructuosos ataques. Vergara no llegaba de Jamáica: fue preciso mandar una carabela en su busca. La gente, sufriendo mil trabajos y privaciones, empezaba á disgustarse del establecimiento, porque estaba situado en un país mal sano y pobre. El temor de perder los medios para volver á su país los exasperaba, porque veía los buques expuestos á ser carcomidos por el broma ó usando. Varias veces les permitió Ojeda salir á merodear por los campos vecinos, para procurarse comestibles y botín en las poblaciones indias. Los productos de estas correrías los depositaba en el almacén; despues de haber repartido parte de los despojos entre sus compañeros, el oro lo encerró en la caja fuerte, guardando éllas dos llaves, con gran disgusto del superintendente y de su socio Ocampo. Las quejas de la gente crecían á proporcion que se aumentaban las privaciones, y ya le hicieron comprender á Ojeda que no tenía autoridad sobre aquella parte de la costa, porque había traspasado los límites de su gobierno, estableciéndose en un país descubierta por Bastides. Cuando Vergara llegó de Jamáica, las disposiciones de la pequeña colonia no podían ser mas hostiles. Ocampo era enemigo personal del gobernador, probablemente á causa de alguna controversia sobre la caja; y como tenía con Vergara particular amistad, conferenciaron en secreto y trazaron ambos un plan para enredar al valiente Ojeda. A fin de realizarlo, convidaron á este para que fuese á la carabela á ver las provisiones que había traído Vergara de Jamáica; mas luego que estuvo á bordo, le reconvinieron por haber salvado las barreras puestas á su gobierno, provocando las hostilidades de los indios y sacrificando inútilmente las vidas de sus compañeros; y sobre todo por haberse apoderado de la caja, en menosprecio de la autoridad del interventor régio, lo que probaba su intención de hacerse dueño de los productos de la empresa: le hicieron entender que estaban decididos á llevarle

preso á la Española, para dar cuenta al gobernador de sus faltas. Viéndose Ojeda cogido en la red, propuso á Vergara y á Ocampo, que se volbiesen á España con la gente que quisiera acompañarlos, quedándose él con el resto para proseguir su empresa. Los descontentos amigos al pronto consintieron, porque ya estaban disgustados de una especulacion que ofrecía poco provecho y mucho trabajo. Convinieron en dejar á Ojeda la mas pequeña de las carabelas, con una tercera parte de las provisiones y ganancias, y construir una barca grande para él. Inmediatamente pusieron manos á la obra; pero antes de diez dias ya se habían arrepentido del contrato: los carpinteros estaban enfermos; no había calafates, y además, habiendo faltado Ojeda á las estipulaciones hechas con la corona, el volver sin él á España, seria exponerse á pagar por él como fiadores suyos. Decidieron en consecuencia, que el mejor plan era, no darle nada, y conducirlo preso á la península.

Cuando Ojeda supo la determinacion de sus compañeros, trató de huir á Santo Domingo; pero le cogieron, le cargaron de cadenas y le condujeron á bordo de una carabela, zarpando de Santa Cruz, llevándose consigo toda la gente, al gobernador preso y la caja, origen del litigio.

Salieron al mar á principios de setiembre, arribando á la parte occidental de la isla Española. Anclaron á tiro de piedra de la playa, y Ojeda confiado en su fuerza y en su habilidad como nadador, se dejó escurrir al agua durante la noche por un costado del buque, y trató de nadar hacia la orilla. Tenia los brazos litres, pero no los piés, y el peso de las cadenas le iba sumergiendo. Vióse, pues, obligado á pedir auxilio; echaron un bote al agua para recogerle, y el desgraciado gobernador tuvo que volver á bordo, medio ahogado, y continuar en poder de sus inexorables compañeros (1).

Estos últimos desembarcaron y dejaron al prisionero en manos de Gallego, comandante de aquel punto, para que lo pusiera á disposicion del gobernador de la isla. Entre tanto, la caja fuerte, que era la causa de todas estas querellas, permanció en poder de Vergara y Ocampo: los que, segun Ojeda dice, tomaron de ella cuanto quisieron, sin ningun miramiento por el real tesoro y sin la anuencia del superintendente. A fines de setiembre de 1502, estaban en Santo Domingo el preso y los acusadores; el juez principal de la isla, despues de haber oido las dos partes, dió sentencia contra Ojeda, despojándole de sus efectos y declarándole deudor á la corona.

Ojeda apeló al soberano; y pasado algun tiempo, fue honrosamente absuelto por el consejo real, de todos los cargos que se le habían hecho, expidiéndose en 1503 una orden para restituirle lo que le pertenecía. Sin embargo, las costas del proceso absorbieron el dinero que le adeudaba la caja fuerte, y fue precisa otra real orden para sacarle de las manos del gobernador. De suerte que como tantos otros litigantes, salió de las manos de la justicia triunfante, pero arruinado.

(1) Hist. Gen. de Viajes, Herrera, Hist. Ind.

ALONSO DE OJEDA.

(1509)

CAPITULO PRIMERO.

Ojeda suplica que se le dé un mando. — Es su rival Diego Nicuesa. — Sus progresos.

Por algunos años despues de su ruinoso, si bien triunfante proceso, perdemos completamente de vista á Ojeda; solo sabemos que hizo otro viaje á las inmediaciones de Coquibacoa en 1505. No ha quedado relacion alguna de dicha expedicion, que segun parece, tuvo tan mal éxito como la precedente; pues hallamos á nuestro héroe por los años de 1508 en la Española, tan pobre de bolsillo, como petulante y orgulloso. El hecho es, que aun cuando la fortuna le favoreciese, era de suyo descuidado y derrochador, y siempre estaba pobre.

Las relaciones dadas por Colon sobre la riqueza de las minas de oro de Veragua, excitaron en sumo grado la avaricia del rey Fernando. El Almirante creia haber encontrado el Aura Chersonesus de los antiguos, de donde el rey Salomon estrajo el oro, para la fabricacion del templo de Jerusalém. Varios viajeros corroboraron esta opinion alabando la riqueza de Costa-Firme en tales terminos, que el rey Fernando resolvió establecer varias colonias á la larga de la costa, y colocar al frente un comandante de capacidad. Colon habia concebido un proyecto semejante, cuando descubrió aquella region durante su último viaje, y el lector recordará los desastres que sufrieron él y su hermano don Bartolomé, tratando de fundar una colonia en las hostiles playas de Veragua. Muerto el Almirante, la persona á quien debió considerarse mas á propósito para el caso, fue su hermano don Bartolomé; pero el cauto é interesado monarca sabia que el adelantado era tan exigente en sus condiciones como su hermano, y prefirió llevar á cabo sus fines con agentes menos costosos. No queria tampoco dar realce ni fomentar los intereses de una familia, cuyas inmensas, aunque justas pretensiones, le inquietaban. Entre los infinitos aventureros formados en la escuela de Colon, buscaba uno que estuviera pronto á servirle con poca economía. Alonso de Ojeda era el que sus amigos consideraban mas á propósito; porque su carácter belicoso y la intrepidez que revalaban sus hazañas, le habian hecho célebre entre los viajeros.

Creian que si él presentaba esta peticion, seria atendida; pues contaba con un buen amigo en la corte, en la persona del obispo Fonseca. Desgraciadamente estaba Ojeda muy lejos para activar su solicitud, y lo peor era que no tenia dinero. Casualmente residia en Santo Domingo el veterano piloto Juan de la Cosa, el Nestor de los asuntos marítimos (1). Este atrevido

vizcaino habia navegado con Ojeda, y estimaba en mucho el valor y los talentos del jóven aventurero. Habia ganado tambien algun caudal en sus navegaciones, y á la sazón con la franca generosidad de un marino, le ofreció ayudarle en el buen éxito de sus negocios.

Con gran placer aceptó Ojeda sus ofrecimientos, y convinieron en que Juan de la Cosa saldria para España, á fin de lograr que se concediese á su amigo el mando de Costa-Firme; en tal caso, con sus propios fondos armaria los buques necesarios. Juan de la Cosa salió en efecto, con su embajada para España, y fue á ver al obispo Fonseca, quien como se esparaba, apoyó con calor las miras de su favorito, recomendándole al ambicioso y fanático rey, como el hombre mas á propósito para extender su imperio en aquellos rudos países, y propagar la Religion Cristiana entre los salvajes.

La recomendacion del obispo surtia siempre buen efecto en todos los negocios concernientes al Nuevo-Mundo, y la opinion del veterano la Cosa era de gran peso hasta para el soberano; pero se le habia presentado á Ojeda un rival, que ofrecia la ventaja de tener mayores recomendaciones y mas dinero. Este era Diego de Nicuesa, cortesano de noble cuna, que habia sido maestro sala de don Enrique Enriquez, tio del rey. Naturaleza, educacion, costumbres, todo se combinaba en Nicuesa, para un temible competidor de Ojeda. Ambos eran de poca estatura, pero notables por la simetria é igualdad de sus formas, la fuerza de sus músculos y la actividad de sus espíritus, los dos eran maestros en el manejo de todas las armas, y muy diestros, no solo en suertes de agilidad, sino en los graciosos y caballerescos ejercicios, que los hidalgos españoles de aquellos tiempos habian heredado de los árabes. Nicuesa se habia hecho notable por su vigor y destreza en las justas al estilo de los moros. Ni el mismo Ojeda le sobrepujaba en el arte de la equitacion, y se decia que tenia una yegua favorita, á la que hacia saltar y caracolear en cadencia al sonido de una viola. Además, estaba muy versado en la lectura de las baladas ó romances de su país, y tocaba perfectamente la guitarra. Tales eran las condiciones de este candidato para el mando de aquellos países salvajes, segun lo manifiesta el reberendo obispo las Casas. Es probable que él pondria en evidencia otras cualidades mas á propósito para desempeñar el puesto que deseaba; puesto que habia sido uno de los que acompañaron al último gobernador Ovando á la Española, formando parte de su séquito militar.

Colocados en una balanza los méritos de Ojeda y Nicuesa, era muy difícil decidir entre ambos; por cuanto el rey Fernando evitó el dilema, favoreciéndolos á los dos, no suministrándoles buques ni dinero, sino despachos y dignidades á manos llenas, que no contaban nada y podian producir mucho. Dividió la parte del continente, situada á lo largo del istmo de *militares como los aposentos de sus casas*) como por estar ambos reputados por los mas hábiles en esa parte de la cosmografía que enseña á describir y medir los mares.

(Pedro Martir, díc. II, c. X.)

(1) Pedro Mártir, cuyo testimonio es de mucho peso, dice lo siguiente respecto de los conocimientos y habilidad de este excelente marino:

Entre los españoles los que se juzgaron dotados de los conocimientos necesarios para medir la tierra y el mar dibujaron cartas en pergamino concernientes á estas navegaciones; y de todas estas las que mas se estiman son las que sacaron Juan de la Cosa, compañero de Ojeda y otro piloto llamado Andrés Morales, tanto por la grande experiencia que ambos tenian (*pues aquellos parajes les eran tan fa-*

Darien en dos provincias, cuya linea de demarcacion atravesaba el golfo de Uraba. La parte del Este, que se extiende hasta el cabo de la Vela, se llamó Nueva-Andalucía, y su gobierno fue conferido á Ojeda: el de la de Poniente, incluso Veragua y subiendo hasta el cabo de Gracias á Dios, á Nicuesa. La isla de Jamáica se concedió á los dos en comun, como punto de donde podian abastecerse. Cada uno de los gobernadores se comprometia á levantar dos fortalezas en su distrito, y por espacio de diez años disfrutaba de los productos de las minas que descubriese, pagando á la corona una décima parte el primer año, la novena el segundo, la octava el tercero, la sétima el cuarto y la quinta los años restantes.

Juan de la Cosa, que habia sido un agente infatigable de Ojeda, fue nombrado su teniente gobernador, con el empleo de alguacil mayor de la provincia. Inmediatamente fletó un barco y dos bergantines, en los que embarcó doscientos hombres. El armamento no era á la verdad considerable, porque la bolsa del honrado marino no se hallaba muy llena, y la de Ojeda estaba completamente vacía. Nicuesa, por el contrario, abundando en recursos, armó cuatro bajeles y dos bergantines, provistos de copiosos víveres y utensilios necesarios para el establecimiento de la colonia y las contingencias del viaje: alistó mucha gente, y se dió á la vela lleno de satisfaccion y orgullo, navegando hácia las doradas costas de Veragua, el Aura Chersonesus de su imaginacion.

CAPITULO II.

Disputa entre los gobernadores rivales Ojeda y Nicuesa.—Duelo.

Las dos armadas rivales llegaron á Santo Domingo al mismo tiempo. Nicuesa habia experimentado en el camino un agradable golpe de fortuna. Tocando en Santa Cruz, una de las caribes, tuvo la oportunidad de hacerse con cien indios cautivos que trajo, y vendió como esclavos en la Española. Esto era justificable, aun á los ojos del mas escrupuloso moralista, pues en aquellos tiempos de oscuridad se creia que todos los caribes eran antropófagos.

Alonso de Ojeda, dió con placer la bienvenida á su amigo y futuro teniente Juan de la Cosa; aunque le mortificaba ver la inferioridad de su pequeña flota, comparándola á la de Nicuesa, cuyos magníficos bajeles se mecian magestuosamente en el puerto de Santo Domingo. Estaba además convencido de que sus medios eran escasos para el establecimiento de la proyectada colonia; pero Ojeda no era de los que se apuran por falta de dinero. Como aconteció con todo hombre pródigo, se desprendia indiferente de lo suyo, pero vaciaba tambien del mismo modo el bolsillo de sus compañeros. Entre la poblacion mixta de Santo Domingo se contaba un abogado de fama, llamado el bachiller Martin Fernandez de Enciso, que habia ganado dos mil castellanos entre sus clientes (1), porque la manía de pleitear fue uno de los primeros frutos que llevó la civilizacion á América, sobresaliendo en esto los colonos españoles.

Alonso de Ojeda trabó grande amistad con este bachiller, y convencido de su carácter inquieto y especulador, logró que se disgustase de su seria, pero segura y provechosa profesion, imbuéndole su aficion á las aventuras. Deslumbróle, sobre todo, con la oferta de hacerle alcalde mayor de la provincia donde iba á establecer su gobierno.

En mal hora cayó el bachiller en semejante tentacion, y convino en poner todo su dinero en la arriesgada empresa. Se decidió que Ojeda saldría con la escuadrilla que acababa de llegar de España, mientras el bachiller Enciso permaneceria en la Española reclu-

tando gente y acopiando víveres con los cuales se embarcaria en un buque que comprara é iria á reunirse con su orgulloso amigo en el sitio donde se pensaba fundar la colonia. Dos gobernadores rivales, como Ojeda y Nicuesa, de espíritu altanero y actividad sin igual, no podian permanecer mucho tiempo en un recinto tan reducido como Santo Domingo sin que entre ellos se suscitase alguna controversia. La Jamáica, cuyo gobierno se les habia asignado á los dos en comun, fue el primer móvil del rompimiento, y la provincia de Darien, que ambos trataban de incluir en los limites de su jurisdiccion, fue el segundo. Sus disputas sobre el particular, se acaloraron hasta hacer que el pais se enterase de ellas. Nicuesa poseia el don de la palabra: educado en la corte, era político, sagaz, ceremonioso, y sabia dominarse; dejó por lo tanto, perplejo á su rival con sus argumentos. Fallábale á Ojeda instruccion, pero sabia manejar muy bien la espada; y hallábase dispuesto siempre á zanjar con ella cualquiera cuestion de derecho ó dignidad, que no alcanzase á zanjar con la lengua; de consiguiente, propuso dar cima á la disputa con un duelo. Nicuesa, aunque tan valiente como él, tenia mas mundo, y conoció la locura de semejante medida. Se burló en sus adentros del calor de su antagonista, y propuso, como preliminar del duelo y para que la contienda tuviese algun valor, que cada uno depositase cinco mil castellanos, que seria el premio de la victoria. Sucedió lo que habia previsto: la proposicion fue un golpe inesperado para su orgulloso rival, que no poseia una blanca, pero que era demasiado vano para confesarlo.

Ojeda, con la impetuosidad de su carácter, no hubiera podido contenerse largo tiempo; mas el discreto Juan de la Cosa hizo lo posible por calmarle. Es interesante dar á conocer el grande ascendiente que tenia este veterano marino sobre su indómito compañero. Juan de la Cosa era hombre de excelente criterio; sus luces naturales habian avivado mas con una larga y costosa experiencia; su valor era innegable, aunque templado por la edad y los padecimientos inherentes á su agitada vida. Estuvo siempre unido á Ojeda con particular interés; pues, como hombre práctico que habia pasado por todos los temerarios arranques de la juventud, sabia apreciar las indomables cualidades de su jóven compañero. Mientras acompañó á Ojeda, fue su mentor; y no le abandonó jamás cuando arriescaba el peligro.

En la ocasion de que se trata, la mediacion del viejo marino produjo efectos muy saludables: evitó el duelo pendiente entre los dos gobernadores, y les persuadió á conformarse con que el río Darien fuese la linea divisoria de sus respectivas jurisdicciones.

La disputa relativa á la Jamáica, se encargó de zanjarla el Almirante don Diego Colon, resentido como se hallaba por la distribucion que el rey habia hecho de aquellos gobiernos, sin su anuencia ni conocimiento; cosa contraria á los privilegios que habia heredado de su padre. En vano era disputar sobre un asunto que no podia remediarse; pero, por lo tocante á Jamáica, que en cierto modo estaba sitiada á las puertas de su gobierno, no le fue posible considerarla como donacion hecha á aquellos dos turbulentos gobernadores; y sin esperar el incierto y pesado curso de una representacion hecha al monarca, miró el asunto como un derecho adquirido, y ordenó á su valiente oficial Juan de Esquivel, quien habia subyugado la provincia de Higuey, que tomase posesion de la isla con setenta hombres y la conservase bajo su mando.

Ojeda no tuvo conocimiento de este arreglo hasta el momento de embarcarse. Fue tal su cólera, que desafió en alta voz el poder del Almirante, jurando que si llegaba á encontrar á Juan de Esquivel en Jamáica le cortaria la cabeza. Los que le oyeron, conociendo su carácter, no dudaron que pondria en ejecucion

(1) Unos 10,650 ducos de la moneda actual.

su amenaza; pero, á pesar de todo, Juan de Esquivel, obedeciendo las órdenes que tenia, tomó posesion de la isla indicada.

La escuadra de Nicuesa se detuvo algun tiempo despues de partir la de su rival. Sus maneras atractivas y cortesanas, ayudadas por el rumor de las grandes riquezas de la provincia de Veragua, donde iba á establecer su colonia, le proporcionaron tantos voluntarios, que fue preciso comprar otro buque para transportarlos.

Nicuesa tenia mas de cortesano y caballero que de hombre de negocios, y no sabia manejar sus intereses. Habia gastado sus fondos con mano franca, hallándose envuelto en deudas que no podia pagar inmediatamente. Muchos de sus acreedores concian que esta expedicion era mal mirada por el Almirante don Diego Colon; y para captarse la benevolencia de este último, pusieron todos los obstáculos posibles al viaje de Nicuesa: apenas habia satisfecho á un acreedor, cuando se le presentaba otro nuevo. Sin embargo, pudo embarcar toda su gente. Tenia setecientos hombres bien escogidos y bien armados y seis caballos. Nombró á Lope de Olano su capitan general, nombramiento impolitico, porque este Olano habia sido de los que se reunieron al célebre Roldan, cuando se reveló contra Colon. La escuadra zarpó de Santo Domingo, saliendo todos al mar, menos un buque que esperaba á Nicuesa en franquía, mientras se desenredaba de los obstáculos que artificialmente se iban multiplicando á su derredor.

En el momento en que ponía el pié en su bote, fue arrestado por los agentes de la ley, y llevado ante el alcalde mayor, para responder á una demanda de quinientos ducados; ordenándole que los pagase al contado, ó se preparase á ir á la cárcel.

Torrible golpe fue este para el desgraciado caballero. En vano representó, que no le era posible pagar en aquel momento; en vano espuso que se le arruinaba, retrasándose además el servicio público con no dejarle marchar á reunirse con su expedicion. El alcalde mayor permaneció inflexible, á pesar de ver á Nicuesa desesperado. Pero de donde menos se esperaba, vino el auxilio en tan solemnes instantes. ¡El corazon de un escribano público se ablandó ante tal desgracia! Presentóse en la sala y declaró, que por no contemplar á un caballero tan completo reducido á tal estado, él pagaria la deuda. Nicuesa le miró sorprendido, creyendo apenas lo que le pasaba; luego que el escribano aprontó el dinero y él se halló repentinamente libre del embarazo en que estaba, abrazó á su libertador con lágrimas de gratitud, y se apresuró á embarcarse para no dar lugar á que se presentase otro pedimento contra su persona.

CAPITULO III.

Proezas y desastres de Ojeda en la costa de Cartagena.— Muerte del veterano Juan de la Cosa.

En el mes de noviembre de 1509, salió Ojeda de Santo Domingo con dos bajefes, dos bergantines y trescientos hombres, llevando tambien consigo doce yeguas de vientre. Entre los mas notables aventureros que se embarcaron con él, se cuenta á Francisco Pizarro (1), tan nombrado despues por su conquista

(1) Francisco Pizarro era natural de Trujillo en Estremadura, fruto ilegítimo de los amores de Gonzalo Pizarro, antiguo capitán de infantería, con una jóven de humilde linaje. Pasó su juventud en las ocupaciones consiguientes á la pobre situacion de su madre, y aun se dice que tuvo por ocupacion guardar cerdos. Cuando tuvo la estatura y edad suficientes, sentó plaza de soldado. Probablemente hacia su primera campaña contra los moros de Granada; es lo cierto que sirvió en Italia con el gran capitán Gonzalo de Córdoba, hasta que su ánimo inquieto y emprendedor le impulsó á unirse á los aventureros del Nuevo Mundo. Tenia un valor feroz y

del Perú. Hernan Cortés quiso tambien salir con aquella expedicion; pero no pudo realizarlo, por tener una rodilla inflamada.

El viaje fue pronto y feliz, llegando á fines de otoño al puerto de Cartajena, que era muy conocido del veterano Juan de la Cosa, porque navegaba con Rodrigo de Bastides en calidad de piloto, cuando fue descubierto en 1504. Advirtió á Alonso de Ojeda que estuviere alerta, pues los naturales eran hombres valientes, de raza caribe, muy distantes de parecerse á los sencillos y amables habitantes de las islas; le dijo que usaban grandes espadas de palo de palmera, y se defendian con escudos de mimbrés empapando las puntas de sus flechas en un veneno muy sutil. Las mujeres se batian lo mismo que los hombres, mezclándose con ellos en la refriega, siendo muy diestras en disparar el arco y arrojar una especie de lanza, llamada azagaya. La advertencia era oportuna, porque los indios estaban sumamente irritados con los robos que les habian hecho sufrir otros aventureros llegados á aquellas costas con antelacion, y desde que divisaron las embarcaciones corrieron á tomar las armas.

Juan de la Cosa, tembló por la seguridad de una empresa en que estaba comprometida su persona, su fortuna y su dignidad. Apresuróse, pues, á aconsejar á Ojeda que abandonase aquella peligrosa vecindad y escogiese para fundar su establecimiento el golfo de Uraba, donde el pueblo era menos feroz y no envenenaba sus flechas. Pero Ojeda era demasiado orgulloso para que el temor de unos enemigos desnudos alterase sus planes; además de que le convenian las escaramuzas, pues de ellas sacaba pretestos para hacer esclavos y mandarlos á la Española en pago de las deudas que habia dejado sin liquidar (2). Por tanto desembarcó con la mayor parte de sus fuerzas, y unos cuantos frailes que habian ido á la conversion de infieles. Su leal teniente, no pudiendo separarle del peligro, permaneció á su lado para prestarle ayuda.

Ojeda se adelantó hácia los salvajes, y ordenó á los frailes que leyesen en alta voz cierta fórmula que habia sido últimamente redactada en España por profundos juristas y teólogos, que decia así: «Yo, Alonso de Ojeda criado de los muy altos y muy poderosos soberanos de Castilla y de Leon, conquistadores de bárbaros, su mensajero y capitan, os notifico y hago saber del mejor modo posible, que Dios Nuestro Señor, único y eterno, ha creado cielo y tierra, y del primer hombre y primera mujer, de los cuales vosotros y nosotros descendemos, como tambien todos los habitantes de la tierra nacidos y por nacer, etc.» La fórmula seguia explicando los principios fundamentales de la fe católica; el supremo poder, conferido á San Pedro sobre toda la especie humana; la donacion hecha por el papa de toda aquella parte del mundo y de sus habitantes á los soberanos de Castilla, dando á entender á los salvajes que la mayoría de sus compatriotas se habian ya sometido á los representantes de estos soberanos; é intimidando á cuantos se hallaban presentes que obrasen del mismo modo, que se instruyesen en las verdades de la doctrina cristiana, que reconociesen la supremacia del papa y la soberania del rey católico; y amenazándoles sino con todos los horrores de la guerra, la destruccion de sus hogares, el saqueo de sus propiedades y la esclavitud de sus mujeres é hijos. Tal era el extraordinario documento, que en aquellos atrasados tiempos se leia por los españoles descubridores, á los maravillados salvajes de cualquier país nuevamente descubierto, como preludio para

era tan obstinado en sus empresas que no retrocedia jamás ni ante el peligro ni ante los trabajos, ni ante los desengaños repetidos. Despues de haber conquistado el gran reino del Perú fue asesinado en 1541. Era ya de edad avanzada, pero se defendió valientemente hasta lo último.

(2) Las Casas, Hist. Ind. I, II, c. 37, MS.

santificar las violencias de que iban á ser víctimas (1).

Después de haber leído los frailes tan piadoso manifiesto, Ojeda hizo á los indios señales de paz y amistad, enseñándoles reluctantes regalos para atraerlos. Habían ya sufrido mucho por las crueldades de los blancos, para dejarse engañar con sus alhagos. Al contrario, blandieron sus armas, sonaron sus caracoles de guerra y se prepararon al combate. Juan de la Cosa conoció que Ojeda había montado en cólera y ansiaba venir á las manos. Volvió, no obstante, á instarle para que abandonase aquellas hostiles playas, recordándole el peligro de las armas envenenadas de sus enemigos. Todo fue en vano: Ojeda confió ciegamente en la protección de la Virgen. Hizo como siempre una corta oración á su patrona, desenvainó su espada, empuzó su escudo, y cargó furiosamente sobre los salvajes. Juan de la Cosa le siguió con tanto denoado, como si la batalla hubiere sido deseada por él. Hier pronto fueron arrollados los indios: muchos murieron y algunos cayeron prisioneros. Sobre sus cuerpos se encontraron bastantes planchas de oro, aunque de inferior calidad. Engerido Ojeda con este triunfo, tomó por guías algunos prisioneros y se internó, sin escuchar los consejos de su leal teniente la Cosa, quien no le abandonaba nunca.

Una vez en medio del bosque, llegaron donde estaba el grueso del enemigo, cuya numerosa fuerza aguardaba preparada para recibirlos, armados de clavos, lanzas, flechas y escudos. Ojeda dió una carga con el grito de guerra que acostumbraban los castellanos. «¡Santiago! á ellos.» Los salvajes se dispersaron en todas direcciones: solo ocho de los mas valientes se guarecieron en una cloza, manejando con tal destreza sus armas, que los españoles no se atrevían á acercarse. Ojeda gritó á los suyos, diciéndoles sino tenían vergüenza de dejarse vencer por ocho hombres desnudos. Herido de esta invectiva, un viejo soldado castellano pasó entre una multitud de flechas, y violentó la puerta de la cabaña; pero atravesándole un dardo el corazón, quedó muerto en el acto. Furioso Ojeda, mandó prender fuego á la cloza, que quedó en pocos minutos reducida á pavesas, pereciendo los ocho guerreros en las llamas.

Hicieronse setenta cautivos; los mandaron á los buques; y Ojeda, desoyendo siempre las amonestaciones de Juan de la Cosa, continuó su encarnizada persecución al través de los bosques. Ya oscurecía, cuando llegaron á un pueblecito llamado Yurbaco, cuyos habitantes se habían refugiado al monte con sus mujeres y efectos de valor: creyendo los españoles que los indios estaban completamente aterrorizados y dispersos, se diseminaron en busca de botín por las casas desiertas que estaban esparcidas acá y allá, á bastante distancia unas de otras entre los árboles. Mientras andaban así separados, se echó sobre ellos una nube de salvajes, que salían en todas direcciones, ahullando furiosamente. Los españoles trataron de reunirse para protegerse mutuamente; pero cada pequeña fracción estaba rodeada de innumerables enemigos. Se defendieron con desesperado valor, mas por esta vez ni su esfuerzo, ni su armadura de hierro les sirvió de nada; fueron confundidos por el número, sucumbiendo bajo las clavos y las agudas flechas envenenadas.

Ojeda, en el primer momento de alarma, pudo reunir algunos soldados y atrincherarse en una empalizada. Allí fue estrechamente sitiado y acosado por nubes de flechas. Echóse al suelo de rodillas, cubriéndose con el escudo; como era pequeño y ágil, pudo manejarse y defenderse de aquella mortífera lluvia; pero todos sus compañeros fueron muertos

(1) En el apéndice verá el lector este curioso documento.

á su derredor, pereciendo la mayor parte entre horriboras convulsiones. En este crítico momento se presentó la Cosa seguido de algunos compañeros que acudían á socorrer á su comandante.

El valiente vizcaino se estacionó en la puerta de la empalizada, haciendo retroceder á los salvajes, mientras que casi todos los suyos perecían, y él mismo recibía mortales heridas. Entonces Ojeda, arrojándose como un tigre en medio de los combatientes, repartió la muerte por todas partes. La Cosa hubiera querido seguirle, pero estaba acribillado de heridas, y se refugió con el resto de su gente en una cabaña, cuyo techo de estera arrancaron para que no la prendiesen fuego. Allí se defendió hasta que todos sus compañeros, menos uno, perecieron. El veneno sutil de sus heridas había comenzado á obrar, y cayó al fin exánime. Conociendo que iba á morir, llamó al único de sus compañeros que sobrevivía, y le dijo: «Hermano, ya que Dios os ha protegido hasta hora conservándoos sin lesión, salid y corred; y si alguna vez veis á Alonso de Ojeda, contadle mi muerte.»

De este modo sucumbió el esforzado Juan de la Cosa, llevando su fidelidad y abnegación hasta el último momento; por lo que no podemos menos de pagar un tributo pasajero á su memoria. Sus contemporáneos le consideraban como uno de los mas hábiles y valientes navegantes españoles, que se arrojaron al descubrimiento del Nuevo Mundo. Pero su memoria nos es mucho mas grata por las nobles cualidades de su corazón, sobre todo por su desinteresada amistad y la lealtad de alma que desplegó en esta última y fatal expedición. Estimulado por el cariño que profesaba á Ojeda, y aunque conocía su exaltación por las aventuras, se vió siempre á este veterano de los mares olvidar su habitual prudencia y las lecciones que debía á su práctica, y seguir ciegamente las locas empresas de su amigo, prodigándole su persona y bolsillo sin el menor interés. Le hemos visto vigilarle ahora con el cariño de un padre, reconvenirle luego como prudente consejero; y después pelear á su lado con todo el calor de un celoso partidario. Al morir, no manifestó otro deseo que el de que le recordasen su muerte á aquel por quien la recibía.

La historia de los descubrimientos hechos por los españoles, abunda en nobles y generosos rasgos de carácter; pero pocos nos han interesado tanto como este ejemplo de lealtad, sostenido hasta el último suspiro, en la muerte de Juan de la Cosa. El español que logró escapar para contar la historia de su fin, fue el unico que quedó de setenta que siguieron á Ojeda en aquella temeraria y precipitada correría.

CAPITULO IV.

Llegada de Nicuesa. — Venganza que tomó de los indios.

MIENTRAS ocurrían todos estos desastres en tierra, la alarma cundía en los buques. Habían pasado muchos días desde la marcha inconsiderada de su jefe, y no se sabía una palabra de lo ocurrido, ni nadie se presentaba. La muerte había extendido su funebre manto sobre el bosque: todo yacía en un silencio sepulcral. Algunos que mas atrevidos que los otros se internaban unas cuantas varas, volvían aterrados por los ahullidos y gritos de los salvajes, y el espantoso rumor de sus caracoles y tambores. Pequeños destacamentos armados recorrían la costa en los botes, examinando todas las rocas y promontorios, disparando de tiempo en tiempo los arcabuces por ver si acudían á esta señal sus compañeros. También hacían resonar en los bosques el sonido de las trompetas... ¡todo en vano! Nadie sino el eco de sus señales, ó la gritería de los salvajes desde el fondo de sus bosques respondían al llamamiento. Por último, cuando ya estaban cansados de buscar, y desesperados iban á desistir de su empresa, llegaron á un sitio donde había

un bosque de mangles en la misma orilla del mar. Estos árboles crecen dentro del agua, pero las raíces suben y se entrelazan en la superficie. En esta enmarañada é impenetrable arboleda, vislumbraron una como sombra, vestida á la española. Entraron, y quedaron asombrados al reconocer á Alonso de Ojeda. Yacía sobre las enredadas raíces de los mangles con el escudo al hombro y la espada en la mano; pero tan debilitado por el hambre, el cansancio y la fatiga, que no podía articular una palabra. Le tras-

portaron á la playa; encendieron lumbre á fin de calentarle, porque estaba entumecido por el frío y la humedad de su escondite: luego que empezó á reanimarse, le dieron alimento y un poco de vino; de este modo pudo ir cobrando gradualmente fuerzas para contar su triste historia (1).

Con gran dificultad había conseguido abrirse camino por entre las huestes salvajes y llegar á unos bosques á la falda de los montes; pero cuando se vió solo, pensó morir de desesperación al considerar que



Muerte de Juan de la Cosa.

todos sus valientes compañeros habían sido destrozados. Se echó en rostro amargamente el no haber escuchado las amonestaciones del veterano la Cosa, y deploró con el mas profundo dolor la pérdida de este leal amigo, víctima de su abnegación. No sabía qué camino llevaba, ni por donde salir; pero continuó marchando en la oscuridad de la noche por entre malezas, hasta que dejó de percibir los ahullidos de triunfo con que los salvajes celebraban su victoria.

Al amanecer se refugió en la parte mas agreste del monte, donde permaneció oculto hasta la noche; entonces se adelantó, tuchando con los precipicios, las rocas y la espesura, y llegó por fin á la orilla del mar, permaneciendo allí por sentirse demasiado débil para llegar hasta los buques. Era verdaderamente maravilloso el que un hombre de tan poca consistencia, hubiese podido sufrir trabajos tan terribles; pero su intrepidez y fortaleza de espíritu lo compensaban to-

do. Sus compañeros consideraron poco menos que milagroso el que escapase con vida, y Ojeda lo consideró como otra prueba de la especial protección de la Virgen; pues aunque como en otras muchas ocasiones había salido ileso, sin embargo de que el escudo tenía las señales de mas de trescientos flechazos.

(1) La descripción que aquí hace Las Casas, es tan novelésca que el autor no puede menos de citarlo por extenso. Llegaron adonde había unos manglares, que son árboles que siempre nacen y crecen y permanecen dentro del agua de la mar, con grandes raíces, asidas, enmarañadas unas con otras, y allí metido y escondido hallaron á Alonso de Ojeda, con su espada en la mano y la rodela en las espaldas, y en ella sobre trescientas señales de flechazos. Estuvo descaído de hambre, que no podía hechar de sí la habla, y sino fuera tan robusto, aunque chico de cuerpo, fuera muerto.

Las Casas, l. II, c. 58. Herrera, Hist. Ind. d. I, l. VII, c. XV.

Todavía estaban los españoles en la playa administrando socorros á su jefe, cuando avistaron una escuadra que se dirigia al puerto de Cartajena, conociendo al instante que era la flota de Nicuesa. Ojeda al verlos se afectó de tal modo, que casi perdió el uso de la razon, recordando su descompuesta conducta é intempestivo desafío con aquel caballero, y reflexionando que si le buscaba como enemigo no estaba en situacion de poderle hacer frente, ni aun de defenderse. Ordenó, pues, á su gente que se volviesen á bordo y le dejasen solo en la playa, sin revelar á nadie el lugar donde se hallaba oculto, hasta que Nicuesa dejase aquellos sitios.

Así que la escuadra hubo entrado en el puerto, salieron á encontrarle las lanchas. La primera pregunta de Nicuesa fue informase de la suerte de Ojeda. Los compañeros de este le respondieron llenos del mas profundo dolor, que su comandante habia ido á un reconocimiento en lo interior del pais, y hacia dias que nada sabian de él; por lo cual temian que alguna grave desgracia le habia ocurrido. Suplicaron á Nicuesa que les asegurase, bajo su palabra de honor, que no molestaria á Ojeda, si realmente habia sucedido lo que temian, ni aprovecharia la ventaja que le proporcionaban sus desgracias, para vengarse de sus pasadas disputas.

Nicuesa, que era todo un caballero, de alma noble y generosa, se irritó sobre manera al oír semejante súplica. «Buscad á vuestro comandante inmediatamente;» les dijo, «traédmelo si vive; que yo empeño mi palabra, no solo de olvidar lo pasado, sino de ayudarle como á un hermano (1).»

Así que se avistaron, Nicuesa abrió los brazos para recibir á su antiguo enemigo. «No es de caballeros como nosotros, dijo, sino de almas bajas, el recordar pasadas desavenencias cuando nos necesitamos el uno al otro. Todo lo que ha habido entre nosotros, debe olvidarse. Dispone de mí como si fuera vuestro hermano, que yo y mi gente estamos á vuestras órdenes, para seguirlos donde querais, hasta que la muerte de Juan de la Cosa y demás compañeros quede vengada.»

Ojeda se reanimó oyendo tan noble y generosa oferta. Los dos gobernadores, que ya no eran rivales desembarcaron con cuatrocientos hombres y algunos caballos, dirigiéndose á toda prisa á la poblacion fatal. Llegaron de noche; se dividieron en dos cuerpitos, y mandaron que no se diese cuartel á nadie. La poblacion se hallaba sumergida en el mas profundo sueño; pero el bosque se hallaba lleno de loros de gran magnitud, que se despertaron asustados y armaron un clamoreo infernal. Como los indios creian haber destruido completamente á los españoles, no se cuidaron de tan extraordinario ruido; la alarma principió cuando vieron sus casas envueltas en las llamas. Precipitáronse entonces; y salieron, unos armados y otros sin armas; pero recibíanlos en la puerta los exasperados españoles, que los mataban en el acto, ó los hacian retroceder para que se abrasasen. Las mujeres, llevando en brazos á sus hijos, se arrojaban fuera de sus chozas con una salvaje desesperacion; mas viendo á los españoles relumbrantes de acero y á los caballos, los suponian monstruos del otro mundo, y corrían exhalando gritos de horror á sepultarse entre las llamas. La carnicería fue espantosa, porque no se perdonó ni edad, ni sexo, pereciendo muchos en las llamas y otros al filo de la espada.

Luego que los españoles saciaron bien su sed de venganza, se ocuparon del saqueo. Mientras estaban en esta ocupacion, se halló el cuerpo del infortunado Juan de la Cosa atado á un árbol, y tan hinchado y descolorido por efecto del veneno, que daba horror mirarle. Este triste espectáculo pro-

dujo tal efecto en los soldados, que ni uno siquiera quiso pasar la noche en aquel sitio. Despues de saquear la poblacion, no quedando de ella mas que humeantes ruinas, se retiraron triunfantes á sus naves. Los despojos en oro y otros artículos de valor, debieron ser muy grandes, porque la parte de Nicuesa y su gente subió á siete mil castellanos (2). Los dos gobernadores se separaron con las mejores muestras de amistad, permanciendo desde entonces en la mejor armonia. Nicuesa continuó su viaje hácia la costa de Veragua.

CAPITULO V.

Ojeda funda la colonia de San Sebastian.—Es sitiada por los indios.

Ojeda adoptó, aunque demasiado tarde, el consejo de su desgraciado teniente Juan de la Cosa, abandonando todo proyecto de colonizacion en aquella desastrosa parte de la costa, y dirigiendo su rumbo al golfo de Uraba. El rio Darien, famoso entre los indios por su abundancia de oro, fue el lugar en que pensó establecer su colonia; pero no dando con él, desembarcó en distintos parajes, á caza de un sitio favorable para establecerse. Todos estaban desalentados con los desastres que habian sufrido; y los objetos que les rodeaban, no eran los mas á propósito para inspirarles seguridad. El pais, aunque fértil y cubierto de una abundante y lujosa vegetacion, no producía á sus ojos sino canibales y monstruos. Empezaron á temer la ferocidad y la fuerza de los salvajes, que atravesaban un hombre con sus flechas aunque estuviera cubierto de armadura y cuyos dardos estaban empapados en mortal veneno. Oían los ahullidos de las panteras y tigres, y hasta imaginaban que habia leones en los bosques. Venenosas serpientes se arrastraban entre las rocas y matorrales; y al pasar por las orillas de un rio, un enorme caiman cogió de una pata á un caballo y le arrastró al fondo de las aguas (3).

Ojeda fijó por fin el punto de su residencia, sobre una altura al Este del Golfo. Se condujo allí todo lo que no era absolutamente necesario á bordo, y se trabajó con ardor, construyendo algunos edificios. A la ciudad naciente se dió el nombre de San Sebastian, en honor del Santo mártir, que murió atravesado de flechas; esperando que protegeria á los moradores de las envenenadas saetas de los salvajes. Para mayor seguridad se edificó una ciudadela de madera rodeada con una fuerte empalizada. Conociendo Ojeda que la poca gente que tenia no podia defenderse contra las hostilidades de las tribus que le rodeaban, despachó un buque á la Española con una carta para el bachiller Martir Fernandez de Enciso, su alcalde mayor, informándole del establecimiento de gobierno, y que era muy urgente no perder tiempo, y reunirse lo mas pronto posible con todos los reclutas, armas y provisiones que pudiese recoger. Con el mismo buque remitió á Santo Domingo el oro y los cautivos.

Estando ya su capital en estado de defensa, quiso Ojeda reconocer los terrenos incultos de los alrededores. Con este objeto salió acompañado de un destacamento de gente bien armada, y fué á visitar á un cacique de las cercanías, que tenia fama de poseer gran cantidad de oro. Los naturales, que ya conocian esta clase de visitas amistosas, estaban dispuestos á no aceptar la de Ojeda. Apenas habian los españoles entrado en los desfiladeros del próximo bosque, cuando se vieron asaltados por todas partes de una nube de flechas disparadas desde los mas espesos y profundos matorrales. Algunos quedaron muertos en el acto, otros menos dichosos espiraron entre horribles tor-

(2) Unos 37,281 duros de nuestra actual moneda.

(3) Herrera, Hist. Ind., d. 1, lib. VII, c. XVI.

(1) Las Casas ubi supra.

mentos y convulsiones, causados por el veneno; y los que sobrevivieron, horrorizados con tal espectáculo, y perdiendo toda su presencia de espíritu, se retiraron con el mayor desorden á la fortaleza.

Se pasó mucho tiempo antes de que Ojeda pudiese persuadirlos á salir al campo; tal era el terror que les causaban las flechas envenenadas de los indios. Al fin, las provisiones empezaron á escasear, y se vieron obligados á merodear por los pueblecillos, en busca no de oro, sino de alimentos.

En una de aquellas expediciones, los sorprendió una emboscada de salvajes en las gargantas de un monte; el furor del ataque fue tal, que los españoles huyeron en completa derrota, persiguiéndoles los indios con sus alullidos y gritos hasta la misma puerta de San Sebastian. Muchos murieron de sus heridas entre horribles convulsiones, y otros sanaron con dificultad. Los que quedaron salvos no se atrevían á salir en busca de alimentos porque todo el bosque herbía de enemigos. De forma que tuvieron que reducirse al triste estado de mantenerse con las yerbas y raíces que encontraban. Se les corrompió la sangre y les atacaron mil enfermedades, las que, unidas al hambre, disminuía su número diariamente. Al centinela que quedaba de guardia por la noche, se le solía encontrar muerto por la mañana. Muchos morían de debilidad; y en tal estado, no miraban la muerte como un mal, sino como una felicidad que los libertaba del horror y la desesperacion.

CAPITULO VI.

Suponen los salvajes que Ojeda está invulnerable.—
Prueba que hacen para cerciorarse de ello.

MIENTRAS tanto, continuaban los indios incomodando á la guarnicion, se emboscaban y sorprendian las partidas que salian á forrajear; les cortaban todo medio de subsistencia, y muchas veces se aproximaban á las murallas desafiando abiertamente á los españoles. En estas ocasiones, salía Ojeda á la cabeza de su gente y gracias á su grande agilidad, era el primero que alcanzaba á los enemigos, matando el solo mas que todos sus soldados juntos. Aunque exponiéndose muy á menudo á sufrir lluvias de flechas, nunca le habian estas herido, y los indios empezaron á figurarse que habia en él algo de hechizo. Acaso esta idea naciese de algunos prisioneros que lo oirian á gentes de Ojeda, pues él mismo se figuraba estar bajo una sobrenatural proteccion. Se propusieron averiguar el hecho: emboscáronse al efecto cuatro de sus mejores arqueros, con la orden de apuntar á él exclusivamente, y unos cuantos salvajes se dirigieron al frente, haciendo ruido con los caracoles y tambores y desafiando con sus acostumbrados alullidos á los españoles. Como suponian, salió Ojeda furioso á la cabeza de su gente, y los indios huyeron hácia el punto de la emboscada: perseguialos él con encarnizamiento, y así que le tuvieron á tiro, dispararon sobre él sus mortíferos dardos, de los cuales tres dieron en el escudo y el cuarto le atravesó el muslo. Satisfechos los salvajes con haberle herido, se retiraron exhalando gritos triunfantes de alegría.

Ojeda fue conducido á la fortaleza, sufriendo grandes angustias y lleno de desconfianza el corazon, por ser la primera vez de su vida que derramaba su sangre en el combate. El hechizo en que habia confiado hasta entonces estaba deshecho, ó mas bien, la Santísima Virgen le retiraba su proteccion. La horrible muerte de sus compañeros que perecian con rabioso frenesi, ocasionado por el veneno, no se apartaba de sus ojos.

Uno de los síntomas era un frio penetrante, que taladraba, digámoslo así, la herida; y esto hizo que le ocurriese un remedio que nadie mas que él hubiera podido soportar; mandó enrojecer dos planchas de

hierro y ordenó á un cirujano que se las aplicase sobre las dos bocas de la herida. El cirujano se estremeció y negó diciendo que no queria ser el asesino de su general (1). Ojeda le juró que si no le obedecia le haria ahorcar; por cuya razon accedió, y aplicó los hierros candentes á la herida. Durante la operacion no quiso que nadie le sujetara ni ayudase, sufriendo sin proferir ni una sola queja, á pesar de haberse inflamado todo el sistema hasta necesitar envolverle con sábanas empapadas en vinagre para templar el ardor que le abrasaba; se asegura que se gastó un barril de vinagre. Con este remedio desesperado se curó. El veneno, dice el Obispo Las Casas, se consumió con la accion del fuego (2). La veracidad de esta suposicion del sabio historiador, solo los cirujanos pueden decidirla; pero, muchas personas incrédulas suponen que si curó, fue porque la flecha no estaria envenenada.

CAPITULO VII.

Llegada de un buque forastero á San Sebastian.

ALONSO de Ojeda, aunque declarado fuera de peligro, estaba muy débil, á consecuencia de la herida, y su situacion aumentaba la desesperacion de sus compañeros; porque mientras gozaba de salud, la actividad de espíritu que poseia, y su continuo movimiento, comunicaba la animacion, sino confianza, á todos cuantos le rodeaban. La única esperanza de socorro debia venirles del mar, y esta la habian casi perdido; cuando un día, con gran contento de los españoles, apareció de repente una vela en el horizonte, que hizo rumbo hácia el puerto y ancló al pié de la colina de San Sebastian; ya no habia que dudar; era el socorro prometido de Santo Domingo.

Verdaderamente el buque venia de la Española, pero no habia sido fletado por el bachiller Enciso. El comandante se llamaba Bernardino de Talavera, uno de los mas disolutos y descarados aventureros que abundaban en Santo Domingo. Estaba amenazado con la cárceel, por su mala conducta que le habia envuelto en deudas. Cuando eran mayores sus apuros, llegó el buque que Ojeda mandó á Santo Domingo, cargado de esclavos y oro, ponderando las riquezas que iban á entrar en San Sebastian. Bernardino de Talavera inmediatamente concibió el proyecto de burlar la vigilancia de sus acreedores, y escaparse á esta nueva colonia. Sabia muy bien que Ojeda carecia de recursos; pues juzgaba por su propio desarreglo en materia de intereses, simpatizando siempre con todos los tramposos. Envolvió en sus proyectos á una porcion de deudores desesperados como él, y sin escrúpulo de ninguna especie llenó sus filas de reclutas que la ley perseguia por causas criminales de alguna consideracion. Trataron luego de los medios de procurarse un bajel. No tenían ni crédito ni dinero; pero si travesura, valor, y conciencia ancha; cualidades con las cuales un malvado logra á veces sus planes mejor que un hombre de bien; y solo al cabo de tiempo se le frustran sus intentos como sucedió en el caso de Talavera y sus socios. Mientras se procuraban los medios de huir á San Sebastian, oyeron que un buque perteneciente á cierto genovés estaba en el Cabo Tiburon, en la parte extrema del Este de la isla, cargado de tocino y pan de cazabe para Santo Domingo. No se le podia venir á las manos ocasion mas favorable que la de un buque bien abastecido y pronto para salir, puesto que no habia mas que hacer que apoderarse de él y embarcarse.

La cuadrilla compuesta de setenta hombres, se subdividió, dirigiéndose secretamente al Cabo Tiburon, donde debia reunirse en un punto dado y á la misma hora. Llegaron, rodearon el bajel, sorprendieron la tripulacion, levaron anclas y se dieron á la vela. Gran

(1) Charlevoix, *ut sup.* p. 293.

(2) Las-Casas. *Hist. Ind.*, lib. II, cap. 59. MS.

floros y malos marineros; apenas sabian manejar el timon; el historiador Charlevoix dice, que fue la mano de la Providencia quien los condujo á San Sebastian. Sea ó no fundada la opinion del buen padre, lo que hay de cierto es, que la llegada de este buque trajo la vida y la esperanza á la guarnicion, á pique ya de perecer (4).

Talavera y los suyos, á pesar de lo barato que les habia costado el cargamento, no quisieron deshacerse de él generosamente, sino que exigieron se les pagase en oro el precio de las provisiones. Asi se verificó y Ojeda les repartió con economia entre sus compañeros. Algunos de aquellos famélicos soldados no quedando satisfechos con lo que se les daba, acusaron á Ojeda de reservar gran parte para sí. Acaso tenian razon, mas, no era por egoismo personal, sino efecto de una de las muchas supersticiones que distinguian el carácter de aquel aventurero; se dice que por espacio de muchos años tuvo la extravagante idea de creer que deberia á un incidente inesperado el morir de hambre (2).

Con tal preocupacion, no es extraño que faltase á su natural prodigalidad, mirando los socorros recibidos como un don de la Providencia; y acaso esto le indujese á reservar una parte para sí, como precaucion contra la clase de muerte, que en su sentir le amenazaba. Su gente se amotinó, y algunos trataron de volverse con los piratas á la Española. Logró sin embargo apaciguarlos por de pronto, haciéndoles ver que era indispensable economizar los recursos, pues el bachiller Enciso no debia tardar, y entonces habria provisiones con abundancia.

CAPITULO VIII.

Facciones en la Colonia.—Convenio.

PASARON dias y dias, sin llegar ningun socorro á San Sebastian. Los españoles estaban siempre de atalaya observando el mar, y la prometida embarcacion no venia. Apesar de toda la economia de Ojeda las provisiones se habian casi concluido; el hambre volvía á presentarse, y muchos de la guarnicion perecieron de varias enfermedades producidas por la falta de alimentos. Los que quedaban se hicieron facciosos en su miseria y formaron un complot para apoderarse de un buque de los que estaban en la bahía y escaparse á la Española.

Habiendo Ojeda descubierto sus intenciones estuvo muy perplejo, conocia que sin socorros de afuera, era segura su destruccion; y á pesar de todo no podia resolverse á abandonar su desesperada empresa. Era su única esperanza de hacer fortuna, ó de mandar; porque disuelto aquel establecimiento, en vano trataria con sus pocos medios, y ningun crédito, de obtener otro mando, ó formar otra expedicion.

Esforzóse, antes que nada, en reducirlos á la razon, diciéndole que era una locura dejar aquel sitio, puesto que únicamente necesitaban de un refuerzo para sujetar el país circunvecino y hacerse dueños absolutos de sus riquezas. Viendo que se apaciguaban, ofrecióles ir por sí mismo á Santo Domingo en busca de socorro.

Esta oferta surtió el efecto que deseaba. Tal era la confianza que tenian en la energia, habilidad é influencia de Ojeda, que no dudaron del buen éxito, siendo él en persona quien fuese á Santo Domingo. Hicieron un convenio con él, estipulando que permanecerian en San Sebastian por espacio de cincuenta dias; y que si concluido este tiempo no se recibian noticias de Ojeda, quedaban dueños de abandonar el establecimiento, y volverse con los bergantines á la

Española. Entretanto Francisco Pizarro mandaria la colonia, como teniente de Ojeda, hasta la llegada del alcaide mayor Enciso. Concluido este convenio, Ojeda se embarcó en el buque de Bernardino de Talavera. Este bandido del Océano y su cuadrilla de perdidos, se habian curado de la ambicion de colonizar. Creyeron encontrar en San Sebastian grandes riquezas y les salieron sus esperanzas fallidas, contribuyendo á desanimarles los peligrosos horrores de aquellas agrestes cercanías; por lo que prefirieron volver á la Española, á pesar de las cadenas y calabozos que les esperaban. Confianaban para obtener su perdon, en la proteccion é influencia de Ojeda, con cuyo agradecimiento contaban, pues tan á tiempo habian llegado para salvar de su inmediata destruccion á la colonia.

CAPITULO IX.

Viaje desastroso de Ojeda en el barco pirata.

APENAS habia puesto el pié Ojeda en el buque de los piratas, cuando trabó una reñida disputa con su comandante. Acostumbrado á mandar entre sus compañeros con humos de gobernador, y de suyo dominante y orgulloso, así que se vió á bordo, tomó el mando como si por ley le tocase. Talavera reclamó contra tal usurpacion, alegando su indisputable derecho de latrocinio.

Ojeda, como siempre, quiso decidir la cuestion con la espada; pero tenia contra sí toda aquella turba de pillos que se le echaron encima; y acosado por el número, le fue preciso ceder: en seguida le cargaron de cadenas y le encerraron en un calabozo. Sin embargo, la ferocidad de su carácter no se templó; al contrario, los desafió uno á uno, ó dos á la vez, como quisieran; llamándolos traidores, ladrones y piratas. Como rayaba tan alto su fama de valiente, á pesar de su disminu a persona, tomaron el partido de callar y conservar le encerrado mientras durase la travesía.

A los pocos dias de navegacion les asaltó una violenta tempestad. Talavera y su cuadrilla apenas sabian manejar un barco y no conocian tampoco aquellos mares. El furor de los elementos, las ráfagas del huracan y la impetuosidad de las corrientes, de los escollos y bajios, junto con su ignorancia los traia llenos de confusion y alarma. No acertaban qué determinacion tomar, si la de abandonarse á la voluntad del viento, ó la de buscar un refugio. En aquellos momentos de peligro, recordaron que Ojeda era tan buen soldado como marino hábil é inteligente en los mares del Nuevo Mundo. Pactaron treguas con él para la comun seguridad, y le bajaron libre bajo la condicion de conducir el buque lo restante del viaje.

Portóse Ojeda con su acostumbrada intrepidez; pero, acosado el bajel por la tormenta, se habia inclinado demasiado hácia el Occidente, no bastando toda su ciencia y sus esfuerzos para dirigir su rumbo hácia la Española por entre torbellinos y corrientes encontradas. Llevado como una pelota y arrastrado por las corrientes del golfo durante muchos dias, poco faltó para irse á pique; el único remedio, en tan cruel conflicto, fue dirigirse hácia la parte del Sur de las costas de Cuba.

Allí desembarcó aquella chusma en peor estado que cuando ejecutaron el robo. Estaban en una costa completamente salvaje y poco frecuentada; el bajel yacia en la playa inutilizado; el recurso que les quedaba era viajar á pié, atravesando toda la isla hasta alcanzar la parte extrema del Este, y allí procurarse los medios de pasar á la Española, donde, despues de tantos trabajos, probablemente les aguardaria un calabozo. Es tal el deseo del hombre civilizado por hallarse en medio de la sociedad, que á pesar de los peligros que en Santo Domingo amenazaban á aquellos piratas, querian á todo trance desembarcar en sus playas.

(1) Historia. Sto. Domingo, lib. IV.

(2) Herrera, decad. I, lib. VIII, cap. 3.

CAPITULO X.

Penosa marcha de Ojeda y sus compañeros á través de las marismas de Cuba.

Los últimos servicios de Ojeda no pudieron conseguir que la cuadrilla de Talavera depusiese sus intenciones hostiles respecto de él; pero pronto vieron que si mucho valía en el mar, también eran grandes sus conocimientos en la tierra, de modo que no tardó en ejercer sobre ellos el ascendiente que irresistiblemente consigue cualquier espíritu intrépido y arrojado en los momentos de calamidad.

Cuba no se había aun colonizado. Era el punto donde se refugiaban los desgraciados naturales de Hayti, que huían del látigo y las cadenas de los europeos. Los bosques abundaban en tales fugitivos; siendo frecuentes las pelcas que estos trababan con las partidas de náufragos, en la creencia de que venían enviados por sus amos para cazarlos y volverselos á llevar cautivos.

Ojeda rechazaba fácilmente semejantes ataques; pero conoció que los fugitivos habían comunicado su odio hácia los europeos á los sencillos habitantes de Cuba; y como sus compañeros eran demasiado débiles y cobardes para abrirse paso á la fuerza por la parte mas poblada de la isla ó trepar por los montes del interior, determinó evitar la entrada en poblado, guiándolos por los bosques mas espesos y las anchas y desiertas sábanas á las orillas del mar.

Con esto no hizo mas que escoger entre dos males. Los bosques se iban retirando gradualmente de la costa: las sábanas, que en un principio no ofrecían á la vista sino crocida yerba y hermosas enredaderas, iban convirtiéndose insensiblemente en tierras pantanosas y saladas, cuyo suelo blando y resbaladizo no les permitía fijar el pié, metiéndose hasta las rodillas en fango y lodo. Sin embargo, proseguían adelante con la esperanza de hallar terreno mas firme, figurando ver hermosos prados á lo lejos; pero continuamente se engañaban. Cuanto mas andaban mas profundo era el lodo; y despues de ocho dias de tan penosísima marcha, se encontraron en medio de una vasta marisma con el agua hasta la cintura. Aumentaba los apuros de su triste posicion la sed rabiosa que sentían, pues toda aquella agua era tan salada como la del Océano. No era menos devoradora su hambre; solamente comían un poco de pan de cazabe y queso, algunas patatas y otras raíces crudas. Cuando les acometía el sueño, se acostaban sobre las entrelazadas raíces de los manglares que crecían en el agua. Las terribles marismas eran cada vez mas anchas y profundas; y en algunos parajes tenían que vadear rios, ahogándose los que no sabían nadar y quedando otros enterrados en el cieno.

Agravabase diariamente su situación. El pan de cazabe se les maleó con la humedad, y las raíces iban escaseando. Las marismas parecían interminables, y no se atrevían á retroceder despues de haber andado tanto. Ojeda era el único que conservaba su presencia de ánimo, alentándose con su ejemplo para que no desmayasen. Llevaba consigo la pequeña imágen de la Virgen que le había dado el obispo Fonseca, cuidadosamente conservada en la mochila. Siempre que hacían alto en medio de los manglares, sacaba su estigio, la colocaba entre las ramas y se arrodillaba delante pidiéndole amparo y protección. Esto lo repetía varias veces en el discurso del dia, y logró que sus compañeros le imitasen. Hizo mas; en un momento desesperado ofreció á la Virgen que si le sacaba con vida de tantos peligros, la erigiría una capilla en la primera poblacion india á donde llegase, dejando allí la imágen para que fuese adorada por los salvajes.

Las marismas tenían treinta leguas de extensión; eran tan profundas y difíciles de pasar, estaban tan obstruidas por las entrelazadas raíces y vejucos, tan

rodeadas de terrenos pantanosos, que tardaron treinta dias en atravesarlas; de setenta hombres que desembarcaron quedaban solo treinta y cinco. «Lo cierto es,» dice el venerable Las Casas «que los padecimientos de los españoles en el Nuevo Mundo, buscando riquezas, exceden á los de todas las demás naciones; pero los de Ojeda y su gente superaron á todos los demás.

Creció á tal extremo el hambre y el cansancio, que muchos dejándose caer, entregaban el alma al Criador; otros sentados entre los manglares aguardaban con desesperacion la muerte para que pusiese fin á sus sufrimientos. Ojeda con los mas ágiles y vigorosos, continuaba adelante luchando con los obstáculos hasta que con un placer difícil de describir pisaron por fin tierra firme y seca. Descubrieron entonces un sendero; siguiéronlo, y llegaron á un pueblecito indio, mandado por un cacique llamado Cueybas. Al llegar, se dejaron caer, muertos de cansancio y de fatiga.

Los indios los rodearon, examinándolos con asombro; pero, así que supieron su triste historia, los trataron con una humanidad que hubiera honrado á los cristianos mas piadosos. Los condujeron á sus casas y les dieron de comer y beber, disputándose entre sí el placer de ejercer con ellos la caridad mas tierna y desinteresada. Sabiendo que muchos de aquellos desgraciados permanecían en las marismas, mandó el cacique una partida de indios con provisiones para que los auxiliaran, ordenándoles que trajesen sobre sus hombros á los que estuviesen imposibilitados de andar. «Los indios,» dice el obispo Las Casas, «diciéron mas de lo que se les había mandado, como acostumbraban cuando no se les exaspera con crueldades. Trajeron á los españoles, socorridos, acariciados, contemplados y casi adorados, como si fueran ángeles.»

CAPITULO XI.

Ojeda cumple su voto á la Virgen.

Recordado ya Ojeda de sus padecimientos, se preparó para cumplir su voto á la Virgen á pesar del profundo sentimiento que le causaba separarse de una reliquia, á la cual atribuía haber salido sano y salvo de tantos y tan inmensos peligros. Construyó una capilla en el pueblo, donde colocó un altar para el culto de la imágen. Llamó al buen cacique, y le explicó lo mejor que pudo valiéndose de intérprete, pues apenas conocían su idioma, los principales puntos de la religion católica, y muy particularmente cuanto concierne á la Santísima Virgen, madre de Dios, Reyna de cielo y tierra y abogada de todos los pecadores.

El virtuoso cacique le oyó con la mayor atencion, y á pesar de no comprender con claridad su doctrina, concibió una profunda veneracion hácia la imágen de la Virgen. Este sentimiento de piedad fue adoptado y respetado por sus súbditos. Conservaron siempre el oratorio limpio y adornado con colgaduras de algodón trabajadas por ellos y varias ofrendas. Compusieron canciones en honor de la Virgen, que cantaban acompañándose con los rústicos instrumentos, y bailando á compás alrededor de la ermita.

Se refiere de esta reliquia una anecdota que no carece de interés. El venerable Las Casas, en su relacion de estos hechos, dice: que habiendo llegado él al pueblo de Cueybas, poco despues de haber salido Ojeda, halló el oratorio conservado con el religioso esmero que exigen tan santos lugares, y la imágen de la Virgen siendo objeto de la mas profunda adoracion. Los pobres indios se reunieron para oír misa; la que dijo en el altar, escuchando aquellos con la mayor atencion sus paternales instrucciones y trayendo sus hijos á bautizar sin la menor repugnancia. El buen Las Casas había oído hablar mucho de la famosa reliquia que tanto apreciaba Ojeda, y tenía gran deseo

de poseerla; ofreció al cacique en cambio otra imagen de la Virgen que llevaba consigo. Este dió una respuesta evasiva, quedándose muy pensativo todo el resto del día, no presentándose al siguiente.

Las Casas fue al oratorio á decir misa y se encontró con el altar desierto: la preciosa reliquia habia desaparecido. Preguntando la causa, le dijeron que el cacique por la noche la habia tomado y escondido en el bosque. En vano procuró hacerle venir enviando mensajeros, con la seguridad de que no queria privarle de su querida reliquia, sino por el contrario, dejársela. No hubo medio de atraerlo; ni salió de la espesura del bosque hasta que no le quedaron dudas de la marcha de los españoles. Entonces volvió al pueblo y colocó la imagen en su lugar (1).

CAPITULO XII.

Llegada de Ojeda á Jamáica.—Cómo le recibe Juan de Esquivel.

Así que los españoles estuvieron completamente restablecidos y fuertes, emprendieron su marcha. El cacique les hizo acompañar por una porcion de indios que les sirviesen de guías al través de los desiertos, y les llevasen las provisiones y mochilas hasta la provincia de Macaca, en donde Cristóbal Colon habia sido recibido con la mayor hospitalidad, cuando viajó por aquellas costas. El cacique y sus súbditos no obraron de otra manera con sus nuevos huéspedes, conducta general en los habitantes de aquellas islas, antes de



Esquivel concede hospitalidad á Ojeda.

que su continuo trato con los europeos les hiciese eruditos y recelosos.

La provincia de Macaca estaba situada en el cabo de la Cruz, que era el punto mas próximo á Jamáica. Supo Ojeda que habia españoles establecidos en esta isla, y era en efecto una partida mandada por aquel Juan de Esquivel, cuya cabeza quiso él cortar cuando salió con tanta arrogancia de Santo Domingo. Ojeda estaba destinado á tener que humillarse ante las personas que habia ofendido. Vióse pues en la dura precision de pedir auxilios al mismo hombre á quien tan vanagloriosamente habia insultado, porque no estaba en el caso de sostener su necio orgullo. El cacique de Macaca proporcionó una canoa con algunos indios; un tal Pedro de Ordaz emprendió en tan débil barquilla una peligrosa travesía de veinte leguas, lle-

gando sano y salvo á Jamáica. No bien supo Esquivel lo acaecido á Ojeda, cuando, olvidando todo resentimiento anterior, despachó una carabela que recogiese á este desgraciado y sus compañeros. Le recibió con las mayores muestras de cariño, alojándole en su misma casa y tributándole las mas delicadas atenciones. Era muy caballero y habia sido hombre de fortuna; pero, por una reunion de circunstancias adversas, su suerte no se presentaba en el dia tan satisfactoria; y por lo mismo sabia entenderse con una persona desgraciada, sin herir su amor propio. El corazon de Ojeda se sintió conmovido con tan generosa conducta; permaneció muchos dias al lado de Esquivel, y se separaron dándose las mas cordiales muestras de amistad.

Con este motivo, no podemos menos de llamar la atencion sobre la conducta que observaban entre sí los españoles aventureros y la ejercian con los desgraciados naturales del pais. Caballeros, caritativos,

(1) Las Casas, Hist. Ind. c. 61, MS.—Herrera Hist. Ind. 1, l. ix. c. 13.

obsequiosos, solícitos por consumir sacrificios de pasión; olvidando con magnanimidad las injurias y rivalizando en generosidad unos con otros; en el momento que se trataba de indios, se volvían vengativos, sanguinarios é implacables, sin que les interesase el valor y despejado entendimiento de algunos caciques.

El mismo Juan de Esquivel, que olvidó con tanta generosidad las amenazas hostiles de Ojeda, tratándole con humanidad y cariño, había asoleado, bajo las órdenes del gobernador Obando, la provincia de Hiquay en la Española, y cometido mil atrocidades con sus habitantes.

Alonso de Ojeda se embarcó para Santo Domingo dejando en la Jamaica á Bernardino de Talavera y sus secuaces. Recelaban estos no les tomasen cuenta de su piratesca hazaña (la del robo del barco hecho al genovés) y hasta temían que por las violencias que usaron con Ojeda este fuese antes su acusador que su patrono. Sin embargo, Ojeda, según la opinión de Las Casas que le conocía bien, no era hombre capaz de acusar á nadie. A pesar de todas sus faltas, no guardaba rencor. Era sí de carácter pronto y orgulloso, y su espada estaba dispuesta siempre á salir de la vaina á la menor provocación; pero pasado el primer ímpetu, todo lo olvidaba. Si el recuerdo de alguna injuria se mantuvo en su espíritu, no era para vengarse traídoramente de ella.

CAPITULO XIII.

Llegada de Ojeda á Santo Domingo.—Conclusion de su historia.

Así que llegó Ojeda á Santo Domingo, su primer cuidado fue informarse del bachiller Enciso. Le dijeron que hacia mucho que habia salido con abundantes provisiones para la colonia, y que desde entonces no se sabia nada de él. Esperó largo tiempo creyendo que algun bajel de retorno le diría que el bachiller estaba salvo en San Sebastian; mas no recibiendo la menor noticia, empezó á recelar hubiese naufragado á impulso de los temporales que él habia sufrido.

Deseando suministrar socorros á su establecimiento, y temiendo que la demora distrajera todo su plan de colonización, hizo cuantos esfuerzos son imaginables á fin de aprontar un nuevo armamento y reclutar gente; pero todo en vano. Se sabían las desgracias ocurridas á su colonia, y se le consideraba ya como hombre sin recursos. Estaba destinado á sufrir la suerte comun á todos los hombres avaros y emprendedores. Alucinan al mundo, que los aclama por héroes mientras tienen fortuna; pero, llega el día de la desgracia, el encanto se disipa, y se les anatematiza con el nombre de aventureros. Cuando Ojeda figuraba en Santo Domingo como conquistador de Coanavo, comandante de una escuadra y gobernador de una provincia, sus hazañas eran el objeto de todas las conversaciones. Cuando se dió á la vela lleno de orgullo, para ir á tomar posesion de su gobierno, desafiando al virey y amenazando la vida de Esquivel: todos imaginaron que le acompañaba la fortuna y que nada podía resistírsele. Pero aun no habian pasado mas que algunos meses y ya andaba por las calles de Santo Domingo como un hombre oscuro, sin porvenir ni esperanza. Los que eran antes sus amigos, rehuyendo algun nuevo ataque á sus bolsillos, le hablaban con frialdad; considerábanse sus proyectos en vista del resultado como quiméricos y extravagantes; y le acosaba toda clase de humillaciones, en el mismo punto que habia presenciado sus glorias.

Mientras Ojeda padecía de este modo en Santo Domingo envió el almirante don Diego Colon una partida de soldados á Jamaica para que se apoderase de Talavera y sus secuaces. Los trajeron encadenados, los metieron en calabozos y les formaron causa por el robo del buque genovés. Su crimen era demasiado público

y no admitia excusa: convictos del delito, Talavera y sus principales cómplices fueron ahorcados. Tal fue el término de su espantoso viaje por mar y tierra. Ningun miserable vagamundo ha sufrido nunca mas, ni ha luchado con mayores peligros que aquellos desgraciados, para llegar por último.... á la horca.

En el curso del proceso, naturalmente fue llamado Ojeda á declarar y su testimonio no pudo menos de serles desfavorable. Esto atrajo sobre él la venganza de los camaradas de Talavera que andaban todavía petardeando por Santo Domingo; y una noche, al retirarse tarde á su casa, fue atacado por una partida de aquellos pillos. Ostentó en tal ocasion su natural brio. Arrinóse á una pared y tiró de la espada; defendiéndose solo contra toda la chusma; no contento con apalearlos, siguió tras de ellos por la calle hasta una gran distancia, y en seguida se retiró tranquilamente á su casa.

Esta es la última proeza que se menciona del valiente pero desgraciado Ojeda. Su azarosa carrera concluyó aquí; oscureciéndose luego como acontece á un hombre arruinado. La salud se le alteró á consecuencia de sus inmensos padecimientos de los ocultos estragos de la herida que recibió en San Sebastian y que no habia quedado perfectamente curada. La pobreza, el abandono y un corazon moralmente llagado, contribuyeron junto con las enfermedades corporales á dar en tierra con el carácter osado y orgulloso que le habia sostenido; causa secreta de su elevacion y que ahora contribuía á aumentar su desgracia; porque no hay cosa mas cruel para un espíritu arrogante, que las humillaciones y la miseria. Según parece, permaneció sufriendo algun tiempo mas en Santo Domingo. Gomara, en su Historia de Indias, asegura que se entró fraile, profesando en el convento de San Francisco, donde murió. Semejante cambio no debe sorprendernos en un hombre cuyo raro carácter era una mezcla de espíritu militar y de fanatismo; además de que se veian casos análogos entre los militares aventureros de aquellos tiempos, pasaban su juventud en la erápula y la licencia del campamento, para concluir despues en la mortificación y quietud del claustro. Sin embargo, Las Casas, que entonces se hallaba en Santo Domingo, no menciona tal hecho, y si fuese cierto hablaria de ello. Por lo demás, el célebre obispo confirma cuanto se ha dicho del singular cambio que se notó en el carácter de Ojeda, y hace una tierna pintura de sus últimos momentos, pudiendo servir de comentarios á su vida. Murió tan pobre, que no dejó dinero ni para el entierro; y tan humillado de ánimo que mandó antes de espirar, que su cuerpo fuese enterrado en San Francisco, precisamente en la puerta, como una humilde expiacion de su pasado orgullo, «para que todos los que entrasen lo pisaran (1).»

Tal fue el fin de Alonso de Ojeda. ¿Quién no olvida sus errores y sus faltas, en la losa de aquella humilde y temprana sepultura? Fue uno de los mas intrépidos caballeros del Océano que siguieron las huellas de Colon. Su historia es el resumen de las arriesgadas empresas, extravagantes hazañas é incidentes extraordinarios ocurridos en la azarosa vida de los caballeros españoles de aquella época romántica y aventurera.

Nunca «dice Charlevoix» hubo hombre como él para dar un golpe de mano ó ejecutar una grande empresa bajo la direccion de otro; ninguno tuvo el corazon mas elevado ni mas noble ambicion de gloria; ninguno menospreció mas la fortuna, mostró mas constancia y grandeza de alma, ni halló mas recursos en su propio valor; pero tampoco ninguno fue menos á propósito para mandar en jefe. Careció siempre de acierto para conducirse y de fortuna para llevar á cabo sus resoluciones (2).

(1) Las Casas, ubi sup.

(2) Charlevoix, Hist. de Santo Domingo.

VIAJE DE DIEGO DE NICUESA.

CAPITULO I.

Nicuesa se hace á la vela hacia el Occidente. — Su naufragio y subsiguientes desastres.

VAMOS ahora á describir los acontecimientos que ocurrieron en el viaje del bizarro y generoso Diego de Nicuesa, despues de separarse de Alonso de Ojeda en Cartagena. Embarcóse en una pequeña carabela para poder ir costeando la tierra y reconociéndola; ordenó que los dos bergantines, mandado uno por su teniente Lopez de Olano, se mantuviesen próximos á él, mientras los buques de mas porte, necesitando mayor fondo, podian permanecer en alta mar. La escuadra llegó á las costas de Veragua, con un temporal furioso: no encontrando Nicuesa un puerto seguro, por temor de estrellarse entre las rocas y bajios, y viendo que se aproximaba la noche, se hizo á la mar, suponiendo que Lope de Olano le seguiria con los bergantines, segun la orden dada. La noche fue borascosa, el viento azotó á la carabela y cuando amaneció ni un solo buque estaba á la vista.

Nicuesa temió que los bergantines hubiesen experimentado alguna desgracia; se aproximó á tierra y anduvo costeando en su busca hasta que encontró un inmenso rio en el cual ancló. Las aguas, que estaban crecidas á causa de la lluvia, bajaron repentinamente, y antes de que tuviesen tiempo para evitarlo, varó la carabela y cayó de costado. La corriente llevaba un impetu tal, y arrastraba tras sí la débil nave con tanta violencia que parecia iba á deshacerse en mil pedazos. En tan inminente peligro, un valiente marino se arrojó al agua llevando una cuerda en la mano, con intencion de llegar á tierra y salvar la tripulacion atandola á un árbol; pero el infeliz fue arrastrado por la corriente, á la vista de sus consternados compañeros. A pesar de esta desgracia otro valiente le imitó y consiguió ganar la orilla: ató entonces fuertemente á un árbol el cabo de la cuerda, mientras el otro cabo estaba bien seguro á bordo de la carabela. Nicuesa y toda la tripulacion se deslizaron uno á uno á lo largo de la cuerda y de este modo consiguieron salvarse.

Apenas habian concluido esta operacion, cuando la carabela se hizo mil pedazos, perdiendo en ella provisiones, ropa y todo. Nada lograron salvar, excepto un bote, que por casualidad se vino á tierra. Encontráronse aquellos infelices en una costa remota y salvaje, sin alimentos, sin armas y casi desnudos. ¿Qué se habia hecho el resto de la escuadra? No lo sabian. Unos temian que los bergantines hubiesen naufragado; otros recordaban que Lope de Olano habia sido de los viles cómplices que Roldan cuando este se reveló contra Colon, y juzgándole por la escuela en que se habia amaestrado, revelaban que hubiese desertado con aquellos buques. Nicuesa participaba de sus temores y estaba en un estado de cruel ansiedad; sin embargo, disimulando su pena, trató de reanimar á sus compañeros, proponiéndoles ir marchando á pié hacia el Occidente en busca de Veragua, lugar de su presunto gobierno; con la observacion de que si los buques se habian salvado de la tempestad, probablemente arribarian á aquella costa. Acordaron, pues, caminar siguiendo la orilla del mar, por que lo enmarañado del bosque les impedia penetrar en el interior. Cuatro de los mas intrépidos marineros se embarcaron en el bote, manteniéndose siempre al lado, para ayudarles á pasar los rios y las bahías.

Sus padecimientos eran inauditos; los mas de ellos no llevaban zapatos, y casi todos estaban desnudos. Tuvieron que trepar por ásperas y agudas rocas y que atravesar espesos bosques llenos de espinos y zarzales. A menudo era preciso vadear pantanes, marismas y tierras sumergidas ó pasar profundos y rápidos torrentes.

Su alimento consistia en las yerbas y raices que cogian al paso, y aunque hubiesen encontrado algunos indios, no se hubieran atrevido á pedirles socorro, por temor del estado en que se hallaban, sin armas para defenderse, si es que querian vengar en ellos los ultrajes recibidos de manos de otros europeos.

Para que su posicion fuese mas aflictiva, dudaban si la tempestad que ocasionó su naufragio los habia echado mas arriba de Veragua; pues, en tal caso, cada paso que daban les alejaba de su deseado eden.

Proseguian sin embargo avanzando, animados por las palabras y el ejemplo de Nicuesa, el que alegremente compartia los trabajos con el último de sus compañeros.

Una de las noches durmieron al pié de una escarpada roca; y cuando se disponian para proseguir su penosa marcha, fueron expiados por una partida de indios desde la altura vecina. Entre los compañeros de Nicuesa iba su paje favorito, cuyo sombrero blanco, y los alegres colores de su traje no se ocultaron á los pertrantes ojos de los indios. El primero que le vió le disparó con tal acierto una flecha, que el infeliz cayó muerto á los piés de su amo. Mientras que el generoso caballero se lamentaba de la desgracia de su paje, los demás estaban en la mayor consternacion, temiendo por sus propias vidas. Sin embargo los indios no les molestaron mas, contentándose al parecer con aquel acto de barbarie.

Habiendo llegado á la punta de una bahía que se internaba mucho en la sierra, ibalos conduciendo poco á poco á un paraje, que parecia ser el extremo opuesto. Despues de saltar todos en tierra y examinar el terreno, se encontraron, con gran sorpresa suya, en una isla separada del continente por un gran brazo de mar. Era demasiada fatiga la de los marineros que manejaban el bote para llevarlos al otro lado; de consiguiente, determinaron pasar allí la noche.

Preparábanse por la mañana á partir cuando observaron con la mayor consternacion que el bote y los cuatro marineros habian desaparecido. Empezaron á correr desatinados de una parte á otra, dando voces y gritos con la esperanza de que se habrian refugiado en algun puertecillo; se subieron á las rocas y extendieron su desconsolada vista por el mar. Vana esperanza!! El bote no parecia: ninguna voz respondia á sus gritos; era evidente que los cuatro marineros habian perecido ó desertado.

CAPITULO II.

Nicuesa y su gente en una isla desierta.

LA situacion de Nicuesa y su gente, era terrible y desesperada en extremo. Estaban en una isla desierta, rodeados de tierras pantanosas, en mares remotos y solitarios, donde el comercio jamás habia desplegado una vela. Sus compañeros de los otros buques, si es que vivian y les eran fieles, indudablemente los creerian perdidos, y muchos años pasarian antes que la casualidad trajese algun buque de descubierta por

aquellas costas. Antes de que esto sucediese ya habrían fenecido y sus huesos blanqueados quedarían en la arena para contar su historia.

En este estado de angustia inexplicable muchos se abandonaban á un dolor frenético, vagando por la isla, elevando al cielo las manos y exhalando lúgubres lamentos; otros llamaban á Dios en su auxilio, y los mas permanecían inmóviles en silenciosa desesperación.

Los tormentos de la sed y el hambre los obligaron al fin á moverse. No encontraron mas que algun marisco en la playa, raíces y yerbas de mala calidad. La isla no tenía arroyos ni manantiales de agua fresca, y apaciguaban la sed en los salobres charcos de las marismas.

Nicuesa trató de alentarlos con nuevas esperanzas y los indujo á trabajar en la construcción de una balsa hecha con ramas de árboles, para poder cruzar el brazo de mar que los separaba de la tierra. Difícil era la empresa por falta de instrumentos; concluida que fue la balsa, á costa de muchísimo trabajo, se hallaron sin remos para dirigirla. Algunos de los mas diestros nadadores se propusieron irla conduciendo; pero, estaban demasiado debilitados con tantos sufrimientos y fatigas. En su primer ensayo, las corrientes, que son muy rápidas en aquellas costas, arrebataron la balsa, y con gran dificultad lograron volver á la isla. Sin medios de salvación, ni recursos para animar y distraer á sus compañeros, Nicuesa mandó hacer nuevas balsas; pero, el resultado siempre el mismo, y los infelices, por último, abandonaron desesperados la empresa.

Iba pasando día tras día, semana tras semana, sin que sus males tuviesen el mas pequeño alivio ni apariencia de mejora; así es que diariamente sucumbía alguno bajo el peso de la miseria, víctima no tanto del hambre y la sed, cuanto del pesar y desaliento. Su muerte era envidiada por sus desventurados compañeros, muchos de los cuales se veían obligados á arrastrarse para poder buscar las yerbas y los mariscos que les servían de miserable alimento.

CAPITULO III.

Llegada de un bote.—Conducta de Lope de Olano.

CUANDO los desgraciados españoles empezaban á considerar la muerte como el deseado fin de su triste situación, volvieron á la vida percibiendo una vela en el horizonte. Pero su exaltación se disminuyó considerando lo difícil que era la aproximación de ningún buque á una isla desierta. Lo estaban observando con ávidas miradas, y de rodillas suplicaban á Dios lo dirigiese hacia ellos, cuando con inexplicable placer observaron que dirigía su rumbo á la isla. Conforme se iba acercando, reconocieron ser uno de los bergantines mandados por Lope de Olano. Ancló, echó el bole al agua y entré los marineros renunciaron á los cuatro que tan misteriosamente habían desaparecido.

Estos hombres quisieron probar que su desercion habia tenido por objeto libertarlos de sus males; porque no les cabía duda que los buques estarían en algun puerto hacia el Occidente y que cada día se separaban mas de él. Desesperanzados de trabajar sin fruto, pues su opinion era que Nicuesa seguía una marcha errónea, se resolvieron á seguir su propio dictamen sin exponerse á su negativa. De consiguiente, á media noche, cuando sus compañeros estaban durmiendo se metieron silenciosamente en el bote, volviéndose atrás por los mismos sitios á lo largo de la costa. Despues de muchos días de fatigas encontraron los bergantines mandados por Lope de Olano en el rio de Belen, lugar de las escenas desastrosas de Colon en su cuarto viaje.

La conducta de Lope de Olano pareció sospechosa á sus contemporáneos, y todavía hoy está envuelta en nubes. Suponian que se habia separado de Nicuesa á

propósito para usurpar el mando de la expedición; aunque es verdad que todos estaban dispuestos á juzgarle con acritud por su complicidad en la traición y rebeldía de Francisco Roldan. La noche de la tempestad, cuando Nicuesa se hizo al mar por evitar los escollos de la playa, Olano se guareció al sotavento de una isla. No viendo por la mañana la carabela de su comandante desistió de buscarla, y siguió con los bergantines hasta el rio de Chagres, donde encontró el resto de los buques anclados: habian desembarcado todo su cargamento, por el mal estado en que los tenían los gusanos. Olano dijo á las tripulaciones, que Nicuesa habia perecido en la última borrasca, y siendo su teniente tomó el mando. Fuese ó no perñda su conducta, es lo cierto que su mando tuvo malas consecuencias. Salió de Chagres con direccion al rio de Belen, en donde encontró los buques tan destrozados que acabaron por hacerse mil pedazos. La mayor parte de la gente construyó miserables cabañas en la playa: pero, sobrevino una violenta tempestad, y la crecida del rio los arrastró á casi todos ó los envolvió en las móviles arenas. Algunos de aquellos desgraciados se ahogaron yendo á buscar oro, y si él escapó fue debido á ser un nadador consumado. Las provisiones se concluyeron; padecieron hambre y varias enfermedades, pereciendo muchos en la mas deplorable miseria. Todos clamaban que se abandonase la costa; y Olano consintió en la construcción de una carabela con los despojos de los buques inutilizados, para volver, segun decia, á la Española, aunque algunos sospecharan que su intención era llevar la empresa adelante. Tal fue el estado en que hallaron los cuatro marineros á Olano y su gente.

La noticia de que Nicuesa vivía, puso fin al mando de Olano. Este manifestó gran celo por su comandante, despachando inmediatamente su bergantin en su busca, el que guiado por los cuatro marineros, llegó segun queda dicho á la isla desierta.

CAPITULO IV.

Nicuesa se reúne con su gente.

La tripulación del bergantin y los compañeros de Nicuesa al verse reunidos, se abrazaron llorando de júbilo; porque los corazones de aquellos bravos marineros estaban penetrados del mas profundo sentimiento oyendo sus comunes desgracias; circunstancia que hace á los hombres sensibles en cualquier rango de la sociedad en que se hallen.

El bergantin traía una buena provision de dátiles y de cuanto habia podido recoger á lo largo de la costa, propio para alimentarse. Los infelices naufragos devoraban todo con famélica ansiedad; tanto, que Nicuesa tuvo que interponer su autoridad para contenerlos, temiendo que el exceso de alimento les perjudicase. No les pareció menos agradable el agua dulce.

Luego que se repusieron algo, abandonaron la isla, dirigiéndose al rio Belen con tan bulliciosa algazara como si sus desgracias hubiesen concluido y les aguardasen las mas celestiales delicias cuando en realidad no hacían mas que cambiar la escena de sus padecimientos, buscando otros nuevos.

Entretanto Lope de Olano se disponía para la próxima entrevista con su comandante, suplicando á los oficiales compañeros suyos que intercediesen en su favor. ¡Inútil trabajo! Nicuesa llegó ardiendo en ira: ordenó que se le prendiese inmediatamente y castigase como á un traidor; atribuyendo á su desercion la ruina de la empresa y las desgracias y muerte de sus valientes compañeros. Los capitanes amigos de Olano hablaron por él; pero, Nicuesa se encolerizó con ellos: «me asombra, exclamó, que pidais su perdon necesitando para vosotros! Sois tan culpables como él; habeis participado de su crimen, y sino, ¿cómo tolerásteis

que pasase tanto tiempo sin enviar un bajel en busca mia?»

Los capitanes tuvieron que disculparse asegurándole que le creían ahogado. Reiteraron sus súplicas en favor de Olano, haciendo la mas patética pintura de sus presentes y pasadas penalidades, y manifestándole que seria muy impolitico acrecentar los horrores de su situacion con actos de severidad. Al fin lograron que Nicuesa le perdonase, resolviendo mandarle á España preso, en la primera coyuntura que se presentara. A la verdad, no era aquel tiempo oportuno para añadir este funesto golpe á los muchos que diariamente disminuian el numero de sus desgraciados compañeros. De los bizarros y resueltos, setecientos hombres embarcados con él en Santo Domingo, cuatrocientos habian perecido de enfermedades, de hambre y de miseria, y los que sobrevivian, en su mayor parte, parecian cadáveres.

CAPITULO V.

Trabajos de Nicuesa y su gente en la costa del Istmo.

(1310)

El primer cuidado de Nicuesa al tomar de nuevo el mando en jefe, fue dar las disposiciones necesarias para el alivio de su gente. A todos los que quedaban útiles ó tenían suficiente fuerza para soportar el trabajo, los distribuyó en pequeñas partidas, con el objeto de que fuesen á forrajear por los campos y pueblos comarcanos: servicio harto peligroso; porque los indios de aquella parte de la costa eran valientes y guerreros; de ello habian dado pruebas á Colon y su hermano, cuando intentaron fundar allí un establecimiento.

Muchos españoles perecieron en aquellas expediciones. Era tal su estado de debilidad que si tenían la fortuna de recoger provisiones, les costaba mas conducir las que defenderlas; porque era preciso llevarlas á cuevas trepando con ellas por ásperas rocas, atravesando impenetrables bosques y cruzando horribles pantanos.

Cansados de tantos peligros y fatigas, se sublevaron contra su comandante, acusándole, no solo de que le eran indiferentes sus males, sino que se complacia en ocasionárselos, en venganza de haberle abandonado.

Aunque el carácter de Nicuesa habia sufrido alguna alteracion por efecto de la serie de sus desgracias, era demasiado generoso y caballero para exigir servicios forzados, cuyo objeto no fuese el bienestar comun. Las necesidades llegaron á tal extremo, que segun se ha asegurado, en cierta ocasion treinta españoles encontraron el cadáver de un indio, ya en estado de putrefaccion, y se lo comieron acosados del hambre, causando tal estrago en ellos este horrible banquete que ninguno se salvó (1).

Desalentado ya con tantas contrariedades, determinó Nicuesa abandonar un sitio que parecia destinado á ser el sepulcro de los españoles. Embarcó la mayor parte de su gente en los dos bergantines y la carabela construida por Olano, dándose á la vela hácia el Este en busca de una posicion mas favorable para su establecimiento. Unos cuantos permanecieron allí para esperar á que madurase un poco de maiz y hortalizas que habian sembrado; quedando bajo las órdenes de Alonso Nuñez, á quien Nicuesa nombró su alcalde mayor.

Habrian navegado como unas cuatro leguas, cuando un marinero genovés que acompañó á Colon en su último viaje, informó á Nicuesa de que por aquellas cercanías debia estar un hermoso puerto, el cual habia gustado tanto al viejo Almirante, que le nombró Puerto Bello; añadiendo que lo conoceria por una ancla que Colon habia dejado allí medio enterrada en la

arena, cerca de la cual estaba una hermosísima fuente de agua dulce y muy fresca, que nacía al pié de un árbol corpulento. Nicuesa ordenó que se registrara la costa y al fin encontraron el árbol, la fuente y el ancla: hoy se le ha conservado el nombre de Puerto Bello. Una parte de la tripulacion bajó á tierra en busca de provisiones, pero fueron asaltados por los indios; y como estaban demasiado débiles para poder defenderse con su acostumbrado valor, tuvieron que retirarse á bordo, con la pérdida de algunos muertos y bastantes heridos.

Continuó Nicuesa navegando siete leguas mas arriba, hasta llegar á un puerto, al cual Colon habia llamado Puerto de Bastimentos. Estaba en posicion muy ventajosa para edificar una fortaleza, pues le rodeaban terrenos muy fértiles y hermosos.

Nicuesa resolvió fijar allí su residencia. Dijo, «detengámonos aquí en nombre de Dios.» Sus compañeros, con las supersticiosas ideas que asaltan comunmente á los desgraciados, siempre dispuestos á creer, se persuadieron que aquellas palabras eran de feliz agüero, y llamaron al puerto «Nombre de Dios,» denominacion que aun conserva.

Nicuesa saltó en tierra y sacando su espada, tomó solemne posesion del sitio, en nombre de los reyes católicos. Inmediatamente procedió á la construccion de una fortaleza, para poner su gente al abrigo de los ataques de los indios. Como esto urgía, exigió que cuantos se hallasen capaces de algun esfuerzo se aplicaran al trabajo. Los españoles, muertos de hambre y de fatiga, olvidaron entonces su favorable agüero y maldijeron el lugar destinado á ser su sepultura y á su comandante. Sus imprecaciones se redoblaban cuando iban en busca de alimento, porque tenían que conquistarlo á fuerza de sangre; y lo que lograban recoger, lo traian de grandes distancias, siempre acechados y asaltados por los indios.

Cuando pudo disponer de algunos hombres, despachó Nicuesa la carabela en busca de los que se quedaban en el rio Belen. Los mas habian perecido, y los restantes llegaron á tal extremo de necesidad que se comian hasta los reptiles. Un dia, no teniendo nada absolutamente, se comieron un pedazo de caiman. Pasó Nicuesa revista á sus fuerzas reunidas, y encontró que no contaba mas que con 100 hombres escualidos, miserables y abatidos.

Despachó la carabela á la Española, en busca de una cantidad de tocino que habia dado órden le trajesen preparado; mas esta no volvió. Ordenó á Gonzalo de Badajoz que recorriese, á la cabeza de veinte hombres, las cercanías en busca de provisiones; pero los indios habian cesado de cultivar sus campos, porque necesitaban poco para vivir, y se contentaban con raices y frutos silvestres de los bosques; de consiguiente, los españoles hallaban solo pueblos desiertos, campos eriales y enemigos de acecho en los desfiladeros. Succedió que al fin no habia suficientes hombres hábiles para el servicio de noche; y la fortaleza quedaba sin centinelas. Tal era la desesperada situacion de este bizaro caballero y de su brillante flota; la misma que algunos meses antes habia salido de Santo Domingo, engreida con su poder, y segura de que poseia todos los medios necesarios para hacer fortuna.

Es preciso abandonarlos un momento, y dirigir nuestra atencion á otros sucesos que en último resultado habrán de enlazarse con su destino.

CAPITULO VI.

Expedicion del bachiller Enciso en busca del gobierno de Ojeda.

RECORDANDO la relacion del último viaje de Alonso de Ojeda, el lector hará memoria sin duda del bachiller Martín Fernandez de Enciso, á quien aquel célebre aventurero inspiró la malhadada manía de colonizar

(1) Herrera, Hist. Ind. d. J. y VII. c. 2.

fletando con este objeto un buque en Santo Domingo para conducir víveres y refuerzos á San Sebastian.

Cuando el Bachiller iba á darse á la vela, se le ocurrió á una porción de vagos y tramposos insolentes embarcarse con él, formando el plan de reunirsele cuando el buque estuviese ya en franquía. Los acreedores, noticiosos de su intencion, vigilaban muy de cerca á todos los que se acercaban al buque; y el Almirante don Diego Colon mandó un barco de guerra para escoltar al del Bachiller hasta dejarlo fuera de la isla. Sin embargo, un hombre se burló de toda aquella vigilancia: preciso es hablar de él particularmente, porque despues fue persona de grande importancia. Se llamaba Vasco Nuñez de Balboa. Era natural de Jerez de los Caballeros, de una familia noble, aunque pobre, se habia criado al servicio de don Pedro Portocarrero, señor de Moguer, alistándose despues con los aventureros que acompañaron á Rodrigo de Bastides en su viaje de descubierta. Pedro Martir, en sus decadas latinas, habla de él llamándole «*egregius digladiator*», lo que algunos han interpretado por hábil espadachin, y otros por diestro maestro de esgrima. Dice tambien que no era mas que un soldado de fortuna, de muy malas costumbres; y las circunstancias en que por primera vez se presenta á nuestra pluma, justifica esta asercion. Vivió por algun tiempo en la Española, dedicado al cultivo de un granja en el pueblo de Salvatierra, á orillas del mar; pero, dentro de poco, estaba ya envuelto en deudas. La expedicion de Enciso se le presentó como un medio favorable de escapar de sus compromisos, y muy adecuada para sus costumbres aventureras. A fin de eludir la vigilancia de sus acreedores y de la escolta, se metió en un tonel, y se hizo conducir desde su granja á bordo como si compusiera parte de las provisiones. Luego que el buque estuvo en alta mar, y ya retirada la escolta, Vasco Nuñez salió como una aparicion de su tonel, con gran admiracion de Enciso que nada sabia de tal estratagemá. El Bachiller se indignó con semejante engaño, aun cuando le ofrecia la ventaja de un recluta; y en el primer arranque de su ira, recibió al fugitivo deudor con mucha dureza, diciéndole que le dejaría en tierra en la primera isla desierta con que tropezasen. Sin embargo, Vasco Nuñez logró apaciguarle; porque Dios, «dice el venerable Las Casas, le reservaba para grandes hechos.» Es probable que el Bachiller reconociese en él un hombre á propósito para su expedicion, porque Vasco Nuñez estaba en todo el vigor de su juventud; era alto, fornido, endurecido en los trabajos, y muy intrépido.

Cuando llegaron á Costa Firme, tocaron en el malhadado puerto de Cartagena, testigo de las sangrientas escenas de Ojeda y Nicuesa con los naturales, y de la muerte del valiente Juan de la Cosa. Enciso ignoraba todos estos acontecimientos, no habiendo tenido noticia de los aventureros desde su salida de Santo Domingo; de consiguiente sin ningún temor mandó á tierra unos cuantos hombres para recomponer un bote que estaba estropeado, y buscar agua. Mientras que los marineros trabajaban, una multitud de indios observaba á cierta distancia, con aspecto amenazador, sonando los caracoles y blandiendo las armas. No se atrevian, empero, á atacarlos, porque la experiencia les habia demostrado cuan tremendos eran los españoles en su venganza; así es que por espacio de tres dias anduvieron rondando alrededor, escitando en ellos una continua alarma. Al fin, como dos españoles se atreviesen á cojer un barril ó ir á llenarlo de agua á un arroyo vecino, once salvajes salieron repentinamente de la espesura y los rodearon con los arcos tendidos. Así estuvieron por algunos minutos, sin descargar el golpe, pero dirigiéndoles siempre la puntería al pecho. Uno de los españoles trató de huir hácia donde se hallaban sus camaradas; pero, el otro le llamó, y como entendia un poco el idioma de los indios, dirigió algu-

nas palabras amistosas á los salvajes. Estos, admirados de oír hablar en su idioma, se amansaron preguntándoles quiénes eran, cuales sus gefes, y qué buscaban en sus playas. Los españoles respondieron que eran gentes inofensivas, que venian de países lejanos y habian llegado allí por necesidad; añadieron, que extrañaban el ser recibidos tan hostilmente, y que si les hacian algun daño vendrían muchos paisanos suyos bien armados y tomarian una terrible venganza. Mientras hablaban de este modo, supo el bachiller Enciso que dos de sus hombres estaban rodeados de salvajes, y saltó inmediatamente á tierra con gente armada para ir á socorrerlos. Al acercarse, el español que habia hablado con los indios, le hizo señas dándole á entender que eran pacíficos. El hecho es, que estos últimos, creyendo que una nueva invasion de Ojeda y Nicuesa les amenazaba, se ordenaron en batalla á fin de defender sus casas de una segunda desolacion, y á que no tomasen venganza de pasados ultrajes, pero desde que se convencieron que no eran los mismos extranjeros, ni tenían intenciones hostiles, se apaciguaron, tiraron las armas, y se vinieron hácia ellos con la mas cordial franqueza. Mientras permanecieron allí los españoles, los trataron amistosamente, proveyéndoles de pan de maiz, pescado salado y de un licor fermentado y espirituoso, muy comun en aquellas costas. Tal fue la magnánima conducta de unos hombres que habian visto recientemente sus costas invadidas, sus pueblos saqueados y quemados, y sus amigos y parientes degollados sin piedad ni consideracion de edad ni sexo por los paisanos de aquellos mismos á quienes acogian con tales muestras de generoso proceder. Cuando recordamos la sangrienta y cruel venganza tomada por Ojeda y los suyos contra unos hombres, cuyo delito consistia en haberse opuesto á una injusta invasion, y la comparamos luego con la moderacion de los indios en el momento oportuno para tomar una justa represalia, se nos ocurre naturalmente la duda de si el arbitrario nombre de salvaje es siempre aplicado con justicia.

CAPITULO VII.

Le dan al bachiller malas noticias de su jurisdiccion.

A los pocos dias de la llegada de Enciso á aquel puerto, se sorprendió de ver entrar un bergantín á tola vela y echar el ancla. Encontrar una vela europea en tan desconocidos mares, era un acontecimiento extraordinario; pero, el pismo del bachiller subió de punto, cuando al acercarse al bergantín, reconoció que la gente que lo tripulaba pertenecia á los que se habian embarcado con Ojeda. Su primera idea fue que se habrian amotinado contra su comandante y desertado con el buque. Alarmándose, como magistrado que era, con tal sospecha, determinó comenzar á ejercer en ellos su destino de alcalde mayor, haciéndoles prender y castigándoles severamente. Varió, sin embargo, de tono, y así que halló á su resuelto comandante, que era nada menos que el mismo Francisco Pizarro, á quien Ojeda habia dejado de teniente en San Sebastian, y cuya patente, firmada por aquel desgraciado gobernador, mostró al Bachiller. En efecto, el pequeño bergantín conducia los miserables restos de la tan ponderada colonia. Despues de la salida de Ojeda en el buque pirata, la gente que dejó al mando de Pizarro continuó en la fortaleza hasta cumplir el plazo de los cincuenta dias que habian estipulado. No recibiendo socorros ni noticias suyas, determinaron embarcarse para la Española, pero se les presentó un inconveniente imprevisto: eran setenta hombres y los bergantines muy pequeños para contener tanta gente. Viéndose en este caso, concertaron de comun acuerdo no embarcarse interin el hambre, las enfermedades y las envenenadas flechas de los indios no redujesen su número. En muy pocos dias lograron su objeto y

se dispuso el viaje. Habian conservado vivas cuatro yeguas para asustar con ellas á los indios, y antes de embarcarse las mataron y salaron, recogiendo además cuanto podía serles útil para alimentarse. Pizarro mandaba su bergantín y el otro un tal Valenzuela.

Apenas habian salido del puerto, se levantó una espantosa borrasca, y el bergantín de Valenzuela, violentamente maltratado por las olas, se fue á pique con toda la tripulación. El otro bergantín estaba tan cerca, que los marineros pudieron contemplar las ansias mortales de sus desgraciados camaradas, y oír sus últimos lamentos. Algunos contaron que habian visto, durante la tempestad, una enorme ballena ú otro monstruo semejante, dar con la cola una fuerte sacudida al bajel, rompiendo el costado y haciendo pedazos el timon (1). Seguramente esto fue una ilusión de exaltadas imaginaciones: como quiera que sea, el otro bergantín escapó lo mejor que pudo á tomar el puerto de Cartagena, para procurarse provisiones.

Tales fueron las desagradables noticias que dió Pizarro al bachiller acerca de su presunta jurisdicción. Sin embargo, como Enciso era confiado y emprendedor, se imaginó que llegando él todo mudaría de aspecto.

CAPITULO VIII.

Cruzada del bachiller Enciso contra los sepulcros de Zenu.

El bachiller Enciso, como hemos visto, era tan buen hombre de toga, como de espada; habiendo cobrado seguramente afición á las proezas militares por su continuo trato con los descubridores, le ocurrió mientras permanecía en Cartagena, la idea de hacer una escursión digna de su amigo Ojeda. Dijéronle los Indios, que á cosa de 25 leguas al Este, se hallaba situada la provincia de Zenu, cuyas montañas abundaban en el oro mas fino; y durante la estacion de las lluvias bajaba á torrentes con el agua en tanta cantidad, que los naturales extendian redes en los rios para recoger las partículas mayores, del tamaño de huevos, segun se expresaban.

La idea de cojer oro con redes, agradó sobremedera al bachiller, despertando mucho mas su codicia las noticias que le dieron, de que Zenu era el cementerio general de todas las tribus comarcanas, á donde llevaban sus muertos y los enterraban, conforme á su costumbre, adornados de sus mas preciosas joyas.

Figurósele, pues, que debía haber una inmensa acumulacion de riquezas en las tumbas de los Indios, procedentes del oro enterrado con ellos por espacio de tantos siglos. Exaltándose su imaginacion, determinó hacer una escursión en la indicada provincia y saquear los sepulcros. No le asustaba la idea de robar á los muertos, porque estos eran infieles paganos, que habian violado el santuario de la sepultura haciéndose enterrar segun los ritos y ceremonias de su religion.

Con tal intento salió Enciso de Cartagena y desembarcó en las costas de Zenu. Inmediatamente se le presentaron dos caciques á la cabeza de sus guerreros. El bachiller, aunque con humo de soldado, recordó su primera profesion, y antes de valerse de las armas, quiso proceder legalmente y de acuerdo con la fórmula mandada observar por la corona, haciendo leales á los indios é interpretar el mismo manifiesto de que Ojeda habia hecho uso; con la explicacion de lo que era la divinidad, la supremacia del papa y el derecho de los reyes Católicos á todas aquellas tierras, en virtud de donacion hecha por su Santidad. Los caciques prestaron la mas respetuosa atencion, segun se lo prescribian las leyes de su política. Concluida la lectura, observaron que en cuanto á no haber mas que

(1) Herrera, Hist. Ind. J. 1. I. vii. c. 10.

un Dios soberano de cielos y tierra, estaban conformes, porque debía ser así; pero, por lo que hacia á creer que el papa ocupase en el mundo el lugar de Dios, y tuviese potestad para conceder al rey de España dominio sobre su país, opinaban que el papa estaba seguramente loco cuando pensaba en disponer de lo que no era suyo, y que el rey no lo estaba menos, pues queria apoderarse de lo ajeno. Añadieron que ellos eran los dueños de aquel territorio, sin dependencia de ningun otro soberano, y que si el rey Católico venia á tomar de él posesion, le cortarían la cabeza y la pondrían en la punta de un palo; modo que tenían de conducirse con sus enemigos. Y para convencer á Enciso de esta verdad, le mostraron el repugnante y horroroso espectáculo de una larga fila de cabezas empaladas.

No se alteró por esto el bachiller; al contrario, les amenazó con la guerra y la esclavitud si continuaban en su incredulidad y no se sometían. Le contestaron entonces que pondrían su cabeza en un palo, como que representaba á su rey. Creyéndose con esto Enciso dispensado de sus fórmulas legales, procedió á vas de hecho. Atacó á los indios, los derrotó é hizo prisionero á uno de los caciques; pero, en la escaramuza dos de sus hombres, heridos por las envenenadas flechas, murieron á su vista en medio de los tormentos mas horrosos (2).

Segun parece, la cruzada contra los sepulcros no tuvo ningun resultado lucrativo. Quizá viendo que los recibían tan mal los indios, y temiendo el fatal efecto de su veneno, no quisieron penetrar tierra adentro con tan escasa fuerza. Lo cierto es que las decantadas riquezas de Zenu, y el cuento de su pesca de oro con redes quedó sin averiguar, siendo causa de otras desastrosas empresas. El bachiller se contentó con su victoria, y se volvió á sus buques dispuesto ya para continuar su viaje al golfo de Uraja, dondè Ojeda habia establecido su gobierno.

CAPITULO IX.

Llegada del bachiller á San Sebastian.—Sus desastres allí.—Proezas en el Darien.

No sin grandes dificultades, y solo prevaleiéndose de su autoridad de alcalde mayor, pudo lograr Enciso que la tripulacion de Pizarro le siguiese á las fatales playas de San Sebastian. Por fin llegó á la vista de tan deseado puerto; pero, como su antecesor Ojeda, no halló en él mas que la desgracia. Al entrar, su bajel se estrelló en la punta del Este contra una roca. La rapidez de las corrientes y la precipitacion de las olas lo hicieron mil pedazos; la tripulacion logró á costa de inmensas fatigas refugiarse en el bergantín de Pizarro; únicamente se salvó un poco de harina, queso, galleta y algunas armas. Los caballos, las yeguas, los cerdos y otras mil cosas necesarias á la colonia desaparecieron, y el desgraciado Bachiller vió el fruto de muchos años de prósperos litigios, tragado en un instante.

Su sueño de poder y dignidad estaba tambien á punto de perecer, porque al desembarcar hallaron la fortaleza y casas contiguas arruinadas: los indios las habian quemado.

(2) Esta anédocta la relata el mismo bachiller Enciso, en un tratado geográfico titulado, *Suma de Geografía*, publicado en Sevilla en 1510. Como la contestacion de los pobres salvajes contiene bastante lojica natural, copiamos aqui un trozo original de Enciso.

Respondiéronme: Que en lo que decia que no habia sino un Dios, y que este gobernaba el cielo y la tierra, y que era Señor de todo, que les parecia y que así debía ser: pero que en lo que decia que el papa era señor de todo el universo en lugar de Dios, y que él habia fecho merced de aquella tierra al rey de Castilla, dijeron que el papa debiera estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo, y que el rey que pedía y tomaba tal merced, debía ser algun loco, pues pedía lo que era de otros, etc., etc.

Por espacio de algunos días, se alimentaron los españoles con dátiles y la carne de una especie de cerdo salvaje, de los que encontraron varias piaras. Concluidos estos recursos, tuvo el bachiller que tomar cien hombres para forrajear por el país. Aecchábanles tres indios, que descargaron contra ellos todas las flechas de sus aljabas, hiriendo á varios españoles, y huyendo con tal ligereza que fue imposible seguirlos. Despertóse otra vez su miedo á las emboscadas de los salvajes y al veneno de las flechas, é insistieron en querer abandonar un sitio destinado, por lo visto, para ser su tumba.

El mismo bachiller Enciso estaba desalentado con el estado ruinoso de su capital; pero ¿dónde iría que no le pasasen las mismas desgracias? En aquellos momentos de duda y de perplejidad, Vasco Nuñez, el deudor insolvente, que se había introducido á bordo en el tonel, se adelantó para dar su dictámen. Dijo al bachiller que había navegado en aquellos mares con Rodrigo de Bastides por espacio de algunos años, explorando todo el golfo de Uraba; y que se acordaba muy bien de un pueblo indio situado en la parte Occidental á orillas de un río que los naturales llamaban Darien. El país comarcano dicen que estaba lleno de minas de oro; y los naturales, aunque valientes, no envenenaban sus flechas. Ofreció guiarle á aquel sitio, donde hallarian abundantes provisiones, y fundarian la colonia.

Los españoles oyeron á Vasco Nuñez, como si les hubiese revelado la tierra de promision; el bachiller adoptó su consejo, y guiados por él, hicieron vela hácia el punto indicado, con el ánimo de espulsar á los habitantes, tomar posesion de él y declararlo capital de su gobierno. Así que llegaron al río desembarcaron; ordenó su gente con aire marcial y emprendió la marcha á lo largo de la ribera. Mandaba allí á la sazou un cacique llamado Zemaco. Luego que supo la llegada de los españoles, puso las mujeres y los niños en un lugar seguro, y se apostó con quinientos hombres en una altura, preparado á dar una buena leccion á aquellos advenedizos. El bachiller era un verdadero descubridor, devoto, atrevido y rapaz. Al contemplar tan marcial continente, él y los suyos se encomendaron á Dios, ofreciendo á Nuestra Señora de la Antigua, cuya imágen se adora en Sevilla, con gran veneracion, que la primera iglesia ó pueblo que construyesen le seria dedicado; yendo en peregrinacion á Sevilla para colocar los despojos de los idólatras en su camarín. Después de haber implorado el favor del cielo puesto á la Santísima Virgen de su parte, trató Enciso de asegurarse de la fidelidad de sus compañeros. Temiendo alguna celada ó el veneno de las flechas, les exigió el juramento de no retroceder sucediese lo que sucediera. Ningun guerrero entró jamás en batalla con mas preliminares que nuestro bachiller. Arreglados los antecedentes puntos, reunió á sus soldados y atacó al enemigo con tal denuedo, que á pesar de oponer ellos una vigorosa resistencia, tuvieron que abandonar el campo, dejando multitud de muertos. El bachiller entró triunfante en el pueblo, tomó posesion de él con el incontestable derecho de conquista, y saqueó todas las casas y chozas de las cercanias, recogiendo gran cantidad de comestibles, algodón, brazaletes, planchas de oro y otros adornos del mismo metal, por valor de diez mil castellanos (1). Su corazon no cabia en sí de orgullo y de placer, con tal victoria y tal botin; tambien sus compañeros, tras tantas desgracias y desastres, se regocijaron con aquel golpe de fortuna, y se acordó únicamente que allí se establecería el gobierno, al cual, en cumplimiento de su voto, dió Enciso el nombre de Santa Maria de la Antigua del Darien.

(1) Equivalente á 53,259 duros.

CAPITULO X.

El bachiller Enciso toma el mando.—Su caída.

El bachiller Enciso, entró á ejercer sus funciones de alcalde mayor y teniente del ausente gobernador Ojeda. Su primer edicto fue bastante duro, pues prohibia todo tráfico de oro con los naturales bajo pena de muerte. Aunque en esto obraba conforme con las reales órdenes sobre la materia, poco debia gustar su disposicion á unos hombres que si se habian arrojado á tal empresa, era con la esperanza de acumular oro, vivir libremente, y comerciar sin trabas; de consiguiente, empezaron á murmurar diciendo que Enciso lo queria todo para sí. Vasco Nuñez se aprovechó del descontento general. Sus compañeros le tenían en mucho, tanto por haberlos conducido á aquel sitio, como por sus cualidades particulares; era atrevida é inteligente, lijero de cascos, y como buen soldado, de fortuna, pródigo á manos llenas; en una palabra, muy á propósito para deslumbrar á la multitud.

No queria mucho al bachiller, porque se acordaba de la recepcion que le hizo cuando se escapó en el tonel, amenazándole con dejarle en una isla desierta. Trató, pues, de formarse un partido y sustituirle en el mando. Le atacó al intento, en su mismo terreno, disputándole con la ley en la mano, la legitimidad de sus pretensiones; porque, decia, la linea divisoria de jurisdicciones de Ojeda y Nicuesa pasaba por el centro del golfo de Uraba, estando el pueblo de Darien al Este, le pertenecia á Nicuesa. Enciso, pues, como alcalde mayor y teniente de Ojeda, era en aquel sitio un usurpador y nada mas.

Los españoles, descontentes ya con los reglamentos fiscales de Enciso, se convencieron facilmente y acordaron negarle la obediencia, con lo que vió el desgraciado bachiller desvanecerse todos sus sueños de mando y autoridad, teniendo que dejar la silla antes de haberse acomodado bien en ella.

CAPITULO XI.

Dudas en la colonia.—Llegada de Colmenares.

DEPONER al bachiller fue cosa muy fácil, porque la generalidad de los hombres se complace en destruir; pero, darle un sucesor era asunto mas arduo. Contentáronse al principio con elegir magistrados civiles, y nombraron alcaldes á Vasco Nuñez y á un tal Zemudio, en union de un caballero de bastante mérito llamado Valdivia, á quien hicieron regidor. Se disgustaron pronto de este arreglo, pareciéndoles mejor que la autoridad residiese en una sola persona. La cuestion consistia en decidir quien habia de ser esta; unos estaban por Nicuesa, supuesto se hallaban en territorio de su pertenencia; otros por Vasco Nuñez. Esto dió lugar á una violenta disputa, en la que los ánimos se exaltaron hasta declarar los mas tranquilos y amigos de la paz, que lo mejor seria reponer á Enciso en tanto que el rey resolvia sobre tal materia.

Una mañana, cuando mas acalorados estaban, los despertó el estampido del cañon resonando de la parte opuesta del golfo; y vieron, desde las alturas, subir columnas de humo. Espantados al percibir indicios de civilizacion en aquellas costas salvajes, contestaron en la misma forma, y á poco descubrieron dos buques á toda vela en medio del golfo que venian mandados por un tal Rodrigo de Colmenares, buscando á Nicuesa con provisiones. Los infelices habian encontrado lo que todos en aquellas malthadadas costas; borrascas en el mar y enemigos en la tierra. Muchos de ellos perecieron por el veneno de las flechas. Colmenares tocó en San Sebastian para adquirir noticias de Nicuesa; pero halló la fortaleza arruinada, y aunque hizo señales á ver si quedaban algunos españoles en las cercanias, nadie contestó.

CAPITULO XII.

Colmenares vá en busca de Nicuesa.

La llegada de Colmenares suspendió por algun tiempo las reyertas de los colonos; les distribuyó provisiones y esto los dispuso á su favor. Representóles en seguida la legitimidad de los derechos de Nicuesa para mandar toda aquella parte de la costa, como gobernador nombrado por el rey, y persuadió á casi todos á que reconociesen su autoridad. Decidióse, pues, por voto general, que saliese Colmenares á cruzar por las costas en busca de Nicuesa, acompañándole como embajadores un activo legista llamado el bachiller Corral, y un tal Diego de Albióez, los cuales suplicarian á aquel caballero viesese á tomar el mando de Darien.

Rodrigo de Colmenares recorrió toda la costa occidental, examinando las bahías y puertos, sin hallar á nadie. Al fin descubrió un bergantín en una pequeña isla; hizo vela hácia él, y reconoció que pertenecía á la flota de Nicuesa. Este lo habia enviado á buscar provisiones y forraje; conducido por él, llegaron al puerto de Nombre de Dios, presunta capital del desgraciado gobernador, tan escondida y rodeada de impenetrables bosques, que hubiera pasado mil veces por allí, sin verla.



Encuentro de Colmenares y Nicuesa.

La aparición de Colmenares fue celebrada con lágrimas de júbilo. Apenas podia reconocer al brillante y altivo Nicuesa, en el hombre seco y escualido que tenía ante sí, que vivía en la mas abyecta miseria y al cual no le quedaba de todo su valiente y poderoso séquito mas que 60 hombres débiles, amarillos, estenuados y tan abatidos que daba lástima verlos (1).

Colmenares distribuyó las provisiones entre ellos y

(1) El puerto de Nombre de Dios, conservó por largo tiempo los vestigios de los sufrimientos que experimentaron allí los españoles. Dice Herrera, que algunos años despues, una partida de ochenta soldados, mandada por Gonzalo de Badajoz, llegó al puerto con miras de internarse. Encontraron el fuerte acunado; una porcion de calaveras y huesos esparcidos por el suelo, y varios montones de piedras con cruces; tristes recuerdos de los desgraciados compañeros de Nicuesa, muertos de hambre. Les horrorizó tanto esta vista, que hubieran abandonado la empresa, á no ser por el hombre intrépido y acaudado que los capitaneaba; quien para impedirlo, despachó inmediatamente los buques, quitándoles así los medios de retirarse. (Herrera, d. II, lib. I.

les dijo que los iba á llevar á un país abundante en viveres y oro.

Cuando supo Nicuesa que habia un establecimiento en Darien, y que sus habitantes le buscaban para que los gobernase, recobró de súbito su carácter caballeroso y altivo. Dió una especie de banquete á Colmenares, y á los embajadores, con las provisiones traídas por ellos. Presidió la mesa con su acostumbrada jovialidad; y para probar á sus convidados que no se habia olvidado de cuando era mayordomo del rey, cogió una gallina y la trinchó al aire con admirable destreza.

Nicuesa no hubiera debido dejarse llevar mas lejos por los impulsos de su alegría; pero, la adversidad no le habia enseñado á ser prudente. Hablando con los enviados de Darien, tomó de buenas á primeras, como suele decirse, el tono de gobernador, poniendo de manifiesto la conducta que pensaba observar. Exaltóse sobre manera al saber que los particulares habian adquirido para sí gran cantidad de oro, reteniéndolo, con perjuicio de los privilegios y monop-

lios de la corona; juró que se lo haría entregar, y hasta habló de castigarlos por su falta. Error idéntico al que cometió Enciso y ocasionó su caída; de consiguiente, providencia muy arriesgada para un presunto gobernador. La amenaza no pasó desapercibida de los embajadores Diego de Albitex y el bachiller Corral, acabando de alarmarles una conversacion que tuvieron con Lope de Olano, preso todavía por su desercion pero que encontró medios de comunicar desde su prision con los enviados, y predisponer el ánimo de estos contra su confiado comandante. «¡Tomad les dijo, ejemplo de mí: Yo envié á Nicuesa socorros, salvándole de morir de hambre en una isla desierta; y me ha pagado cargándome de cadenas. Tal es la gratitud que de él tiene que esperar el pueblo de Darien!»

El astuto bachiller Corral y su compañero tomaron el negocio por lo serio y en consecuencia adoptaron sus medidas, apresurando su partida con la idea de entrar antes que Nicuesa en Darien. Así que llegaron, convocaron una junta compuesta de los principales habitantes. «Buen cambio hemos hecho, señores, dijeron, llamando á Diego Nicuesa para que nos gobierne. Hemos salido de los dientes de un lobo, para caer en las garras de un tigre, que no se creará satisfecho hasta habernos devorado.» Entonces refirieron con la acostumbrada exageracion las amenazas que habian oido á Nicuesa, ponderando al mismo tiempo el mal trato que daba á Olano como prueba de su ingratitude y tirania.

Las palabras del astuto bachiller Corral y su compañero, produjeron una violenta agitacion en Darien; particularmente entre aquellos que habian acumulado riquezas, que se trataba de hacerles devolver. Nicuesa por otra parte con un acto capaz de destruir las pocas simpatías que le quedaban, dió tiempo á que fermentasen las pasiones, deteniéndose muchos dias en un grupo de pequeñas islas, con objeto de hacer esclavos y venderlos; y mientras cometia tales ultrajes contra la humanidad, mandó á Juan de Caizedo con un bote para advertir á los de Darien de su llegada. Este, que álmientaba un oculto resentimiento contra él, aseguró al pueblo de Darien, que cuanto habian dicho sus enviados concerniente á la ingratitude de Nicuesa era cierto; que trataba á sus compañeros con excesiva severidad; que les quitaba todo lo que adquirian en los combates, diciendo que los despojos le pertenecian de derecho; y que permitía portarse con ellos del mismo modo. «¡Os habeis vuelto locos añadió, para enviar en busca de un tirano, gozando como gozabais de completa libertad!»

Los habitantes de Darien, quedaron convencidos con tal abundancia de testigos, y asustados del inmenso peligro que les amenazaba. Habian destituido á Enciso por severo, y se iban á entregar de motu proprio en manos de otro que parecia serlo cien veces mas! Vasco Nuñez de Balboa que observó su perplejidad y consternacion, les fue hablando secretamente, llamándolos aparte, uno á uno. «Estais desanimados, les dijo, porque creéis que el mal no tiene cura. No desesperéis; el remedio está en vuestra mano. Ya que cometisteis el error de llamar á Nicuesa, no le recibais!» Todos comprendieron la facilidad y sencillez de este remedio que fue unánimemente adoptado.

CAPITULO XIII.

Catástrofe del desgraciado Nicuesa.

(1511.)

MIENTRAS se fraguaba aquella conspiracion en Darien, seguia Nicuesa tranquilamente su viaje, llegando sano y salvo á la embocadura del rio. Al acercarse á la playa, vió que le esperaba la multitud, capita-

neada por Vasco Nuñez, y se figuró que salian á recibirle y tributarle los honores debidos á su persona. Iba ya á desembarcar, cuando el fiscal le llamó en alta voz, y se lo prohibió, aconsejándole que se volviera á toda prisa á su gobierno de Nombre de Dios.

Nicuesa quedó por un momento como herido de un rayo. Una vez repuesto de su asombro, les contestó que venia porque le habian llamado; que le dejasen desembarcar, porque era necesario entrar en explicaciones, despues de lo cual obrarian como les pareciese oportuno. Sus exhortaciones fueron vanas, dando solo por resultado insolentes respuestas de violencias para el caso de que se arriesgara á poner el pié en tierra. Sobreviniendo pues la noche tuvo que hacerse á la mar; pero, volvió á la mañana siguiente, esperando que aquella caprichosa gente variaria de opinion.

En efecto, al parecer se habia verificado un cambio en su favor, pues le invitaron á bajar á tierra. El, sin conocer la estratagema, desembarcó; y en el mismo instante se le echó encima la multitud con objeto de prenderle. Entre las cualidades notables de Nicuesa se contaba la de ser muy ligero de piés, y á ella apeló para salvarse: olvidando su dignidad de gobernador, echó á correr perseguido por la chusma, consiguiendo en breve colocarse á una distancia respetable y guarecerse en los bosques.

Vasco Nuñez de Balboa, que era tambien hombre de distinguida cuna, se arrepintió de lo que habia hecho, al ver tan bien nacido caballero en tal extremo, expuesto á ser la víctima de un populacho furioso. No habia previsto que las cosas tomasen aquel carácter de violencia; y entonces trató, aunque tarde, de apaciguar la tempestad que habia excitado. Desde luego pudo lograr que no persiguiesen á Nicuesa por el bosque, esforzándose despues en moderar la vengativa cólera de su compañero, el alcalde Zamudio; cuya hostilidad se aumentaba con el temor de perder su puesto, si era recibido el nuevo gobernador, y cuyas malas disposiciones respecto de este último estaban apoyadas por la aficion natural que la multitud tiene á las que se llaman «medidas fuertes.»

Nicuesa se valió de Vasco Nuñez para entrar en negociaciones con el pueblo. Les suplicó, que si no querian recibirle como gobernador, le recibiesen como compañero; pero no aceptaron, por miedo de que admitiéndole en tal calidad, llegara pronto á apoderarse del mando: entonces les rogó que le recibiesen, aunque fuera como preso, cargándole si querian de cadenas; pues preferia morir entre ellos, á volver al puerto de Nombre de Dios, donde sucumbiria de hambre, ó herido por las flechas de los indios.

En vano se interesó Vasco Nuñez por aquel desdichado caballero. Confundiase su voz entre el bullicio de la multitud, alborotando mas que nadie con sus baladronadas un tal Francisco Benitez, hablador y manipulante de á folio, que se gozaba en la desventura del caballero, y respondia á cada solicitud en favor de este con sarcasmos y carcajadas. Era una especie de comensal del alcalde Zamudio, y contando con su patrocinio se atrevia á proceder así: su voz sobrepujaba á todas; tanto que á las reconvençiones de Vasco Nuñez replicó con descompuestas voces: «No, no. ¡No queremos recibir á un hombre como Nicuesa entre nosotros!» Agotada la paciencia de Vasco, mandó como alcalde que era tambien, y antes de que su compañero pudiera intervenir, dar cien azotes al alborotador; lo cual fue inmediatamente ejecutado (1).

En seguida, viendo que la plebe no tenia traza de apagarse, envió á decir á Nicuesa que se reembarcase, y no volviese á tierra hasta nuevo aviso. Este consejo fue infructuoso, pues Nicuesa, incapaz de engañar á nadie, juzgaba á los otros por sí mismo.

(1) Las Casas, Hist. Ind., Lib. II, c. 68.

Retiróse á su bergantín; pero cediendo á las instancias de una comisión que fue á buscarle de parte del público, con la oferta del gobierno de Darien desembarcó de nuevo. Inmediatamente fue sorprendido por una partida de gente armada que capitaneaba el villano Zamudio; y este le hizo jurar, amenazándole con la muerte, que se marcharía en el acto sin parar hasta presentarse al rey y al consejo de Castilla.

En vano le recordó Nicuesa que él era el gobernador del territorio y representante del rey y que incurrian en pena de traidores oponiéndosele; en vano apeló á su humanidad, protestando ante Dios contra tan cruel persecucion. El pueblo habia llegado á ese estado de efervescencia, que le hace añadir la inhumanidad á la injusticia; y no contentándose con expulsar al desdichado gobernador, le dieron el peor buque que habia en el puerto, un viejo y desmantelado bergantín, incapaz de sufrir los choques y peligros del mar.

Embarcaron con él diez y siete hombres, algunos de ellos servidores suyos, y el resto voluntarios que se decidieron á acompañarle por respeto y simpatía. Este frágil y miserable barco, zarpó de Darien el 1.º de marzo de 1511, navegando por el mar Caribe con rumbo á la Española; pero nadie le vió mas ni volvió á hablarse nunca de él.

Varias averiguaciones se han hecho para penetrar el misterio en que está envuelta la pérdida de aquel bergantín y su tripulación: algunos años despues corrió muy válida la noticia, de que unos españoles, vagando por las costas de Cuba habian hallado la siguiente inscripción grabada en un árbol:

AQUÍ FENECIÓ EL DESDICHADO NICUESA,

de donde se infirió que él y sus compañeros habian desembarcado allí y perecido á manos de los indios. Las Casas, sin embargo, no da crédito á esta historia. El acompañó á los primeros españoles que tomaron posesion de Cuba, y no oyó decir nada sobre el particular como era probable lo hubiese oido en caso de ser cierto. En su sentir, la miserable embarcacion zozobró en el mar Caribe, á causa de las tempestades y corrientes, ó murieron de hambre y sed los que iban en ella, pues que apenas les dieron unas cuantas provisiones. El buen obispo añade, movido por las supersticiosas ideas de la época, que poco antes de salir Nicuesa de España con su expedicion, un astrólogo le aconsejó que no se embarcase el día que tenia determinado, ni bajo la influencia de cierto signo, á lo que le contestó el caballero, que confiaba menos en las estrellas que en Dios que las habia formado. «Me acuerdo, tambien añade Las Casas, que por aquel tiempo apareció un cometa en la Española, con la figura, si no estoy equivocado, de una espada; y aun se dijo que cierto fraile habia aconsejado á varias de las personas que estaban para embarcarse con Nicuesa, que no se asociaran á este capitán, pues el cielo habia pronosticado su pérdida.» Sin embargo, concluye, «lo propio podia decirse de Alonso de Ojeda, que se dió á la vela al mismo tiempo, y sin embargo volvió á Santo Domingo para morir luego en su lecho» (1).

(1) Las Casas, *ut supra* c. 68.

VASCO NUÑEZ DE BALBOA,

DESCUBRIMIENTO DEL OCEANO PACIFICO.

CAPITULO I.

Partidos en Darien.—Vasco Nuñez elevado al mando.

(1511.)

Hemos trazado el cuadro de las desgracias de Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa; ahora vamos á bosquejar la historia, de Vasco Nuñez de Balboa, aventurero, igualmente intrépido, mucho mas famoso y no menos de-graciado, que en cierto modo se levantó sobre sus ruinas.

Tan pronto como se perdió de vista el buque que conducia al desventurado Nicuesa, volvieron á reproducirse las partidos sobre eleccion de gobernador; insistiendo el bachiller Enciso en reclamar su derecho como jefe superior. Ofreciósele, empero, un poderoso competidor en Vasco Nuñez de Balboa, que habia llegado á ser favorito del pueblo, así por su carácter franco é intrépido, como por su afabilidad con todos. Incuestionablemente era persona á propósito para manejar á sus paisanos, porque los españoles, aunque orgullosos y vengativos é incapaces de sufrir con paciencia las injurias ni la opresion, fácilmente son deslumbrados por el valor y seducidos por la cortesía y la benevolencia.

Vasco Nuñez, poseia a-temas, todas las cualidades exteriores que cautivan los ánimos de la multitud. Tenia treinta y cinco años; era alto, bien formado, vigoroso, con el pelo rubio y aspecto francés é imponente. Mientras desempeñó el cargo de alcalde, modificó la conducta irregular y escandalosa que habia observado, siendo un mero soldado de fortuna; y con esto y su talento despejado cobró bien pronto pre-

ponderancia sobre su colega Zamudio. De consiguiente, poseia elementos bastantes para hacer una vigorosa oposicion á Enciso. Sin embargo, procedió legulmente, citando á juicio al bachiller acusándole que hubiese usurpado el poder de alcalde mayor, sin mas autoridad que el nombramiento de Alonso de Ojeda, cuya jurisdiccion no se extendia á aquella provincia.

Enciso, como hábil abogado, defendió bien su pleito; pero, sus razones eran sofisticas, y aun no siendolo, luchaba con hombres que se cuidaban poco de las leyes, que estaban irritados con sus exacciones legales, y mas dispuestos á que les gobernase un militar que un jurisperito. Fue, por lo tanto declarado reo, condenado á prision y sus bienes quedaron confiscados: sentencia violenta y que se ejecutó sin piedad, porque la justicia, trasplantada á los bosques del Nuevo Mundo, parecia encrudecerse y tomar un carácter salvaje. Sin embargo, en ningún país se cometen iniquidades impunemente: la tirania ejercida con el bachiller Enciso, aunque revestida de todas las formas legales y en regiones apartadas del orbe civilizado, redundó en perjuicio de Vasco Nuñez, contribuyendo á marchitar los frutos de aquella misma ambicion que debia satisfacer.

La fortuna del bachiller tomó un giro muy contrario á la agradable perspectiva que se le ofrecia á su salida de Santo Domingo; tuvo que presentarse en la barra como reo, en lugar de actuar en el tribunal como juez; y sufrió en la cárcel las consecuencias de su última tentativa para obtener el mando. No obstante, sus amigos intercedieron por él con calor: y al fin lograron que se le pusiera en libertad, dán-

dole permiso para volverá España. Vasco Nuñez comprendió que el abogado defendería mejor su causa ante el tribunal de Castilla, que lo había hecho ante los jueces parciales y preocupados de Darien, y por lo mismo hizo que su colega Zamudio, implicado como él en los últimos acontecimientos, volviese á España con el bachiller para estar presente y responder á los cargos, refiriendo de una manera favorable el asunto. También le dió instrucciones para que publicase sus servicios, como conductor de los españoles á aquel sitio, y director de los negocios coloniales; sin omitir el ponderar las probabilidades de grandes riquezas en el país comarcano.

El bachiller y el alcalde se embarcaron en una pequeña carabela; y como debían tocar de paso en la Española, Vasco Nuñez envió allí á su particular amigo, el regidor Val liva, á fin de que trajese provisiones y reclutas. Entrogóle ademas secretamente una buena suma de oro para Miguel de Pasamonte, tesorero de la Española, pues sabía que gozaba del favor del rey y que estaba investido de extensos poderes; pidiéndole, al mismo tiempo, su proteccion en el Nuevo Mundo y su influencia en la corte.

Después de tomar tan astutas precauciones, vió Vasco Nuñez partir la carabela sin desalentarse, no obstante que conducía á España á su mas peligroso enemigo; consolándosele la reflexion de que también iba en ella su colega Zamudio, y de este modo quedaba él solo mandando la colonia.

CAPITULO II.

Expedicion á Coiba.—Vasco Nuñez recibe en rehenes á la hija del cacique.

Emarcitose Vasco Nuñez en probar que era capaz de desempeñar el cargo de gobernador á que aspiraba; y sabiendo que no había demostracion mas convincente para el rey Fernando que la de enviarle grandes remesas de oro, con lo cual se olvidaban todos los pecadillos cometidos en el Nuevo Mundo, su primer objeto fue averiguar los sitios que en el país abundaban mas en este precioso metal. Habiendo oido relaciones exageradas acerca de la provincia de Coiba, distante de Darien unas treinta leguas, mandó á Francisco Pizarro con seis hombres para que la explorase.

Luego que el cacique Zamaco, señor natural de Darien, que como él, fomentaba las hostilidades contra los españoles y andaba rondando con sus guerreros por las cercanías de la colonia, tuvo noticia por sus espías de la salida de aquel destacamento, se emboscó con la idea de destruirlo. Apenas habían andado los expedicionarios tres leguas rio arriba, cuando una hueste de salvajes, saliendo repentinamente de la espesura, se les echó encima, dando alullidos espantosos y descargando sobre ellos una lluvia de piedras y flechas. Pizarro y los suyos, aunque heridos y maltratados, acometieron al grueso del enemigo, matando muchos, hiriendo mas y poniendo el resto en precipitada fuga; pero con los temores de otro asalto, retiraronse velozmente, dejando á uno de sus compañeros, Francisco Hernan, mal herido en el campo. Llegaron al establecimiento estropeados y chorreando sangre; pero, cuando Vasco Nuñez oyó los pormenores de la refriega, se enfureció contra Pizarro, ordenándole que volviese inmediatamente á pesar de sus heridas á recoger al soldado que había dejado en el campo. «Que no se diga, exclamó, que ha habido españoles que huyesen de los salvajes, dejando un camarada en su poder.» Pizarro sintió la fuerza de esta reconvenccion, tornó al sitio del combate y trajo consigo á Francisco Hernan.

Nada se había vuelto á saber de Nicuesa: Vasco Nuñez despachó dos bergantines en busca de los compañeros de aquel desgraciado que habían permanecido en Nombre de Dios. Su júbilo fue extraordinario vien-

do que se les libertaba de su precaria situacion, llevándoles á un establecimiento donde se podia vivir cómodamente. Costeando los bergantines las playas del istmo encontraron dos españoles, con el cuerpo pintorreado y la apariencia de salvajes; habianse escapado de los buques de Nicuesa, hacia año y medio, huyendo del castigo y se refugiaron en Coiba, poniéndose bajo la proteccion del cacique Careta. El gefe salvaje los trató con benévola hospitalidad en premio de la cual lo primero que hicieron al encontrarse salvos entre sus compatriotas, fue aconsejar á estos que invadiesen el domicilio del cacique, donde hallarian un inmenso botin. Sus sugestiones encontraron eco; uno de ellos se embarcó á fin de servir de guía á la expedicion que debía ir por tierra desde Darien, y el otro volvió al lado del cacique, para consumar la obra.

Las noticias dadas por aquellos vagos de las selvas colmaron de placer á Vasco Nuñez: inmediatamente escogió ciento treinta hombres bien armados y partió con ellos en direccion á Coiba. El cacique recibió á los españoles en su domicilio con la acostumbrada hospitalidad de los salvajes, dándoles de comer y beber, de cuanto tenia en su casa; pero, como Vasco Nuñez le pidiese una gran cantidad de provisiones para abastecer su colonia, contestóle no le era posible facilitársela, porque las tierras estaban sin cultivo á consecuencia de la guerra con su vecino, el cacique de Ponea. El español que quedó al lado del cacique para venderle, llamó á parte á Vasco Nuñez y le aseguró que había multitud de provisiones almacenadas en secreto. Añadió que lo mejor seria fingir que regresaban á Darien con la tropa, creidos de las palabras del cacique, volviendo de noche á sorprender la poblacion. Vasco Nuñez aceptó el consejo de aquel miserable; se despidió cordialmente de Careta y tomó el camino de su establecimiento. A media noche, mientras los salvajes dormian profundamente, colocó Nuñez su gente en medio del pueblo, y antes de que los habitantes pudiesen pensar en defenderse, ya estaban reducidos á cautividad Careta, sus mujeres, sus hijos y gran parte de sus súbditos. Descubrió en seguida los almacenes donde estaban las provisiones, cargó con ellas dos bergantines y se volvió con los cautivos y el botin á Darien.

La desesperacion del cacique no tuvo limites al verse tratado de aquella manera, y cautivos en poder de extrajeros él y toda su familia. «¿Qué te he hecho, dijo á Vasco Nuñez, para que me trates tan cruelmente? Si alguno de tu país ha venido al mio, le he manifestado la mas cordial amistad, dándole comida y techo. ¿He salido acaso á recibirte con el dardo en la mano? No; te he proporcionado de comer y beber como á un hermano; déjame libre con mi familia y mis súbditos, y seremos amigos: yo te suministraré las provisiones que necesites y te revelaré los tesoros que hay en mi país. ¿Dudas de mí? Toma mi hija, te la dejo en prenda de amistad. Hazla tu mujer, y vive seguro de la fidelidad de su familia y de su pueblo.»

Vasco Nuñez, sintiendo la fuerza de estas palabras, comprendió que una alianza con los naturales le seria muy provechosa; la cautiva doncella contribuyó también á decidirlo, porque le agradó el aire tímido y abatido con que estaba delante de él, siendo ademas jóven y hermosa. Accedió pues á la súplica del cacique, aceptando á su hija y comprometiéndose á protegerle contra sus enemigos, bajo condicion de proporcionarle él provisiones para la colonia.

Careta permaneció tres dias en Darien, durante los cuales fue tratado con la mayor afabilidad; Nuñez lo llevó á bordo de sus naves, enseñándole todas sus divisiones y mecánica; le mostró también los caballos de batalla con sus armaduras y ricos caparazones, asombrándole ademas con el estruendo de la artillería,

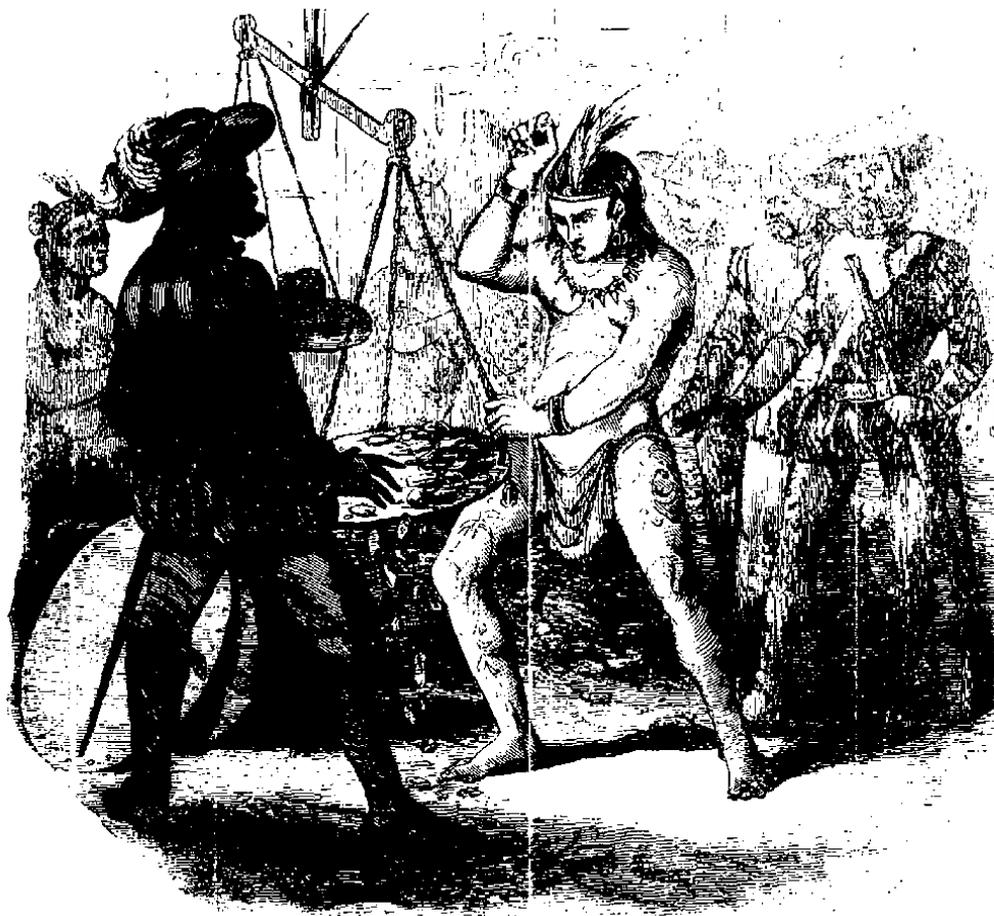
Para indemnizarle del susto ocasionado por todos estos aparatos de guerra, mandó á las músicas que tocasen algunas armonías, con lo que la admiración del cacique llegó á su colmo, y Vasco Nuñez habiéndole dado de este modo una idea sumamente elevada del poderío y grandes prendas de sus nuevos aliados: le colmó de regalos y le permitió marchar (1).

Volvió Careta lleno de júbilo á sus Estados, y su hija se quejó con Vasco Nuñez, de muy buena voluntad, abandonando gustosa por él su familia y su patria. Nunca se casaron, pero ella estaba persuadida de que era su mujer, como lo era realmente según los usos de su país. Vasco la trató siempre con singular cariño, y ella fue poco á poco adquiriendo grande influencia sobre su ánimo, tanto que al cariño que le inspiró se puede atribuir hasta cierto punto su ruina.

CAPITULO III.

Vasco Nuñez oye hablar de un mar al otro lado de los montes.

Vasco Nuñez, en cumplimiento de la palabra dada al padre de su bella india, tomó ochenta hombres, y con su compañero de armas Rodrigo Enriquez de Colmenares, se dirigió por mar á la provincia de Coiba, donde desembarcó invadiendo en seguida el territorio de Ponca, grande adversario de Careta y obligándole á refugiarse en las montañas. Despues asoló sus tierras y saqueó sus pueblos y reuniendo un considerable botín regresó á Coiba donde fueron sus soldados muy obsequiados por Careta. En seguida pasaron á la provincia limitrofe de Comagre, mandada por un cacique del mismo nombre y que tenía 3000 hombres



El hijo mayor del cacique Comagre derrama de un puñetazo el oro que había regalado á Colmenares.

de guerra, con el objeto de hacerlo una visita amistosa. La provincia de Comagre estaba situada al pié de una alta montaña, en una deliciosa llanura de doce leguas de extensión. Al aproximarse Vasco Nuñez, el cacique salió á su encuentro acompañado de siete hijos, todos de hermosa presencia, habidos en sus varias mujeres; seguíale sus principales gefes guerreros, y

multitud de súbditos. Condujeron á los españoles con gran ceremonia á la población, alojándoles perfectamente y suministrándoles abundantes provisiones y criados de ambos sexos para que les sirviesen.

La casa del cacique excedía en magnitud, gusto y solidez á cuantas habían visto hasta entonces los españoles en aquellos países; pues tenía ciento cincuenta pasos de larga, y ochenta de ancha y estaba edificada sobre fuertes estacas, rodeadas de una pared de pie-

(1) P. Martín, d. 3. c. vi.

dra alta. La parte era de madera, primorosamente entretejida y trabajada con un gusto tan esquisito que los españoles quedaron sorprendidos y admirados. Esta casa contenía muchas y cómodas habitaciones, varias despensas, uvas llenas de pan, carne de venado, etc.; y otras de bebidas espirituosas, que los indios hacían de maíz mezclado con una especie de palma y raíces de diferentes clases; y por último, un gran salón, en lo mas recóndito del edificio donde Comagre conservaba los cuerpos de sus antepasados y parientes. Secábanlos ó curábanlos al fuego para preservarlos de la corrupción, y envolviéndolos luego en mantas de algodón ricamente entretejidas con perlas, joyas de oro y una especie de piedras preciosas, muy estimadas de los naturales, los colgaban alrededor de la pared, tributándoles sumo respeto y religiosa adoración.

De los hijos del cacique, el mayor poseía un alma elevada y generosa, distinguiéndose de los demás por su superior inteligencia y sagacidad. Conociendo, dice Pedro Martir, que los españoles eran «hombres vagabundos, que vivían del pillaje y del engaño» pensó que el medio mejor de ganar su amistad era satisfacer su codicia. De consiguiente, regaló á Vasco Nuñez y á Colmenares 4000 onzas de oro, bajo diversas formas, y además sesenta esclavos hechos en la guerra. Vasco Nuñez ordenó que se pesara la quinta parte del oro y se pusiera aparte para la corona, repartiéndose lo restante entre sus compañeros.

La repartición del oro tuvo lugar en el pórtico de la habitación de Comagre, á presencia del jóven cacique que había hecho la donación. Trabajó al pesar lo una reñida disputa entre ellos, sobre el tamaño y valor de las piezas que tocaban á cada uno. El inteligente salvaje se indignó oyendo aquella sórdida contienda entre seres que él había respetado tanto, y llevado de un impulso de desprecio que no fue dueño de reprimir, dió un golpe á las balanzas con el puño y esparció el resplandeciente oro por el pórtico. Antes de que los españoles volvisen en sí del asombro que les causó acto tan brusco hablóles en los siguientes términos. «¿A qué disputais sobre tal vagatela? Si este oro es realmente tan precioso para vosotros que por él habeis abandonado vuestras casas, invadido las pacíficas tierras de los demás y soportado tantos sufrimientos y peligros, yo os enseñaré una region en donde podreis saciar completamente vuestros deseos. Mirad esas altas montañas, continuó señalando al Sur; al otro lado hay un gran mar, que puede verse desde su cima; navega por él una nación que tiene bajeles tan grandes como los vuestros provistos asimismo de velas y remos. Todos los arroyos que bajan al mar por la parte del Sur abundan en oro; tanto que los reyes que habitan en sus orillas, comen y beben en bajilla de oro, el cual se cria allí con tanta abundancia como el hierro entre los españoles.»

Admirado Vasco Nuñez de lo que oía, se informó con ansia de los medios que podrian emplearse para penetrar en aquel mar y visitar sus opulentas playas. «La empresa, replicó el príncipe, es difícil y peligrosa. Hay que pasar por las tierras de muchos poderosos caciques que se os opondrán con sus armadas huestes; algunos parajes de las montañas están infestados de canibales; raza cruel, perversa y vagabunda: pero, sobre todo, encontrareis al gran cacique Tubanamá, cuyo territorio dista de aquí seis jornadas, y abunda mas en oro que ninguna otra provincia, el cual es seguro que vendrá á atacaros con un numeroso ejército. De consiguiente, para lograr vuestra empresa, se necesitan mil hombres armados como los que os acompañan.»

El jóven cacique le dió informes todavía mas extensos sobre la materia, adquiridos de varios prisioneros de guerra, y de uno de su nación que había sido mucho tiempo esclavo de Tubanamá, el poderoso

so cacique del dorado reino. El príncipe, además, ofreció probar la veracidad de sus palabras, acompañando con los guerreros de su padre á Vasco Nuñez en la expedición que hiciese á aquellas tierras.

Tales fueron las primeras noticias que Vasco Nuñez tuvo del océano Pacífico y de sus grandes riquezas; desde que las oyó se efectuó un cambio radical en su carácter y conducta. Aquel hombre hasta entonces reducido á vagar, tentando arriesgadas aventuras, veía ahora un camino abierto á su ambición, que si le conducía á salvamento, afianzaria su reputación y su fortuna, poniéndole al nivel de los mas grandes capitanes y descubridores de la tierra. El descubrimiento del mar que estaba al otro lado de las montañas fue en adelante su único pensamiento; y su espíritu pareció haberse elevado y ennoblecido, tan solo con aquella idea.

Para preparar lo necesario á empresa tan espléndida, apresuró su vuelta á Darien, bautizando antes de salir de la provincia de Comagre, al cacique, con el nombre de don Carlos, y ejecutando igual ceremonia con sus hijos y muchos de sus súbditos: mezcla singular de avaricia y religion, que caracterizaba á los descubridores españoles.

A poco de llegar Vasco Nuñez á Darien, fundó el regidor Valdivia que vivía en la Española, sin mas provisiones que las que cabían en su pequeña carabela y que pronto se consumieron. La escasez general continuó, agravándose con una violenta tempestad de lluvia, rayos y truenos, que hizo descender torrentes de los montes, saliendo de madre el río é inundando los campos vecinos. En tal apuro, despachó Vasco Nuñez por segunda vez á Valdivia en busca de provisiones. Animado además con los grandes pensamientos que bullían en su cabeza, escribió á don Diego Colon, gobernador de Santo Domingo, sobre las noticias que había adquirido de un gran mar y opulentos reinos al otro lado de las montañas; suplicándole interpusiera su influencia con el rey, para que inmediatamente le enviasé mil hombres que necesitaba para emprender tan gran descubrimiento. Le mandó también la cantidad de quince mil coronas en oro, pertenecientes al rey por el quinto de lo que se había recolectado bajo su jurisdicción. Muchos de sus compañeros entregaron cantidades con destino á sus acreedores de España. Por último, Vasco Nuñez suplicaba al Almirante, que le mandase socorros con que poder sostenerse en el establecimiento, ponderándole la dificultad de mantener en la obediencia con un puñado de hombres tan vasta extension de terreno.

CAPITULO IV.

Expedición de Vasco Nuñez en busca del templo de oro de Dobaiba.

(1512.)

MIENTRAS Vasco Nuñez esperaba el resultado de la comisión dada á Valdivia, su carácter activo le sugirió la idea de hacer alguna escursión por el país comarcano.

Entre los infinitos rumores que corrian acerca de los reinos de oro existentes en el interior de aquel país desconocido, hablábase de la provincia de Dobaiba, distante como cuarenta leguas, y situada á orillas de un gran río, que por varias bocas iba á desaguar en un extremo del golfo de Craba.

Derivábase su nombre, según la tradición india, de una mujer poderosa en la antigüedad, madre del dios que crió el sol, la luna y todas las cosas buenas, y que dominaba los elementos. A su voz descendían el rayo, el trueno y la devastación sobre los Estados de los que tenían la desgracia de ofenderla, y la fertilidad y la abundancia sobre las posesiones de los que la tributaban una fiel adoración. Otros decían que era una princesa india que había reinado

en las montañas de Dobaiba, disfrutando de gran nombradía por su sobrenatural talento y poder. Después de su muerte, se le tributaron honores divinos y se le erigió un magnífico templo al que iban los naturales en peregrinación desde largas distancias, llevando magníficas ofrendas. Los caciques de los territorios mas lejanos enviaban tambien en ciertas épocas del año, espléndidos regalos de oro con objeto de depositarlos en el templo, y esclavos que sacrificar en su santuario. Se decía que con el tiempo, su culto fue caducando, las peregrinaciones se hicieron menos frecuentes, y los caciques se descuidaron en el envío de las ofrendas; lo que irritó de tal modo á aquella divinidad, que castigó al país con una espantosa sequía. Secáronse los arroyos, las fuentes y los rios; los habitantes de las montañas tuvieron que bajar al llano, y abrir pozos y hoyos profundos para beber; pero agotándose tambien estos, mucha gente murió de sed. Los pocos que sobrevivieron se dieron prisa á ofrecerle sacrificios para apaciguar su cólera, lográndolo por fin.

Se decía que á consecuencia de tantas ofrendas el templo estaba lleno de riquezas y sus paredes cubiertas de oro. (1) Además, los indios contaban maravillas sobre los tesoros de toda la provincia, diciendo que abundaba en minas del ansiado metal, cuyas ramificaciones corrían desde la morada del cacique hasta el confin de sus dominios.

Penetrar en el territorio de Dobaiba, y sobre todo apoderarse de los reinos del templo de oro, era una expedición digna del carácter aventurero de los españoles. Vasco Nuñez escogió ciento y setenta hombres de los mas atrevidos, y embarcándose con ellos en dos bergantines y algunas canoas, salió de Darien. Después de correr como unas nueve leguas hacia el Este, llegaron á la embocadura del rio grande de San Juan, llamado tambien Atrato, el que en lo sucesivo ha venido á parar en ser uno de los brazos del rio Darien. Destacó entonces á Rodrigo de Colmenares, con un tercio de sus fuerzas, para reconocer la principal corriente del rio mientras él con el resto se encaminaba por otro ramal que le dijeron bajaba de la provincia de Dobaiba, hacia donde se dirigia alegremente lleno de las mas lisonjeras esperanzas (2).

Entretanto su antiguo enemigo Zemaco, cacique de Darien, habia descubierto el objeto de su expedición, y tomó todas las medidas posibles para contrariarla. Dirigiase á la provincia de Dobaiba, y persuadió al cacique á que se retirase al aproximarse los españoles, dejando el país desierto.

Vasco Nuñez tropezó con un pueblo situado á las inmediaciones de un pantano, y á orillas del rio, y lo creyó residencia del cacique; pero en él no halló ni un solo indio á quien pedir noticias del país, y que le guiase al templo de oro. Tampoco encontró provisiones, ni nada mas que armas colgadas en las paredes de las desiertas habitaciones, joyas y pedazos de oro por valor de siete mil castellanos.

Desalentado con el salvaje aspecto que presentaban aquellos alrededores llenos de profundos pantanos y

si guías que le ayudasen á explorarlos, cargó todo el botín en dos grandes canoas, y retrocedió al golfo de Uraba. Allí se vió asaltado por una violenta tempestad, que estuvo á pique de hacer zozobrar los dos bergantines, obligándole á arrojar al mar la mayor parte del cargamento. Las dos canoas que contenian el botín fueron presa del furor de las olas, perdiéndose con toda la gente que las tripulaba. De esta manera burlado en sus esperanzas y acosado por las tempestades, Vasco Nuñez, logró por fin penetrar en lo que se llamaba el Rio Grande, y subiendo por él, se reunió con Colmenares y su destacamento. Dirigieron entonces el rumbo por la orilla de un riachuelo que pagaba tributo al Rio Grande y cuyas aguas venian teñidas de un color oscuro, por lo que lo llamaron Rio Negro. Al paso reconocieron tambien otros riachuelos tributarios del mismo, no sin tener que sostener varias escaramuzas con los naturales.

Subiendo por uno de aquellos rios menores con parte de su gente, llegó Vasco Nuñez á la tierra de un cacique llamado Abibeiba que reinaba en una region pantanosa; las habitaciones de los naturales estaban construidas entre las ramas de altos y corpulentos árboles, con suficiente capacidad para contener á toda una familia. La mitad era de madera y la otra mitad de un trabajo tosco, pero fuerte y flexible; de modo que las ramas aunque agitadas por el viento no les causaban detrimento alguno: los habitantes subian á ellas con grande agilidad, valiéndose de escaleras formadas de cañas, abiertas por el medio; pues allí estas tienen el grueso del cuerpo de un hombre. Retirábanlas de noche para no ser sorprendidos en caso de ataque. Estas habitaciones estaban abundantemente provistas de comestibles; pero las bebidas espirituosas, de las que hacían gran consumo los indios, las enterraban en las paredes de los árboles, para que no se enturbiasen con el movimiento de las cañas. Cerca de sí tenían tambien las canoas con que navegaban por los rios y charcas de los pantanos ocupándose en su ordinario ejercicio de la pesca.

Quando los indios vieron que se aproximaban los españoles, se refugiaron á sus castillos de árboles, quando inmediatamente las escaleras. Suplicáronles los segundos que bajasen, pues no tenían nada que temer de ellos, y el cacique les contestó que así debia ser puesto que ellos no les habian ofendido. Les amonestaron por segunda vez que bajasen, porque sino, derribarian los árboles ó les pegarian fuego, quemando á sus mujeres y sus hijos. Con tan cortés invitación, el cacique se preparaba á bajar; pero se lo impidieron las súplicas de sus súbditos. Disponíanse, pues, los españoles á echar abajo los árboles, cuando se vieron asaltados por una lluvia de piedras. Cuñéronse entonces con sus escudos, asaltaron los árboles con sus machetes, y obligaron á los habitantes á capitular. El cacique bajó con su mujer y dos hijos; los españoles le pidieron oro, y él les aseguró que no tenían ninguno, porque como no lo necesitaban, jamás se habian ocupado en buscarlo. Sin embargo Vasco Nuñez seguia importunándole con exigencias; y entonces dijo el cacique que si le dejaban ir á ciertas montañas algo distantes, tornaria dentro de poco, trayéndole lo que deseaban. Permittiéronle marchar, quedándose con su mujer y sus hijos en rehenes, mas el cacique no volvió á parecer. Después de haber permanecido allí algunos dias, regalándose con las abundantes provisiones que encontraron siguieron sus expediciones, tropezando muy á menudo con salvajes valientes y belicosos, sufriendo algunas pérdidas, y ocasionándoles terribles á los que se les oponian.

Habiendo recorrido Vasco Nuñez una grande extension de terreno sin encontrar objetos que llamasen su atención y le empeñasen á proseguir la empresa, determinó volver á Darien con los despojos y prisioneros.

(1) P. Martin, decad. 3, cap. VI, idem, d. 7, cap. X.

(2) Para describir esta expedición, se ha valido el autor de antiguas relaciones, escritas por los españoles, cuando apenas conocian el terreno, costándole trabajo conciliar la mención que hacen de diferentes riachuelos con los rios que se describen en los modernos mapas. D. Manuel José Quintana prueba de un modo claro y racional, que los riachuelos reconocidos por Vasco Nuñez y Colmenares, no eran sino ramificaciones de un inmenso rio, que bajando de las montañas del interior, se derramaba en cristalinis arroyos por las llanuras y marismas que rodean las orillas del golfo de Darien, descargando en este por varias embocaduras. El hecho es, que el riachuelo que corría junto á la naciente ciudad de Santa María de la Antigua, no era mas que uno de los brazos del Darien; cosa que ignoraban absolutamente Vasco Nuñez y sus compañeros.

neros que había cogido, dejando á Bartolomé Hurtado con treinta hombres en una población india de Rio Negro para mantener sujeto el país. Así se terminó la primera expedición que salió á buscar el templo de oro de Dobaiba, el cual por mucho tiempo continuó sirviendo de tema á las empresas expedicionarias de los aventureros de Darien.

CAPITULO V.

Desgracias en Rio Negro.—Proyecto de los indios contra Darien.

Habiendo quedado Bartolomé Hurtado en las orillas de Rio Negro dueño absoluto de sus acciones, ocupábase en cazar á los pocos indios que vagaban por los vecinos bosques, logrando capturar de este modo veinte y cuatro que embarcó á bordo de una gran canoa, para conducirlos á Darien y venderlos allí como esclavos. Veinte de sus compañeros, que estaban enfermos, se sacó por las heridas ó á causa del mal clima, se embarcaron también, de manera que solo permanecieron con Hurtado diez hombres.

Esta gran canoa, tan excesivamente cargada, bajaba muy despacio por el Rio Negro, cuyas orillas estaban rodeadas de espesos bosques, cuando el infatigable Zemaco, cacique de Darien, que estaba en acecho, interceptó el paso con cuatro canoas llenas de gente armada de clavos y lanzas endurecidas al fuego. Los españoles, débiles y enfermos, resistieron apenas; de consiguiente unos fueron degollados y otros arrojados al rio donde se ahogaron; solo dos pudieron escapar subiéndose á unos troncos de árboles, que iban flotando por el rio, y cubriéndose con sus ramas. Habiendo llegado así á la orilla, se dirigieron en busca de Bartolomé Hurtado con las noticias del trágico acontecimiento. Su desaliento fue tal, que reflexionando en el abandono á que se veía reducido, solo y en medio de un país enemigo, sin esperanzas de socorro, determinó dejar las fatales riberas de Rio Negro, y volver á Darien. Contribuyó á acelerar su marcha la noticia que tuvo de una conspiración que se formaba entre los indios. El implacable Zemaco había inducido á otros cuatro caciques á formar secretamente un plan que consistía en reunir á todos sus vasallos y asaltar de improviso á Darien. Hurtado con el resto de sus compañeros se apresuró á llevar esta noticia al establecimiento para preservarlo de una desgracia. Muchos de los habitantes se alarmaron al saberlo, pero otros creyeron que era un falso rumor esparcido por los indios, y ningún preparativo se hizo para prevenir el daño que se creía imaginario.

Afortunadamente para los españoles, entre las mujeres cautivas que pertenecían á Vasco Nuñez había una jóven india, llamada Fulvia, cuya hermosura le conquistó el amor del aventurero, de quien ella también se enamoró perdidamente. Tenía esta jóven un hermano entre los guerreros de Zemaco, que solía ir á verla á menudo y en secreto. En una de sus visitas la dijo que el establecimiento iba á ser dentro de poco atacado y todos los españoles destruidos; encargándola que la noche del asalto se escondiese en cierto paraje que designó hasta llegar él en su ayuda, pues de lo contrario sería fácil asesinarla en medio de la confusión.

Cuando se fue su hermano, un violento combate tuvo lugar en el corazón de la jóven india; los sentimientos de cariño á su familia y su país luchaban con el amor á Vasco Nuñez: al fin triunfó este, y descubrió á su amante todo cuanto sabía. Este hizo que enviase por su hermano su protesto de venir á proteger su fuga; y no bien tuvo Nuñez al indio en su poder, le obligó á descubrirle los designios de sus enemigos. Sus revelaciones demostraron el gran peligro que rodeaba á Vasco Nuñez en los momentos de su mayor

confianza. Dijo al prisionero que él era uno de los cuarenta indios enviados anteriormente por el cacique Zemaco con protestas de amistad y pretensiones de que se les empleara en el cultivo de los campos, vecinos al establecimiento, y que traían órdenes secretas para aprovechar el instante en que Vasco Nuñez fuese á inspeccionar sus trabajos, cogiéndole descuidado y asesinandole. Afortunadamente Vasco Nuñez visitaba siempre los campos montado en su caballo de batalla y armado de lanza y escudo, y los indios estaban tan admirados de su marcial continente y temían tanto aquel terrible animal, que nunca se determinaron á atacarle.

Frustrados sus intentos en esta y otras conspiraciones del mismo género, Zemaco recurrió á la que por entonces amenazaba la existencia del establecimiento. Se habían confederado cinco caciques: tenían preparadas cien canoas, recogidas provisiones para un ejército y concertado reunir cinco mil guerreros escogidos señalando día y sitio; en seguida atacarían el establecimiento por mar y tierra á media noche y degollarían á todos los españoles.

Sabiendo ya Vasco Nuñez donde debían reunirse todos los gefes confederados y el punto en que estaban depositadas las provisiones, escogió setenta hombres de los mejores y mas bien armados, dando un rodeo por tierra, mientras Colmenares con sesenta hombres se embarcaba secretamente en cuatro canoas, guiado por el prisionero indio. De este modo sorprendieron al jefe del ejército contrario con algunos de los principales confederados y se apoderaron de todas sus provisiones, aunque no pudieron coger al formidable Zemaco. El jefe indio fue muerto á flechazos y los cabecillas de la conspiración ahorcados en presencia de sus compañeros cautivos. El mal éxito de tambien concertado plan y el castigo de sus promovedores, infundió tal terror en las provincias comarcanas, que evitó nuevas tentativas. Vasco Nuñez, sin embargo, mandó que inmediatamente se construyese una fortaleza de madera, para proteger la colonia contra cualquier asalto de los salvajes.

CAPITULO VI.

Nuevos disturbios en la Colonia.—Arrogancia de Alonso Perez y del bachiller Corral.

Mucho tiempo había pasado desde la salida de Valdivia para la Española, sin que se tuviese la menor noticia de su paradero; de modo que se empezó á temer algun acontecimiento desgraciado: la malicia que nunca está ociosa, hacia sospechar á algunos, que él y Zamudio se hubieren entendido apropiándose el oro puesto en sus manos, mas ganosos de su particular provecho que de los intereses de la colonia.

El mismo Vasco Nuñez estaba impaciente participando de la alarma que producian estos rumores; y temiendo además que el bachiller Enciso lograrse perjudicarle en el ánimo del rey. Con este motivo determinó hacer un viaje á España, presentarse en persona al monarca, comunicarle cuanto había oído acerca del mar del Sur, y pedirle las tropas necesarias para tal descubrimiento.

Todos, así amigos como enemigos, se opusieron á semejante medida manifestando que su presencia era indispensable para la seguridad de la colonia, por sus grandes talentos como jefe, y por el temor que inspiraba á los indios.

Después de muchas contestaciones, se resolvió que Juan de Caicedo y Rodrigo de Colmenares irían en su lugar, encargados de hacer presente al rey cuanto conviniese, llevando además cartas con las mas extravagantes narraciones sobre la riqueza del país, parte dictadas por las alegres esperanzas de los que las escribían, y parte por los maravillosos cuentos de los indios. Inútil es decir que no olvidarian hablar de las

riquezas del Dobaiba, ni de las preciosidades de su templo de oro. Los comisionados se llevaron un indio consigo, como testimonio palpable de los tesoros de la provincia de Zenú, de donde era natural. Contábase que allí se recogía el oro en redes tendidas al través de los arroyos que descendían de los montes. Para dar mas peso á tales relaciones, cada cual contribuyó con una porcion de oro de su bolsillo particular que debía ser presentado al rey, como ofrenda adicional el quinto que le pertenecía de derecho.

A poco de haber salido los comisionados volvió la paz á alterarse en la colonia. No era de esperar que una reunion de aventureros, obra del acaso, estuviese largo tiempo tranquila cuya competencia era dudosa bajo las órdenes de una autoridad en una época de escasez. Es verdad que Vasco Nuñez se habia elevado por su valor y destreza; pero provenia de sus filas, y en cierto modo era hechura suya; costábales el acostumbrarse á reconocerlo como gobernador, recordando que recientemente no era mas que un soldado de fortuna, un deador insolvente.

Las primeras señales de descontento fueron dirigidas contra un favorito de Vasco Nuñez, mas bien que contra él mismo. Habia investido á Bartolomé Hurtado, el ex-comandante de Rio Negro, de grande autoridad en la colonia, de que el agraciado abusó extraordinariamente, ofendiendo con su arrogancia entre otros, á un tal Alonso Perez de la Rúa, hombre susceptible y en extremo celoso de su honor, cuya delicadeza se resentia de la menor palabra que tendiese á punzarle. Irritado de cierta injuria real ó imaginaria, Alonso Perez abrazó el partido de los desafectos, quienes le eligieron por su jefe. Prevalido de esto, reclamó á gritos el castigo de Hurtado; y viendo que no se atendía á sus pretensiones, prorumpió en amenazas de destituir á Vasco Nuñez. Apenas este último se enteró de sus amenazas, procedió á prenderlo y le metió en la cárcel donde podia dar ensanche á sus quejas y refrescar su exaltacion.

Los conspiradores apelaron á las armas para liberarle, y los amigos de Vasco Nuñez hicieron otro tanto. Los dos partidos estaban en la plaza pública, ansioso venir á las manos; pero afortunadamente habia aun en la colonia quien reflexionase y se interpusiese en el momento critico entre los furiosos adversarios con la justa observacion de que destruyéndose unos á otros, en lugar de conquistadores serian presa de los indios.

La advertencia surtió efecto; y despues de mucho ruido y acaloradas cuestiones, pudieron al fin entenderse. Alonso Perez fue puesto en libertad, y los amotinados se retiraron á sus casas. Sin embargo, al otro dia volvieron á tomar las armas, prendiendo aunque solo momentáneamente á Bartolomé Hurtado. Sus turbulentas miras llevaban ya otro objeto mas elevado; pues prorumpieron con descompuestas voces contra Vasco Nuñez, quejándose de que no habia repartido bien el oro y las esclavas adquiridas en las últimas expediciones y tratando de arrestarle para que rindiese cuentas. Sobre todo, clamaron por que se distribuyesen los diez mil castellanos en oro que todavía estaban sin repartir.

Vasco Nuñez que conocia perfectamente el carácter pendenciero de la gente que estaba á sus órdenes, y lo precario de su autoridad, se guardó bien de oponérseles en aquellos momentos de efervescencia. Determinó, pues, quitarse de enmedio, abandonándoles astutamente el botin, para que entre sí lo repartiesen, confiando en que las reyertas que se suscitasen con tal objeto, contribuirían á afianzar su poder. Con este objeto aquella misma noche se embarcó, prestando una partida de caza en el interior.

Al otro dia eran los amotinados dueños absolutos del campo. Alonso Perez tomó el mando inmediatamente secundado por el bachiller Corral. Lo primero

que hizo fue apoderarse de los diez mil castellanos y dividirlos entre la multitud para asegurarse sus sufragios. El resultado probó la sagacidad y prevision de Vasco Nuñez. Apenas aquellos furiosos trataron de repartir el oro, cuando se originó entre ellos una renida disputa: ninguno estaba satisfecho con su lote, alegando cada uno la superioridad de sus respectivos servicios, merecedores, en su sentir, de una peculiar recompensa. Cuanto mayores eran los esfuerzos de Perez y Corral para apaciguar el tumulto, mas subia de punto la exasperacion: gritando los descontentos que Vasco Nuñez habia usado siempre de mejor criterio en sus distribuciones.

Los apasionados de este último, se aventuraron entonces á alzar la voz: «Vasco Nuñez, dijeron, ha adquirido con su valor el oro en arriesgadas empresas, y por lo mismo lo hubiera distribuido entre los valientes de verdadero mérito, pero como estos hombres se han apoderado de él, á favor de un motin, no lo reparten sino entre sus favoritos.» La multitud, que admiraba sinceramente las cualidades militares de Vasco, tuvo entonces uno de esos caprichosos arranques que la caracterizan. El quisquilloso Alonso Perez, su condjutor Corral y algunos otros cabecillas, fueron presos, cargados de grillos y encerrados en la fortaleza, mientras que á Vasco Nuñez se le llamó con grandes aclamaciones al establecimiento.

Difícil es calcular el tiempo que hubiera podido Vasco Nuñez manejar al inconstante populacho de Darien; pero, precisamente en tan delicada coyuntura, llegaron dos buques de la Española, cargados de víveres y con un refuerzo de ciento cincuenta hombres. Traian tambien un despacho para Vasco Nuñez, firmado por Miguel de Pasamonte, tesorero de la Española, (á quien él habia hecho un magnifico regalo) nombrándole capitán general de la colonia. No se sabe si Pasamonte estaba competentemente facultado para conferir semejante comision: aunque hay quien asegure que el rey le habia investido de poderes al efecto, como una especie de freno contra la autoridad del almirante, Diego Colon, gobernador de la Española, que seguia inspirándole recelos. Sea de esto lo que fuere, el tesorero pareció haber obrado con plena seguridad de que aprobaria su conducta el soberano.

Alegróse infinito Vasco Nuñez de recibir un despacho con todas las apariencias de una autorizacion real; y hallándose ahora mas seguro en su puesto, su carácter generoso le hizo olvidar fácilmente el mal proceder de sus enemigos y mandó poner en libertad á Alonso Perez, al bachiller Corral y demás sublevados: con lo cual quedó por algun tiempo tranquila la naciente colonia.

CAPITULO VII.

Vasco Nuñez se determina á buscar el mar al otro lado de los montes.

(1513.)

AMINORARON la satisfaccion del triunfo á Vasco Nuñez las noticias recibidas de España. El alcalde Zamudio, su último colega, le escribió participándole que el bachiller Enciso habia llevado su querrela á los pies del trono, logrando provocar la indignacion del rey, quien habia condenado á Vasco en daños y perjuicios. Le añadia que inmediatamente le mandarian la órden para marchar á España y responder personalmente á los cargos que se le hacian por el duro trato y probable muerte del desgraciado Nicuesa.

Quedó aterrado al pronto Vasco Nuñez con tales nuevas, que amenazaban aniquilar de un solo golpe todas sus esperanzas y fortuna. Sin embargo, como hombre de intrépido corazon y resuelto, tomó pronto su partido. No siendo las noticias oficiales, pues que no habia llegado ninguna órden del rey, aun disponia

de sus acciones y tenía poder sobre la colonia. Necesitaba oscurecer con un hecho brillante todo lo pasado, atrayéndose de esta manera el favor del monarca, y se fijó en el descubrimiento del mar del Sur. Es verdad que había pedido mil hombres para esta expedición; pero, si esperaba á que llegasen de España sería ya tarde. Su posición era comprometidísima, porque emprender tan ardua empresa con el puñado de hombres de que podía disponer, rayaba en locura. Por otra parte, su fama, su fortuna y hasta su vida, dependían de la pronta ejecución de semejante proyecto. Dilatarlo era perderse.

Vasco Nuñez echó una ojeada sobre los intrépidos y arrojados aventureros de la colonia y escogió ciento noventa de los mas resueltos, vigorosos y afectos á su persona. Los armó de arcabuces, espadas, escudos y ballestas. No les ocultó los peligros de la empresa á que los iba á conducir; pero como el espíritu de los aventureros españoles se inflamaba con solo la idea de acometer peligrosas y extravagantes proezas, no les arredraron las dificultades. Para aumentar sus escasas fuerzas, llevó consigo algunos perros alanos; aliados poderosos en cualquier encuentro con los indios y que causaban pánico terror á estos.

Los escritores españoles hacen particular mención de uno de estos animales llamado Leoncio, constante compañero y como especie de guardia de la persona de Vasco Nuñez, describiendo minuciosamente sus cualidades como pudieran hacerlo de las de un guerrero principal. Era de mediana corpulencia, pero sumamente fuerte; tenía el color amarillo rojizo y el hocico negro; y su cuerpo estaba todo marcado por las cicatrices de las infinitas heridas que había recibido en sus batallas contra los indios. Vasco Nuñez le llevaba siempre consigo en sus expediciones y algunas veces lo prestaba á sus compañeros, recibiendo por sus servicios la misma parte de botín que se destinaba á un soldado, y ganó así con él mas de mil duros en el curso de sus campañas. Se dice que aquel animal infundía tal pavor á los indios que su presencia bastaba para hacerlos huir precipitadamente (1).

Además de estas fuerzas, llevó Vasco Nuñez consigo porción de indios de Darien, cuya adhesión se había captado con su amabilidad y buen comportamiento hacia ellos; siéndole en esta ocasión sus servicios muy importantes por su conocimiento del desierto, y de las costumbres y recursos de la vida salvaje. Tal fue la fuerza que salió de aquella pequeña colonia, bajo las órdenes de su atrevido, por no decir desesperado comandante, en busca del grande océano Pacífico.

CAPITULO VIII.

Expedición en busca del mar del Sur.

El día 1.º de setiembre se embarcó Vasco Nuñez con sus compañeros en un bergantín y nueve grandes canoas ó piraguas, saludado por las aclamaciones y buenos deseos de los que quedaban en el establecimiento y que habían salido á despedirlo. Dirigió su rumbo hácia el Noroeste, y llegó sin particular accidente á Coiba, perteneciente al cacique Careta, cuya hija había recibido en prenda de amistad. Esta belleza india ejercía grande influjo sobre Vasco Nuñez, y el interés que había sabido inspirar á este se comunicaba á su padre y á su pueblo. Vasco fue, pues, recibido por el cacique con los brazos abiertos, y obtuvo guías y guerreros que le ayudasen en la expedición.

Nuestro aventurero, dejando la mitad de su gente en Coiba, para que custodiase el bergantín y las ca-

noas, se preparó á atravesar los fragosos montes con la mitad restante. La importancia de la empresa que acometía, grande no solo por lo que afectaba á su fortuna, sino por que debía revelar un gran secreto de la naturaleza, le tenía profundamente conmovido, y daba á todas sus acciones cierto aire de solemnidad. Antes de emprender su marcha mandó decir misa, y pidió humildemente á Dios su poderoso auxilio en apovo de tan peligrosa empresa.

El 6 de setiembre tomó el camino de las montañas, siendo su marcha en extremo difícil y trabajosa, pues los españoles tenían que trepar por escarpadas rocas y cruzar espesos bosques, agoviados con el peso de sus armas y sofocados con el calor de los trópicos. Ayudábanles los indios y aliados, llevándoles los víveres y municiones, y enseñándoles los senderos mas practicables al intento.

El 8 de setiembre llegaron al pueblo de Ponca, antiguo enemigo de Careta, que ballaron silencioso y abandonado; pues el cacique se había refugiado con su gente en la parte mas segura del monte. Los españoles permanecieron allí unos cuantos dias, tanto para que se curasen algunos que habían caído enfermos, como para proveerse de guías, prácticos en las selvas montañosas que veían próximas. Al fin lograron descubrir el paraje á donde se había retirado Ponca, y convencerle á que viniera, lo que hizo de muy mala gana, á presentarse á Vasco. La habilidad particular que este poseía para ganarse la confianza y amistad de los indios, obró sus efectos sobre el cacique; Vasco le cautivó con su amabilidad hasta el punto de descubrirle Ponca, á él solo, cuanto sabia de las riquezas del país. Aseguróle la verdad de cuanto le habían dicho sobre el gran mar del otro lado de las montañas, mostrándole además varios adornos de oro primorosamente trabajados y traídos de los pueblos situados en sus costas; y le dijo, que así que llegase á la cima de una montaña que le señaló y parecia esconderse en las nubes, veria á sus piés tendido el inmenso Océano.

Vasco Nuñez animado con tales relaciones, pidió al cacique nuevos guías, y se preparó á escalar aquella muralla de montes. Muchos de los suyos estaban enfermos, por la fatiga y por el calor; y á estos les ordenó que se volvieran á Coiba, pues no queria que le acompañasen sino los mas sanos y robustos.

El 20 de setiembre continuó su marcha atravesando un país salpicado de rocas, cubierto de impenetrables bosques é interceptado por turbulentos y profundos rios, muchos de los cuales tuvo que pasar en balsas.

Lo penosísimo del camino hizo que en cuatro dias no avanzasen mas que diez leguas. Sufrieron en este tiempo un hambre devoradora y llegaron por último á la provincia de cierto cacique belicoso llamado Quaraquá, que estaba en guerra con Ponca.

Sabiendo Quaraquá que gentes extranjeras guiadas por la gente de su inveterado enemigo, habían invadido sus tierras, salió contra ellas á la cabeza de una numerosa hueste, cuyos individuos iban armados, unos de arcos y flechas, otros de grandes lanzas, y otros de mazas de dos manos de madera de palma, tan pesadas y duras como si fuesen de hierro. Al ver los indios aquel puñado de españoles, se les arrojaron encima con furiosos ahullidos, figurándose que los iban á destruir en un momento; pero, luego que oyeron las armas de fuego, cundió por ellos el espanto, imaginándose habérselas con diablos que vomitaban rayos y truenos; mucho mas, viendo caer junto á ellos á sus compañeros muertos ó heridos sin recibir golpe ninguno aparente. Inmediatamente echaron á correr con admirable presteza; pero, perseguidos con calor por los españoles y sus alanos, muchos perecieron atravesados con lanzas, otros acuchillados, é infinitos fueron despedazados por los perros.

(1) Oviedo, Hist. de las Ind., p. 2. c. 5. MS.

Quaraquá y seiscientos de sus guerreros, quedaron muertos en el campo.

Un hermano del cacique y otros varios gefes cayeron prisioneros. Iban vestidos con anchas túnicas de algodón blanco, lo que les comunicaba cierto aspecto afeminado; y fuese por esta causa ó por las acusaciones de sus enemigos, es lo cierto que los españoles, miránolos con horror y creyéndolos culpados de vergonzosos crímenes, los entregaron á sus perros para que los despedazasen (1).

Se asegura que entre los prisioneros habia algunos negros, esclavos del cacique. Segun parece, varios cautivos dijeron á los españoles, que aquellos negros venian de una region no muy distante, en donde habia un pueblo del mismo color, con el cual estaban continuamente en guerra. «Estos, añade el escritor español, fueron los primeros negros hallados en el Nuevo Mundo, no habiéndose descubierto nunca otros (2).»

En seguida del sangriento triunfo, ocuparon los españoles el pueblo de Quaraquá, donde habia un considerable hotin de oro y joyas, que Vasco Nuñez repartió liberalmente entre sus compañeros deducido el quinto de la corona de España. Quaraquá estaba situado al pié de la última montaña que les quedaba por subir; y sin embargo, muchos de los españoles, unos heridos en la refriega y otros estenuados por el hambre y las fatigas de la marcha, no pudieron pasar adelante, y tuvieron, á pesar de su repugnancia, que quedarse en aquel pueblo, desde donde se distinguía el pico de la montaña, blanco de todas sus fatigas. Vasco Nuñez tomó nuevos guías entre los prisioneros, naturales de la provincia, y despidió á los súbditos de Ponca. De los españoles solo sesenta y siete se encontraban capaces de sobrellevar este último esfuerzo. Vasco les ordenó que se erogiesen temprano, pues debian salir al amanecer para llegar á la cumbre antes de la hora del medio día.

CAPITULO IX.

Descubrimiento del océano Pacífico.

APENAS empezaban á distinguirse los primeros rayos de luz por el horizonte, cuando Vasco Nuñez y sus compañeros salieron de Quaraquá y comenzaron á subir por la montaña. Ardua y cruda era la empresa para hombres tan rendidos del camino; pero, la idea de la gloriosa escena que iba á presentarse á su vista y á remunerar tantos días de trabajos y penahdades, les infundió nuevo aliento.

Las diez de la mañana serian cuando acabaron de atravesar el espeso bosque y salieron á la alta y ventilada region de la montaña. No les faltaba por salvar sino su desnuda cima; y al efecto, les indicaron los guías una prominencia no muy distante, desde la cual aseguraron que se veia el tan deseado mar.

Vasco Nuñez mandó entonces hacer alto; y todos permanecieron inmóviles. Con el corazón palpitante de placer ascendió él solo á la cumbre: al tocarla se colmaron sus deseos, contemplando estático el objeto de sus afanes. Fue como si un nuevo mundo se desplegase ante sus ojos, separado de cuanto hasta entonces se habia conocido por aquella poderosa

barrera de montañas. Una vasta confusion de rocas y florestas, de verdes sábanas y poderosos rios, se extendia á sus plantas, mientras que á mayor distancia resplandecian las aguas del prometido Océano, heridas por los rayos del sol de la mañana.

Ante espectáculo tan sublime, cayó Vasco de rodillas, y rindió gracias al Criador por ser el primer europeo á quien habia permitido llevar á cabo tan gran descubrimiento. Llamando entences á los que le seguian, «venid, amigos míos, les dijo,» á participar de la encantadora vista porque tanto hemos suspirado: demos gracias al Omnipotente que nos ha dejado lograr el fin de nuestros afanes, concediéndonos el honor y las ventajas de ser los primeros que contemplemos region tan magnífica. Dirijámosle nuestras paces para que nos ayude en la empresa de conquistar ese mar y esas tierras, que no ha pisado jamás planta cristiana, ni oído nunca las salvadoras doctrinas del Evangelio. En cuanto á vosotros, si me guardais la fidelidad que hasta aquí, con el favor de Dios os prometo que llegareis á ser los españoles mas ricos que han visitado el territorio de las Indias. Nunca vasallo sirvió á su señor como vosotros servireis al rey; y os cabrá la eterna gloria y disfrutareis de los beneficios consiguientes al merito de haber descubierto, conquistado y convertido á la santa fe católica tan espléndidos países.»

Los españoles respondieron á este discurso de Vasco Nuñez, abrazándole y prometiéndole no abandonarle en la vida. Entre ellos habia un sacerdote llamado Andrés de Yara, el cual, elevando su voz al Eterno, entonó un solemne *Te Deum laudamus*, acostumbrada antífona que cantaban los españoles descubridores: los demás se lincaron de rodillas, juntando sus manos con piadoso entusiasmo y lágrimas de júbilo; jamás ha subido al trono del Todopoderoso una oblation mas pura ni sincera desde un lugar santificado, que la que se elevaba en aquel momento solemne de la cúspide de aquella montaña, sublime altar de la naturaleza. Verdaderamente era uno de los descubrimientos mas grandiosos que se habian hecho en el Nuevo Mundo, y debió abrir un ilimitado campo á las conjeturas de los maravillados españoles. La imaginacion se complace en describir el magestuoso cuadro de las confusas ideas que debieron asaltarlos en tales momentos. ¿Tenian entre sí el grande océano lúcido, sembrado de islas, abundante en espereria, oro y piedras preciosas; rodeado de ostentosas ciudades y de los opulentos mercados del Oriente, ó era aquel un mar á parte, contenido en los limites de incultos y desiertos continentes, no atravesado nunca sino por la ligera piragua del salvaje? No podia ser esto último porque los naturales habian hablado á los españoles de reinos de oro y de populosas, fuertes y ricas naciones, esparcidas en sus orillas.

Tal vez estaria rodeado de pueblos civilizados, aunque con una civilizacion distinta de la de los europeos; con sus costumbres, leyes, artes y ciencias especiales, que formarian por decirlo así un mundo aparte; que se comunicarian por medio de aquel magnífico mar; que harian el comercio entre sus islas y continentes, pero con independencia completa y sin el menor conocimiento del otro hemisferio.

Tales debieron ser naturalmente las ideas que surgió la vista de aquel Océano desconocido á los españoles. De lo que estaban si convencidos era de ser los primeros cristianos que lo habian descubierto. Por tanto hizo Vasco Nuñez prestar atencion á todos los presentes y dar testimonio de que tomaba de él posesion, así como de sus islas y tierras comarcanas en nombre de los soberanos de Castilla; y el noticia de la expedicion extendió de ello un certificado que firmaron cuantos se hallaban allí, en número de sesenta y siete. Escogiendo entonces un hermoso y corpulento arbol, le mandó cortar y dar la

(1) Herrera, Hist. Ind. d. 4, l. x, c. 4.

(2) Pedro Mártir, en su tercera década, hace mención de estos negros con las siguientes palabras: «Unos dos días de camino distantes de Quaraquá, hay una region habitada por moros negros, muy fieros y crueles. Es de suponer que en tiempos pasados, algunos moros negros saliesen de Etiopia á piratar, y á consecuencia de un naufragio, ó por cualquier otro evento, fuesen arrojados á aquellos montes.» Como Mártir escribia en la época de los sucesos que referimos, necesariamente es el ero de lo que entonces se decia y que ha sido desmentido por las relaciones posteriores. Otros historiadores que dan cuenta de la misma circunstancia, es de creer la hayan tomado de él.

forma de una cruz; en seguida la colocó en el mismo sitio, desde donde avistó por primera vez el mar, y dispuso que se reuniera un monton de piedras para que sirviese de monumento, gravando los nombres de los soberanos de Castilla en los árboles vecinos. Los indios miraban aquellas ceremonias y el regocijo de los españoles con silenciosa admiracion; muy lejos de pensar, cuando ayudaban á levantar la cruz y formar el monton de piedras, que ponian la señal de la esclavitud á su pais.

Este memorable acontecimiento se verificó el 26 de setiembre de 1513: de donde resulta que los españoles gastaron veinte dias en ir desde la provincia de Careta hasta la cúspide de la montaña, distancia que hoy, segun parece, se recorre en seis. El Istmo, en aquellas cercanías, solo tiene, cuando mas, diez y ocho leguas de ancho, y en algunas partes únicamente siete; pero, sus montañas son extremadamente

elevadas y escabrosas, y cuando los descubridores las atravesaron, no había mas sendero que el practicado por los indios; á lo que es preciso añadir el cúmulo de obstáculos que provenian así de lo fragoso del pais, como de sus salvajes habitantes. En efecto, los pormenores de esta narracion esplican suficientemente la lentitud con que tenian que ir progresando, y patentizan las grandes dificultades y peligros que tuvieron que arrostrar, y que como se ha observado acertadamente, nadie sino «aquellos hombres de hierro, hubieran podido resistir y superar (1)».

CAPITULO X.

Vasco Nuñez se dirige á las playas del mar del Sur.

DESPUES de haber tomado Vasco Nunez posesion del océano Pacifico y todos sus reinos desde la cima de los montes, bajó con su pequeña partida, en bus-



Descubrimiento del océano Pacifico, por Vasco Nuñez.

ca de las tan ponderadas y ricas regiones de sus costas. No tuvo que andar mucho para llegar á la provincia de un cacique muy guerrero llamado Cheapes, que saliendo á la cabeza de su gente y mirando con sarcasmo aquel pequeño número de españoles vagamundos, les prohibió pasar aelante y poner el pié en su territorio. La seguridad de Vasco Nuñez consistia en aterrar con su poder á aquellos ignorantes salvajes; de consiguiente, ordenó á sus arcabuceros que hicieran una descarga sobre los enemigos; y en seguida mandó soltar á los alanos. El resplandor y

ruido de los tiros, unido al humo de la pólvora que llevaba hácia ellos el aire, los desanimó y llenó de espanto: muchos de ellos cayeron, poseidos de un terror pánico, creyéndose heridos por el rayo, y los demás huieron precipitadamente.

Vasco Nuñez prohibió que sus soldados cometiesen muertes inútiles: cogió muchos prisioneros, y así que llegó al pueblo, envió algunos en busca del ca-

(1) Vidas de españoles célebres por don Manuel José Quintana, tomo II, pág. 10.

cique, acompañados de varios de los guías que llevaba consigo. Esos últimos informaron á Cheapes del sobrenatural poder de los españoles, asegurándole que exterminaban con el rayo y el trueno á todos los que tenían la desgracia de oponérseles; pero, que cargaban de beneficios á los que les obedecían. De consiguiente, le aconsejaron que se pusiese bajo su protección y solicitase su amistad.

El cacique oyó su consejo, y se presentó temblando á los españoles, trayéndoles quinientas libras de peso en oro trabajado, como testimonio de paz, porque ya sabía lo mucho que estimaban este metal. Vasco Nuñez le recibió con la mayor amabilidad, aceptando el oro, y dándole en cambio cuentas de cristal de colores, cascabeles y espejos; y haciéndole con esto en su concepto el mas rico potentado del país.

Establecida de este modo la amistad entre ellos, permaneció Vasco Nuñez en el pueblo por algunos días, despidiendo á los guías de Guaraguá con la orden de que viniesen á reunirse con él los españoles que habia quedado allí. Mientras tanto, envió tres pequeñas partidas, de doce hombres cada una, al mando de Francisco Pizarro, Juan de Ezcaray y Alonso Martín de Don Benito, á explorar el terreno circunvecino y descubrir el camino mas practicable para dirigirse al mar. Alonso Martín fue el que alcanzó mejor éxito: despues de dos días de marcha, llegó á una playa, en donde encontró dos grandes canoas en un paraje alto y seco, sin que se percibiese agua en las proximidades de aquel sitio. Mientras los españoles estaban mirando las canoas, asombrados de hallarlas tan adentro, la marea, que se eleva mucho en aquellas costas, subió rápidamente hasta hacerlas flotar: entonces Alonso Martín puso el pié en una, y llamó á sus compañeros para que fuesen testigos de que él era el primer europeo que se habia embarcado en aquel vasto mar; siguió su ejemplo un tal Blas de Etienza, el que tambien quiso que atestiguaran habia sido el segundo (1).

Hacemos mencion de todas estas minuciosidades porque caracterizan tan grande empresa, y la extraordinaria nacion que la proyectó. El mas humilde de los aventureros españoles parecia excitado por un sentimiento de ambiciosa elevacion que le sobreponia á sórdidas miras de avaricia, haciéndole aspirar solo á compartir la gloria de aquellos grandes descubrimientos. Hallado el camino directo hácia el mar, volvióse Alonso Martín con la noticia á su comandante.

Reunida ya á Vasco Nuñez la gente que dejó en Guaraguá, tomó consigo veinte y seis españoles bien armados, y el resto quedó en el pueblo de Cheapes, á fin de que se restableciesen de sus enfermedades y de las fatigas del viaje. El veintinueve de setiembre salió con direccion á la costa, acompañado del cacique y algunos de sus guerreros. Los espesos bosques que cubrian los montes, bajaban hasta la misma orilla del mar, rodeando y oscureciendo las anchas y magnificas bahías que penetraban en lo interior de las tierras. Toda la costa, en cuanto alcanzaba la vista, estaba enteramente inculta; no se descubria en el mar ni una vela; y uno y otra parecia que jamás habian estado bajo el dominio de la humana civilizacion.

Vasco Nuñez llegó hasta el borde de una de aquellas grandes bahías, á la cual dió el nombre de San Miguel, porque habia sido descubierta en el día de este santo. La marea estaba baja, distando el agua mas de media legua, y la playa era un lodazal; de consiguiente se sentó á la sombra de los árboles del bosque á esperar la subida. A breve rato el agua subió impetuosamente, llegando al sitio donde los españoles reposaban. Entonces Vasco Nuñez se levantó y tomó una bandera, donde se hallaba pintada la Virgen con el

niño, y debajo las armas de Castilla y de Leon; tiró de la espada, se echó el escudo á la espalda, se metió en el mar hasta que el agua le llegó á la rodilla, y trebolando la bandera, exclamó en alta y sonora voz: «Vivan los muy altos y poderos monarcas don Ferrnando y doña Juana, soberanos de Castilla, de Leon y de Aragón, en cuyo nombre, y en el de la real corona de Castilla, yo tomo real, corporal y actual posesion de estos mares, tierras, costas y puertos, islas del Sur y de todo lo á ellas anejo; y de todos los reinos y provincias que les pertenecen ó puedan pertenecerles, por cualquier derecho, y título, antiguo ó moderno, en tiempos presentes, pasados ó futuros, sin ninguna contradiccion; y si cualquier príncipe ó capitán, cristiano ó infiel, ó de cualquier ley, secta ó condicion, sea la que fuere, alegare pretension ó derecho á estas tierras y mares, estoy pronto y preparado para defenderlas y mantenerlas en nombre de los soberanos de Castilla, presentes y futuros; los cuales tienen imperio y dominio sobre estas Indias, islas y tierra firme del Norte y del Sur, sobre todos sus mares, y entrambos polos ártico y antártico, y en ambos lados de la linea equinoccial, dentro ó fuera de los trópicos de cáncer y capricornio, ahora y siempre, mientras el mundo dure, y hasta el día en que sea llamado á juicio todo el género humano.»

Despues de haber pronunciado en alta voz esta enfática declaracion y reto, no presentándose nadie á disputar sus derechos, Vasco Nuñez llamó á sus compañeros para que diesen testimonio de que habia tomado posesion en debida forma. Todos declararon que estaban prontos á sustentar cuanto él habia dicho mientras viviesen, como verdaderos y leales vasallos de los soberanos de Castilla; y extendiendo el notario un documento alusivo al caso, lo autorizaron todos con sus firmas.

Adelantáronse en seguida á la orilla del mar y probaron sus aguas, encontrándoles tan saladas como las del Norte, á pesar de estar separado por altos montes y grandes continentes, con lo que se acabaron de convencer de que habian descubierto realmente un Océano, y tornaron á dar gracias á Dios.

Concluida esta ceremonia, sacó Vasco Nuñez su daga y trazó una cruz en un árbol que crecía dentro del mar, verificando lo propio en otros dos próximos en nombre de la Santísima Trinidad, y como señal de posesion. Sus compañeros le imitaron, trazando porcion de cruces en los árboles mas cercanos al bosque; y ademas cortaron con las espadas algunas ranas para llevárselos como trofeo (2).

Tal fue la singular mezcla de religiosa y caballeresca ceremonia, con que tomaron posesion del vasto océano Pacífico y todas sus tierras los aventureros españoles; escena grandemente característica de aquella nacion y de aquel siglo.

CAPITULO XI.

Aventuras de Vasco Nuñez á orillas del océano Pacífico.

ESTABLECIENDO en el pueblo de Cheapes su cuartel general, entretúvose Vasco Nuñez en forrajear por aquellos alrededores, y obtuvo de los naturales gran cantidad de oro. Animado con esto, se decidió á explorar las playas de un vecino golfo muy extenso, que penetraba mucho en la tierra. Advertióle el cacique de Cheapes lo peligroso que era embarcarse en la mala estación, la cual comprendia los meses de octubre, noviembre y diciembre, asegurándole que habia visto varias canoas desaparecer por la impetuosidad de las olas y remolinos. Pero, todo fue inútil: Vasco Nuñez contestó que él confiaba en la protección de Dios,

(1) Herrera, Hist. Ind. d. t. l. x. c. 2.

(2) Muchas de estas particularidades están tomadas del tomo erudito de la Historia de Indias, por Oviedo.

pues que aquel viaje era en beneficio de la propagación de la fe, y aumentaba el poder de las monarcas de Castilla sobre los indios: superstición que cooperó en gran manera á que los españoles acometiesen tan arrojadas expediciones, ya en contra de los moros, ya de los indios.

Convencido de que sus advertencias no surtían efecto, quiso Cheapes tomar voluntariamente parte en aquel peligroso viaje, porque no se creyera que le faltaba valor ó que apreciaba poco á su huésped. Así pues, acompañado del cacique, embarcóse Vasco Nuñez el 17 de octubre con sesenta hombres en nueve canoas manejadas por indios: el resto de los españoles quedó en el pueblo de Cheapes, para recobrar su salud y vigor.

Apenas se habían internado en el golfo, cuando la experiencia vino á demostrar la verdad y cordura de las observaciones del cacique. Levantóse un viento fresco; el mar bramó, rompiendo sus espumantes olas contra las rocas, arrecifes, ó infinitos islotes de que estaba sembrado. Las canoas, aunque de suyo ligeras, iban demasiado cargadas de hombres que no sabían manejarlas; y causaban espanto á los que navegaban en una canoa ver á sus compañeros, ya sobre la cresta de una ola, ya bajando á la profundidad del abismo. Hasta los indios, á pesar de ser una especie de animales anfíbios por sus hábitos, estaban consternados; pues en medio de aquellas rocas y bajíos, el mas diestro nadador fracasaba. Por fin los indios lograron, á duras penas, atar las canoas de dos en dos, para impedir que volcaran; y así se mantuvieron flotantes, hasta que al anochecer pudieron llegar á una pequeña isla. Desembarcaron, y asegurando las canoas á las rocas, ó á los arbolillos que crecían en la playa, buscaron un sitio seco y elevado, y se tendieron en él á descansar. Apenas habían escapado de un peligro cuando les asaltó otro. Acostumbrados al mar del Norte del Istmo, cuyas mareas son poco sensibles, no tomaron ninguna precaución para precaverse de cualquier incidente por el estilo; y á poco los despertó la subida repentina de las aguas, obligándoles á cambiar de posición, colocándose mas altos; pero aquellas continuaban ganando terreno y azotando la playa, como otros tantos monstruos brotados por el abismo para devorar su presa. No hay nada tan terrible, según cuentan, como el espantoso bramido del mar que baña las islas del golfo donde estaban, al subir la marea. Gradualmente iban desapareciendo las rocas y los bancos de arena hasta cubrir las aguas toda la isla, elevándose casi á la cintura de los españoles, cuya situación no podia ser mas angustiosa. Un minuto mas y el mar los hubiera sumergido ó arrancado de allí, unbraveciéndose y estrellándose contra ellos. Afortunadamente se había calmado el viento; y la marea, despues de haber llegado á su mayor altura empezó á descender; pasado algun tiempo oyeron bajo sus piés el ruido de las olas que batian las rocas al retirarse.

Al romper el día vieron sus canoas; pero ¡en qué triste estado! unas hechas pedazos y otras llenas de aberturas; en lugar de la ropa y comida que habían quedado en ellas, hallaron arena y agua. Los españoles contemplaban aquel espectáculo con muda desesperación; necesitaban descanso y alimento, y solo veían hambre y fatiga, en caso de salir con vida de aquel apuro. Sin embargo, Vasco Nuñez animó su espíritu abatido, dándoles el ejemplo de ponerse alegremente á maniobrar. Los demás le imitaron, ayudándole á reparar del mejor modo posible las averías de las canoas. Aseguraron con sus cinturones las que no se habían estropeado mucho, valiéndose con el mismo fin de tiras hechas de cortezas de árboles, y de los correosos tallos de ciertas plantas marinas; y machacando luego entre dos piedras la corteza de otros, mezclaronla con yerba y cuprindieron la tarea de

calafateadores. Cuando se reembarcaron, su peso hacia hundir las canoas hasta el nivel del agua, y como subían y bajaban con el movimiento de las olas, veíanse á cada momento en el peligro de perecer. Pasaron todo el día en lucha abierta con el mar, sufriendo las angustias del hambre y la sed, hasta que á la caída de la tarde desembarcaron en una de las extremidades del golfo, donde habitaba un cacique llamado Tumaco. Dejó Vasco Nuñez una parte de su gente para guardar las canoas, y con el resto se dirigió al pueblo indio, llegando allí á media noche; pero los habitantes estaban alerta custodiando su morada. Infundieronles las armas de fuego y los perros gran temor, y huyeron precipitadamente, persiguiéndoles los españoles con espada en mano, hasta que lograron refugiarse en el bosque, exhalando espantosos gritos. Encontraron aquellos en el pueblo abundantes provisiones, y además una considerable cantidad de oro y perlas, muchas de estas de gran tamaño. En la casa del cacique había muchas grandes conchas de madre perla, y cuatro ostras de perlas acabadas de coger, lo que hacia inferir que se pescaban en las inmediaciones. Deseoso de averiguar el origen de tanta riqueza, envió Vasco Nuñez algunos indios de Cheapes en busca del cacique; los cuales le encontraron retirado en un lugar solitario y agreste entre las rocas. Persuadido por ellos, mandó Tumaco á su hijo, hermoso jóven, como mediador: el cual en breve volvió á la presencia de su padre, cargado de regalos y ponderando la benignidad de aquellos seres sobrenaturales que eran tan terribles en el combate, como humanos despues de la victoria. De este modo se establecieron luego comunicaciones amistosas. Entre otros varios efectos regaló el cacique á Vasco Nuñez una porcion de joyas de oro, por valor de seiscientas catorce coronas de peso, y doscientas perlas de considerable magnitud y belleza, no obstante hallarse un poco descoloridas porque las ostras se habían abierto al fuego.

Viendo el cacique cuanto estimaban los españoles las perlas, mandó unos cuantos hombres á buscarlas á un sitio que distaba de allí cosa de diez millas. Cierta número de indios se acostumbraban desde niños á este ejercicio, para adquirir, junto con la pericia, la costumbre de permanecer largo tiempo debajo del agua. Las perlas de mas volumen debían buscarse en los parajes mas hondos, á veces tres ó cuatro brazas de profundidad, y con el mar en calma; pero las mas pequeñas se encontraban á los tres ó cuatro piés, y frecuentemente las ostras que las contenían eran arrojadas en gran número á la playa por los violentos temporales.

La partida de pescadores que envió el cacique, constaba de treinta indios, á que se agregaron seis españoles, mandados por Vasco Nuñez como testigos oculares. El mar, empero, estaba tan furioso en aquella estacion, que los buzos no se atrevieron á sumergirse, pero, de las conchas arrojadas á la orilla, se sacaron tantas perlas, que ascendió su valor á doce marcos de oro. Sin ser grandes de tamaño, era suma su belleza, pues se conservaban frescas y no habían sufrido ningun detrimento con la acción del fuego. Porcion de ostras y perlas fueron escogidas para mandarlas á España, como muestra de la riqueza de aquellos mares.

En contestación á las averiguaciones de Vasco Nuñez, le dijo el cacique, que la costa que se extendía hácia el Oeste no tenia fin; y que lejos á la parte del Sur había un país muy abundante en oro, cuyos habitantes hacían uso de ciertos cuadrúpedos que les servían de bestias de carga. Modeló uno con barro; y los españoles lo calificaron ora de venado, luego de camello, y despues de tapiro, porque no tenían idea del llama, bestia de carga, indígena de la América del Sur. Esta fue la segunda noticia que adquirió Vasco Nuñez del grande imperio del Perú, confirman-

dole todo cuanto le había dicho el hijo de Comagre; y su imaginación se sintió satisfecha anticipadamente con la idea de los brillantes triunfos que le esperaban

CAPITULO XII.

Nuevas aventuras y proezas de Vasco Nuñez en las playas del océano Pacífico.

PARA no omitir ninguna solemnidad que asegurase tan gran descubrimiento á la corona de España, determinó Vasco Nuñez salir del golfo, y tomar posesión de las tierras que se presentaban á la vista. El cacique Tumaco le proveyó de una canoa de guerra hecha del tronco de un árbol enorme, y manejada por una porción de indios; los mangos de los remos estaban incrustados de menudas perlas, circunstancia que Vasco Nuñez hizo que sus compañeros atestiguaran ante el notario, porque queria ponerlo en noticia de sus soberanos en prueba de la riqueza de aquellos mares (1).

Salió al mar el veintinueve de octubre; los indios dirigian la canoa con suma precaucion á lo largo de las orillas del golfo y por encima de las tierras anegadas, en cuyo sitio el mar tranquilo parecia un estanque rodeado de bosques. Al llegar á la punta, del golfo, Vasco Nuñez desembarcó en una playa de menuda arena, lavada por las aguas del vasto Océano; y abrazando el escudo, con espada en mano y bandera desplegada, entró en el mar y tomó de él posesion en los mismos términos que lo había hecho en el golfo de San Miguel.

Los indios le mostraron una línea de tierra que divisaban en el horizonte como á unas cuatro ó cinco leguas de distancia, diciéndole que era una isla de grande extension, y la principal de un archipiélago. Le aseguraron que todas aquellas islas abundaban en perlas; pero que las que se pescaban en las costas de aquella que le designaban se reputaban por las mejores y de mayor tamaño; como que muchas de ellas tenían el grueso de un ojo, y las conchas que las contenian eran de la magnitud de broqueles. Dicha isla, con las demás de los alrededores, estaban bajo el dominio de un cacique muy tirano y poderoso, que en tiempos de calma, venia á menudo al continente con una escuadra de canoas, robando y asolando las costas, y llevándose cautivos á los habitantes.

Sintió Vasco Nuñez impulsos de emprender sin perder momento una expedicion á aquellos parajes, tan ricos; pero, se lo estorbaron los indios, manifestándole el peligro que corria, visto lo tempestuoso de la estacion y la debilidad de las canoas. Convinco de la sabiduría de sus observaciones, con solo recordar el reciente escarmiento, aplazó la visita para otra ocasion, afirmando á sus aliados que entonces los vengaria de las tiranias de su invasor, libertando de sus rapiñas aquellas costas. Dió á esa isla el nombre de Isla Rica, y á todo el archipiélago islas de las Perlas.

El 3 de noviembre salió Vasco Nuñez de la provincia de Tumaco, dirigiéndose á visitar otros puntos de la costa. Embarcóse con su gente, acompañado de Cheapes y sus indios, y guiáelos por el hijo de Tumaco, el cual, se había aficionado extraordinariamente á los españoles. Este jóven los condujo á lo largo de un brazo mar, ancho en algunas partes, pero en otras obstruido por arboledas de manglares, que creciendo en el agua entrelazaban las ramas de orilla á orilla; tanto que algunas veces tenían los españoles que abrirse paso, cortándolas con sus espadas.

Entraron por último en un grande y turbulento rio, de difícil subida, y al otro dia de mañana sorprendieron una poblacion situada en la orilla, haciendo pri-

sionero al cacique Teaochan, que compró su amistad y buen trato, á costa de mucho oro, perlas y provisiones. Como la intencion de Vasco Nuñez era abandonar las costas del Océano del Sur en aquel sitio, y atravesar los montes para volverse á Darien, despidióse de Cheapes y del jóven hijo de Tumaco, que debian volverse á sus casas en las canoas; al mismo tiempo ordenó á la gente que había dejado en el pueblo de Cheapes, que se le reuniese en el punto de las montañas que les designó, desde donde marcharian juntos á Darien.

Se ha hablado mucho del talento de Vasco Nuñez para atraerse y ganar la voluntad de los salvajes; lo que podemos decir es, que en la presente ocasion ambos gefes derramaron lágrimas de pesar al separarse de él. Esta conducta surtió un favorable efecto sobre el cacique Teaochan; quien trató á Vasco Nuñez con una mas afectuosa hospitalidad los tres dias que estuvo á su lado. Cuando pensó salir le habilitó con un buen surtido de provisiones, pues tenia que atravesar áridas y pedregosas montañas. Envió asimismo una partida de sus súbditos para que les llevasen los efectos, á las órdenes de su hijo, con la prevencion de no separarse de los extrangeros, ni volver ninguno sin el consentimiento de Vasco Nuñez.

CAPITULO XIII.

Vasco Nuñez verifica su retorno al través de las montañas.—Sus controversias con los salvajes.

Volviendo la espalda al mar del Sur, empezaron los españoles á subir penosamente por ásperas montañas, para regresar á Darien.

Al principio de su camino aguardábanles inesperados padecimientos; no había ni arroyos, ni fuentes, ni pozos. El ardor del sol, que produce una sed devoradora, había secado todos los torrentes, y padecian los tormentos de Tántalo á la vista de los exhaustos canales por donde había corrido agua en abundancia. Llegaron á tanto sus sufrimientos, que muchos se tiran al suelo calenturientos, palpitanes de fatiga y próximos á exhalar el alma. Sin embargo, los indios les animaban á que siguiesen, prometiéndoles un pronto cambio en la temperatura; y en efecto, á poco tiempo, desviándose del camino que llevaban los guiaron hácia un estrecho y profundo valle, refrescado por una cristalina fuente que brotaba por la hendidura de una peña.

Mientras se restablecian un poco, dijéronles los guias que se hallaban en el territorio de un poderoso cacique llamado Pouera, célebre por sus inmensas riquezas. Los españoles habían oido hablar anteriormente de la porción de oro que tenía acumulada aquel Creso de las montañas, y sintiéndose ya alentados y fortalecidos, dirigieronse apresuradamente á sus Estados. El cacique huyó con casi todos los habitantes; pero nuestros aventureros hallaron abundante cosecha de riquezas en las desiertas casas, cuyo valor subió á tres mil coronas de oro. Despierta con esto su avaricia, mandaron algunos indios en busca de Pouera, al que encontraron trémulo en su escondite, consiguiendo parte con anazas, parte con promesas y razones, que así él como tres de sus principales súbditos viniesen á la presencia de Vasco Nuñez. Segun se cuenta era el salvaje de mas horroroso aspecto que hasta entonces habían visto, así por la de humidad del cuerpo en general, como por la particular de cada miembro. Los españoles trataron con buenas modos de informarse de los parajes de adonde sacan aquel oro, pero él contestó que nada sabía y que el que encontraron en el pueblo lo había heredado de sus predecesores; añadiendo que como en nada estimaban semejante metal, nunca quiso buscarlo. Prorumpieron entonces los españoles en anazas y aun se cuenta que apelaron al tormento para

(1) Oviedo Hist. Gen. p. 2. MS.

obligarle á declarar donde estaban los famosos tesoros, con lo que, sin embargo, no adelantaron un paso. Viendo frustradas sus esperanzas y encolerizados además con la supuesta obstinación del cacique, dieron oídos, demasiado ligeramente, á las acusaciones hechas contra él por algunos caciques de las cercanías, que le representaban como un monstruo de crueldad, manchado con crímenes repugnantes á la naturaleza (1); y en el calor del momento le entregaron como á sus tres compañeros, acusados de iguales delitos, á los perros, para que los despedazasen: sentencia horrible, resultado de las declaraciones de enemigos, y que aunque quiera paliarse con el disgusto de los españoles hácia los crímenes imputados al cacique, llevaba el sello del odio y la parcialidad, y quedará para siempre como un borron en la memoria de Vasco Nuñez.

Los españoles permanecieron treinta días descansando en el pueblo del desgraciado Ponera, reuniéndose allí los compañeros que habían dejado en Cheapes. Acompañábase un cacique de la montaña que les había dado alojamiento, provisiones y además un regalo por valor de dos mil coronas en oro. Este hospitalario salvaje se acercó á Vasco Nuñez con sereno continente, y tomándole la mano: «llé aquí, le dijo, valiente y poderoso jefe, tus compañeros; los traigo sanos y salvos como entraron bajo mi techo. Quiera el que fabrica el rayo y el trueno, y nos da los frutos de la tierra, conservaros á ti y á los tuyos. Diciendo esto, levantó los ojos al sol como si le adorase y le reconociese por la divinidad dispensadora de todos los bienes temporales (2).

Al salir de aquel pueblo se dirigieron los españoles acompañados todavía por los indios de Teochan, por la orilla del río Comagre, que bajaba por la parte del Norte del istmo, atravesando el territorio del cacique de su nombre. Este impetuoso río que con el transcurso de los siglos ha abierto un canal por entre las profundas hendiduras de las rocas y barrancos de las montañas estaba entonces rodeado de precipicios y sembrados por espesísimos bosques; por lo que pronto lo abandonaron y anduvieron sin senda ninguna, aunque guiados por los indios. Tenían que trepar á terribles alturas y descender á profundos valles, oscurecidos por apiñados árboles, y circunvalados de traidores pantanos, en donde á no ser los guías, hubieran quedado enterrados en el cieno.

Durante tan trabajoso viaje, sufrieron excesivamente, á consecuencia de su propia avaricia. Sabían perfectamente lo estéril del país y la necesidad de ir bien provistos para la jornada; pero, al cargar á los indios que les llevaban sus efectos, su único pensamiento había sido transportar mucho oro; y pronto sintieron las consecuencias de semejante conducta. Los indios no podían llevar grandes bultos, pero sí contribuían al consumo de los escasos alimentos que formaban parte de la carga. Por manera que la escasez y el hambre sobrevinieron, siendo difícil remediar el mal; pues los pueblos en aquellas altas regiones eran escasos, pobres, y estaban destituidos de provisiones. Ni se comunicaban unos con otros; contentándose cada uno con lo poco que producían sus campos y sus bosques. Algunos se hallaban enteramente desiertos, y en otras partes, los habitantes obligados á salir por fuerza de sus escondites, confesaban que se habían ocultado de vergüenza por carecer de medios para recibir á tan celestiales huéspedes. Llevábanles ofrendas de oro en señal de paz; pero ningunas provisiones. Al fin comprendieron los españoles, que todo su estimado oro no bastaba para fortalecer sus abatidos espíritus. El hambre les producía intensos tormentos, y muchos de los indios que los acompañaban perecie-

ron en el camino. Por último, llegaron á un pueblo donde pudieran obtener comestibles, permaneciendo allí treinta días para reponer sus perdidas fuerzas.

CAPITULO XIV.

Empresa contra Tubanamá; belicoso cacique de las montañas.—Vuelta á Darien.

Los españoles tenían que atravesar las tierras de Tubanamá, el mas poderoso y guerrero cacique de las montañas; aquel de quien había dicho el jóven príncipe indio, que descubrió á Vasco Nuñez la existencia del mar del Sur, que era de un carácter brutal y por lo tanto muy expuesto á entrar con él en contienda; pero se equivocó al indicar la posición de sus dominios, como situados al otro lado de los montes. El nombre de este cacique era en efecto el terror del país; y cuando Vasco Nuñez miró alrededor de sí, y se vió acompañado de un puñado de hombres enfermos y debilitados por las fatigas, dudó que la superioridad de las armas, y su destreza militar fuesen suficientes para vencer á Tubanamá y su ejército en campal batalla. De consiguiente, resolvió valerse de una peligrosa estratagema, que comunicó á sus compañeros: estos querían á porfia acompañarle; pero él escogió setenta de los mas vigorosos, y ordenó á los restantes mantenerse, sin cejar, en el pueblo.

Así que oscureció, partió silenciosamente con su escogido destacamento, caminando con tal rapidez por entre los laberintos de los bosques y desfiladeros de las montañas, que al otro día por la tarde ya estaba en las cercanías de la morada de Tubanamá, á pesar de necesitarse dos días largos de camino para llegar.

Aguardaron allí hasta media noche: entonces asaltaron repentinamente el pueblo, sorprendiendo y capturando al cacique con toda su familia, entre la que se contaban ocho mujeres. Cuando Tubanamá se vió prisionero en manos de los españoles, perdió toda su presencia de espíritu y empezó á llorar amargamente. Los indios aliados de Vasco Nuñez, solicitaban la muerte, acusándole de varios crímenes y crueldades. Vasco Nuñez aparentó que atendía sus súplicas, y mandó que atasen al cautivo de piés y manos y le entregasen á los perros. El cacique se le aproximó temblando; y poniéndole una mano en el pomo de la espada, le dijo: «¿Quién ha de atreverse á competir con el que lleva esta arma y puede de un solo golpe dividir en dos á un hombre? desde que la fama trajo tu nombre á estas montañas, siempre he respetado tu valor. Perdóname la vida y te daré cuanto oro esté en mi arbitrio procurarte.»

Vasco Nuñez, cuya cólera era aparente, se apaciguó en breve; y así que amaneció le presentó el cacique brazaletes y otras joyas de oro por valor de tres mil coronas, enviando comisionados por toda la extensión de sus dominios con la orden de que sus súbditos contribuyesen á pagar su rescate. Los pobres indios, tan leales como de costumbre, se precipitaron á traer sus adornos de oro, reuniendo en el término de tres días una suma equivalente á seis mil coronas, despues de lo cual puso Vasco en libertad al cacique regalándole una porción de vagatelas europeas con las que se consideró cien veces mas rico que con todo el oro del mundo. Respecto de las minas que producían aquel metal, lo único que dijo fue que lo traían de las sierras de sus vecinos, donde el oro y las perlas se hallaban en grande abundancia; pero, que en su país no había nada que se le pareciese. Vasco Nuñez, dudando de su sinceridad, hizo examinar secretamente los rios y arroyuelos, encontrando tan prodigiosa cantidad de oro, que determinó fundar en lo sucesivo dos establecimientos en aquellas cercanías.

Al separarse de Tubanamá, el cacique mandó á su hijo con los españoles á fin de que aprendiese su idioma y religion; se dice también que los españoles

(1) Pedro Martir, d. III, c. 2.

(2) Herrera, d. I, l. X, c. 4.

se llevaron sus ocho mujeres; aunque Oviedo no hace mención de semejante hecho sin embargo de escribir teniendo á la vista las memorias que dejó Vasco Nuñez, afirma, si, que los españoles, durante esta expedición, no fueron muy escrupulosos en su trato con las mujeres á hijas de los indios; añadiendo, que su comandante les daba en esto el ejemplo (1).

De vuelta al pueblo donde había quedado la mayor parte de su gente, Vasco Nuñez se dirigió definitivamente á su primitivo domicilio. Sus soldados estaban débiles y estenuados, muchos enfermos hasta el extremo de tenerlos que llevar en hombros, ó cogidos del brazo; é! mismo se sentía de tiempo en tiempo atacado de calentura, que le obligaba á ser conducido por los indios en una hamaca.

A costa de penas y andando muy despacio llegaron por último á las costas del Norte, territorio de su aliado Comagre: el viejo cacique había muerto, sucediéndole su hijo, de quien ya hemos hecho mérito. Este jóven, que había abrazado la Religión Cristiana, los recibió con la mayor hospitalidad, haciéndoles varios regalos de oro. Vasco Nuñez le dió en cambio algunas chucherías, entre ellas una camisa y una capa de soldado; con el cual, dice Pedro Martir, se creía un semidios en medio de sus desnudos compañeros. Después de descansar algunos días, prosiguió su jornada á Ponca, donde supo la llegada de un buque y una carabela á Darien, procedentes de la Española, con refuerzos y provisiones: apresuróse á entrar en Coiba, territorio perteneciente á su aliado Careta; y se embarcó el 18 de enero de 1514 con veinte hombres en el bergantín que había dejado allí, fondeando al otro día en Santa María de la Antigua del Darien. Todos los habitantes salieron á recibirle, y luego que oyeron hablar del mar del Sur, y vieron que volvian cargados de perlas y oro, su júbilo no tuvo límites. Un barco y una carabela volaron á Coiba en busca de los compañeros rozagados, los cuales trajeron consigo el resto del botín consistente en oro, perlas, mantas, hamacas y otros artículos de algodón, y ademas una porcion de cautivos de ambos sexos. El quinto de los despojos fue separado para la corona, y el resto repartido en justas proporciones entre los que fueron á la expedición, y los que se habían quedado en Darien. Todos quedaron contentos con su lote, y enorgullecidos con la perspectiva de mayores ganancias para el porvenir.

Así concluyó una de las mas notables expediciones de los primeros descubridores. La intrepidez con que Vasco Nuñez penetró con un puñado de hombres en lo interior de un país inculto y montañoso, poblado de tribus guerreras, y su habilidad para manejar una reunion de intratables aventureros, estimulando su valor, forzándolos á la obediencia y atrayéndose su afecto, prueban que poseia grandes cualidades de general. Se dice que siempre era el primero en los peligros y el último en abandonar el campo; participando de los trabajos como el último de sus soldados, tratando á estos con la mas cordial afabilidad, compartiendo sus vigiliyas y escaseces, visitándolos cuando estaban enfermos, y repartiendo sus ganancias entre ellos con franca liberalidad. Acusósele de algunos actos injustos y sangrientos; pero, es muy probable que las circunstancias se los aconsejasen como medidas de seguridad y precaucion; en lo que no cabe duda es en que ofendió menos los derechos de la humanidad que la mayor parte de los primitivos descubridores; y la estrecha amistad y confianza con que le trataron los naturales, cuando llegaron á conocer á fondo su carácter, es una prueba evidente de su buen comportamiento respecto de ellos.

El carácter de Vasco Nuñez cobró, en efecto, elevacion con las circunstancias reunidas, del grandioso

descubrimiento á que acababa de dar cima, y el importante cargo de que estaba revestido. Ya no se consideraba á si mismo como un simple soldado de fortuna, capitaneando una turba de aventureros, sino como un gran general, conduciendo sus tropas á una inmortal empresa. «Hé aqui, dice el anciano Pedro Martir, á Vasco Nuñez de Balboa, transformado de cabeza de motin, en político y prudente capitán»; y así es como los hombres son frecuentemente hechuras de las circunstancias: es decir que sus ocultas cualidades se manifiestan y desarrollan por la fuerza de los acontecimientos y la necesidad de modelarse á la elevacion de su destino.

CAPITULO XV.

Sucesos de España.—Pedrarias Davila nombrado gobernador de Darien.—Noticias recibidas en España del descubrimiento del océano Pacifico.

Vasco Nuñez de Balboa se lisonjeara de haber hecho un descubrimiento capaz de acallar á sus enemigos de la corte y elevarle al mas alto grado de favor para con el soberano. Escribió al rey los pormenores de su expedición, expresando cuanto había visto ó oido acerca del mar del Sur y de los ricos países que lo rodeaban. Ademas del quinto de las utilidades, debido á la corona, dispuso un regalo para el rey de las mas grandes y preciosas perlas que habían recogido, y se las remitió á su nombre y el de sus compañeros. Para llevar estas noticias escogió á Pedro de Arbolancha, hombre diestro é inteligente, su antiguo y experimentado amigo, compañero en todos los trabajos y peligros, y que se hallaba enterado á fondo de sus cosas.

El destino de Vasco Nuñez prueba la inestabilidad de las cosas humanas, y que nuestra suerte próspera ó adversa, y aun nuestra vida ó muerte, pende muchas veces de un momento perdido por no haberlo salido aprovechar. Desgraciadamente, el buque que debía llevar el mensaje á España prolongó la salida hasta principios de marzo; tardanza que tubo fatal influencia en la fortuna de Vasco Nuñez. Aquí es necesario que dirijamos la vista hácia los sucesos que ocurrían en España, mientras él estaba ocupado en conquistas y descubrimientos.

El bachiller Enciso llegó á Castilla con un capítulo de culpas no pequeño. Tenia amigos en la corte, que le proporcionaron una audiencia del rey, y no desperdició un momento en aprovecharse de semejante oportunidad. Empleó toda elocuencia para probar la pretendida usurpacion de Vasco Nuñez, manifestando que gobernaba la colonia por medio de la fuerza y del fraude. En vano el alcalde Zamudio, como colega y enviado de Vasco, trató de interceder en su favor; faltábale la sagacidad del Bachiller, quien á fuer de abogado de profesion, defendia bien su propia causa. El rey determinó en consecuencia mandar un nuevo gobernador á Darien con poderes para averiguar los sucesos y remediar los abusos; á cuyo fin nombró á don Pedro Arias Dávila, llamado comunmente Pedrarias (2). Era hijo de Segovia, se había educado en la real casa y distinguido como valiente soldado en las guerras de Granada y toma de Oran y Bugia en Africa. Poseia las cualidades personales que cultivan al soldado: llamábanle *el Galan*, por su bizarro continente y cortesania, y *el Justador* por su singular maestría en las justas y torneos. Es preciso confesar, que no eran estas las cualidades mas á propósito para un gobernador de rudas y facciosas colonias, en un país salvaje; pero, tenia un poderoso amigo en el obispo Fonseca, tan ardiente protector

(2) Los historiadores ingleses le dan siempre el nombre de Dávila.

como enemigo implacable, el cual aseguró al monarca que Pedrarias era sabio á la par que valiente; capaz de manejar los negocios en paz y guerra, y que habiendo sido educado en la real casa, estaba implícitamente ligado á sus intereses.

Apenas se le habia conferido á Pedrarias tal nombramiento, cuando Caizedo y Colmenares llegaron con su mision de Darien, trayendo las noticias comunicadas por el hijo del cacique Comagre acerca del mar del Sur, y pidiendo mil doscientos hombres para que Vasco Nuñez pudiese emprender el descubrimiento.

Estas noticias inflamaron la ambiciosa avaricia de Fernando, quien, despues de recompensar á los portadores y consultado el asunto con el obispo Fonseca, resolvió despachar inmediatamente una fuerte escuadra con mil doscientos hombres de desembarco, bajo las órdenes de Pedrarias que pusiesen cima á la empresa.

Precisamente por aquella misma época, el famoso Gonzalo Fernandez de Córdoba, llamado comunmente el Gran Capitan, se estaba preparando para volver á Nápoles, en donde los aliados de España habian sufrido una gran derrota y solicitaban la asistencia de tan famoso general, á fin de reponerse de sus pérdidas. Apresurábase los caballeros, á alistarse bajo la bandera de Gonzalo, y los nobles de España, con su acostumbrada prodigalidad, vendian ó empeñaban sus Estados, para comprar vistosas armaduras, sedas, brocados, y otros artículos de lujosa pompa marcial, con el objeto de figurar en la campaña de Italia. La armada estaba á punto de darse á la vela para Nápoles con toda aquella hueste de orgullosos paladines; pero, viendo Fernando tales demostraciones de entusiasmo por su general, su zeloso carácter se alarmó sobre manera, y expidió contraórden, prohibiendo la salida de la expedicion. Los caballeros españoles, sintieron muchísimo ver desaparecer sus sueños de gloria; mas como para consolarlos, organizóse la empresa de Pedrarias, abriéndoles un nuevo campo de aventuras. La sola idea de un mar desconocido, donde ningun buque europeo habia desplegado sus velas, y de un espléndido imperio que no habia pisado planta cristiana, exaltaba su imaginacion, como las extraordinarias maravillas de un cuento árabe. Hasta los países, conocidos ya en las inmediaciones de Darien, se describian exagerando sus cualidades. Declase que el oro se hallaba en la faz de la tierra, y que se cogia con redes en los rios y arroyuelos; por manera, que la region llamada hasta entonces Tierra Firme, recibió á la sazón el título pomposo y engañoso de Castilla del Oro.

Muchos de los caballeros jóvenes preparados para la campaña de Italia, animados con semejantes encomios, ofrecieron sus servicios como voluntarios á Pedrarias, el que los aceptó señalando á Sevilla para punto de reunion. Las calles de esta antigua ciudad se vieron pronto cubiertas de jóvenes y brillantes caballeros, esplendidamente ataviados, gozosos y anhelando la salida de la armada. Así que Pedrarias llegó á Sevilla, pasó una revista general á las fuerzas y vió con extrañeza que ascendian á tres mil hombres: debia limitarse á mil doscientos; pero en consideracion á la clase de empresa que era, alargóse el número hasta mil y quinientos, y en virtud de influencias, recomendaciones y estratagemas, llegaron á embarcarse dos mil (1). Considerábase dichoso el que de cualquier modo, sin reparar en los medios, conseguia ser admitido á bordo; afan que no se reducía solo á los jóvenes y fogosos aventureros sino que, segun se cuenta, se comunicó á muchos viejos codiciosos, que se ofrecieron ir á expensas propias, sin exigir ningun sueldo del rey. Todos los ojos, pues, se dirigian á aquella

escuadra de nuevos argonautas, anclada en las aguas del Guadalquivir.

El sueldo y ovenciones de Pedrarias correspondian á la grandiosidad de la empresa. No se perdonaron gastos para el abastecimiento de la armada; porque la expedicion llevaba el doble objeto de colonizacion y conquista. La artilleria y pólvora se transportaron desde Málaga y ademas de las armas comunes, como mosquetes, ballestas, espadas, picas, lanzas y rodela napolitanas, añadiéronse armaduras de algodón colchado, y proporcionadas al ardor del clima, capaces de preservar de las flechas de los indios, y escudos de madera traídos de las Canarias para resguardarse de las envenenadas armas de los caribes.

Santa María de la Antigua, se nombró de real órden ciudad metropolitana de la Castilla del Oro, y un fraile franciscano llamado Juan de Quevedo, fue elegido obispo, con poderes para decidir en todo caso de conciencia; señalése cierto número de frailes que le acompañasen y proveyósele de los ornamentos y vasos necesarios para establecer una capilla.

Entre las diversas medidas tomadas en beneficio de la naciente colonia, fue una prohibir el embarque de ningun letrado, porque la experiencia habia acreditado que en la Española y en otros puntos, lejos de fomentar los establecimientos, los embrollaban con sus litigios. Todos los negocios judiciales se reasumieron en la autoridad del licenciado Gaspar de Espinosa, que llevaba el cargo de alcalde mayor.

Trató Pedrarias de que su mujer quedase en España: pero ella lo rehusó no pareciéndole bien vivir en egoista seguridad, mientras que su esposo se exponia á grandes peligros: declaró que queria participar de ellos por mar y tierra. Esta abnegacion es tanto mas de admirar, cuanto que ya habia pasado de su primera juventud y tenia ademas ocho hijos de ambos sexos que no consintió la acompañaran. Llamábase doña Isabel de Bobadilla y era sobrina de la marquesa de Moya, favorita de la difunta reina Isabel, y la misma que incluyó el ánimo de esta soberana en favor de Colon (2); la sobrina participaba de la elevacion de alma y generosidad de la tia.

Pedrarias llevaba encargo de tratar con consideracion á los habitantes de Darien, que habian sido compañeros de Nicuesa, y de remitir todo el oro recogido antes de su llegada, perteneciente al real fisco. Solo en lo tocante á Vasco Nuñez de Balboa se mostró el rey severo. Iba el nuevo gobernador encargado de deponerle, haciéndole rendir estrecha cuenta ante el alcalde mayor, Gaspar de Espinosa, por el mal trato que habia dado al bachiller Enciso.

El 12 de abril de 1514 levó anclas en Sanlúcar de Barrameda aquella espléndida flota, de quince velas, saliendo orgullosa del Guadalquivir, cargada de aventureros para la Castilla del Oro. Poco tiempo despues llegó Pedro Arbolancha con la comision de Vasco Nuñez: si hubiese llegado algunos dias antes cuan diferente hubiera sido la suerte de su amigo.

Permitiósele inmediatamente presentarse al rey, á quien manifestó las peligrosas aventuras que habia tenido que arrostrar Vasco Nuñez en su feliz expedicion, entregándole las perlas y joyas de oro que habia traído como primicias del país descubierto. Fernando oyó con deliciosa atencion lo que le contaban acerca de aquel mar desconocido y de los ricos Estados añadidos á su imperio; relato que exaltaba la imaginacion de los hombres mas sabios y estudiosos con esperanzas de ilimitadas riquezas. El anciano Pedro Martir, que recibió cartas de sus amigos de Darien, habló con los que venian de allí y escribia á Leon X,

(2) Esta marquesa de Moya era la misma que durante la guerra de Granada, estando la corte y el ejército acampados delante de Málaga estuvo á punto de caer victima del puñal de un moro que la tomó por la reina.

(1) Oviedo, l. II, c. 7. MS.

«que España podía en adelante satisfacer con sus perlas el apetito de cuantos amaban el lujo como Cleópatro y Esopo, sin tener por qué envidiar ni acatar los preciosos productos de Trapobana ni del mar Rojo. Los españoles de aquí en adelante no se verán obligados á cavar profundamente la tierra, ni abrir montes en busca de oro, sino que lo hallarán con abundancia en la superficie de la tierra ó en las abrasadas arenas de las rías, agotadas por el calor del sol. Ciertamente la respetable antigüedad no obtuvo nunca mayores beneficios de la naturaleza, ni siquiera llegó á imaginarlos, supuesto que ningún hombre del mundo conocido ha penetrado hasta ahora aquellas ignoradas regiones (1).»

Las noticias del descubrimiento resonaron en toda

España; las alabanzas de Vasco Nuñez fueron tanto más extraordinarias, cuanto se le había considerado como un desesperado aventurero: alzábasele á las nubes como digno sucesor de Colon. El rey se arrepintió de la dureza de las medidas que había tomado contra él, y ordenó al obispo Fonseca que tratase de recompensar sus eminentes servicios.

CAPITULO XVI.

Grande entrada de Pedrarias en Darien.

MIENTRAS se preparaban en Europa recompensas y honores para Vasco Nuñez, este infatigable jefe, alentado por la fortuna y su noble ambición, se ocupaba en dictar paternales providencias en beneficio del país



Entrada de Pedrarias en Darien.

que estaba bajo sus órdenes. Todos sus esfuerzos se dirigian á poner los alrededores de la colonia en tal estado de cultivo, que produjeran lo suficiente para acudir á las necesidades, sin dependencia de Europa. Hallábase situada la ciudad á la orilla de un río y constaba de mas de doscientos casas y cabañas; la población ascendia á quinientos quince europeos todos hombres, y mil quinientos indios de ambos sexos: rodeábanla jardines y huertas donde se cultivaban frutos y verduras, así de Europa como del país, que prometian una abundante cosecha. Vasco Nuñez no se

olvidaba tampoco de lo que hubiese de alegrar y distraer á su gente. Proporcionábales los dias de fiesta sus juegos y favoritas diversiones nacionales, particularmente parejas de justadores, entretenimiento al cual los caballeros españoles de aquel tiempo eran muy apasionados. Algunas veces halagaba sus costumbres vagabundas mandándoles hacer expediciones y correrías por el país para adquirir conocimiento de sus recursos, y robustecer su influencia sobre los indígenas. Tuvo tanta suerte para captarse la amistad é inspirar respeto á las tribus indias que un español podía atravesar solo, todo el territorio con la mas completa seguridad; y sus compañeros le amaban á porfia,

(1) Pedro Martir, década 3, cap. III.

admirando sus proezas y esperando ser conducidos por él á nuevas conquistas y descubrimientos. Pedro Martir, en su citada carta á Leon X, habla con singular elogio de aquellos «veteranos de Darien» (restos de los experimentados aventureros que siguieron la suerte de Ojeda, Nicuesa y Vasco Nuñez) «endurecidos, dice, y acostumbrados á toda especie de padecimientos, trabajos, calores, hambres y vigiliás, tanto que se jactan de haber observado mas larga y rigurosa abstinencia de la que prescribe vuestra santidad; pues en el espacio de cuatro años su alimento no ha consistido sino en frutas y raíces, pescado, alguna que otra vez, y con mucha rareza carne.»

Tales eran los fuertes y sufridos veteranos que estaban bajo las órdenes de Vasco Nuñez, cuya activa solicitud hacia adelantar y prosperar la colonia extraordinariamente, cuando en el mes de junio la flota de Pedrarias aportó al golfo de Uraba.

Los caballeros españoles que acompañaban al nuevo gobernador deseaban con ansia bajar á tierra y admirar las imaginadas maravillas del país; pero Pedrarias, sabiendo el carácter resuelto de Vasco Nuñez y cuánto le apreciaban sus compañeros, temió encontrarse con dificultades para tomar posesion de la colonia. De consiguiente ancló á legua y media de distancia del establecimiento, y envió un mensajero á tierra que anunciase su llegada. El mensajero habia oido decantar en España las proezas de Vasco Nuñez y los tesoros de la dorada Castilla, y esperaba sin duda habérselas con un guerrero jactancioso, que defenderia bárbaramente el gobierno que habia usurpado; pero ¡cuál fue su asombro al ver en aquel héroe tan terrible un hombre sumamente político y tratable, vestido de un sayo y unos calzones de algodón con calzado de alpargatas, ayudando y dirigiendo los trabajos de los indios, que se ocupaban en techar la cabaña en donde residia!

El mensajero se le acercó respetuosamente anunciándole la llegada de Pedrarias, como gobernador del país. Vasco Nuñez ahogó en su pecho la emocion que debió producirle semejante noticia, y contestó discretamente: «Decid á Pedrarias Dávila, que sea muy bien venido; que le doy la enhorabuena por haber llegado sin novedad, y que estoy dispuesto con todos mis compañeros á acatar sus mandatos.»

Aquella pequeña reunion de rudos y atrevidos aventureros se aborotó desde que supo la llegada de un nuevo gefe. Algunos de los mas celosos partidarios de Vasco Nuñez querian salir con espada en mano á repeler á los intrusos; pero contiúvolos su prudente capitán, que se preparó á recibir á Pedrarias con la debida sumision.

Desembarcó este el dia 30 de junio, acompañado de su heróica mujer doña Isabel, la que, segun cuenta Pedro Martir, habia soportado los furoras del Océano con el mismo valor que su esposo, y los marineros acostumbrados á los peligros del mar. Pedrarias se dirigió á la naciente ciudad á la cabeza de dos mil hombres bien armados. Conducia á su esposa de la mano, y á su otro lado iba el obispo de Darien, vestido de ceremonia; mientras un brillante tren de jóvenes caballeros, cubiertos con resplandecientes armaduras y brocados, cerraban la marcha, figurando como una especie de guardia de corps.

Tal pompa y esplendor contrastaba singularmente con el humilde aparato de Vasco Nuñez, que salió desarmado y sencillamente vestido: seguianle sus consejeros y un puñado de «veteranos de Darien», llenos de cicatrices y medio salvajes á fuerza de pelear con los indios, pero tambien sin armas ni atavios militares.

Vasco Nuñez saludó á Pedrarias con profunda reverencia, prometiéndole una completa sumision en su nombre y el de toda la colonia. Luego que entraron en el pueblo, condujo á sus distinguidos huéspedes á

su cabaña techada de paja, en donde les tenia preparada una mesa cubierta con todo lo mas selecto que daba de sí el país en frutas, raíces y pan de maiz y cazabe, sin mas bebida que las cristalinas aguas del rio; pobre palacio y miserable banquete á los ojos de los alegres caballeros que esperaban quedar deslumbrados por el lujo del usurpador de la Castilla del Oro. Sin embargo Vasco Nuñez hizo los honores de su humilde albergue con la fina y hospitalaria urbanidad de un príncipe, acreditando así que la dignidad de un banquete consiste mas en la persona que lo dá, que no en los manjares que se presentan. Desembarcóse mientras tanto una gran cantidad de provisiones traídas de España, que por algun tiempo derramaron la abundancia en la colonia.

CAPITULO XVII.

• Pérfida conducta de Pedrarias con Vasco Nuñez.

Al siguiente dia de su entrada en Darien, tuvo Pedrarias una secreta conferencia con Vasco Nuñez, en presencia del historiador Oviedo, que fue allí en clase de notario público. Aseguróle el nuevo gobernador que traia instrucciones del rey para tratarle con la mayor consideracion consultándole en todos los negocios relativos á la colonia y pidiéndole informes acerca de los países comarcanos; prometióle al mismo tiempo la mas sincera amistad de su parte, manifestándole sus deseos de que le sirviese de guia y aconsejara.

Vasco Nuñez, era naturalmente franco y confiado; cautivóle aquella inesperada política amistosa, y sin la menor precaucion ni reserva, abrió su corazón al astuto cortesano, quien se aprovechó de tan leal proceder, para exigirle un minucioso estado por escrito, de las circunstancias de la colonia, y de cuantas noticias tenia recogidas referentes á varios puntos del país; el camino por donde, habia atravesado las montañas, su descubrimiento del mar del Sur, la situacion y riquezas de las islas de las Perlas, los rios y barrancos que producian mas oro; esto, junto con los nombres y territorios de los caciques, con quienes habia entablado comunicacion.

Despues que Pedrarias hubo engañado así al soldado franco y leal, sacándole cuantos informes necesitaba, arrojó la máscara, y á los pocos dias promovió una informacion judicial, en averiguacion de la conducta de Vasco Nuñez y sus oficiales. Debía efectuarla como alcalde mayor el licenciado Gaspar de Espinosa, que acababa de salir de Salamanca, donde habia hecho sus estudios y carecia por lo mismo de experiencia. Era Espinosa de carácter demasiado flexible y gobernable. Al principio de su carrera, se colocó bajo el influjo de Quevedo, obispo de Darien, y conociendo Vasco Nuñez, cuan grande iba á ser la importancia de un prelado en la colonia, procuró atraerlo á su partido, manifestándole el mas profundo respeto, y haciéndole partícipe de las empresas agrícolas y negocios comerciales. En efecto, el buen obispo le consideró como el hombre mas á propósito para promover sus intereses temporales, que seguramente no miraba con indiferencia. Bajo su influjo empezó Espinosa sus investigaciones de la manera mas favorable á Vasco Nuñez, extendiéndose en el examen de sus descubrimientos y en la clase y el número de sus servicios. Alarmóse Pedrarias viendo el giro que tomaba la causa, la cual serviria solo para demostrar los méritos y dar realce á la reputacion del hombre, cuya ruina tanto le interesaba; y con objeto de evitarlo promovió un interrogatorio secreto de los compañeros de Ojeda y Nicuesa para hacerse con testigos que sostuviesen contra Vasco Nuñez los cargos de usurpacion y tiranía.

Informados con tiempo el obispo y el alcalde, protestaron altamente contra semejante interrogatorio, como una infraccion de sus derechos, siendo ellos

coadjutores en el gobierno, y rechazaron el testimonio de los compañeros de Ojeda y Nicuesa, producto de enemistades envejecidas. De consiguiente, Vasco Nuñez fue absuelto de los cargos criminales que se le dirigian, quedando sin embargo envuelto en dificultades dimanadas de reclamaciones seguidas contra él, en virtud de reclamaciones particulares de daños y perjuicios, ocasionados por sus medidas.

Exasperado Pedrarias con tal absolución, insistió en la culpabilidad de Vasco Nuñez, de la que dijo, hallarse convencido por sus secretas averiguaciones y hasta determinó mandarle á España preso, para que se le juzgara por la muerte de Nicuesa, y otros desafueros que se le atribuian; pero, como no era del gusto ni del interés del obispo, que Vasco Nuñez abandonase la colonia, hizo de modo que despertó los temores del gobernador asegurándole que la llegada de Vasco Nuñez á España, sería un día de triunfo para él, en lugar de una desventura. Sus grandes descubrimientos se habrían extendido por el mundo, sirviendo de expiación á sus faltas, la nación le recibiría con entusiasmo, el rey le dispensaría protección, y probablemente volvería á mandarle á la colonia, colmado de dignidades y favores.

Sintióse perplejo Pedrarias con los discursos del obispo, contribuyendo también á contenerle en sus violentos procederes contra Vasco Nuñez, la influencia de su esposa doña Isabel, que profesaba singular respeto y simpatía hácia el descubridor. En tal indecisión el astuto gobernador adoptó un término medio; resolvió conservar á Vasco Nuñez en Darien, envolviéndole en acusaciones que gradualmente irían despopularizándole, gastando su paciencia y empobreciéndole. Entretanto, fue preciso devolverle los bienes que se le habían secuestrado.

Al propio tiempo que Pedrarias, se conducía de este modo con Vasco Nuñez, no se descuidaba en aprovecharse de sus hien concertados planes. Lo primero que hizo, fue establecer una línea de destacamentos al través de las montañas, entre Darien y el mar del Sur: aquejábanle extraordinarios deseos de ejecutar semejante proyecto antes que viniese alguna orden del rey en favor de su antecesor, para llevarse él la gloria de haber colonizado la costa, quedando á Vasco Nuñez, solamente el mérito de haberla descubierto y visitado (1); pero, antes de completar estos arreglos, inesperadas calamidades sobrevinieron; y en vez de pensar en planes de colonización, cada cual tuvo que atender á su propia seguridad.

CAPITULO XVIII.

Calamidades de los caballeros españoles en Darien.

El pueblo de Darien, estaba situado en un profundo valle, rodeado de altas colinas, que impidiendo el paso á las brisas, tan gratas en abrasadas regiones; reflejaban y concentraban los rayos del Sol, en tal grado que por las tardes el calor era insoportable; el rio era poco profundo, y su cauce un lodazal circundado de pantanos; aumentaban la humedad los bosques que le rodeaban, y el terreno donde se habia construido el pueblo era de tal calidad, que cabando á un pié de profundidad; saltaba agua salobre y hedionda (2).

No tiene nada de sorprendente que semejante situación en los climas del trópico, fuese fatal á la salud de los europeos. Muchos de los últimamente llegados, murieron pronto; el mismo Pedrarias, cayó enfermo y le transportaron con la mayor parte de su gente á un paraje mas sano, á orillas del rio Corobarí: la enfermedad, sin embargo hacia progresos. La mayor parte de las provisiones que habian llevado, estaban mafeadas por el mar, y el resto iba escaseando: pusieronse á

racion y la debilidad que esto produjo, aumentó las enfermedades: concluyeronse por fin aquellas provisiones, y el hambre se presentó con todos sus horrores.

A todos afectaba mas ó menos semejante calamidad, incluso los veteranos de la colonia curtidos en los trabajos; pero mas que á nadie á la caterva de caballeros jóvenes, que se paseaban un día tan brillantes, por las calles de Sevilla, y habian ido al Nuevo Mundo lisonjeados con halagüeñas esperanzas. Desde el momento que desembarcaron, se sintieron desalentados por las salvajes escenas que veian en derredor, disgustándoles la vida miserable que llevaban. No podian sufrir los trabajos necesarios para procurarse en aquel país la riqueza de perlas y de oro, é impacientábase los humildes ejercicios á que tenían que someterse para sostener su existencia. Cuanto mayor era el hambre, mas crecía su desesperación; porque no servian para ayudarse á sí mismos; y á pesar de su rango y dignidad, no se demostraban deferencias en un tiempo en que la comun miseria hacia á todos egoistas. Muchos de los que habian empeñado sus Estados en España, para presentarse suntuosamente en la campaña de Italia, ahora perecían por falta de alimento. Se veía á algunos cambiar un magnifico vestido de seda carmesi, ó alguna guarnición de rico brocado, por una libra de pan de la India ó de galleta europea; á otros buscando en las yerbas y raíces del campo, los medios de apaciguar el hambre; y uno de los mas principales caballeros murió por falta de alimento.

Perecieron víctimas de tal desastre, en el corto periodo de un mes, setecientos del pequeño ejército de jóvenes y entusiastas aventureros, que se embarcaron con Pedrarias, permaneciendo solo los cuerpos de algunos, uno ó dos días sin sepultura porque sus amigos, no tenían fuerza suficiente para hacer un hoyo y enterrarlos. Imposibilitado Pedrarias de remediar el mal, dió permiso á su gente para que huyesen de él. Un buque cargado de hambrientos salió para Cuba, donde algunos de ellos se alistaron bajo la bandera de Diego Velazquez, que estaba colonizando aquella isla, y otros se dirigieron á España, adonde llegaron sin salud, sin ánimo y arruinados.

CAPITULO XIX.

Inútil expedición de Pedrarias.

La marcha de tantas hambrientas bocas produjo un momentáneo beneficio en la colonia; y Pedrarias, recobrado de su enfermedad, se apresuró á enviar expediciones por todas partes, con el fin de forrajear y recoger sus tesoros.

Pero el mando de estas expediciones, se encomendó á sus favoritos y partidarios; mientras Vasco Nuñez, el hombre mas competente para llevarlos á cabo permanecía olvidado y ocioso. Una lenta investigación jurídica, gravitaba, sobre él; y aunque de suyo insustancial, servia para embarazar sus acciones, enfriar á sus amigos y darle visos de delincuente.

A los otros males de la colonia, habia que añadir el de los litigios, motivados por los disgustos concernientes a gobierno de Vasco Nuñez, habiéndose aumentado estas de tal modo, que, segun un dicho del alcalde Espinosa, si las causas se hubieran dividido entre el pueblo, cuarenta por lo menos tocarian á cada individuo (1). Y esto sucedia, en una colonia donde el gobierno habia expresamente prohibido la admision de ningun abogado.

Vasco Nuñez desalentado é irritado por la suspensión de sus empresas favoritas, y no dudando de la consiguiente aprobación del rey, determinó labrar-se la fortuna por sí mismo, y proseguir en secreto su gran proyecto de explorar las regiones del otro lado

(1) Oviedo, Hist. Ind. p. 2, c. 8.

(2) Pedro Mártir, decad. 3, c. vi.

(1) Herrera, dec. 2, 4, 1, c. 1.

de los montes. Para este fin, despachó ocultamente á un tal Andrés Garabito á Cuba, con el encargo de alistar gente y hacer provisiones para una expedición que debía principiar atravesando el Istmo, desde Nombre de Dios, y fundando una colonia en las playas del océano del Sur, como punto de partida para extender sus descubrimientos por mar y tierra.

Mientras Vasco Nuñez, esperaba la vuelta de Garabito, tuvo la mortificación de ver varios de sus planes de colonización, puestos en práctica y maleados por Pedrarias. Entre otras empresas, el gobernador despachó á su teniente general Juan de Ayora, á la cabeza de cuatrocientos hombres, para visitar las provincias de los caciques, con quienes Vasco Nuñez, había entablado comunicaciones y hecho convenios. Ayora participaba del espíritu dominante y duro de Pedrarias, de manera que pilló y devastó los países que pretendía explorar. Fue recibido con amistosa confianza por varios caciques de los que habían hecho tratados con Vasco Nuñez; pero correspondió á su hospitalidad con la mas vil ingratitud, robándole sus propiedades, mujeres é hijas, y algunas veces dándole tormento para hacerles declarar donde escondían sus supuestos tesoros. Entre los así maltratados, sentimos tener que contar al jóven cacique, que comunicó á Nuñez las primeras noticias de un mar allende los montes.

Las atrocidades de Ayora y de otros capitanes de Pedrarias, produjeron su acostumbrado efecto; caciques que habían sido fieles amigos, se convirtieron en encarecidos enemigos, y la expedición concluyó mal y desastrosamente.

Los partidarios de Vasco Nuñez, no perdieron la ocasion de comparar aquellas desgraciadas, empresas con las que había conducido con tanta gloria y ventajas su jefe favorito. Sus acusaciones y sarcasmos produjeron tal efecto en la condicion zelosa é irritable de Pedrarias, que determinó ocuparla su ídolo en un servicio cuyos resultados, probables fuesen su derrota y la pérdida de su popularidad. Ninguno le pareció mas á propósito que una expedición á Dobayba, donde Vasco, había ya intentado inútilmente penetrar, diéndo en la demanda muchos de sus compañeros, á causa de las estratagemas y acometidas de los naturales.

CAPITULO XX.

Segunda expedición de Vasco Nuñez en busca del templo de oro de Dobayba.

Las preciosas minas de Dobayba y las riquezas de su templo de oro, continuaban merced á la fantasía de los aventureros españoles. Asegurábase que Vasco Nuñez, en su primera expedición no había penetrado en la provincia, por haber equivocado un pueblo fronterizo con la residencia del cacique; de consiguiente, la grande empresa del templo, estaba aun por concluir; y solicitaron tomar parte en ella, varios caballeros del séquito de Pedrarias, con el noble ardor de aquellos novelescos tiempos. La narracion vulgar presentaba en efecto á la empresa, como rodeada de peligros y dificultades suficientes para estimular la ambicion de los mas osados aventureros. Los salvajes que habitaban en aquella parte, eran diestros y valientes; lo mismo lidiaban por mar que por tierra, y se emboscaban con sus canoas en las bahías y los rios. Interceptaban el pais marismas y pantanos, é infestábanle toda clase de reptiles. Llenaban el aire nubes de mosquitos y otros insectos y habia tambien grandes murciélagos, á quienes se atribuian las propiedades del vampiro, caimanes escondidos en las aguas, y hasta se decia que en las tenebrosas espesuras habitaban dragones (1).

(1) P. Martir.

Además de tales motivos de terror, en parte ciertos, y en parte fabulosos, el anciano historiador, Pedro Martir, hace mencion de otro monstruoso animal, que cuentan infestaba aquel rico país, y el cual merecía lo describamos, para probar los peligros imaginarios con que las acaloradas cabezas de los descubridores poblaban aquellos desconocidos desiertos.

Segun las narraciones de los indios, ocurrió poco antes de la llegada de los españoles una tempestad violenta ó mas bien un huracan en las inmediaciones de Dobayba, que demolió casas, rompió árboles por el pié y devastó bosques enteros. Apaciguada la tempestad y luego que los aterrados habitantes se atrevieron á mirar alrededor, vieron dos monstruosos animales que habia traído consigo el huracan. Segun la descripción que hacian de ellos, se asemejaban á las antiguas arpias; y como uno era mas pequeño que el otro, supusieron que seria su hijo. Ambos tenian cara de mujer con garras y alas de águila, y eran de un tamaño tan colosal que al posarse sobre algun árbol, se desgajaban las ramas. Echábanse sobre un hombre y le arrebataban, como un milano á una gallina, dando con él á la cima de un monte, donde le hacian pedazos y le devoraban. Durante algun tiempo fueron el espanto y azote del país, hasta que los indios valiéndose de una estratagemá consiguieron matar al mas viejo, colgándolo de una lanza y paseándolo por todas las poblaciones, para apaciguar el miedo de los habitantes. Decía la tradicion india, que la arpia mas jóven no se habia vuelto á ver mas (2).

Tales eran los peligros falsos ó verdaderos, que reinaban en el territorio de Dobayba. Los mismos indios tenian tal miedo á aquellos oscuros y horribles pantanos, que cuando iban de camino se desviaban de ellos y preferian dar mil rodeos por las ásperas sendas de los montes.

Se observó que muchos caballeros jóvenes, lejos de aterrarse con estos peligros, se disputaban el honor de tomar parte en la expedición, pero, Pedrarias habia escogido á su rival para aquella empresa, con la idea, segun se ha insinuado, de hacerle caer en desgracia. Vasco Nuñez aceptó inmediatamente: pues á su orgullo interesaba llevarla á cima. Le dieron para este fin doscientos hombres resueltos y atrevidos; pero, se disgustó mucho cuando le asociaron en el mando á Luis Carrillo, oficial de Pedrarias que acababa de salir muy desairado en una peligrosa expedición.

Pocos pormenores nos han quedado de aquella tentativa. Se embarcaron en una escuadrilla de canoas, atravesaron el golfo y llegaron al rio que descendía del territorio de Dobayba. No estaban empero destinados á tener la gloria de encontrar el templo de oro; pues conforme iban subiendo confiada y tranquilamente, rio arriba, fueron sorprendidos y cercados por una multitud de canoas llenas de salvajes armados, que estaban en acecho á lo largo de la orilla. Asaltábanles unos con lanzas, otros con clavos y flechas, mientras que varios, arrojándose al agua, trataban de volcar las canoas: de este modo la mitad de los españoles perecieron, y entre ellos Luis Carrillo, atravesado el pecho por la lanza de un salvaje. El mismo Vasco Nuñez fue herido, y con gran dificultad pudo saltar en tierra con el resto de sus fuerzas.

Los indios le persiguieron todo el dia; pero, pudo sostenerse hasta la entrada de la noche, y entonces silenciosamente abandonó la orilla del rio, dirigiéndose en retirada hácia Darien: es mas fácil imaginar que describir los trabajos, peligros y horrores que tuvieron que sufrir los fugitivos al través de aquellas ásperas montañas y los apuros con que lucharon en medio de los pantanos. Al fin llegaron al establecimiento de Darien.

Los partidarios de Pedrarias, triunfantes con la

(2) P. Martir dec. 7. c. 10.

vuelta de Vasco Nuñez herido y derrotado, devolvía á los amigos de este los sarcasmos con que los habian zaherido; quienes sin embargo echaban toda la culpa al desgraciado Carrillo. Vasco Nuñez, adecian ha mandado solo en sus anteriores empresas, y ahora tenia que sujetarse á consultar con su asociado. Si hubiera ido por su cuenta la expedicion, el resultado seria muy diferente.»

CAPITULO XXI.

Cartas del rey en favor de Vasco Nuñez.—Llegada de Garabito.—Prision de Vasco Nuñez.

(1513.)

Por aquel tiempo llegaron comunicaciones de España, que prometian cambiar asi la fortuna de Vasco Nuñez, como tambien los negocios de la colonia, pues habian sido extendidas despues de las noticias del descubrimiento del mar del Sur y de la sumision de varias provincias importantes del istmo. En una dirigida á Vasco Nuñez, le demostraba el rey todo el aprecio que hacia de sus méritos y servicios, nombrándole adelantado del mar del Sur y gobernador de las provincias de Coiba y Panamá aunque con dependencia del comandante general Pedrarias. En otra escrita por el rey á Pedrarias le informaba de este nombramiento, ordenándole que consultase á Vasco Nuñez en todos los asuntos públicos de importancia: golpe humillante para el orgulloso y activo gefe, que no perdió las esperanzas de contrarestarlo. Entretanto, como todas las cartas de España iban á parar en primer lugar á sus manos, reservó las dirigidas á Vasco Nuñez hasta determinar la línea de conducta que debería seguir en aquel caso; pero, informado de ello Nuñez y tambien su amigo el obispo de Darien, quejose altamente el prelado de la interrupcion de la real correspondencia, denunciándola desde el púlpito, como un ultraje hecho á los derechos del súbdito y un acto de desobediencia al soberano.

Con este motivo el gobernador convocó un consejo de sus oficiales, y despues de poner en su conocimiento el contenido de la carta, les preguntó su opinion acerca de investir á Vasco Nuñez con las dignidades que le habian sido concedidas. El alcalde mayor Espinosa habia dejado el partido del obispo para alistarse en el de Pedrarias; de consiguiente insistió en que no se le debian entregar los despachos á Vasco Nuñez hasta informar al rey del resultado de la causa que se seguia aun contra él, apoyándole el tesorero y el contador. El obispo replicó indignado, que era presuntuoso y desleal discutir sobre la obediencia á las órdenes del rey, y paralizar las recompensas dadas concienzudamente á un súbdito meritorio; de este modo, añadió, inutilizaban con sus pasiones las benévolas intenciones del soberano. El gobernador, contenido por el justo acaloramiento del obispo, aparentó estar acorde con su opinion. El consejo duró hasta media noche y quedó decidido que se le confriesen á Vasco Nuñez todos sus títulos y dignidades al siguiente día (1).

Sin embargo, el gobernador y sus oficiales reflexionaron que si se le daba á Vasco Nuñez todo el poder que los tales títulos le conferian, el gobierno de Darien y de Castilla del Oro se reduciría á una vagatela; por lo tanto, resolvieron adoptar un término medio, concediéndole simplemente los títulos, y haciéndole dar palabra de no tomar posesion de los territorios del gobierno en cuestion, sin permiso de Pedrarias. El obispo y Vasco Nuñez convinieron en ello, satisfechos por el pronto con asegurar los títulos, y dejando al curso de los sucesos la toma de posesion (2).

(1) Oviedo, Parte, Q. c. 9. MS. Oviedo, el historiador asistió á esta consulta y dice que extendió el acta, firmando cada uno de su puño las opiniones que habia emitido.

(2) Idem.

Los nuevos honores concedidos á Vasco Nuñez se difundieron por todas partes, apellidándole desde entonces adelantado: sus amigos antiguos levantaban la cabeza con orgullo, y otros nuevos se alistaban bajo sus banderas, formándose dos partidos; uno á su favor y otro al de Pedrarias: vivir en armonia era ya imposible; pues el gobernador consideraba al nuevo adelantado como un peligroso rival é insidioso enemigo. Precisamente en tan crítica coyuntura, Andrés Garabito, agente de Vasco Nuñez, llegó á la costa con un buque que habia comprado en Cuba, cargado de armas y municiones y con setenta hombres dispuestos para la secreta expedicion proyectada á las playas del océano Pacífico. Ancló á seis leguas de distancia del puerto, y mandó un mensaje reservado á Vasco Nuñez anunciándole su llegada. Tan pronto como supo Pedrarias que un bajel misterioso, lleno de hombres armados, estaba anclado en la costa, comunicándose secretamente con su rival, su carácter suspicaz se alarmó, creyendo que se trataba de alguna traicion contra él; y en el primer arranque de su furia, mandó prender á Vasco Nuñez y que le encerrasen en una jaula de madera; pero el obispo de Darien se interpuso á tiempo para evitar una infamia que no se hubiera podido expiar jamás. Logró apaciguar al exaltado gobernador, quien no solo retiró la orden respecto á la jaula, sino que examinó el asunto detenidamente. El resultado probó que todas sus sospechas eran erróneas, y que el armamento se habia hecho sin traidora intencion. Vasco Nuñez fue puesto en libertad, despues de haber consentido en ciertas condiciones; pero, su espíritu quedó muy abatido y afectada su fortuna por las atropelladas medidas de Pedrarias.

CAPITULO XXII.

Expedicion de Morales y Pizarro á las costas del mar Pacífico.—Su visita á las islas de las Perlas.—Su vuelta desastrosa por entre los montes.

El obispo de Darien, animado con el éxito de su intercesion, trató de conseguir del gobernador que permitiese salir á Vasco Nuñez á su expedicion del mar del Sur. Era demasiado zeloso Pedrarias para dar oídos á semejante consejo; comprendia la importancia de la empresa, y deseaba con ansia la exploracion de las islas de las Perlas que prometian tal abundancia de tesoros; pero, temia fomentar la popularidad de Vasco Nuñez si añadía tan importante encargo á sus muchas hazañas. De consiguiente, Pedrarias envió una expedicion que constaba de sesenta hombres, encargando el mando á un pariente suyo, llamado Gaspar Morales. Acompañaba al último Francisco Pizarro, que ya conocia el país, porque habia estado en él con Vasco Nuñez, adquiriendo gran nombradía en la presente expedicion por la arrogancia de su valor y su carácter dominante.

Una breve reseña de los principales incidentes de esta empresa, basta á nuestro propósito.

Morales y Pizarro atravesaron las montañas del istmo por un camino mas corto y expedito que el que tomó Vasco Nuñez, llegando á las orillas del mar del Sur por las tierras de un cacique llamado Tutibrá, que los recibió amistosamente. Su objeto principal era visitar las islas de las Perlas; pero el cacique no tenia mas que cuatro canoas, insuficientes para contener toda la partida; de consiguiente la mitad de esta se quedó en el pueblo de Tutibrá, bajo el mando de un capitán llamado Peñalosa, embarcándose el resto con Morales y Pizarro. Despues de una tempestuosa y peligrosa travesía, desembarcaron por fin en una de las islas mas pequeñas, donde trabaron varias escaramuzas con los naturales, y desde allí se dirigieron á la isla principal del Archipiélago, á la cual, fundado en los informes que obtuvo de la abundancia de sus perlas, Vasco Nuñez la habia denominado isla Rica.

El cacique de aquel país, era, hacia largo tiempo, el terror de las costas vecinas, invadiendo el territorio con las escuadras de canoas y llevándose cautivos á los habitantes. El modo como recibió á los españoles fue digno de su fama; cuatro veces salió al campo en defensa de sus Estados, y siempre fue rechazado con gran pérdida y mortandad. Las armas de fuego

de los españoles y sus feroces alanos, tenían á los guerreros indios sobrecogidos de terror, y viendo el cacique que toda resistencia era inútil, convino al fin en tratar de paz. Aceptadas sus proposiciones, recibió á los conquistadores en su habitación, la que estaba bien construída y era de inmensas dimensiones, presentándoles como ofrenda de paz un canasti-



Ofrenda de paz del cacique de las islas de las Perlas.

llo primorosamente trabajado y lleno de perlas de suma belleza. Entre ellas habia dos de extraordinario tamaño y valor: la una pesaba veinte y cinco quilates; la otra era como una pera, y pesaba cerca de tres dracmas; ambas de magnífico color y lustre oriental. El cacique se consideró suficientemente pagado con un regalo de machetes, cuentas y cascabeles; y viendo que los españoles se reían de su alegría, les dijo, «las cosas que me habeis dado me son útiles, pero, ¿de qué me sirven á mí esas perlas?» Conociendo que lo que á sus ojos era fútil, poseia gran valor á los de los españoles, hizo subir á Morales y Pizarro á una alta torre de madera que dominaba un dilatado horizonte. «Tended la vista,» les dijo: «veis ese inmenso mar que refleja los rayos del sol? Pues todas las islas situadas á derecha é izquierda obedecen mis órdenes. No poseen mucho oro; pero, los profundos mares que las ciñen están henchidos de perlas. Sed siempre amigos míos, y os daré todas las que deseais; porque aprecio mas vuestra amistad que las perlas, y no faltaré á ella mientras viva.

Y señalando luego al continente por la parte que se iba estrechando hácia el Este, montaña tras de montaña, hasta perderse la cima de la última en el espa-

cio, percibiéndose apenas en azulado horizonte, les dijo, que en aquella direccion habia un vasto país de inestinguible riqueza, habitado por una nacion poderosa; repitiéndoles los vagos, pero maravillosos rumores que frecuentemente habian oído los españoles acerca del grande imperio del Perú. Pizarro prestaba la mayor atencion á sus palabras, y mientras sus ojos seguían el dedo del cacique, marcando la oscura linea de la costa, su atrevida imaginacion se inflamaba con la idea de buscar aquel dorado imperio al otro lado de los mares (1).

Antes de dejar la isla, los dos capitanes hicieron concebir tan alta idea al cacique del extenso poder del rey de Castilla, que se comprometió á ser su vasallo, y pagarle un tributo anual de cien libras de peso en perlas.

La partida volvió al continente sin mas novedad que arribar á distinto paraje de aquel por donde habian salido. Gaspar Morales mandó á su pariente Bernardo Morales con diez hombres en busca de Peñalosa y sus compañeros que se habian quedado en Tulibrá.

Desgraciadamente para los españoles, durante la

(1) Herrera, d. 2, l. c. iv. P. Martir, d. 3. c. x.

ausencia de los gefes, este Peñalosa habia exasperado á los naturales con su mal comportamiento, que entre los caciques de la costa se habia formado una conspiracion para asesinar á todos los extranjeros luego que la partida volviese de las islas.

Bernardo Morales y los suyos yendo en busca de Peñalosa, pernctaron en el pueblo de un cacique llamado Chuchama, que era uno de los conspiradores: recibidos este con aparentes muestras de amistad, mas á media noche la casa donde todos dormian fue incendiada, pereciendo casi todos en medio del fuego. Chuchama entonces se preparó con sus confederados para atacar la partida principal de los españoles, mandados por Morales y Pizarro.

Por fortuna, para estos últimos entre los indios que los acompañaron á las islas habia un cacique llamado Chiruca, que estaba en secreta correspondencia con los conspiradores; algunas circunstancias de su conducta le hicieron sospechoso; y por medio del tormento declaró el asesinato de los españoles y las intenciones que tenian de atacar á los que restaban.

Morales y Pizarro quedaron aterrados al considerar el tremendo peligro que les amenazaba; sin embargo, disimulando su turbacion, obligaron á Chiruca á que enviase un mensaje á cada uno de los caciques confederados, convocándoles á una secreta conferencia, so pretexto de tener que hacerles comunicaciones importantes. Los caciques acudieron á la cita, y de este modo los fueron cogiendo uno á uno, hasta el número de diez y ocho y los cargaron de cadenas. En tales momentos de apuro llegó Peñalosa con los treinta hombres que habian quedado á sus órdenes en Tutibrá, recibéndole sus camaradas con exclamaciones de júbilo, porque los creian perdidos. Animados con este refuerzo inesperado, atacaron los españoles por sorpresa el cuerpo reunido de los indios confederados, que ignorando el descubrimiento del complot y la prision de los caciques, esperaban en negligente tranquilidad su retorno.

Pizarro conducia la vanguardia y cayó sobre los enemigos al amanecer, con el antiguo grito de guerra de los españoles; Santiago! Aquella fue mas bien una carniceria que una batalla, por que los indios no estaban preparados para resistir: antes de salir el sol habia setecientos indios muertos en el campo. De regreso de esta mortandad, los comandantes sentenciaron á los caciques que estaban presos á ser despedazados por los alanos; y hasta el mismo Chiruca sufrió tan inhumana sentencia. Ni con esta sangrienta venganza se satisfizo el carácter rencoroso de ambos gefes; dirigiéronse en seguida á sorprender el pueblo de un cacique llamado Birú, que moraba á la parte del Este del golfo de San Miguel. Era famoso por su valor y crueldad: su habitacion estaba rodeada de armas y trofeos de los enemigos vencidos, y se decia que nunca daba cuartel.

Los españoles asaltaron el pueblo antes de amanecer, llevándolo á sangre y fuego, é hicieron un terrible estrago. Birú se salvó de entre las llamas de su habitacion; y consiguiendo reunir su gente, sostuvo bizarramente el combate la mayor parte del dia: y contuvo el ataque de los españoles tan vigorosamente que cuando se retiró por la noche estos no se atrevieron á perseguirlo, antes bien se apresuraron á evacuar su territorio. Segun aseguran algunos escritores españoles, el nombre del Perú es derivado del de este cacique, por una mala interpretacion de los primeros descubridores; sin embargo, este aserto se cree erróneo.

Los españoles habian llevado su venganza á tal extremo que tenian ahora que sufrir las consecuencias. En la exaltacion de sus pasiones, se olvidaron de que eran un puñado de hombres rodeados de naciones salvajes. Al volver cansados y sin alientos de la batalla con Birú, los asaltó y persiguió con una hueste de in-

dios madada por el hijo de Chiruca. Un dardo lanzado por él, atravesó á un español por el pecho varios fueros heridos y los restantes acosados por una lluvia de flechas dirigidas de entre las rocas y matorrales.

Descorazonados en vista de la implacable venganza provocada por ellos mismos, se apresuraron á abandonar tan hostiles playas y dirigirse del mejor modo posible á Darien. Sin embargo, los indios no parecian satisfechos con solo su retirada; sino que los persiguieron por espacio de siete dias consecutivos, picándoles la retaguardia y teniendolos en incansante alarma.

Viendo Morales y Pizarro aquella obstinada persecucion, trataron de ganarles un dia de marcha, valiéndose de una estratagemá. Encendieron grandes hogueras por la noche como de costumbre alrededor del campamento y las dejaron ardiendo, para engañar al enemigo, mientras ellos avanzaban rápidamente hacia Darien. Entre los españoles habia un infeliz llamado Velazquez, tan gravemente herido que no podia andar; y viéndose imposibilitado de seguir á sus compañeros en tan precipitada fuga por el temor de caer en las crueles manos de los salvajes, tomó la determinacion de ahorcarse, sin que las súplicas ni las lágrimas de sus camaradas le hiciesen desistir de su propósito.

A pesar de todo, la estratagemá de los españoles no surtió efecto, pues su fuga fue descubierta; y al amanecer, con gran pesar suyo, se vieron cercados por tres partidas de salvajes. Incapaces de hacer frente en el estado en que se hallaban se mantuvieron todo el dia en la defensiva, descansando unos mientras velaban otros. Luego que oscureció encendieron las hogueras y trataron de repetir la escena de la noche anterior. Sin embargo los indios les fueron á los alcances, hiriendo á algunos con sus flechas. La desesperacion de los españoles subia de punto y peleaban como locos, arrojándose sobre los dardos de los enemigos.

A Morales le ocurrió una inhumana é infructuosa estratagemá para entretener á sus perseguidores; hizo matar una porcion de indios prisioneros, con la esperanza de que sus amigos se detendrian á llorar sobre su triste suerte; pero, la vista de aquellos cuerpos mutilados solo sirvió para aumentar el furor de los salvajes.

Por espacio de nueve dias fueron acosados los españoles por medio de bosques, montes, pantanos y chircales, vagando á ciegas y retrocediendo hasta hallarse de nuevo, con terror de sus corazones, en el mismo sitio donde algunos dias antes habian sido atacados por las tres partidas.

Muchos empezaron á perder la esperanza de salir con vida de aquellos desiertos cuajados de mortales enemigos. Con gran dificultad pudieron los gefes sostener sus ánimos abatidos y escitarlos á la perseverancia. Al entrar en un espeso bosque fueron otra vez asaltados por una porcion de indios; pero, fortalecidos por el furor y la desesperacion, pelearon mas como fieras que como hombres, y derrotaron á los enemigos, causándoles mucha mortandad. Creyeron poder respirar un poco con esta victoria; pero les esperaba una nueva desgracia. Estaban metidos en uno de esos profundos y horrendos pantanos que abundan en aquellas costas, y en los cuales el viajero frecuentemente se ahoga ó se sofoca. Un dia entero trabajaron entre helechos y malezas con lodo y agua á la cintura, para ver de salir, hasta que al fin lograron desembarazarse de semejante lodazal y llegar á la playa. La marea estaba baja, pero debia subir muy pronto con estrordinaria rapidez y á grande altura, como acontecia siempre en aquellas costas, temiendo ser envueltos por las aguas, se dieron prisa á trepar á una elevadísima roca fuera del alcance del mar, y allí se echaron en tierra jadeando de fatiga y sumidos en la desesperacion. A un lado tenian los bos-

ques llenos de enemigos y al otro las rugientes olas del Océano. ¿Cómo salir de los peligros que los rodeaban? Mientras reflexionaban, oyeron voces de indios, y observando cautelosamente hacia la parte de donde venía el ruido, vieron cuatro canoas que entraban en una rada vecina; inmediatamente despacharon unos cuantos, que cayendo sobre los salvajes de improviso, los ahuyentaron al bosque, cogiéndoles las canoas. En estos frágiles medios consiguieron los españoles libertarse de tan peligrosa vecindad y atravesar el golfo de San Miguel, desembarcando en un paraje menos hostil, desde donde volvieron á emprender su retirada por entre los montes.

Es inútil contar otros mil trabajos que pasaron y sus últimos conflictos con los indios; baste decir, que después de una larga serie de padecimientos y desastres casi increíbles, llegaron por último extenuados á Darien. Sin embargo, á pesar de tantas penalidades, conservaron parte del tesoro adquirido en las islas; con particularidad las perlas que les había dado el cacique de isla Rica. Estas fueron objeto de la general admiración. Una de ellas se vendió en pública subasta, y la compró Pedrarias; después fue presentada por su mujer doña Isabel de Bobadilla á la emperatriz, quien le dió por ella cuatro mil ducados (1).

Era tal la avaricia de los colonos, que la vista de las perlas y la ponderada riqueza de las islas del mar del Sur y de los reinos situados á orillas de este, hicieron mayor impresion en sus ánimos, que la narración de las horrosas aventuras que los exploradores habían sufrido; de manera que todos estaban ansioso de ir en busca de la rica region del otro lado de los montes.

CAPITULO XXIII.

Empresa desgraciada de los oficiales de Pedrarias—Tratados matrimoniales entre el gobernador y Vasco Nuñez.

La precedente narracion, que es propiamente hablando un episodio, demuestra con cuantas dificultades y peligros tuvo que luchar Vasco Nuñez en sus expediciones á los mismos puntos, y cuán grande fue su prudencia y acertado su modo de conducirse. Sin embargo, no es nuestro objeto relatar todo lo ocurrido en la colonia bajo la administracion de Pedrarias; por lo que nos abstenemos de ir enumerando con todos sus pormenores las varias exploraciones que dispuso y que mal dirigidas, casi siempre concluyeron desgraciadamente. Una de ellas fue á la provincia de Zenu, donde se decía que el oro se cogia en los rios con redes, y donde el bachiller Enciso intentó una vez invadir los sepulcros. Un capitán, llamado Francisco Becerra, penetró allí á la cabeza de ciento ochenta hombres, bien armados y equipados, provistos de tres piezas de artillería; pero, ni el comandante ni ninguno de su gente volvieron á parecer mas. Un muchacho indio que los acompañaba fue el único que escapó y contó la desgracia que les había sucedido: todos cayeron victimas de los ataques y las flechas envenenadas de los indios.

Otra partida fue derrotada por Tubanaña, el feroz cacique de las montañas, que llevaba por banderas las camisas ensangrentadas de los españoles muertos en las anteriores batallas. En fin la colonia llegó á tal estado de decadencia con estas repetidas pérdidas, y los salvajes cobraron tal atrevimiento, que tenían sitiados á los españoles con sus fuerzas, acosándolos por medio de asaltos y emboscadas y reduciéndolos á la mayor extremidad. Era tan grande la alarma en Darien, dice el obispo Las Casas, que los colonos temian ser abrasados en sus mismos hogares. Estaban siempre alerta sin perder de vista los montes, la llanura, y hasta las ramas de los árboles. Su imaginacion estaba acosada de continuos temores por el lado de tierra, el balanceo de las crecidas yerbas de las sábanas les

figuraba huestes de indios en movimiento; por el lado del mar, figurábanse ver á lo lejos escuadras de canoas. Pedrarias procuraba acallar los rumores que acreciau tal estado febril de alarma; pero al mismo tiempo disponia que se cerrase la casa de la moneda, lo que no se verificaba sino en tiempo de guerra. Esto se hizo por insinuaciones del obispo, el que prescribió tambien ayunos públicos con el fin de conjurar tantas calamidades.

Mientras Pedrarias permanecía perplejo con tantos males complicados, mortificábale la idea de los últimos ascensos de Vasco Nuñez. Sabia que era amado del pueblo, y muy querido del obispo; y tenia pruebas convincentes de que sus servicios eran altamente apreciados por el rey. Sabia tambien que se habían remitido á España representaciones firmadas por él y por sus partidarios exponiendo los males y abusos que afligian á la colonia y diciendo que se necesitaba un gobernador mas activo y capaz; y temia que estas representaciones al cabo surtiesen efecto, y él perdiese la gracia real, elevándose Vasco Nuñez sobre sus ruinas.

El diplomático obispo comprendió la preocupacion de ánimo del gobernador y prevaleciéndose de ella, ensayó el llevar á efecto la reconciliacion que tantas veces había infructuosamente intentado, valiéndose de motivos mas generosos. Le hizo ver que la manera como trataba á Vasco Nuñez le atraia los odios del pueblo, y que era muy probable que le acarrase la mala voluntad del soberano. «¿Para qué persistis, añadió, en perseguir á ese hombre y mirarle como vuestro mas encarnizado enemigo, pudiendo contarle entre vuestros amigos mas sinceros? Teneis varias hijas: dadle una en matrimonio y será vuestro yerno un hombre de mérito y popularidad, hidalgo de nacimiento y favorito del rey. Sois anciano y estais achacoso; él en todo el vigor de su juventud, ostenta un carácter sumamente activo: podeis nombrarle vuestro teniente; y mientras reposeis tranquilamente de vuestros trabajos, él atenderá á los negocios de la colonia con talento y prosperidad; reduciendo sus proezas en provecho de vuestra familia y en gloria y esplendor de vuestra administracion.»

El gobernador y su esposa, convencidos por la elocuencia del obispo, accedieron inmediatamente á su consejo; y Vasco Nuñez se alegró de una reconciliacion realizada en términos tan lisonjeros. Se extendieron y cambiaron los artículos matrimoniales, contratando el matrimonio entre él y la hija mayor de Pedrarias. La señorita estaba á la sazón en España; pero se iba á mandar por ella, y se celebrarian las nupcias luego que llegase á Darien.

Poco después de haber llenado su mision de pacificador, y borrado, segun suponía, con una alianza de familia, todos los rencores, desavenencias y zelos de ambos gefes, el buen obispo se dió á la vela para España.

CAPITULO XXIV.

Vasco Nuñez transporta los buques por los montes al océano Pacífico.

YA tenemos otra vez á Vasco Nuñez caminando por la elevada senda de la felicidad! Su mas implacable enemigo se había transformado en su mayor amigo; porque el gobernador, mirándole como su yerno, le cargaba de favores. Entre otras cosas le permitió la construcción de buques y preparacion de lo demás necesario para la deseada expedicion del mar de Sur. El puerto de Careta situado al Oeste de Darien fue el designado al efecto; desde allí se suponía arrancar el mejor camino para cruzar los montes. Se había fundado en aquel puerto un pueblo llamado Acla, cuya fortaleza estaba ya terminada y de la cual era alcalde Lope de Olano; Vasco Nuñez fue autorizado entonces para continuar la construcción del pueblo. Para que

Pudiese ejecutar sus planes pusieron doscientos hombres bajo su mando y se le adelantó una cantidad procedente del real tesoro. No bastó con esto; y tuvo que acudir á un particular para que le prestase lo que le faltaba. Había un notario en Darien, llamado Hernando de Arguello, hombre de alguna suposicion y que había sido uno de los mas furiosos enemigos del desgraciado Nicuesa. Tenia reunida una cantidad considerable y aventuró la mayor parte en aquella expedicion contando con un cuantioso luero al tiempo de reembolsarse.

Así que Vasco Nuñez llegó á Acla, se principiaron á preparar los materiales para los cuatro bergantines que debían botarse al mar del Sur. La madera de construccion se cortó en las orillas del mar Atlántico, y fue transportada con anclas y aparejos, atravesando altas montañas, á las opuestas playas del Istmo. Varios españoles, treinta negros y un crecido número de indios fueron empleados para este objeto: no había mas camino que veredas por entre bosques casi intransitables, torrentes y escarpados desfiladeros, abiertos entre rocas y precipicios. Parecían hornigas, trepando con sus poderosas cargas bajo los abrasadores rayos del sol de los trópicos. Muchos indios perecieron en la travesía; los españoles y los negros, como de mas fuerte constitucion, eran mas á propósito para sufrir las imponderables é increíbles fatigas á que se veían sujetos. En la cumbre de los montes se construyó una casa de descanso; y despues de haber pasado allí algunos dias para tomar aliento, volvieron á su tarea, descendiendo por el lado opuesto hasta llegar á la parte navegable de un rio, que ellos llamaron las Balsas, el cual desagaba en el mar Pacifico.

Muchas vidas, tiempo y trabajo, se perdieron antes de poder transportar á la orilla del rio todo el material suficiente para la construccion de dos bergantines; faltando aun las maderas para otros dos y los aparejos y municiones para todos. Por añadidura á tantas dificultades, no bien empezaron á trabajar cuando descubrieron que las maderas estaban completamente inutilizadas, porque como cortadas en las cercanías del mar, eran ya presa de la carcoma. Tuvieron de consiguiente que principiar de nuevo cortando los árboles á la orilla del rio.

Vasco Nuñez, siempre sufrido y constante, desplegó una admirable habilidad en medio de tantas dilaciones y dificultades; y desde que los comestibles empezaron á escasear, dividió su gente en tres secciones, españoles, indios y negros: unos cortaban y aserraban la madera, otros traían los aparejos y el hierro de Acla, que estaba á veinte y dos leguas de distancia, y los terceros recorrían el país circunvecino en busca de provisiones.

Apenas concluyeron de cortar las maderas y modelarlas para el uso á que se destinaban, cuando sobrevinieron las lluvias, y el rio creció y salió de madre tan repentinamente que los hombres que estaban trabajando lograron á duras penas salvar sus vidas encaramándose sobre los árboles: mientras tanto las maderas en que trabajaban fueron arrastradas por la corriente ó envueltas entre arena y barro. Vino el hambre á completar tal serie de padecimientos. La partida que fue en busca de provisiones no volvía; y la subida de las aguas les interceptó el paso del paraje por donde recibían socorros; de consiguiente estaba reducida á tal extremo de escasez, que tenía que aplacar el hambre con las caíces de los hosques.

En tal extremo, los indios acudieron á uno de sus toscos y sencillos recursos: se metieron en el rio y ataron con sogas muchos maderos largos, de donde resultó una especie de puente colgante para pasar á la opuesta orilla. Una partida de españoles lo verificó con grandes dificultades y peligros, á causa de la violencia de la corriente y la flexibilidad de los maderos, que se doblaban con el peso, llegandoles el agua á la

cintrura: salieron empero salvos á la orilla y encontraron en los alrededores provisiones suficientes para remediar las necesidades del momento.

Así que bajaron las aguas, los trabajadores volvieron á emprender las tareas, ayudados de algunos reclusos que llegaron de Acla con provisiones: la empresa tomó entonces mas animado aspecto; hasta que al fin, tras una serie increíble de trabajos y fatigas experimentó Vasco Nuñez la satisfaccion de ver dos de sus bergantines flotando en el rio Balsas. Así que estuvieron equipados y aparejados para salir, se embarcó en ellos con todos los españoles que pudieron contener; y abandonando el rio, lanzóse triunfante al mar: que había descubierto.

Es imposible imaginar la exaltacion de aquel intrépido aventurero y lo indemnizado que se consideró de todos sus padecimientos, cuando por primera vez desplegó sus velas en un Océano, que ningun buque europeo había antes rizado con su proa.

Hay puntos en la historia del descubrimiento del hemisferio occidental, que nos llenan de asombro y admiracion; ¡qué osadía la de los hombres que dieron cima á tales empresas! ¡qué grandes dificultades vencidas á fuerza de valor y perseverancia! Conocemos sin embargo pocas cosas que nos admiren mas que la traslacion al través de los montes de Darien, de los primeros buques españoles lanzados á las aguas del mar Pacifico; y perdonamos de buen grado el orgullo de los antiguos escritores castellanos cuando exultaban: «nadie mas que españoles podían haber concebido y persistido en semejante empresa; ningun gefe que no fuese Vasco Nuñez la hubiera llevado á cabo con tanta felicidad (1).

CAPITULO XXV.

Crucero de Vasco Nuñez en el mar del Sur.—Noticias de Acla.

Bonde primero se dirigió Vasco Nuñez fue al grupo de las islas de las Perlas, desembarcando en la principal con la mayor parte de su gente, y despachando los bergantines á la costa de Tierra Firme en busca del resto. Era su pensamiento construir otros dos, para completar su proyectada escuadra, y durante la ausencia de los bergantines recorrió la isla para proveerse de viveres y dar completa estabilidad á su poder sobre los naturales. Luego que volvieron sus buques, y mientras se hacían los preparativos para la construccion de otros, se embarcó con cien hombres, á fin de reconocer la region que marcaban los indios, como muy abundante en riquezas.

Despues de haber navegado unas veinte leguas mas allá del golfo de San Miguel, los marineros se alarmaron viendo una porcion de ballenas, que parecían otros tantos peñascos, esparcidos en medio del mar, y azotados por las olas. En un Océano desconocido, cualquiera objeto raro es á propósito para inspirar alarma: no es, pues, de extrañar que los marineros temiesen acercarse á aquellos imaginarios peligros en medio de la oscuridad; por cuya razon ancló Vasco Nuñez durante la noche al abrigo de una punta de tierra, con ánimo de continuar en la misma direccion al siguiente dia. Al amanecer había cambiado el viento, soplando en contrario sentido; por lo cual mudó de direccion y abandonó su crucero: si hubiese perseverado en él, había terminado con el descubrimiento del Perú. Gobernó hacia el continente, y ancló en la parte de la costa mandada por el cacique Chuchamá, que había asesinado á Bernardo Morales y sus compañeros, mientras descansaban en su pueblo. Desembarcó con su gente, y asaltó de improviso la morada del cacique. Los indios salieron á defender sus hogares, pero, fueron derrotados con

(1) Herrera, J. 2. 1, II. c. 44.

gran pérdida: despues de vengar completamente el ultraje que habian inferido á la hospitalidad y la muerte de sus compañeros, reembarcóse Vasco Nuñez y volvió á la isla Rica.

Dedicóse entonces con gran calor á completar la construccion de sus bergantines, mandando hombres á Acla para traer por los montes los necesarios aparejos. Mientras estaba así ocupado, llegó la noticia de que venia de España un nuevo gobernador, llamado Lope de Sosa, que debía suceder á Pedrarias. Vasco Nuñez se alarmó con tales rumores; era posible que el nuevo gobernador tomase otras medidas; y que tuviese nuevos favoritos; temió por tanto que viniese alguna órden á suspender ó dificultar su expedicion, ó que se encargase el mando de ella á otro. En semejan-te alternativa, celebró un consejo confidencial con algunos de sus oficiales.

Despues de haber discutido el asunto, se decidió mandar una persona inteligente y fiel de espia á Acla, bajo pretexto de procurarse municiones para los buques. Si Pedrarias estaba en tranquila posesion de su gobierno, debía informarle de los motivos que habian demorado la expedicion, y pedir junto con la prolongacion de tiempo, refuerzos y provisiones; pero si se encontrara un nuevo gobernador, volveria inmediatamente á participar esta noticia. En este último caso, estaba resuelto salir al mar antes que llegase alguna contraórden, escudándose con exceso de celo y la buena intencion.

CAPITULO XXVI.

Expedicion de Garabito en busca de noticias.—Estratagemas de Pedrarias para engañar á Vasco Nuñez.

La persona comisionada al intento fue Francisco Garabito, en cuya fidelidad y discrecion tenia Vasco Nuñez completa confianza; esperábase, no obstante, un fatal desengaño. Segun aseguran los contemporáneos, Garabito alimentaba una secreta y encarnizada enemistad contra su comandante, de quien deseaba vengarse. Vasco Nuñez continuaba viviendo con la jóven india, hija del cacique Careta, que recibió de este como prenda de amistad. En cierta ocasion tuvieron él y Garabito una acalorada disputa acerca de ella; parece que Vasco Nuñez se expresó con una altivez y severidad que mortificó profundamente á Garabito, y este como dotado de corazon perverso, premeditó una venganza cobarde. Escribió confidencialmente á Pedrarias, asegurándole que Vasco Nuñez no pensaba unirse á su hija, pues seguia dominado por la influencia de la jóven india, y que solo se valia de su amistad, mientras pudiese servir á sus intereses particulares; porque habia proyectado que tan luego como los buques estuviesen contruidos y en actitud de botarse al agua, se desentenderia de la debida obediencia y se proclamaria gefe independiente.

Esta carta la escribió Garabito al tiempo de verificar Vasco Nuñez su última salida de Acla. El efecto que producira en el carácter altivo y zeloso del gobernador, es fácil de concebir: todas las antiguas sospechas volvieron á tomar incremento, afirmándose durante el largo intervalo que pasó antes de recibir noticias de la expedicion: habia, ademas, á su lado personas mal intencionadas que atizaban el fuego de la discordia, exaltando sus envidiosas prevençiones; entre las cuales se distinguia el bachiller Corral, que odiaba naturalmente á Vasco Nuñez, porque le metió en la cárcel en castigo de su faccioso conducta, y el tesorero Alonso de la Puente, á quien el célebre descubridor habia afrentado una vez pidiéndole el pago de una deuda. Tal era la tempestad que se estaba formando en la pequeña colonia de Darien.

La subsiguiente conducta de Garabito confirma el cargo de perfidia que se le hace. Cuando llegó á Acla encontró á Pedrarias en posesion de su gobierno, pues

su sucesor habia muerto en el puerto, antes de desembarcar; la conducta y conversaciones de Garabito excitaron sospechas, y en consecuencia fue arrestado y sus cartas y papeles remitidos á Pedrarias. Al tomarle declaracion, aparentó que tenia las amenazas del castigo, y manifestó que hablaria si le perdonaban, revelando en seguida cuanto sabia y aun mas de lo que sospechaba acerca de los planes e intenciones de Vasco Nuñez.

La prision de Garabito y ocupacion de sus papeles, produjo grande conmocion en Darien, considerándose el acto como una renovacion de las antiguas animosidades entre el gobernado y Vasco Nuñez: los amigos del último principiaron á temblar por su seguridad.

Hernando de Argüello era el mas alarmado de todos, pues habia empleado la mayor parte de su fortuna en aquella expedicion, y si se malograba, quedaba arruinado. Escribió á Vasco Nuñez informándole de la crítica situacion de los negocios, y apremiándole para que saliese al mar sin dilacion; deciale que en cualquier evento seria protegido por los frailes gerónimos de Santo Domingo, á la sazón omnipotentes en el Nuevo Mundo, y que consideraban la expedicion como un medio de promover la honra y gloria de Dios y de extender los dominios del rey (1). Esta carta cayó en manos de Pedrarias, y le convenció que existia un peligroso complot contra su autoridad. Inmediatamente mandó prender á Argüello, é imaginó todos los medios posibles para atraer á Vasco Nuñez á Darien; pues, mientras que permaneciese en las playas del mar del Sur con sus bergantines y su séquito de leales y apasionados compañeros, estaba convencido de que seria inútil intentar prenderlo por fuerza. Disimulando sus intenciones, le escribió una carta en el tono mas amistoso, suplicándole que viniese á Acla, porque deseaba hablarle sobre asuntos de la expedicion. Temiendo, sin embargo, que Vasco Nuñez concibiese sospechas y reusase comparecer, dió órden á Francisco Pizarro de reunir toda la fuerza armada que pudiese, buscándole y arresándole donde quiera que le hallara.

Tan grande era el terror excitado por la prision de Argüello y la brutal violencia del carácter de Pedrarias, que á pesar de ser Vasco Nuñez el favorito de la mayor parte de la poblacion, nadie se atrevió á avisarle del peligro que corria si se presentaba en Acla.

CAPITULO XXVII.

Vasco Nuñez ó el Astrólogo.—Su vuelta á Acla.

Los antiguos escritores españoles que han hablado de las aventuras de Vasco Nuñez, recuerdan una anecdota, que merece citarse como caracteristica de aquel país y de aquella edad. Entre la confusa turba de aventureros atraidos por la fama de las riquezas y maravillas del Nuevo Mundo, habia un astrólogo italiano, natural de Venecia, llamado Micer Codro. Por el tiempo en que Vasco Nuñez mandaba en gefe en Darien, este consultor de las estrellas le habia leído su horóscopo, pretendiendo adivinar su destino. Una noche, señalando cierta estrella, le aseguró que en el año que la viese en el paraje del cielo que le indicó, su vida estaria en inminente riesgo; pero si sobre-

(1) En consecuencia de las elocuentes representaciones dirigidas al gobierno de España por el venerable Las Casas, sobre los crueles tratamientos inferidos á los Indios en las colonias, el cardenal Jimenez envió en 1516 tres frailes gerónimos, escogidos por su celo y habilidad, con amplios poderes para averiguar y remediar los abusos, y tomar las medidas conducentes para el buen gobierno, instruccion religiosa y proteccion eficaz de los naturales. La manera como ejercieron su poder en Santo Domingo causó gran sensacion en el Nuevo Mundo, y paralizó por algun tiempo la opresiva conducta y desmaues de los colonos.

vivia á aquel año, sería el mas rico y famoso capitán que habria en los indios.

Añádese, que despues de algunos años de hecha esta predicción, Vasco Nuñez la conservaba aun en la memoria, no quedando duda de ello, atendida la siguiente circunstancia. Mientras esperaba la vuelta de su mensajero Garabito, estaba una noche en la playa de la isla Rica, acompañado de algunos oficiales suyos, y levantando los ojos al cielo, vió la fatal estrella precisa mente en la parte del firmamento que le habia señalado el astrólogo italiano. Volviéndose con sonrisa á sus compañeros, «mirad, les dijo, la sabiduría de los que creen en arvinos, y sobre todo, en astrólogos como Micer Codro. Segun su profecía, yo deberia correr en este momento un gran peligro, y aquí me teneis, satisfecho con la ejecucion de todos mis proyectos, disfrutando de completa salud, con cuatro bergantines y trescientos hombres á mis órdenes, y dispuesto á explorar este grande océano del Sur.»

Entonces cabalmente, dicen las crónicas, llegó la hipócrita carta de Pedrarias, citándole á una entrevista en Acla. El discreto lector calculará el crédito que deba darse á esta anécdota, ó mas bien que indulgencia merezcan estos pequeños rasgos de coincidencia, gratuitamente añadidos á los hechos originales, por escritores amantes de lo maravilloso. El contenido de la referida carta no infundió ninguna sospecha á Vasco Nuñez, que reposaba confiadamente en la amistad del gobernador, considerándole como su futuro suegro; nada habia, por otra parte, en su conducta que pudiese presumir una hostilidad. Dejando, pues, sus buques al mando de Francisco Compañon, partió inmediatamente y solo á Acla.

Los mensajeros, portadores de la carta, conservaron un cauteloso silencio acerca de los acontecimientos de que se hablaba en Darien; sin embargo, el carácter franco y abiertas maneras de Vasco Nuñez, les iba gradualmente interesando, y sentian ver á tan gallardo soldado precipitarse en el lazo que se le tendia. Pasado los montes y estando ya cerca de Acla, sus generosos sentimientos sobrepusieron á su cautela, y le revelaron la verdadera causa de su mensaje y las hostiles intenciones de Pedrarias. Vasco Nuñez quedó petrificado de asombro al oír su narracion; pero incapaz, segun se asegura, de abrigar torcidas intenciones, apenas podia creer lo que le decian de un hombre que hacia poco le habia ofrecido su hija en matrimonio. Figuróse que todo no era mas que algunos infundados zelos que desaparecerian á su vista, y de consiguiente, prosiguió tranquilamente su camino. A los pocos pasos tropezó con una partida de hombres armados, conducidos por Francisco Pizarro, quien se adelantó para prender á su antiguo comandante. Vasco Nuñez se detuvo, y considerándole con asombro, exclamó:—¿Cómo es esto, Francisco? ¿Es este el modo como estábais acostumbrado á recibirme? y sin añadir mas palabra, sufrió tranquilamente que le arrestase su antiguo subordinado, y le condujese preso á Acla. Allí le metieron en la cárcel, y el mando de la escuadra se encomendó á Bartolomé Hurtado, que habia sido un tiempo su oficial favorito.

CAPITULO XXVIII.

Causa de Vasco Nuñez.

Ocultando Pedrarias el regocijo por lo bien que le saliera la estratagemata en que habia envuelto á su generoso y confiado rival, llevó la infamia hasta visitarlo en la cárcel, manifestándole lo mucho que sentia verse obligado á tratarle con aquel pasajero rigor, atribuyéndolo á ciertas acusaciones promovidas contra él por el tesorero Alonso de la Puente, á las cuales tenia necesidad de atender á causa de su carácter oficial. De consiguiente, hijo mio, no os aflijais decia el hi-

pócrita; una investigación demostrará no solo vuestra inocencia, sino tambien vuestro celo y lealtad con respecto al soberano.»

Mientras Pedrarias empleaba semejante tono con el preso, prevenia al alcalde mayor Espinosa que procediese contra él con todo el rigor de las leyes.

Se le hizo cargo de conspiracion contra los derechos de la corona y de haber pretendido proclamarse gefe independiente de las costas del mar del Sur, fundándose principalmente estos cargos en las declaraciones de Andrés Garabito. Citase tambien el testimonio de un soldado, que habiéndose visto obligado una noche que estaba de centinela cerca del alojamiento de Vasco Nuñez, en la isla Rica, á guarecerse de la lluvia bajo los pórticos, oyó una conversacion, entre este y algunos de sus oficiales, en la que decian que saldran al mar con la escuadra por su cuenta y riesgo, menospreciando la autoridad del gobernador. Tal testimonio, segun Las Casas, provino de una equivocación del centinela, quien no habia oido sino parte de lo que hablaban, y que se referia á su intencion de hacerse á la mar sin aguardar órdenes, en caso de que el nuevo gobernador hubiese llegado en reemplazo á Pedrarias.

Entretanto este se informaba dia por dia y hora por hora de los trámites del proceso, y considerando bastante aclarado el asunto para colonestar su hostilidad personal, visitó de nuevo al preso, abandonó toda afectacion amistosa, y le trató de la manera mas insultante.

«Hasta ahora, le dijo, os he tratado como á hijo, porque os creia leal al rey, y á mi que soy su representante; pero, ya que habeis meditado rebelaros contra la corona de Castilla, no contéis mas con mi afecto, y de hoy en adelante os trataré como á enemigo.» Vasco Nuñez rechazó el cargo con indignacion, apelando á la franqueza de su conducta en justificacion de su inocencia. «Si yo hubiese cometido algun delito, decia, ¿qué es lo que hubiera podido ducirme á venir aquí para ponerme en vuestras manos? Si yo hubiese meditado una rebelion ¿quién me hubiera impedido llevarla á efecto? ¿No tenia cuatro bajeles anclados, trescientos hombres valientes bajo mis órdenes, y un ancho mar abierto delante de mí? ¿Qué otra cosa necesitaba sino desplegar las velas y abandonar á la suerte? No cabia duda de hallar una tierra, rica ó pobre, pero suficiente para mí y los míos, lejos de vuestro alcance. Sin embargo, con la inocencia de mi corazón, he acudido á la menor insinuacion, vuestra, y mi recompensa es la calumnia, la infamia y las cadenas.»

La noble y sentida argumentacion de Vasco Nuñez, no causó efecto en el ánimo preocupado del gobernador; al contrario, se exasperó mas y mas contra el preso ordenando que se redoblasen sus cadenas.

Desde entonces instó para que el proceso se siguiese con rapidez; y por si aquella acusacion no era bastante para condenarle, se mandó continuar la sumaria que estaba hacia algunos años suspendida, y se le lucieron nuevos cargos sobre su conducta con el bachiller Enciso y muerte del desgraciado Nicuesa.

Apesar de todo, la causa caminó lentamente y sufriendo continuas interrupciones, pues el alcalde mayor, Gaspar de Espinosa, no parecia desempeñar con gusto el encargo que se le habia impuesto, y necesitaba ser impelido por el rencoroso y enfurecido gobernador. Probablemente consideraria al acusado como reo, en la acepcion legal, si bien inocente de una premeditada rebelion; pero, tenia órdenes de proceder con todo el rigor de las leyes, sin andarse con interpretaciones y en consecuencia, aunque de mala gana, le sentenciá á ser decapitado, recomendando que se tuviese con él misericordia, merced á sus grandes servicios, ó que por lo menos, se le permitiese apelar al soberano.—No, dijo el impracable Petra-

rias; si merece la muerte, la sufrirá. Igual sentencia se expidió contra varios parciales suyos complicados en su pretendida conspiración; entre ellos se contó á **Hernando de Argüello** que habia escrito la carta á **Vasco Nuñez**, informándole del arresto de su mensajero, y aconsejándole que se hiciese al mar, sin cuidarse de las hostilidades de **Pedrarias**. En cuanto al vil delator **Garabito**, fue perdonado y puesto en libertad.

Examinando este hecho hasta donde alcanza nuestra posibilidad y valiéndonos de los imperfectos testimonios que han quedado de su memoria, nos sentimos inclinados á pensar, que las pasiones y los intereses particulares se interpusieron para desviar la recta administración de justicia. **Pedrarias** habia considerado siempre á **Vasco Nuñez**, como un rival peligroso, y

aunque la envidia se modificó en él algun tiempo con la idea de que iba á ser su yerno, tomó mayor incremento desde que entendió que trataba de evadir su alianza y disputarle su autoridad. En su exasperación, avanzó demasiado, para poder luego retroceder; y habiendo abrumado á su prisionero de cadenas y de insultos, su muerte era indispensable á su propia seguridad.

Por nuestra parte no dudamos que la intención de **Vasco Nuñez**, despues de haber salido bien con la ardua empresa de transportar sus buques al través de los montes, era no obedecer ninguna de las caprichosas órdenes de **Pedrarias**, ni de otro cualquier gobernador, que tratase de paralizar una expedición tan meditada, y para la cual habia trabajado con tanta laborio-



Ejecucion de Vasco Nuñez.

sidad. Es probable, que hablara de esta determinación en presencia de **Garabito** y de algunos de sus compañeros. Nosotros hallamos su disculpa en la conciencia de su propio mérito, en la experiencia de los obstáculos que habia tenido que vencer, dimanados de ajenas rivalidades, en la confianza que le inspiraba su cargo de adelantado y la favorable disposición y buenas intenciones del soberano hácia su persona, y le absolvemos completamente de la insensata idea que se le supuso de rebelarse contra la corona. Y presentamos

estas consideraciones, en disculpa de su meditada desobediencia respecto de **Pedrarias**, aunque este cargo hubiese tenido fundamento.

CAPITULO XXIX.

Ejecucion de Vasco Nuñez.

(1517)

DIA de tristeza y horror fue para **Acla**, aquel en que **Vasco Nuñez** y sus compañeros caminaron al pa-

tíbulu; el pueblo lloraba de pesar viendo el desgraciado fin de aquel hombre, que con sus brillantes hazañas los había colmado de admiración y cuyas generosas cualidades habían ganado todos los corazones. Los mas le miraban como la víctima de un envidioso tirano; y hasta los que le creían culpado, reconocían en el crimen que se le imputaba cierta bravura y brillantez. Pero, tal era el miedo que se tenía á las severas medidas de Pedrarias, que nadie se atrevió á levantar la voz ni como murmuración ni como súplica.

El pregonero iba delante de Vasco Nuñez, gritando: —Este es el castigo impuesto por el rey y su teniente don Pedrarias Dávila, contra este hombre, por traidor y usurpador de los territorios de la corona.

Cuando Vasco Nuñez oyó tales palabras, exclamó indignado: «¡Mentira! Nunca semejante crimen halló cabida en mí. He servido al rey como leal sin pensar, sino en aumentar sus dominios.»

Protesta inútil para la salvación del héroe en aquellos momentos, pero que el pueblo creyó sinceramente.

La ejecución se verificó en la plaza pública de Acla; y asegura el historiador Oviedo, testigo ocular, que el cruel Pedrarias estaba oculto y en observación del sangriento espectáculo, detrás de las cañas de la pared de una casa, situada á doce pasos de distancia del patíbulo (1).

Vasco Nuñez fue el primero que sufrió la pena. Después de haberse confesado y recibido los sacramentos, subió al cadalso con paso firme, y con tranquilo y varonil continente; su cabeza, colocada en el tajo, fue dividida instantáneamente de su cuerpo. Tres oficiales suyos, Valderrábano, Botello, y Hernán Nuñez, siguieron igual suerte, y estaba casi oscureciendo, cuando se le capitó al último.

Quedaba una víctima todavía; era Hernando de Argüello, condenado como cómplice, por haber escrito la consabida carta.

El pueblo no pudo contener por mas tiempo sus sentimientos: no se habían atrevido á interceder por Vasco Nuñez, sabiendo la implacable enemistad que le profesaba Pedrarias; pero, compadecidos de Argüello, buscaron al gobernador, y arrojándose á sus pies, le pidieron el perdón de aquel hombre, haciéndole pre-

sente que no había tomado una parte activa en la traición de que se le acusaba. «El día ha concluido, decía, y parece como si Dios adelantara la noche para impedir semejante ejecución.»

El duro corazón de Pedrarias, era incapaz de conmoverse. «No, dijo, prefiero morir, á perdonar á ninguno de ellos.» El desgraciado Argüello fue pues, conducido al tajo. El breve crepúsculo de los trópicos había pasado, y con la escuridad de la noche apenas se distinguía lo que se hacia en el patíbulo; el pueblo se mantuvo silencioso y con oído atento hasta que el golpe del verdugo les advirtió que todo estaba terminado. Entonces se dispersaron con el corazón lleno de amargo pesar, retirándose á sus casas; y á aquel día de horrores, sucedió una noche de lamentos y de lágrimas.

La venganza de Pedrarias, no satisfecha con la muerte de su víctima, le indujo á confiscar sus bienes y deshonorar sus restos, mandando poner su cabeza en un palo y exponerla por muchos días en la plaza pública (2).

Así pereció á los cuarenta y dos años de edad en todo el vigor de su juventud y en medio de su gloriosa carrera, uno de los mas ilustres y meritorios descubridores españoles, víctima de la mas baja y pérfida envidia.

¡Cuan vanas son nuestras lisonjeras esperanzas, nuestros espléndidos triunfos! Cuando Vasco Nuñez, contemplaba desde las montañas de Darien, el mar del Sur, figurábase tener ya á su disposición los desconocidos reinos situados en sus costas. Cuando botó al agua sus bajeles y cuando el viento empezaba á enchar sus velas, para llevarlo al rico imperio del Perú, se burló de la predicción del astrólogo y desafió la influencia de las estrellas. Pero luego vemos interrumpida su carrera en el momento de partir; y entregado traicionemente en manos de su mas encarnizado enemigo, la empresa que le iba á coronar de gloria, se transformó en crimen, y entreabrióse ante él un sangriento ó ignominioso sepulcro, casi al pié de la montaña, desde la cual había visto extenderse el mar que habia descubierto. Su fin, como el de su famoso predecesor Colon prueba, cuan peligrosos son, á veces, los servicios demasiado grandes.

AVENTURAS DE VALDIVIA Y SUS COMPAÑEROS.

(1512—1519.)

En el año 1512, Valdivia, regidor de Darien, fue por orden de Vasco Nuñez de Balboa, á la Española en busca de viveres y refuerzos para la colonia. Salió al mar en una carabela, y siguió su viaje con felicidad hasta avistar la Jamaica. Allí fue asaltado por uno de esos horribles huracanes, tan frecuentes en aquellas latitudes y arrojado contra los escollos y bajios, llamados las Vivoras, famosos desde entonces por los muchos naufragios que habían ocurrido. Su bajel se hizo mil pedazos, y Valdivia, con los veinte hombres de la tripulación, se salvó dificultosamente en el bote, sin tener tiempo para sacar provisiones ni agua. Carecían de velas y estando casi inutilizados los remos se anduvieron errantes trece días por aquellos solitarios mares, á merced de las corrientes. Es indescible lo que padecieron á causa de la hambre y la sed; tanto que siete infelices habían perecido, y los restantes es-

taban enteramente extenuados, cuando llegaron á la parte del Este de la costa de Yucatan, en una provincia llamada Maya. Allí fueron cogidos por los naturales, que hicieron el bote mil pedazos y los llevaron cautivos al cacique de la provincia; quien mandó los encerrasen en una especie de gallinero.

A principio, la situación les pareció tolerable, comparándola con los horrores de que se habían librado; pues, aunque apenas tenían sitio donde moverse, les daban de comer y beber con abundancia; con lo que empezaron pronto á restablecerse, y recobrar sus carnes y su vigor. Pasado algun tiempo, el placer de la buena comida se les volvió amarguras: el desgraciado Valdivia y cuatro de sus compañeros, á consecuencia de su robustez, fueron designados por el cacique, para ser sacrificados á los ídolos. Los naturales de aquella costa eran canibales: devoraban la carne de

(1) Oviedo, Hist. Ind. p. 2. c. ix MS.

(2) Oviedo, ubi. sup.

sus enemigos y de cuantos extranjeros caian en sus manos. De consiguiente, Valdivia y sus cuatro malhabidos compañeros, fueron sacrificados en el sangriento altar de su ídolo, y sus miembros servidos en el gran festin que dió el cacique á sus súbditos.

El terror de los que sobrevivieron puede mejor imaginarse que describirse; helóseles la sangre en las venas al oír los gritos y alullidos de los salvajes y convencerse de la horrible realidad de sus canibales orgías, mirando desde entonces con repugnancia la comida con que los regalaban, pues no tenia mas objeto que el de engordarlos para otro banquete.

Recobrados del primer estupor causado por la alarma, la desesperacion acrecentó sus fuerzas, y lograron romper de noche la especie de jaula en que estaban metidos, huyendo á ocultarse en lo mas espeso del bosque: allí anduvieron vagando abandonados y expuestos á todas las miserias y trabajos de la soledad; muertos de hambre y temiendo aproximarse á las cabañas habitadas, por miedo de que los devorasen.

Obligáronlos, al fin, sus padecimientos á salir de los bosques y buscar otra parte del país donde hubiese mas recursos; pero, los volvieron á coger cautivos. Sin embargo, el cacique de esta provincia era enemigo del que gobernaba en la anterior, y mucho menos cruel: les perdonó la vida y se contentó con reducirlos á la condicion de esclavos, exigiendo de ellos los trabajos mas duros: tenian que cortar y arrastrar maderas, acarrear agua de grandes distancias y llevar enormes pesos. El cacique murió á poco de su captura, y le sucedió otro llamado Taxmar: era hombre de algun talento y de sagacidad; pero continuaba tratando á los cautivos con igual rigor. Poco á poco fueron pereciendo todos bajo el peso de tan insoportable trabajo, hasta que no quedaron sino dos; uno de ellos era un fuerte marinero, llamado Gonzalo Guerrero y el otro una especie de clérigo aventurero, llamado Gerónimo de Aguilar. El marinero tuvo la dicha de ser trasladado al servicio de otro cacique en la vecina provincia de Chatemala, el cual le trató con singular cariño. Era un verdadero hijo del Océano, acostumbrado á todos los climas y capaz de acomodarse á toda clase de vida, por lo que se conformó con su nueva posicion; siguiendo al cacique á la guerra, hicieronle notable su osadía y sus proezas y consiguiendo por ellas ganarse el corazón y la mano de una princesa india.

El otro, Gerónimo de Aguilar, tenia diferente complexion; era hijo de Eciija. Habia sido educado para la Iglesia, y á poco de orlenarse, se embarcó en una de las expediciones que iban á Santo Domingo desde donde pasó á Darien.

Adoptó para vivir entre los indios, un método distinto del de su compañero, y mas adecuado á su carácter y condicion. En lugar de presentarse como héroe entre los hombres y como galán entre las mujeres, recordó sus sacerdotales obligaciones de humildad y castidad; constituyéndose en modelo de obediencia y mansedumbre con el cacique y sus guerreros, y cerrando los ojos á los encantos de las hermosuras infieles. Hizo mas en este último punto que fue reiterar sus votos eclesiásticos, haciendo á Dios solemne promesa de resistir á las tentaciones de la carne, para que le librase de las manos de los gentiles.

Tales eran las opuestas medidas que adoptaron el marinero y el santo, y ambos lograron ver coronados sus deseos. Aguilar con su ciega obediencia á cualquiera orden, por arbitraria y caprichosa que fuese, llegó á captarse la buena voluntad del cacique y de su familia. Taxmar, sin embargo, le sometió á muchas pruebas antes de concederle su entera confianza. Un día que los indios, pintados y adornados al estilo belicoso, se entretenian en tirar al blanco, uno de ellos, despues de mirar fijamente por largo espacio á Aguilar, se aproximó á él, y cogiéndole de un bra-

zo le dijo: ¿No ves como algunos de estos tiradores, si quieren dar en el ojo, dan en el ojo, y si en la boca, en la boca? ¿Qué dirias tú si te pusiesen allí en lugar del blanco y no te acertasen?

Aguilar se estremeció imaginando que podia ser victima de algun cruel capricho de esta naturaleza; sin embargo, sobreponiéndose á su temor, contestó sunivamente: «Soy vuestro esclavo y podeis hacer de mí lo que quisierais; pero, sois demasiado sabios para matar á un infeliz que os es tan útil é inofensivo.» Esta respuesta agradó mucho al cacique, que habia enviado secretamente al guerrero para convencerse de su humildad.

A otra prueba sometieron la virtud de Gerónimo, menos severa y terrible en verdad, pero igualmente dificultosa. El cacique habia observado su ejemplar discrecion con respecto al bello sexo pero no la creia sincera. Despues de haberle suscitado mil pequeños resbaladeros y tentaciones, á que Gerónimo opuso su santa abnegacion, al fin determinó sujetarle á una prueba decisiva; mandóle, en consecuencia, á una partida de pesca, acompañado de una muchacha retozona de catorce años; debian pasar la noche á orillas del mar, para empezar la pesca al amanecer, sin mas lecho que una hamaca. El lance era apurado, no al parecer para la beldad india, pero sí para nuestro escrupuloso Gerónimo. Sin embargo, recordando sus dobles votos, suspendió la hamaca entre dos árboles, dejándola á su compañera; mientras él, encendiendo una hoguera en la playa, se tendió delante en la arena. Fue como el mismo confesó, una noche terrible para prueba, porque su cama de arena era tan fria y húmeda como la hamaca caliente y tentadora; y la jóven idólatra, instruida al intento, le asaltaba ademas con toda clase de zalamerias y reconvencciones. Su resolucion, sin embargo, aunque varias veces alterada, no llegó á sucumbir, y vino la mañana sin que quebrantase su voto.

Concluida la pesca, volvieron á casa del cacique, en donde apremiaron á la jóven para que dijese la verdad: sabida esta, el triunfo de su abnegacion se comunicó á todo el pueblo; desde entonces le contempló con extremado respeto, el cacique particularmente le trató con la mayor confianza, confiándole el cuidado, no solo de su casa, sino de sus mujeres, durante su ausencia.

Aguilar ambicionó subir á un puesto mas elevado entre los salvajes; pero, esto no era fácil de conseguir sino con hechos de armas: tenia á su vista el ejemplo del valiente marinero Gonzalo Guerrero, que habia llegado á ser un distinguido capitán en la provincia de su residencia; de consiguiente, pidió á Taxmar que le habilitase un arco, flechas, escudo y clava, y le alistase entre sus guerreros. El cacique accedió y Aguilar se acostumbró pronto á estas nuevas armas, señalándose repetidas veces por sus superiores conocimientos en el arte de la guerra. Prestó á Taxmar importantes servicios, que excitaron la envidia de algunos caciques comarcanos. Uno de ellos tuvo contestaciones con Taxmar porque se valia de un guerrero de diferente religion; insistiendo en que Aguilar debía ser sacrificado á sus dioses. «No, replicó Taxmar, yo no quiero dar tan baja recompensa á quien me ha prestado tan señalados servicios; seguramente los dioses de Aguilar deben ser buenos, supuesto que le ayudan tan eficazmente á sostener la justa causa.»

Irritóse tanto el otro cacique con esta réplica, que reunió sus guerreros y marchó contra Taxmar; algunos consejeros de este le amonestaban para que entregase á Aguilar, causa de las hostilidades; pero Taxmar rechazó tales consejos con desden y se preparó á combatir. Aseguróle Aguilar que si tenia fe en el dios de los cristianos seria recompensada con la victoria; concertando en seguida un plan de batalla que fue adoptado. Ocultóse con una partida de guerreros

escogidos entre la maleza; dejó pasar al enemigo para que atacase, y Taxmar y su huete fingieron huir á la primera embestida. Los contrarios se arrojaron sobre ellos, llenos de confianza; visto lo cual por Aguilar y los suyos, les atacaron por la espalda. Taxmar volvió carias, y entre ambos los derrotaron con gran pérdida, cogiendo á muchos de sus gefes prisioneros. Con esta victoria consiguió Taxmar el mando absoluto sobre el país, y Aguilar se aseguró la gracia del cacique.

Algunos años habían transcurrido de este modo, cuando llegaron á la provincia partes de haber arribado á la vecina costa unos buques muy grandes, de maravillosa construcción, llenos de hombres blancos y barbudos, que peleaban lanzando truenos y rayos. Era la escuadra de Francisco Hernandez de Córdoba, en su viaje de descubierta. La noticia consternó al país; pues, si damos crédito á los antiguos escritores españoles, había una profecía muy acreditada entre aquellos salvajes, hecha en tiempos antiguos por un sacerdote llamado Chitlan Cambal, que decía que unos hombres blancos y barbudos, procedentes de las regiones donde nace el sol, romperían los ídolos y subyugarían el país.

El corazón de Gerónimo de Aguilar latió con violencia oyen lo hablar de buques europeos; sin embargo, hallábase muy distante de la costa y observó que los indios le vigilaban. Difícil era huir; de consiguiente, disimuló sus sentimientos y aparentó recibir la noticia con la mayor indiferencia y no tener el deseo de unirse con los extranjeros. Los buques desaparecieron de la costa, quedando él sumamente desconsolado; pero, en cambio, los naturales le dieron mayores pruebas, de aprecio y de confianza.

Al cabo de uno á dos años; sus esperanzas volvieron á reanimarse con la llegada de otros buques á la costa; estos venían mandados por Juan de Grijalva, que costó el Yucatan en 1518, pero Aguilar estaba tan ciosamente observado por los indios, que no pudo hacer ninguna tentativa de huida, y cuando la escuadra dejó las costas, creyó que toda esperanza de salvacion se había concluido para él.

Siete años llevaba de esclavitud, y había abandonado toda esperanza de volver á ver su país y sus amigos, cuando en 1519 llegaron un día al pueblo tres indios, naturales de la pequeña isla de Cozumel, situada á algunas leguas de distancia, á la parte opuesta de la costa del Este de Yucatan. Traían la noticia de otra visita de hombres blancos y barbudos, y uno de ellos entregó una carta á Aguilar: el salvaje estaba enteramente desnudo, y la había colocado entre las largas trenzas de sus cabellos, que llevaba rodeados á la cabeza.

Aguilar recibió la carta con la mayor admiracion y regocijo, leyéndola en presencia del cacique y sus guerreros; venia dirigida por Hernan Cortés, que estaba entonces efectuando su grande expedicion, á que dió cima la conquista de Méjico. Un temporal le había obligado á echar anclas en la isla de Cozumel, donde supo por los naturales que los Indios tenían á varios hombres blancos cautivos en las vecinas costas de Yucatan; y siéncle imposible aproximarse al continente con sus buques logró convencer á fuerza de regalos á tres indios, quienes se encargaron de una embajada al país de los canibales, y de una carta para los esclavos blancos. Dos de las mas pequeñas carabelas de la escuadra, mandadas por Diego de Ordaz, llevaron el orden de desembarcar á los tres mensajeros en la punta de Cotoche, debiendo esperar allí ocho dias su retorno.

Cortés informaba á los cautivos cristianos, acerca de la fuerza y destino de su escuadra: decíales que las carabelas los esperaban en la punta de Cotoche, con un rescate para libertarlos y los invitaba á que se reuniesen pronto á él en Cozumel.

La excesiva alegría de Aguilar al leer aquella carta, se moderó considerando los obstáculos que se oponían á que aprovechase tan inesperada ocasion de libertad. Se había hecho demasiado necesario al cacique para creer que este le concediese la libertad, y conocia muy bien el irritable temperamento y envidioso carácter de los salvajes, para no temer que una peticion de licencia para marchar le atrajese los mas terribles castigos: imaginó, pues, influir en el ánimo del cacique, valiéndose del miedo. Con este fin, le dijo, que aquel pedazo de papel le traía una relacion detenida de la grande armada que había llegado á las costas: describió el número de buques y varios pormenores pertenecientes á la escuadra; todo lo que era corroborado por el testimonio de los mensajeros. El cacique y sus guerreros quedaron admirados del singular método de comunicarse las noticias á larga distancia, y miraban la carta como una cosa misteriosa y sobrenatural. Aguilar no se descuidó en ponderar el terrible y sobrenatural poder de la gente de aquellos buques, que armados de rayos y truenos, destruían á cuantos no les prestaban obediencia, al paso que colmaban de beneficios á todos los que les correspondian con su amistad. Presentó tambien al cacique varios efectos traídos por los mensajeros, como prueba de las ventajas que podian prometerse de la amistad de aquellos hombres extraordinarios. Estas insinuaciones surtieron buen efecto: el cacique se amedrentó al oír la narracion del sumo poder de los extranjeros, y al mismo tiempo le deslumbraron las vagabatas que veía ante sí; de consiguiente, encargó á Aguilar que fuese su embajador y mediador para con ellos.

Aguilar contempló con transporte la posibilidad de una pronta fuga; pero, en aquellos momentos de alegría, no se olvidó del único camarada que le quedaba de sus aventuras, y envió la carta de Cortés á Gonzalo Guerrero, amonestándole á que le acompañase. El esforzado marinero era un gran gefe en su provincia, y su esposa india le había favorecido con una numerosa prole; mas exaltóse su corazón pensando en su país nativo, y hubiera cedido á la tentacion, abandonando honores, dignidades, su idólatra mujer y su prole medio salvaje, á no oponerse á sus deseos obstáculos insuperables aunque algo ridículos. Habiendo perdido hacia mucho tiempo toda esperanza de volver á la vida civilizada, se había conformado con las costumbres del país, y adoptado todos los signos y condecoraciones que debían distinguirlo, como guerrero y hombre de rango. Su cara y manos estaba pintadas de colores indelebiles; sus orejas y labios agujereados, para dar cebida á los adornos indios, y la nariz casi le tapaba la boca, á causa de habérsela inclinado hácia abajo una enorme argolla de oro con un tembleque de mucho peso.

Tan preciosamente pintado y desfigurado, el buen marinero comprendió, que aunque muy admirado en Yucatan, no estaba apto en España mas que para sufrir una gritería del populacho; de consiguiente, le pareció mejor permanecer grande hombre entre los salvajes, que correr el peligro de ser enseñado como una curiosidad en su país.

Viendo Gerónimo de Aguilar que se negaba á acompañarle, salió para la punta de Cotoche, escoltado por tres indios; el tiempo que había perdido esperando á Guerrero, por poco no destruye sus esperanzas, pues cuando llegó á la punta, la carabela enviada por Cortés había desaparecido. Empero, muchas cruces de cañas colocadas en distintos sitios daban muestras de la reciente presencia de los cristianos en aquel país.

La única esperanza que le quedaba, era que la escuadra de Cortés estuviese aun en la isla de Cozumel; pero ¿cómo llegar hasta allí? Mientras vagaba desconsolado por la playa, tropezó con una canoa

medio enterrada entre arena y agua : entre él y los indios la limpiaron y pusieron á flote; y buscando siempre, encontraron una duela de un gran barril que les sirvió de remo. Era una embarcacion muy débil para cruzar un brazo de mar de algunas leguas de anchura; pero no hubo remedio; pudo convencer á los indios á que le acompañasen, y se metieron en la canoa, costeano hasta llegar al punto mas angosto del estrecho, donde no habia mas que cuatro leguas de travesía; de allí remó directamente hácia Cozumel, luchando lo mejor que pudo con las corrientes, y al fin logró arribar á la isla.

No bien habia desembarcado, cuando una partida de españoles, saliendo de un matorral, se arrojó sobre ellos con espada en mano; los tres indios trataron de correr; pero Aguilar los detuvo, y llamando en alta voz á que le acompañasen en su idioma, les aseguró que era cristiano. Entonces se hincó de rodillas, y levantando al cielo los ojos bañados en llanto, dió gracias al Criador por haberle devuelto á sus compatriotas.

Mirabante estos asombrados; por su idioma le reconocian como español, pero toda su apariencia era de indio: estaba completamente desnudo, llevaba el pelo trenzado al rededor de la cabeza al uso del país, y su piel se habia tostado con el ardor del sol; tenia un arco en la mano, una aljaba á la espalda y un morral de red al costado con provisiones.

Los españoles eran una partida de exploradores, que Cortés habia enviado á observar la canoa que venia de Yucatan, perdida la esperanza de que ningún cautivo se le reuniese; pues la carabela estuvo inútilmente esperando todo el tiempo prelijado en Cotoche; prosiguió el célebre capdillo su viaje, mas, por fortuna, uno de los buques sufrió una avería, que le obligó á retroceder á Cozumel.

Cuando Gerónimo de Aguilar y sus compañeros llegaron á la presencia de Cortés, rodeado á la sazón de todos sus oficiales, hicieron una profunda reverencia y se pusieron en cuclillas, colocando los arcos y flechas á su lado; tocando en seguida el suelo con

la mano derecha mojada en saliva, se frotaron la region del corazon, en señal del mas humilde respeto.

Cortés dió á Aguilar la mas afectuosa bienvenida, y levantándole del suelo, le cubrió con una capa amarilla con listas encarnadas, que él mismo llevaba; sin embargo, como el último hacia tanto tiempo que andaba desnudo, érale al principio insoportable tal cobertura, y tan acostumbrado estaba á los manjares del país, que le fue difícil reconciliar su estómago con la carne y el vino que le presentaron.

Luego que se hubo repuesto de la fuerte conmoción que experimentó viéndose entre cristianos, refirió á Cortés las particularidades de su historia, y supo este que era pariente de uno de sus mayores amigos, el licenciado Marcos de Aguilar; por cuyo motivo le trató con mayor interés y consideracion, y le retuvo juntó á sí para que le sirviese de intérprete en su grande expedicion á Méjico.

La alegría de Gerónimo de Aguilar se disipó luego que supo los desastres ocurridos en su familia. Pedro Mártir cuenta una patética anécdota, alusiva al efecto que produjo en la madre del aventurero, el vago rumor de que su hijo habia caído en manos de los canibales. Cuantas horrosas relaciones circulaban en España acerca del trato dado por estos salvajes á sus prisioneros, se agolpaban á su imaginacion, y le trastornaron. Siempre que veia carne asada, ó simplemente puesta en el asador, alborotaba la casa con sus gritos... «¡Oh, desgraciada madre! ¡oh, la mas miserable de todas las mujeres! exclamaba, ¡mirad los miembros de mi hijo asesinado!» (1)

Es de esperar que las noticias de la libertad de su hijo surtiesen un efecto favorable sobre sus facultades intelectuales, y que viviese para regocijarse con su ulterior fortuna. Aguilar sirvió á Hernán Cortés con mucho valor y habilidad en los negocios de la conquista de Méjico, unas veces como soldado, otras como intérprete y embajador cerca de los indios; y en pago de su fidelidad y servicios, fue nombrado regidor de Méjico.

MICER CODRO, EL ASTROLOGO.

El historiador de Oviedo describe las aventuras del astrólogo italiano Micer Codro, que predijo el fin de Vasco Nuñez, con algunas particularidades que tocan en lo maravilloso. Pareció que despues del fallecimiento de su protector, continuó por espacio de muchos años vagando por el Nuevo Mundo en la comitiva de los descubridores españoles; pero ocupado en los estudios de la historia natural, mas bien que en busca de tesoros.

En el transcurso de sus correrías iba una vez costeando las playas del océano del Sur, á bordo de un buque mandado por un tal Gerónimo de Valenzuela, el cual le trató con tanta crueldad, que le ocasionó la muerte, aunque no se dice qué clase de crueldades fuesen.

Viendo que iba á espirar, el desgraciado astrólogo dirigió la palabra á Valenzuela del modo mas solemne: «¡Capitán, le dijo, habeis causado mi muerte con vuestra crueldad; y yo os cito ante el tribunal de Dios en el término de un año!»

El capitán le contestó con sarcasmo, mofándose de su emplazamiento.

Se hallaban entonces en la costa de Veragua, cerca de las verdes islas de Zebaco, situadas á la entrada

del golfo de Parita ó Paris. El pobre astrólogo dirigia ávidamente sus moribundos ojos á aquellos espesos bosques, y suplicó al piloto de la carabela que le desembarcase en una de las islas, para morir en paz:— «Micer Codro, respondió el piloto, esas no son islas, sino puntas de tierra: no hay ninguna isla por aqui cerca.—Si que las hay, replicó el astrólogo; dos grandes y hermosas islas, abundantes en agua que brota á pocos pasos de la costa; existe en ellas una espaciosa bahía con su puerto. Os suplico que desembarqueis: siquiera tendré ese gusto antes de morir.»

El piloto, cuyo rudo carácter se habia conmovido por el estado del desgraciado astrólogo, accedió á su súplica y le condujo á la playa, donde vió que el aspecto de la costa era exactamente tal como él se la habia descrito. Le colocó á la sombra, sobre la verde yerba, en donde el infeliz aventurero espiró. Entonces el piloto abrió una sepultura al pié de un árbol; enterróle allí con toda la decencia posible y esculpió una cruz en el tronco del árbol para marcar el sitio donde estaba la sepultura.

(1) Pedro Mártir, decad. ix, c. 6.

Algun tiempo despues, el historiador Oviedo aportó á aquella isla con el mismo piloto, quien le enseñó la cruz, y le habló del buen carácter y virtuosa conducta de Micer Codro. Oviedo se paró á contemplar la innominada tumba, y dió al pobre astrólogo un elogio propio de erudito.—«Murió como Plinio, dijo, en

el cumplimiento de sus deberes, viajando por el mundo para explorar secretos de la naturaleza.» Segun él, la prediccion de Micer Codro con respecto á Valenzuela, tuvo igual resultado que la de Vasco Nuñez. ¡El capitan murió dentro del término que él le habia preñijado para comparecer ante el tribunal de Dios. (1)

JUAN PONCE DE LEON,

CONQUISTADOR DE PUERTO-RICO Y DESCUBRIDOR DE LA FLORIDA.

CAPITULO PRIMERO.

Expedicion de Juan Ponce de Leon para explorar la isla de Boriquen.

(1508.)

HABIAN ya pasado muchos años desde el descubrimiento y colonizacion de Haiti y la vecina isla de Boriquen, ó como la llaman los españoles de San Juan (despues Puerto-Rico), permanecia aun ignorada. Era magnifica la vista que presentaban desde el mar sus altas montañas rodeadas de espesos bosques; tenia tambien anchos y fértiles valles siempre verdes con las continuas lluvias, abundantes rios, y total ausencia de los hielos del invierno, en aquellas latitudes.

Varios buques habian fondeado allí casualmente, pero la tripulacion nunca penetró en el interior; sin embargo, era evidente que estaba bien poblada, por la porcion de aldeas y casas que se divisaban, y por el humo que salia de entre los árboles en todas direcciones. Sus habitantes continuaban gozando todavia de su indolente vida y libertad, sin experimentar ninguno de los males que oprimitan á sus vecinos de Haiti; habitales, empero, llegado la hora de participar de la suerte comun á todos sus hermanos, y sucumbir bajo el yugo europeo.

Cuando Nicolás de Ovando, gobernador de la Española, emprendió la devastacion de la gran provincia de Higüey, situada al Este de Haiti, envió al frente de una parte de las tropas á un veterano llamado Juan Ponce de Leon. Era natural de Leon y habia sido en su infancia paje de Pedro Nuñez de Guzman, señor de Toral (2). Desde muy jóven se adiestró en el arte de la guerra, habiendo servido en varias campañas contra los moros de Granada; acompañó á Colon en su segundo viaje (1493), y despues, segun se cuenta, fue uno de los parciales de Francisco Roldan, en su rebelion contra el Almirante. Habiéndose distinguido en varias batallas contra los indios y adquirido gran fama por su valor y sagacidad, le confió Ovando un cuerpo de tropa, aunque subordinado á Esquivel, en la campaña contra Higüey, donde auxilió á su jefe con tanta valentia, que una vez subyugada la provincia, le confirieron el mando de ella, como teniente del gobernador de la Española.

Juan Ponce de Leon tenia tal pasion por las aventuras guerreras, que le mortificaba la vida tranquila; así es, que al poco tiempo de estar mandando en paz su provincia de Higüey, no pudo mirar con ojos indiferentes las verdes montañas de Boriquen; se hallaban estas en direccion opuesta, como á unas doce ó catorce leguas de distancia; por lo que las distinguió

perfectamente, al través de la trasparente atmósfera de los trópicos. Los indios de ambas islas se hacian frecuentes visitas, y por este medio Juan Ponce supo que las montañas que veia á lo lejos abundaban en oro. Inmediatamente el gobernador Ovando le dió permiso para explorar la isla, y se embarcó en una carabela año 1508 con algunos españoles y unos cuantos indios que le sirviesen de intérpretes y de guias.

Despues de un feliz viaje desembarcó en las selváticas costas de Boriquen, cerca de la residencia del principal cacique Agueybaná, á quien halló patriarcalmente sentado á la sombra de sus bosques, rodeado de su familia, compuesta de su madre su parastro, un hermano y una hermana, los cuales se disputaban el honor de agasajar á los extranjeros. Juan Ponce fue contado en el número de la familia, y el cacique cambió nombres con él, lo que significaba entre los indios una indisoluble amistad. El ancillo español dió nombres cristianos á la madre y al parastro del cacique; y los hubiera bautizado con mucho gusto, á no escusar ellos la ceremonia; sin embargo de lo cual, siempre se manifestaron orgullosos con los nombres que el les puso.

Deseoso el cacique de agasajar á sus huéspedes, los condujo á varias partes de la isla, y vieron que el interior correspondia perfectamente con las apariencias exteriores; era agreste y montañosa, pero tenia bosques magníficos y ricos y profundos valles, fertilizados por limpidas corrientes. Juan Ponce suplicó al cacique que le mostrase las riquezas de la isla, y el sencillo indio le señaló los productivos campos de lca, los árboles cargados de deliciosas frutas y las dulces y cristalinas fuentes.

Juan Ponce apreciaba en poco semejantes riquezas, y le preguntó si la isla no producía oro; en contestacion á esta pregunta, el cacique le condujo á dos rios, el Manatuhon y el Zebuco, cuyos guijarros parecian ricamente jaspeados de aquel metal, y en el fondo de los cuales se veian brillar unas como cuentas al través de las cristalinas aguas; los indios sacaron de las mayores y las entregaron á sus huéspedes. La cantidad que recogieron confirmó las conjeturas de Juan Ponce, y dejando algunos compañeros suyos en casa del benévolo cacique, retornó á Haiti, á dar cuenta de los resultados de su expedicion. Presentó las muestras del oro al gobernador Ovando, y habiéndolo este probado en un crisol, halló que no era tan fino como el de la Española; pero suponiendo que lo habria en gran cantidad, determinó someter la isla y dió á Juan Ponce el encargo de llevar á cabo la empresa.

CAPITULO II.

Juan Ponce de Leon aspira al gobierno de Puerto-Rico.

(1509).

Los naturales de Boriquen eran mas guerreros que los de la Española, pues estaban acostumbrados á

(1) Oviedo, Hist. Gen. l. xxxix. c. 2.

(2) Incas, Garcilaso de la Vega, Hist. Florida, t. iv, c. 31.

manejo de las armas, á causa de la necesidad de repeler las frecuentes invasiones de los caribes; suponíase por lo tanto que la conquista de esta isla había de ofrecer algunas dificultades, y Juan Ponce la visitó por segunda vez para enterarse del país y de los recursos que ofrecía. Halló á los compañeros que había dejado cuando su primera visita, contentos y sumamente agradecidos al buen trato y amistosa hospitalidad del cacique Agueybaná. Parecía que no habría que apelar á la fuerza para someter una isla, cuyos habitantes eran tan sencillos y generosos; y Juan Ponce se fisonjeaba de que Ovando le encargaría de su gobierno y de que lograría subyugarlos por medios pacíficos. Despues de haber pasado algun tiempo en la isla, volvió á Santo Domingo para solicitar su deseado nombramiento, pero con gran sorpresa suya halló que todos los negocios habían cambiado de faz durante su ausencia.

Su protector Ovando fue llamado á España, y don Diego Colon, hijo del famoso descubridor, ocupaba su lugar en el gobierno de Santo Domingo. Para aumentar la confusion de Juan Ponce, llegó un caballero de España, á quien el rey había dado poderes para que fundase un establecimiento y construyese una fortaleza en la isla de Puerto-Rico: se llamaba Cristóbal de Sotomayor, hermano del conde de Cambray, y había sido secretario de Felipe I llamado el hermoso, rey de Castilla y padre de Carlos V.

Don Diego Colon se mostró altamente ofendido de que el rey hubiere conatado semejantes poderes á Sotomayor sin su conocimiento y con menosprecio de sus prerogativas de virrey; pues como tal, debía ser consultado en todos los negocios concernientes á su jurisdiccion. Rehusó por lo tanto el poner á Sotomayor en posesion de la isla, y miró con el mismo desden las reclamaciones de Ponce de Leon, contra quien tenía prevencion por haber sido favorito de su predecesor Ovando. En seguida, obrando en el lleno de lo que él consideraba sus atribuciones y privilegios hereditarios, nombró oficiales de su gusto, encargando á Juan Ceron el gobierno de Puerto-Rico, designándole por su teniente á Miguel Diaz. (1).

Juan Ponce de Leon y su rival Cristóbal de Sotomayor, sufrieron este contratiempo sin murmurar; y aunque les fue negado el mando, no perdieron la esperanza de hacer fortuna en la isla, uniéndose en tal concepto á los aventureros que acompañaron al nuevo gobernador.

Bien pronto cambió la escena á causa de los zelos y las desavenencias que se suscitaron entre el rey Fernando y el Almirante, tocante á privilegios. El primero parecia dispuesto á mantener su derecho de expedir gracias sin consultar á nadie, y así luego que Ovando, ya en España, le manifestó los méritos de Juan Ponce de Leon y ponderó sus servicios en la expedicion que había hecho á Puerto-Rico, le nombró gobernador de la isla, prohibiendo espresamente á don Diego Colon entrometerse en el asunto.

CAPITULO III.

Juan Ponce gobierna con mano fuerte. — Exasperacion de los indios. — Pruebas que hacen para asegurarse si los españoles son mortales.

JEAN PONCE de Leon tomó el mando de la isla de Borequen el año 1509; á fuer de soldado viejo quiso llevarlo todo á punta de lanza, y su primer paso fue romper con el ex-gobernador su teniente, resultando mandarios á España bajo partida de registro (2).

(1) Si el lector ha leído la historia de Colon, debe acordarse de la romántica aventura de este Miguel Diaz con una mujer cacique, lo que dió origen al descubrimiento de las minas de oro de Hayna y fundacion de la ciudad de Santo Domingo.

(2) Herrera, decad. I, lib. VII, cap. 15.

A su último competidor Cristóbal de Sotomayor, le trató mas favorablemente; como era un caballero de noble alcurnia, muy bien relacionado, sin ninguna especie de pretensiones y dotado de un caracter dulce y condescendiente, le propuso si queria ser su teniente, confirniéndole admas el cargo de alcalde mayor: Sotomayor aceptó la oferta. Sin embargo, el casarse de su cuna alteró su tranquilidad: le ridiculizaron por haber descendido de su clase y dignidad aceptando un cargo subalterno al lado de un simple hidalgo y en la misma isla que había sido nombrado gobernador; y no pudiendo sufrir tales sarcasmos hizo dimision de su destino, y quedó como un simple particular, estableciéndose en un pueblito donde obtuvo un gran repartimiento de Indios, de los cuales le hizo el rey merced.

Juan Ponce fijó su residencia en un pueblo titulado Caparra, fundado por él en la parte Norte de la isla á cosa de una legua del mar y próximo á un punto que se suponía muy abundante en oro, situado frente al puerto llamado Rico, lo que despues dió origen al nombre de la isla. Para ir al pueblo era preciso subir una montaña y atravesar un espeso bosque, tan espeso y cenagoso que acababa con los hombres y las bestias. Costaba mas conducir las provisiones y mercaderías al través de aquella legua, que traerlas de España.

Creyéndose Juan Ponce radicalmente establecido en su gobierno, empezó á dividir en porciones la isla, á fin de fundar pueblos y distribuir á los naturales en repartimientos, con el fin de utilizar su trabajo.

Los pobres indios conocieron pronto la diferencia que existía entre los españoles cuando dueños y cuando huéspedes; y vivían desesperados con las rudas tareas que les imponían, pues acostumbrados á la libertad y la indolencia, la sujecion y el trabajo eran para ellos peores que la muerte. Los mas valientes y atrevidos propusieron insurreccionarse y degollar á sus opresores; sin embargo, la mayor parte estaban abecados por la creencia de que los españoles eran seres sobrenaturales incapaces de morir.

Un cacique escéptico y astuto, llamado Bayoan determinó poner á prueba semejante inmortalidad. Sabiendo que un jóven español, por nombre Salcedo, pasaba por sus tierras, mandó una partida de súbditos suyos á que le sirviesen de escolta, dándole secretas instrucciones del modo como debían obrar. Al llegar á un rio, tomaron á Salcedo en hombros para pasarle; pero cuando estuvieron en la mitad de la corriente le dejaron caer y se le echaron encima, oprimiéndole debajo del agua hasta que le ahogaron. Entonces arrastraron el cuerpo á la orilla y todavía dudaban de que estuviese muerto, por lo que empezaron á llorar y gritar disculpándose de su atentado.

El cacique Bayoan acudió á examinar el cuerpo y lo dejó caer; pero los indios temiendo todavía que reviviese, permanecieron guardándole tres dias, hasta que dió pruebas incontestables de putrefaccion.

Convencidos ya de que los extranjeros eran hombres mortales como ellos, formaron una conspiracion general para destruirlos (3).

CAPITULO IV.

Conspiracion de los caciques. — Muerte de Sotomayor.

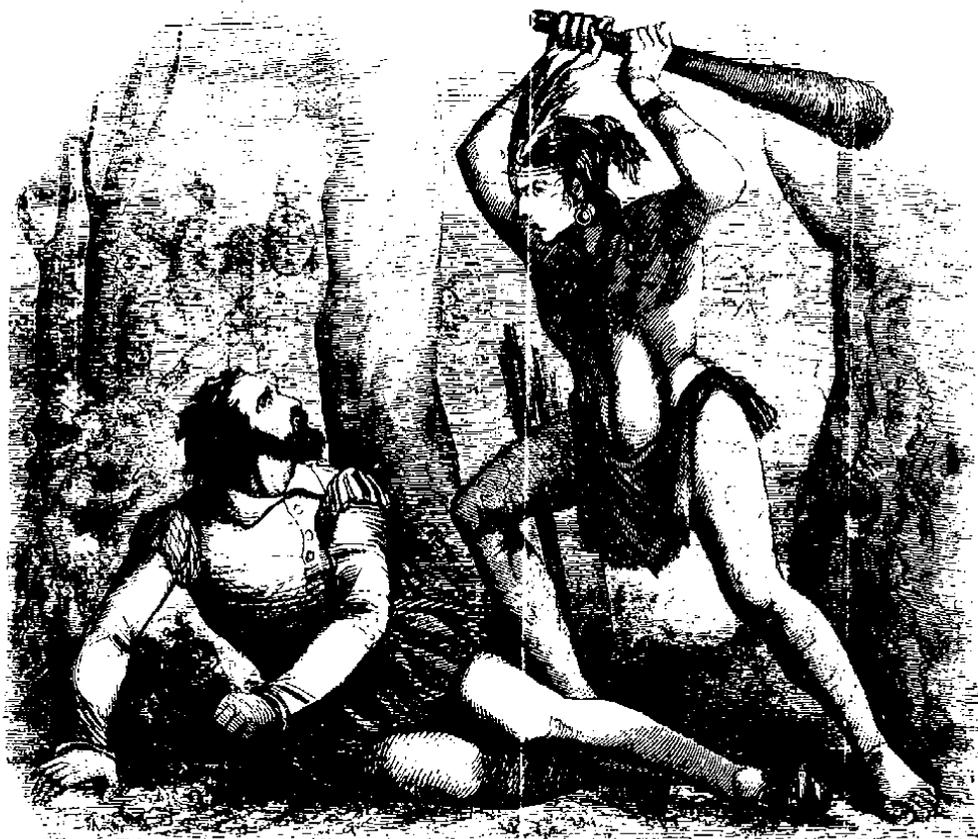
El principal motor de la conspiracion entre los indios fue Agueybaná, hermano y sucesor del generoso cacique del mismo nombre, que recibió tan cariñosamente á los españoles la primer vez que entraron en la isla, y que afortunadamente había cerrado los ojos en paz, antes que su país natal fuese

(3) Herrera, decad. I, lib. VIII, cap. 15.

el teatro de sangrientas escenas. Al actual cacique le habia tocado la suerte de caer en el repartimiento de don Cristóbal de Sotomayor, y aunque este caballero le trataba bien, su indómito carácter no pudo nunca conformarse con el yugo del vasallaje. Reunióse en secreto con los demás caciques y concertaron un plan de operaciones. Como los españoles estaban diseminados en distintos puntos convinieron en que cada cacique el día señalado acabaría con los que tuviese en su provincia. Agueybaná encargó la empresa de sorprender el pueblo donde habitaba Sotomayor á un cacique de inferior rango, poniendo á su disposición 3000 guerreros; debía cercar la poblacion á media noche, prender fuego á las casas y asesinar á los moradores; en cuanto á él, se reservó la honrosa tarea de matar con su propia mano á don Cristóbal de Sotomayor.

Don Cristóbal tenía un amigo entre sus mismos enemigos, que no inspiraba á estos desconfianza;

como era caballero de gallarda presencia y de dulces y afables modales, se habia captado la voluntad de una princesa india, hermana del cacique Agueybaná. Esta oyó lo suficiente del concilio de su hermano con sus guerreros, para comprender que Sotomayor peligraba; y apreciando la vida de su amante en mas que la salvacion de su hermano y de toda su tribu, se dió prisa á verle y le comunicó todo lo que sabia y temia, amonestándole que estuviese alerta. Sotomayor poseia una de esas almas cándidas incapaces del mal, y que juzgando á los demás por sí mismo, creen que nadie es capaz de una traicion: consideró, pues, la revelacion de la princesa, como vislumbres de su enamorada fantasia, y desdenó su aviso. Sin embargo, casi al mismo tiempo recibió otro por distinto conducto: un español, versado en el idioma y las costumbres de los naturales, vió reunidos una tarde á una porcion de ellos pintados y decorados á su estilo guerrero; sospechó que se trataba



Asesinato de don Cristóbal de Sotomayor.

de algun atentado, se pintaré y favorecido por la oscuridad de la noche, logró mezclarse entre ellos sin que lo advirtiesen. Estaban alrededor de una hoguera, ejecutando sus místicas danzas bélicas al son de un areyto, ó sea balada religiosa: las estrofas y respuestas trataban de venganza y degüello haciendo repetidas veces mencion de la muerte de Sotomayor.

Marchóse el español sin que le vieran y fué á dar parte del suceso á don Cristóbal, quien al pronto no hizo mas caso de este que del anterior; pero como la noche nos da lugar á pensar, revolviedo en su ima-

ginacion todos aquellos acontecimientos, llegó á comprender que debía tomar algunas precauciones; en su consecuencia determinó ir al día siguiente á ver á Juan Ponce de Leon en su casa fuerte de Caparras; y con su natural negligencia ó bien temeridad, acudió al mismo Agueybaná para que le mandase unos indios, á fin de conducir sus efectos, partiendo ligeramente armado y acompañado por dos ó tres españoles, aunque tenia que atravesar espesos y solitarios bosques, donde estaria á la merced de cualquier traidor enemigo.

El cacique estuvo observado la salida de su vic-

tima, y partió poco despues que él, siguiéndole á corta distancia por en medio de los bosques, acompañado de algunos guerreros escogidos. No estaban muy lejos Agueybaná y su partida cuando tropezaron con un español llamado Juan Gonzalez, que hablaba el idioma indio; inmediatamente le acometieron y maltrataron cruelmente: el infeliz se echó á los piés del cacique suplicándole que no le matara, y este le perdonó por el momento, pues no quería que se le escapase don Cristóbal; alcanzó á este incauto caballero en medio del bosque, y saliendo repentinamente de la espesura le asaltó con su fatídico grito de guerra. Antes de que Sotomayor pudiera reponerse del asombro, un terrible golpe de clava dirigido por el cacique le tendió en el suelo, donde le acabaron de matar á porrazos; los cuatro españoles que le acompañaban participaron del mismo fin, atacándoles no solo los guerreros que habían venido persiguiéndolos, sino hasta sus mismos guías.

Luego que Agueybaná hubo satisfecho su venganza con aquel desgraciado caballero, volvió en busca de Juan Gonzalez: este se había reposito de sus heridas lo bastante para poder abandonar el sitio donde fue asaltado, y temiendo la vuelta de los salvajes se subió á un árbol ocultándose entre lo espeso de las ramas: desde allí contempló con la mayor ansiedad á sus perseguidores, que andaban registrando todo el bosque en su busca: afortunadamente no les ocurrió levantar la vista hacia los árboles, y despues de golpear los matorrales y perder la esperanza de dar con él se fueron. No se atrevió, sin embargo, á salir de su escondite hasta bien entrada la noche: entonces bajó, y del mejor modo que pudo se dirigió á casa de ciertos españoles, en donde le curaron las heridas y sin detenerse á descansar, encaminose con un gran rodeo á Caparra, é informó á Ponce de Leon del peligro que creía amenazar á Sotomayor, no sabiendo que los enemigos habían cumplido ya su intento de darle muerte. Juan Ponce despachó al instante cuarenta hombres en su socorro; pero en cuanto llegaron al lugar de la matanza hallaron el cuerpo del desgraciado caballero medio enterrado con los piés fuera de la tierra.

Entretanto los salvajes habían cumplido su designio de destruir el pueblo de Sotomayor; fuéronse aproximando sin que los sintieran por la espesura del bosque que lo rodeaba, y á media noche prendieron fuego á los techos de palma de las casas, y atacaron á los españoles que huían para librarse de las llamas.

Algunos murieron en la primera embestida; pero un valiente llamado Diego Salazar, reunió á sus compatriotas é inspirándoles su heroísmo, les hizo volver frente al enemigo, y de este modo logró salvar á muchos, conduciéndolos aunque muy estropeados á la casa fuerte del gobernador en Caparra. Apenas habían entrado cuando fueron llegando otros apresuradamente en todas direcciones, contando iguales desastres de asesinatos y conflagración general; por esta vez la insurrección proyectada por los salvajes contra la dominación de los blancos se llevó á efecto. Todos los pueblos fundados por los españoles fueron sorprendidos; mas de ciento de sus habitantes asesinados, y el resto tuvo que refugiarse en la fortaleza.

CAPITULO V.

Guerra de Juan Ponce con el cacique Agueybaná.

PUDIERAN considerar á Juan Ponce de Leon como un gobernador sin territorio y un general sin soldados; sus pueblos eran solo humeantes ruinas, y todas sus fuerzas consistían en unos cien hombres la mayor parte inutilizados por sus heridas. Tenia un poderoso é implacable enemigo en Agueybaná, quien se puso á la cabeza de todos los caciques, y hasta mandó emisarios á los caribes de las islas vecinas,

suplicándoles olvidasen antiguas animosidades é hiciesen causa comun contra los extranjeros, como enemigos mortales de toda raza india. Mientras tanto la isla se declaró en abierta rebelion, y los bosques que rodeaban la fortaleza de Caparra resonaban con la acostumbra gritería y abullidos de los salvajes, el ruido de sus caracolas de guerra y el atronador redoble de sus tambores.

Juan Ponce era un soldado viejo muy aguerrido á quien no se intimidaba facilmente: mantúvose mal su grado quieto en su fortaleza, desde donde despachó mensajeros á la Española, pidiendo pronto socorro. Empleó todos los medios posibles para entretener al enemigo conservándose á respetuosa distancia: dividió sus pequeñas fuerzas en tres cuerpos de unos treinta hombres cada uno, bajo el mando de Diego Salazar, Miguel de Toro y Luis de Anasco, que hacían salidas dispuestas por él y practicaban repentinamente sorpresas, asaltos y emboscadas, ejerciendo las estratagemas que Ponce había aprendido cuando jóven en sus campañas contra los moros de Granada.

Entre sus principales auxiliares se contaba un perro llamado Becerrillo, famoso por su valor, fuerza y sagacidad; se dice que sabia distinguir á los indios aliados de los que eran enemigos; con los primeros se mostraba dócil y cariñoso, y con los segundos implacable y fiero; fue el terror de los naturales no acostumbrados á ver animales tan feroces, y en aquella guerra prestó él solo mayores servicios que muchos soldados. Considerábasele tanto por sus altas proezas, que su dueño recibía por él la paga, racion y parte en el botín asignados á los arqueros, que eran los que cobraban mayor estipendio (1).

En cuanto el anciano y aguerrido caballero Juan Ponce fue reforzado con tropas de la Española, salió á tomar venganza de los que le habían tenido así confinado. Su enemigo Agueybaná estaba acampado en su mismo territorio con mas de 5,000 guerreros; pero completamente descuidado, pues nada sabia del socorro recibido; en su inteligencia Juan Ponce seguía encerrado en Caparra. Cogióle el veterano de improviso y le derrotó con mucha pérdida; se dice que acometió á los indios un terror pánico cuando vieron que quedaban tantos españoles, despues de los muchos que habían asesinado figurándose que los que ellos mataban volvían á resucitar, con lo que perdieron la esperanza de vencer á unos seres que se levantaban de la tumba mas valientes y vigorosos. En otros varios encuentros y escaramuzas llevaron los indios la peor parte; pero Agueybaná desdeñando aquellos pequeños combates obligó á sus compatriotas á reunir sus fuerzas, y por medio de un asalto decidir su suerte y la de la isla. Juan Ponce recibió aviso secreto de esta intencion y del paraje escogido para la reunion. Teodría entonces como unos ochenta hombres á su disposicion; pero vestidos de acero y á prueba de las flechas de los salvajes; sin reflexionar en lo que iba á hacer el brioso caballero se puso á su cabeza y los condujo atravesando bosques al punto que ocupaban sus enemigos.

Era casi el anochecer cuando avistaron el campamento indio y había tal multitud de guerreros reunidos y descansando, que casi se arrepintió de su temeridad; sin embargo, era tan astuto, como resuelto y atrevido. Dió orden á algunos soldados de avanzar y entretener á los salvajes, mientras él formó á la ligera una especie de fortificacion para parapetarse con el resto; así que estuvo terminada metió todas

(1) Este famoso perro pereció algunos años despues, herido por una flecha envenenada, mientras perseguía á un indio caribe, dentro del mar. Sin embargo, dejó numerosa progenitura y fama postuma; sus méritos y proezas, fueron por largo tiempo el tema favorito de los colonos españoles. Era padre del famoso Leoncio, tan querido de Vasco Núñez; se le parecía en la pinta, igualándole en valor.

sus fuerzas en ella y dispuso mantenerse á la defensiva; los indios intentaron varios ataques, pero fueron rechazados siempre con pérdida. Muchos españoles se impacientaban de estar allí metidos y querían salir á campo abierto con sus lanzas y ballestas; pero el diestro comandante no se lo permitió.

Furioso estaba el cacique Agueybaná viendo mermar sus filas; de qué modo se burlaba de sus numerosas huestes un puñado de españoles; aproximábase la noche, y él creyó que aprovechándose de ella los enemigos se le escaparían: reunió, pues, al rededor de sí sus mas acreditados guerreros y se aventuró á dar un asalto general; pero al acercarse á la fortaleza recibió una herida mortal de arcabuz, y cayó muerto en el acto.

Los españoles no conocieron al pronto la importancia del jefe que acababan de matar; pero lo sospecharon en breve por la confusion que advirtieron en el campo enemigo, por las lamentaciones con que recogieron el cuerpo, y sobre todo por la suspension del ataque.

El diestro Juan Ponce se aprovechó de la desolacion de los contrarios para emprender su retirada, dándose por satisfecho con poder salir de la critica posicion en que le habia metido su imprudencia. Algunos de sus valientes y atrevidos oficiales, hubieran querido á pesar de todo, empeñar la refriega: «No, no», dijo el esperto veterano, vale mas prolongar la guerra que comprometerlo todo en una sola batalla.»

Mientras Juan Ponce de Leon trabajaba con tanto ardor por sostenerse en la isla, un poder contra el cual el valor del veterano no tenia fuerza, destruía su transitoria dignidad. El rey Fernando se habia arrepentido del paso que habia dado por un mal consejo, destituyendo al gobernador y su teniente de Puerto-Rico, nombrados por don Diego Colon, convencido aunque tarde de que habia infringido los derechos del Almirante, y de que la política y la justicia exigian de él una reparacion. Cuando Juan Ceron y Miguel Diaz llegaron presos á España, los recibió con amabilidad y los colmó de favores para neutralizar así los perjuicios que se les habian seguido de la brusca separacion de sus destinos; enviándoles despues de algun tiempo con facultades para tomar posesion del mando de la isla. Tenian, sin embargo, la órden de no manifestar ninguna especie de rencor ni mala voluntad á Juan Ponce de Leon, ni despojarle de ninguna de sus propiedades, fuesen casas, tierras ó indios, sino al contrario, conservar con él las mas amistosas relaciones; al mismo tiempo escribió el rey al valiente veterano, manifestándole que la restitution de Ceron y Diaz habian sido resueltas en un consejo de Estado, como un acto de justicia que les era debido; pero de ninguna manera como censura de su conducta, añadiendo que pensaba indemnizarle mas adelante de la pérdida del mando.

Cuando el gobernador y su teniente llegaron á la isla, Juan Ponce la habia subyugado ya completamente; la muerte del campeón isleño Agueybaná habia sido un golpe mortal para los naturales, y probó evidentemente que en la guerra con los salvajes, dependia el éxito muchas veces de un solo jefe. No volvieron á sublevarse ni reunirse mas, y así es que dispersos por los montes y hosques, se fueron sometiendo gradualmente á los españoles, y sufrieron la misma suerte que sus vecinos de Haiti; se les empleó en la explotacion de las minas y en otros trabajos demasiado fuertes para hombres acostumbrados á no hacer nada; de modo que fueron sucumbiendo insensiblemente, y dentro de poco no quedaron indigenas en la isla.

CAPITULO VI.

Juan Ponce de Leon oye hablar de un admirable país y de una fuente milagrosa.

JUAN PONCE DE LEON entregó el mando de Puerto-Rico sin la menor repugnancia. La pérdida del gobierno de una isla salvaje, era asunto de poca monta entonces, cuando habia todo un Nuevo Mundo que explorar, en donde un atrevido soldado como él, ceñida la espada y embrizado el escudo, podia conquistarse una fortuna. Habia ademas reunido lo suficiente para llevar adelante sus planes, y como casi todos los primeros descubridores, tenia la cabeza llena de las empresas mas románticas. Encaprichóse en que aun quedaba un tercer mundo por descubrir y esperó ser él el primero que tocase en sus costas, adquiriéndose así una fama igual á la de Colon.

Mientras revolvía en su mente tales ideas, considerando qué camino deberia elegir para encontrar las desconocidas regiones que le rodeaban, tropezó con unos indios de edad avanzada que le dieron noticia de un país, donde no solo satisfaria sus ambiciosos deseos, sino que realizaria el sueño mas lisonjeroto de los poetas. Aseguráronle que muy lejos, hacia el Norte, habia un país abundantísimo en oro y en toda clase de delicias, pero lo mas sorprendente que poseia era un rio con la singular virtud de rejuvenecer á todo el que se bañaba en sus aguas. Añadieron que en tiempos remotos y antes de la invasion de los españoles, una numerosa partida de cubanos navegaron en busca de aquellos afortunados países y rio de la vida, y que como no habian vuelto, era de presumir que recobrasen su juventud y se detuviesen allí encantados por los placeres del territorio.

El sueño de los alquimistas estaba realizado. ¡No habia mas que encontrar aquel país maravilloso y entregarse luego á los placeres de sus inmensas riquezas y perenne juventud! Sin embargo, algunos ancianos indios aseguraban que no era necesario ir tan lejos en busca de aquellas rejuvenecedoras aguas porque en cierta isla del grupo de las Bahamas, llamada Bimini, situada muy adentro del Océano, habia una fuente que poseia las mismas maravillosas y apreciables cualidades.

Juan Ponce de Leon oia estos cuentos con singular credulidad. Era de edad avanzada y el término ordinario de la vida no le parecia suficiente para llevar á cabo sus colosales proyectos. ¡Qué dicha poder bañarse en aquella prodigiosa fuente ó admirable rio y salir de sus aguas dotado de toda la fuerza y frescura de la primera juventud y de la práctica y sabiduría de la edad madura! ¡qué de empresas no verificaria en el transcurso adicional de los vigorosos años que se le asegurasen!

Parecerá increíble en la época presente, que un hombre de años y experiencia diese fe á unos cuentos parecidos á las sencillas ficciones de un cuento árabe; pero entonces las maravillosas novedades estaban en boga, merced á los continuos descubrimientos que casi realizaban las ilusiones de la fábula; y la imaginacion de los viajeros españoles habia llegado á exaltarse de tal modo, que creian las cosas mas absurdas.

Plenamente convencido de que existia el país que acababan de describirle, aprontó el buen Ponce á sus expensas los buques con que dar principio á la expedicion, hallando facilmente aventureros que le acompañasen (1).

(1) No eran solo los viajeros y aventureros quienes creian en las fábulas y los maravillosos cuentos indios. Hombres de eminentes estudios les daban tambien crédito: prueba de ello es el siguiente extracto de la segunda década de Pedro Mártir, dirigida á Leon X, papa á la sazón.

«Entre las islas situadas al Norte de la Española, hay

CAPITULO VII.

Expedición de Juan Ponce de Leon en busca de la fuente de la Juventud.

(1512.)

El 3 de marzo del año 1512, salió Juan Ponce con sus tres buques del Puerto de San German en la isla de Puerto-Rico; se mantuvo por algun tiempo costeano la Española, y luego dirigiéndose hacia el Norte hizo vela á la parte de las Bahama, llegando muy pronto á la primera de aquellas. Favorecióle tanto la estación y la tranquilidad de los mares, que se dejó llevar blandamente por el viento y las corrientes al través del verde archipiélago, visitando una tras otra todas las islas, hasta que el catorce del mes arribó á Guanahani ó San Salvador, donde primero puso el

pie Cristóbal Colon cuando pisó las playas del Nuevo-Mundo. Sus pesquisas en busca de la isla de Bimini fueron inútiles, lo mismo que los de la fuente de la Juventud; pues por mas que bebió de todos los manantiales, rios y lagos del Archipiélago, y aun de los salados pantanos de la isla de los Turcos, no consiguió rejuvenecerse.

Sin embargo, no por eso se desanimó, sino que despues de haber recompuesto sus buques, volvió á hacerse á la mar, dirigiendo su rumbo hacia el Noroeste; el domingo 27 de marzo avistó lo que él creyó ser una isla, pero no pudo desembarcar á causa del mal tiempo; continuó bordeando algunos dias, combatido por los elementos, hasta que la noche del 2 de abril pudo anclar, próximo á tierra, á los treinta grados y ocho minutos de latitud. Todo el país parecia hallarse en la mas hermosa y florida primavera.



Juan Ponce toma posesion de la Florida.

los árboles y los campos estaban cubiertos de flores; por cuya circunstancia y por la de haberlo descubierto en Domingo de Ramos, le dió el nombre de

una á 325 leguas de distancia, segun dicen los que las han explorado, que contiene un manantial perenne de agua viva, de tan maravillosa virtud que bebiéndola con método restablece á los ancianos en su juventud primera; y aseguro á vuestra santidad que esto no es un dicho sin fundamento, porque es tan válido en la corte, que no solo el pueblo le da fe, sino hasta las personas, cuya sabiduria y fortuna los separan del comun del pueblo; mas si vuestra santidad desea saber mi opinion acerca de este punto, le diré que no quiero atribuir tan grandioso poder á la naturaleza; pero si que Dios se habrá reservado esta prerogativa para atraerse el corazon de los hombres, etc.—P. Mártir, d. 2. c. x.

Florida, que conserva: los indios la llaman Cautix. (1)

Juan Ponce desembarcó y tomó posesion del territorio, en nombre de los soberanos de Castilla; y continuó despues, por espacio de muchas semanas, recorriendo las costas de tan hermoso país, luchando contra las corrientes que contribuyeron á hacer del golfo un peligroso sitio. Dobló el cabo Cañaveral, y reconoció las costas del Este y del Sur, sin sospechar que aquello era una parte de Costa-Firme. En todas sus tentativas de reconocimiento, encontró resueltos é implacables salvajes que salian á oponérsele, manifestando ser de una raza indómita y guerrera.

(1) Herrera, Hist. Ind., d. 1, l. ix, c. 10.

Tampoco dió allí con el oro que buscaba, y ninguna de las fuentes ni ríos que examinó, poseían la maravillosa virtud de rejuvenecer: convencido, pues, de que aquel no era el país de que hablaba la tradición india, volvió la proa hacia Puerto-Rico el 14 de junio, con intención de seguir buscando, durante la travesía, la isla de Bimini.

A su regreso descubrió un grupo de pequeñas islas muy abundante en pájaros y animales marinos; en una de ellas cogieron los marineros, durante una sola noche, ciento sesenta tortugas; y pudieron haber cogido mas, si hubiesen querido; tambien cogieron quince lobos marinos y mataron considerable cantidad de pelicanos y otras aves. A este grupo dió Juan Ponce el nombre de islas de las Tortugas, que todavía conserva.

Prosiguiendo su crucero, tocó en otro grupo de islas, cerca de las Lucayas, al cual denominó de La-Vieja, porque no halló en ellas mas habitantes que una vieja india (1). Llevóse á bordo á aquella anciana sivila para que le informase del laberinto de islas en que entraba, y no pudo haberse procurado mejor guia para la singular exploracion que estaba haciendo; pero, con toda la práctica de aquella mujer, hallóse muy embarazado en su retorno por en medio de las islas de Bahamac, pues parecia que habia emprendido su camino contra el curso de la naturaleza y de las corrientes, que se dirigen hácia el Occidente en aquel golfo y los vientos generales que las acompañan. Por espacio de mucho tiempo luchó con toda clase de dificultades y peligros, y vióse obligado á permanecer cerca de unines en una de las islas, para reparar las averías que sus buques, sufrieron en una tempestad.

Desanimado al fin con los obstáculos de que la naturaleza rodeaba á la isla de Bimini, como si fuese la isla encantada de algun romance, se cansó de buscarla en persona y dió la comision á un experimentado capitán llamado Juan Perez de Ortubia, que partió en uno de los buques, guiado por la vieja y por otro indio. Juan Ponce se volvió lo mas pronto que pudo á Puerto-Rico, caído de espíritu y arruinado de results de aquel crucero en busca de riquezas y perpétua juventud.

A poco de estar en el puerto, llegó su fiel comisionado Juan Perez, quien, guiado por la vieja, habia encontrado, por último, la tan deseada isla de Bimini: dijo, que era grande, fértil y cubierta de magníficos arbolados; que tenia hermosas y cristalinas fuentes y abundantes arroyos que la mantenian en perpétua verdura; pero, que no habia agua ninguna con la virtud de transformar los entorpecidos miembros de un anciano en los vigorosos de un jóven.

De este modo concluyó la romántica expedicion de Juan Ponce: fue en persecucion de una quimera y resultó una adquisicion real, porque si no halló la fuente de la juventud, hizo en su lugar el importante descubrimiento de la Florida. (2)

CAPITULO VIII.

Expedicion de Juan Ponce contra los caribes. — Su muerte.

JUAN PONCE de Leon pasó á España, á fin de hacer la relacion de su descubrimiento al rey Fernando; e

(1) Herrera, d. 1, l. ix.

(2) La creencia de que existia un rio en la Florida, como se lo habia imaginado Juan Ponce, prevaleció por mucho tiempo entre los indios de Cuba, y los caciques tenían gran deseo de descubrirlo. Una porcion de naturales de Cuba se dirigieron una vez en su busca, y se quedaron allí; de lo que no cabe duda, pues sus descendientes fueron hallados entre los habitantes de la Florida. Dice Las Casas que en su tiempo persistian muchos en aclarar este misterio, y que la mayor

buena caballero tuvo que sufrir muchos sarcasmos de los burlones de la corte, sobre su visionario viaje, á pesar de que algunos sabios habian sido tan crédulos como él. El rey, sin embargo, le recibió con grandes muestras de aprecio, y le revistió del honorífico título de adelantado de Bimini y la Florida, considerándose aun esta última como una isla; dióle tambien permiso para reclutar gente en España y las colonias, á fin de fundar allí un establecimiento; pero él disirió tomar posesion de su destino, pues probablemente le habia desanimado y empobrecido su última expedicion, ó quizá hallase dificultad en reclutar aventureros. Al fin se le presentó otra empresa; los caribes por aquel tiempo llegaron á ser el terror de los habitantes españoles de las islas, haciendo escursiones en las costas y llevándose los cautivos para devorarlos, segun se suponía: eran frecuentes estas invasiones en la isla de Puerto-Rico, que se temia que al fin tuviesen los españoles que abandonarla.

Por último, el rey Fernando en 1514 dió orden de que en Sevilla se alistasen tres buques bien armados y tripulados, para limpiar las islas de caribes y librar el mar de tan sangrientos merodeadores. El mando de la armada se confió á Juan Ponce de Leon, por su conocimiento en el modo de hacer la guerra á los indios y la consumada experiencia que tenia en los mares.

Llevaba instrucciones para atacar, en primer lugar, á los caribes de las islas mas próximas á Puerto-Rico, y luego á los de Costa-Firme, en las cercanías de Cartagena; despues tomaria la capitania de Puerto-Rico, y se ocuparia en los repartimientos ó distribuciones de indios juntamente con la persona designada por don Diego Colon.

La empresa era á propósito para un soldado del carácter de Juan Ponce, y el valiente anciano, lleno de confianza, se dió á la vela en enero de 1515, con direccion á las islas Caribes, resuelto á castigar ejemplarmente á los salvajes de todo el Archipiélago. Ancló en la isla de Guadalupe, y envió á tierra hombres en busca de leña y agua y unas cuantas mujeres que fuesen á lavar la ropa de las tripulaciones, con una partida de soldados que los guardasen.

Juan Ponce no fue tan precavido como otras veces, ó tenia que habérselas con salvajes de una inteligencia poco comun en el arte de la guerra; lo cierto es que, mientras estaban diseminados por la playa con la mayor confianza, salieron los caribes repentinamente de una emboscada, mataron la mayor parte de los hombres y se llevaron á las mujeres á los montes.

Este golpe, en el principio de su ponderada expedicion, fue una herida mortal para el corazón de Juan Ponce, y concluyó con todo su ardor guerrero: humillado y mortificado se dirigió á la isla de Puerto-Rico, en donde renunció á la prosecucion de la empresa so pretexto de su quebrantada salud, y dió el mando á un capitán llamado Zúñiga; pero á nadie se le ocultó que la enfermedad procedia mas del espíritu que no del cuerpo. Permaneció de gobernador en Puerto-Rico; pero su carácter habia cambiado, volviéndose testarudo é irritable en fuerza de tantos disgustos y vejaciones, lo que fue causa de muchas reyertas en la isla, por sus medidas fuertes y decisivas con respecto á las distribuciones de indios.

Continuó muchos años descansando allí, hasta que las brillantes proezas de Hernán Cortés, que amenazaba eclipsar todos los hechos de los veteranos descubridores, le sacaron de su apatía, despertando su adormecido espíritu.

pare creía que aquel rio no era otro que el llamado Jordán, en la punta de Santa Elena; sin considerar que este nombre se le pusieron los españoles en el año 1520, cuando descubrieron las tierras de Chicora.

Disgustado de no hacer papel en sus últimos años, viendo que se elevaba otra reputación mas grande que la suya quedando él en el olvido, determinó salir con otra expedición. Habia oido decir que la Florida, considerada por él como una isla, era parte de Costa-Firme y principio de muchas y desconocidas regiones; de consiguiente, un vasto campo se abria ante sus ojos, donde podia llevar á cabo conquistas y descubrimientos, que igualasen, sino sobrepujaban; á la afamada conquista de Méjico.

Por lo tanto, el año de 1521 aprestó dos buques en la isla de Puerto-Rico, comprometiendo en la empresa casi toda su propiedad; el viaje fue malo y tempestuoso, pero al fin llegó al país que deseaba. Bajó á tierra con la mayor parte de su gente; mas los indios salieron á defender valerosamente sus costas; la batalla se encruceció, muriendo en ella muchos españoles y saliendo herido de un flechazo en el muslo Juan Ponce; llevaronle á bordo y conociendo que no podria dar otro ataque, dirigió su rumbo á Cuba, á donde llegó enfermo del cuerpo y del espíritu.

Estaba en una edad en que son muy difíciles ya las reacciones saludables; el pesar de ver humillado su orgullo y perdidas sus esperanzas, aumentó la fie-

bre producida por la herida y murió poco despues de su llegada.

«De este modo el destino, dice uno de los mas verídicos escritores antiguos españoles, se deleita en trastornar los proyectos de los hombres. El descubrimiento con que Juan Ponce se lisonjaba alcanzar una perpétua vida, tuvo por resultado acelerar su muerte.»

Sin embargo, puede decirse que al fin obtuvo una sombra sus deseos; pues si no consiguió prolongar el término natural de su existencia, se aseguró con su descubrimiento, la eterna duracion de su nombre.

El siguiente epitafio, puesto sobre su tumba, hace justicia á sus altas cualidades de guerrero:

Mole sub hac fortis requiescunt ossa Leonis,
Qui vicit lactis nomina magna suis.

Parafraseado al español por el licenciado Juan de Castellanos, dice:

Aqueste lugar estrecho
Es sepulcro del varon,
Que en el nombre fue Leon,
Y mucho mas en el hecho.

APÉNDICE.

UNA VISITA A PALOS.

Al principiár la siguiente narracion, no pensó el autor pasarse su tamaño del de una carta amistosa; pero circunstancias imprevistas han aumentado sus dimensiones. La inserta aqui en la creencia de que muchos participaran de su curiosidad, y se alegraran de saber algo sobre el actual estado de Palos y de sus habitantes; razon que le indujo á él á hacer este viaje.

Sevilla 1828.

Desde que escribí á V. mi última, he emprendido, lo que yo llamo una peregrinacion americana, pues he ido á visitar el pequeño puerto de Palos en Andalucía, en donde Colon equipó sus buques y se hizo á la vela para el Nuevo Mundo. No puedo expresar á V. lo interesante y agradable que me ha sido. Yo tenia meditada hace mucho tiempo esta excursion, que consideraba como un deber piadoso y casi filial en mi calidad de americano, y me animé á verificarla, cuando me dijeron que algunos edilicios citados en la Historia de Colon, permanecian casi en el mismo estado que en el tiempo de su permanencia en Palos, y que los descendientes de los intrépidos Pinzones, que le ayudaron con buques y dinero, y le acompañaron en el viaje de descubierta, vivian todavía en sus cercanías.

La tarde antes de mi salida de Sevilla, oi decir que habia un jóven de la familia de los Pinzones estudiando leyes en la ciudad; hice que me presentaran á él y me gustó por sus caballerescas maneras: dióme una carta para su padre don Juan Fernandez de Pinzon, residente en Moguer y actual cabeza de la familia.

Como estábamos á mediados de agosto y hacia un calor insoportable, alquilé una calesa: mi calesero era un andaluz alto y flaco, de chaqueta corta y calañés, con los pantalones abotonados de arriba abajo por el costado y sus botines de cuero bordados. Era un mozo muy activo, aunque desusadamente taciturno; para Andalúz iba siempre junto á su caballo, apimándolo de tiempo en tiempo con una terrible im-

precacion, ó arrimándole el látigo por vía de insinuacion positiva.

En este equipaje sali por la tarde para evitar el calor del sol, y despues de haber subido las colinas que rodean el hermoso valle del Guadalquivir, y de haberme molestado mucho la aspereza del camino, bajamos entre dos lucas á una de esas vastas, silenciosas y melancólicas llanuras, tan frecuentes en España, donde no vi mas señales de vida que una banda de errantes cigüeñas, y una torada á lo lejos, guardada por un solo pastor que, con su larga pica plantada en tierra, se mantenía inmóvil en medio del paisaje con toda la apariencia de un árabe del desierto. Ya era bastante entrada la noche, cuando nos detuvimos á descansar algunas horas en una venta, ó posada si cabe darle este nombre, porque no era mas que un establo de techo muy bajo, dividido en varias cundras para colocar las recuas de mulos que conducen los arrieros, ó carreteros que hacen el comercio interior en España. Habitaciones para los viajeros no habia ninguna, ni aun para un transeunte tan fácil de acomodarse como yo. El posadero no tenia que darme de comer, y por lo que respecta á cama, solo existía una manta sobre la que estaba acostado en cueros su hijo único, de edad de ocho años. El calor de la estacion y el vaho que salia de los establos, hacian aquella estancia insoportable; por lo que tuve á bien pasar la noche sentado en el suelo y envuelto en mi capa á la puerta de la venta; donde, al despertar, despues de tres horas de profundo sueño, me hallé con un contrabandista roncando cerca de mí y el trabuco al lado.

Al otro dia empecé mi jornada antes de amanecer y á las diez de la mañana ya habiamos andado bastantes leguas, y nos detuvimos á almorzar y pasar las horas mas calorosas del dia en una aldea, de donde salimos á las cuatro de la tarde: proseguimos entonces nuestro camino por un sitio tan solitario como el anterior, hasta que al ponerse el sol llegamos á Moguer. Esta ciudad (en el dia lo es) está situada á una legua de Palos, de cuyo pueblo son la mayor

parte de las personas acomodadas que viven en ella, contaban entre otras á la familia de los Pinzones.

Está tan separada esta pequeña población del centro del comercio, y tan destituida de las pomposas vanaglorias de este mundo, que mi esposa, con sus cascabeles y sus moñas rodando por aquellas tortuosas y mal empedradas calles, causaba gran sensación; los chi quillos saltaban y brincaban, admirando sus espléndidos adornos de latón y seda, y contentando respetuosos al importante extranjero que iba en tan estupendo equipaje.

Me apeé en la posada principal, cuyo amo estaba á la puerta era uno de los hombres mas corteses del mundo, dispuesto á servirme en cuanto necesitase y pudiera complacerme; pero habia una gran dificultad; no tenia ni cama ni alcoba en su casa donde poder alojarme. En efecto, aquella no era mas que una simple posada de arrieros, acostumbrados á dormir en el suelo sobre mantas de mulas y los fardos por cabecera. No habia mejor posada en la ciudad. Pocos son los que recorran por gusto ó por curiosidad en España pueblos tan extraviados de las carreteras; y si alguna persona distinguida lo hace, se aloja por amistad ó recomendacion en las casas particulares. Una cama no es, en muchos puntos de la Peninsula, artículo de primera necesidad, y así me puse á buscar algun tranquilo rincón donde tender mi capa: afortunadamente apareció la mujer del ventero. Imposible que fuese mas obsequiosa que su marido; pero, ¡Dios vendiga á las mujeres! siempre saben conseguir su objeto.

A poco rato un cuartito, como de unos diez piés cuadrados, que habia sido antes pasillo entre los establos y una especie de tienda, se limpió de todos los muebles inútiles que contenia; y me aseguraron que allí me se pondría una cama. Por la conversacion de mi posadera con sus compadres, colegí que todos iban á contribuir para procurarme una cama, y mantener el lustre del establecimiento.

Así que pude mudarme de ropa, empecé las históricas pesquisas que eran el objeto de mi viaje, y pregunté donde vivia don Juan Fernandez Pinzon; mi complaciente patron me acompañó á su casa.

Mi imaginacion iba preocupada con la idea de visitar á un representante en linea recta de la familia de los condyutores de Colon.

A poco trecho llegamos á la casa, cuya apariencia indicaba el bien estar si no la riqueza de sus moradores la puerta, segun la costumbre de los pueblos en España. Durante el verano estaba enteramente abierta, y entramos con el ordinario saludo de «Ave María.» Una jóven criada respondió á nuestra salutación, y habiéndole preguntado por su amo, nos condujo al través de un patio colocado en el centro del edificio, que refrescaba un hermoso saltador rodeado de arbustos y de flores, á un terrado adornado tambien con flores y macetas: allí estaba sentado don Juan Fernandez con toda su familia, gozando del ambiente de una noche serena al aire libre.

Me gustó muchísimo su porte: era un venerable hidalgo, alto, algo delgado, blanco y de pelo gris; me recibió con la mayor urbanidad, y despues de haber leído la carta de su hijo, manifestó la admiracion que le causaba mi viaje á Moguer, sin mas objeto que visitar el sitio en que se habia embarcado Colon. Admiróse mucho mas cuando le dije que uno de los principales objetos de mi curiosidad era su propia familia; porque se conoce que el buen caballero no se cuidaba mucho de las grandes empresas que ejecutaron sus antecesores.

Tomé asiento en el círculo, y muy pronto me hallé tan á gusto como si estuviera en mi casa; tan general es la franca cordialidad de los españoles. La mujer del don Juan era una señora sumamente amable y dotada de una gracia natural que sobresale tanto

en las damas españolas. En el curso de la conversacion supe que su esposo, anciano de setenta y dos años era el mayor de cinco hermanos, todos casados y con numerosa progenitura, que habitaban en Moguer y sus inmediaciones en el mismo estado de fortuna y rango que en tiempo de los descubrimientos. Esto estaba perfectamente de acuerdo con lo que habia oido decir de las familias de los descubridores. De Colon no existe ningun descendiente en linea recta; fue una planta exótica que no consiguió echar profundas raíces en el país; pero la raza de los Pinzones continua creciendo y multiplicándose estrordinariamente en suelo natal.

Daraba aun la conversacion cuando entró un caballero que me presentaron como don Luis Fernandez Pinzon, el mas jóven de todos los hermanos; parecia hombre de cincuenta á sesenta años, bastante robusto, de pelo gris y con franco y urbano porte; es el único que ha seguido la antigua profesion de su familia, habiendo servido con aplauso en la marina española, de donde se retiró en la época de su casamiento hacia unos veinte y dos años. Es el único que se interesa y manifiesta orgullo por los honores históricos de su casa, conservando cuidadosamente todas las apuntaciones y documentos de los hechos y distinciones de la familia, cuyo manuscrito voluminoso me prestó para que lo inspeccionara.

Don Juan me manifestó el deseo de que durante mi permanencia en Moguer viviese en su casa. Traté de escusarme alegando que las buenas gentes donde estaba parando se habian tomado mucho trabajo para colocarme y que no me parecia bien desairarlos. El buen señor tomó á su cargo el arreglo del negocio, y mientras se preparaba la cena nos fuimos juntos á la posada. El dueño y su mujer se habian esmerado: ocupábanse en colocar una vieja y raquítica mesa en un rincón del cuarto con todas las pretensiones de una cama de lujo. ¿Cómo menospreciar lo que aquellas gentes habian preparado para mí con tan buena voluntad y que consideraban un triunfo del arte? ¡Vivi, pues, á decir á don Juan que me dispensara de dormir en su casa, ofreciéndole comer con ellos to lo el tiempo de mi residencia en Moguer; y como el anciano señor comprendió los motivos que me impelían á no admitir su oferta, simpatizando alegremente con mi amigo, quedó el negocio arreglado. En seguida volví con don Juan á su casa y cené con la familia; durante la cena concertamos un plan para hacer mi visita á Palos y al convento de la Rábida, ofreciéndose voluntariamente á acompañarme y ser mi cicerone, y quedando todo dispuesto para el dia siguiente. Debiamos almorzar en una hacienda que poseia en las inmediaciones de Palos, en medio de un viñedo, y comer allí á nuestra vuelta del convento. Arreglado así todo nos separamos; traslademe á mi posada satisfecho de mi visita, y dormí profundamente en la estupenda cama inventada para mi comodidad.

A la mañana siguiente muy temprano don Juan Fernandez y yo salimos en la cales: con direccion á Palos. Yo sentia que este caballero por un exceso de condescendencia se hubiese levantado tan de mañana, exponiéndose á una fatiga demasiado grande para su edad; se rió de mi cuidado y me aseguró que era muy madrugador, y estaba acostumbrado á toda especie de ejercicios á pié y á caballo, pasando muchos dias en los montes en partidas de caza, llevándose consigo sus criados, caballos y provisiones, y viviendo en una tienda de campaña á la espera como buen cazador; efectivamente parecia hombre robusto, de vida activa y jovial vivacidad; su humor alegre me hizo pasar una mañana sumamente agradable y divertida; su urbanidad se manifestaba con cualquiera transeunte que encontrabamos en el ca-

mino, saludaba al mas humilde alleano diciéndole, «vaya V. con Dios caballero.» frase que llena de orgullo al mas miserable español, cuando se la dirige una persona de rango.

Como la marea estaba baja an-luvimos bagando por las orillas de Rio-Tinto, que se desliza á la derecha, mientras á la izquierda se veía una larga hilera de colinas que parecían otros tantos promontorios cubiertos de higueras y viñedos: el tiempo se presentaba sereno, y el aire dulce y embalsamado, contribuyendo todo el paisaje á despertar en el alma la dulce armonía que produce tan indefinible bien estar. Pasamos por junto á Palos, y nos dirigimos á la hacienda situada á corta distancia del pueblo, entre este y el rio; la casa es de piedra con un piso solo, bastante capaz y muy blanqueada; una parte está destinada para pasar el verano la familia, y tiene buenos salones, alcobas y una capilla; y la otra es la bodega en que almacenan el vino que produce la hacienda.

Está fabricada en una altura rodeada de viñedos, que se suponen cubrir parte del antiguo Palos, que en el día no es mas que un miserable pueblecito: detras de los viñedos y sobre una distante colina, se ven elevarse las blancas paredes del convento de la Rábida, en medio de un espeso bosque de pinos.

Por debajo de la hacienda corre el Rio-Tinto, donde se embarcó Colon; divídolo una larga lengua de tierra, ó mas bien barra de arena, del rio Odiel, con el cual une sus aguas y corren juntos á precipitarse en el Océano; al lado de esta barra, en que el rio es muy profundo, estuvo anclada la escuadra de Colon, y desde allí se hizo á la vela la mañana de su salida.

Un ligero viento rizaba apenas la superficie del rio; dos ó tres barcas pintorescas llamadas misticos, con sus largas velas latinas, se mecían blandamente en sus aguas. Con poco que la imaginacion ayudase, bastaba para figurarse en aquellos misticos las ligeras carabelas de Colon, prontas á zarpar para su arriesgada expedicion, mientras podía suponerse que las distantes campanas de Huelva, (que á la sazón vibraban armoniosamente) daban á los viajeros un toque de despedida.

No puedo expresar á V. la multitud de sensaciones que experimentaba mi corazon al pisar las playas que estuvieron un día animadas con los preparativos del viaje, y en cuyas arenas habian quedado impresas las huellas de Colon al embarcarse; el solemne y sublime acontecimiento á que esto dió lugar, unido con las aventuras acontecidas á los que la efectuaron, llenaban mi imaginacion de vagas y melancólicas ideas, como si estuviese viendo el silencioso y vacío teatro de algun gran drama despues de haber desaparecido todos sus actores. El aspecto solo del paisaje tan hermoso y tranquilo hacia sobre mí un efecto profundo, y al pasear por aquella desierta playa, al lado de uno de los descendientes de los descubridores, sentí mi corazon henchido de emociones y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Lo que me sorprendió mucho fue no ver allí nada que se pareciese á un puerto; no habia muelle ni desembarcadero; únicamente la limpia orilla del rio y el casco de un barco de transporte que me dijeron llevaba pasajeros á Huelva, varado en la seca arena á causa de la baja-mar. Palos, sin duda alguna ha disminuido en dimensiones, pero nunca debe haber sido una gran poblacion; si tenia almacenes en la playa han desaparecido, y en el día no es mas que un pueblecito miserable, situado á un cuarto de legua del rio en una hondonada, y rodeado de colinas: contiene algunos centenares de habitantes, cuya principal ocupacion es el cultivo de las viñas y los sembrados; la raza de marineros y mercaderes no existe absolutamente; no hay un barco que pertenezca á la poblacion, ni el mas remoto vestigio de comercio,

exceptuando la estacion de los frutos y el vino, en que vienen algunos misticos y otros barcos pequeños á anclar en el rio y recoger los productos de los alrededores. Los habitantes yacen en la mas completa ignorancia, y es muy probable que la mayor parte de ellos ni siquiera saben qué significa el nombre de América. ¡Tal es el sitio de donde salió la expedicion para descubrir el Nuevo Mundo!

Almorzamos en un pequeño salon de la hacienda; la mesa estaba cubierta con todo el lujo que podian dar de sí las producciones del país, ricas y doradas ubas moscateles de las próximas viñas, deliciosos melones y vinos generosos. El almuerzo fue amenizado con el festivo genio de mi huésped, que poseia la mas envidiable alegría de alma y sencillez de corazon.

Despues de almorzar tomamos la calesa para ir á visitar el convento de la Rábida, que está como á media legua de distancia: el camino era un terreno profundamente arenoso en medio de viñedos; el calesero se habia devanado los sesos pensando qué motivo podia inducir á un extranjero como yo que viajaba por gusto, á venir desde tan lejos para ver un pueblo tan miserable como Palos, lo peor del mundo segun él calculaba; pero el capricho de andar media legua de arena solo por visitar el convento de la Rábida, acabó de completarle su confusion. ¡Hombre! «exclamó»; si es una ruina! no hay mas que dos frailes! Don Juan se echó á reir y le dijo, que precisamente por ver esa ruina y esos dos frailes habia venido yo desde Sevilla. El calesero hizo lo que todo español de su clase cuando se halla en la mayor perplejidad; se encogió de hombros y se santiguó.

Despues de subir una colina pasamos por la orilla del bosque de pinos y nos encontramos en frente del convento. Está edificado en un lugar agreste y solitario, sobre la punta de una roca, extendiendo sus vistas hacia el lado del Poniente por una vasta extension de tierra y agua que coronan las montañas fronterizas de Portugal como á unas ocho leguas de distancia. Desde las viñas de Palos quitan la vista al convento el bosque de pinos de que he hablado y cubren todo el promontorio por el lado de Levante, oscureciendo el paisaje en esta direccion.

La arquitectura del convento no tiene nada de particular: en parte es gótica, pero á fuerza de recomposiciones y continuos blanqueos, segun costumbre de Andalucía transmitida por los moros, ha perdido el venerable aspecto que debía esperarse de sus años.

Nos apeamos en la puerta á donde, pobre y en pais extranjero llegó Colon á pedir pan y agua para su hijo. Mientras el convento exista, siempre será un objeto capaz de despertar el mas alto interés; la puerta, segun parece, está en el mismo estado que en tiempo de la visita del Almirante; pero no hay portero que responda ni administre lo necesario al viajero. Hallábase completamente abierta y nos facilitó la entrada á un patio interior desde donde pasamos por debajo de un arco gótico á la capilla, sin encontrar alma viviente; despues atravesamos dos claustros interiores igualmente vacios y silenciosos: miramos por una ventana y vimos lo que habia sido jardín, pero que ya no era mas que ruinas; las paredes se habian caido y no quedaban mas signos de cultivo que algunos arbustos y dos malas higueras. Pasamos al través de largas corredores, pero las celdas estaban cerradas y vacías; no habia otras señales de vida que un solitario gato que atravesaba un corredor y que echó á huir asustado en cuanto nos vió. Por fin, despues de haber recorrido casi todo el desamparado local, sin oír mas que el eco de nuestras pisadas, llegamos á la puerta de una celda que estando medio entornada, nos dejó ver dentro un monge, sentado delante de una mesa escribiendo.

Se levantó y nos recibió con la mayor cordialidad, conduciéndonos en seguida á ver al superior que se entretenía leyendo en una celda inmediata; ambos eran bastante jóvenes, y ellos, un novicio y un lego cocinero, formaban toda la comunidad.

Don Juan Fernandez les manifestó el objeto de mi visita, y el deseo que tenía de repasar los archivos del convento para ver si quedaba algun recuerdo de la estancia de Colon. Nos dijeron que los archivos los habian destruido los franceses; sin embargo, el monje mas joven los habia leído y conservaba una vaga idea de varias particularidades relativas al modo de manejarse Colon en Palos, su visita al convento y la salida de la expedición. Por la relación que me hizo comprendí que todos los informes concernientes á este asunto, contenido en el archivo, habian sido ya extractados por Herrera y otros autores conocidos. El fraile era muy hablador y elocuente, y evadiendo el asunto de Colon, habló otro que para él tenía mas importancia; la milagrosa imagen de la Virgen que poseía el convento, conocida bajo la advocación de Nuestra Señora de la Rábida. Nos contó una larga historia del modo milagroso con que la imagen se habia hallado metida en la tierra, donde estuvo escondida por espacio de muchos siglos, desde el tiempo de la conquista de los moros, las disputas del convento con varios pueblos vecinos por su posesión, y la maravillosa protección que dispensaba á toda la comarca, protegiéndola muy particularmente contra el mal de rabia, que antiguamente era muy comun en hombres y perros, con tanto extremo, que dió al país el nombre de la Rábida, con el cual se le conocía; pero gracias á la influencia de la Virgen, ya se habia disipado aquel mal. Tales son las leyendas y referencias con que están enriquecidos los conventos de España, y que los monjes ensalzan con el mayor celo, contando con la ciega credulidad del populacho.

Dos veces al año, durante la festividad de Nuestra Señora de la Rábida y del santo patrono de la orden, se interrumpe la soledad y el silencio del convento por la afluyente multitud de los habitantes de Moguer, Huelva, y de los vecinos montes y llanuras; la explanada delante del edificio se convierte en una feria, y el próximo bosque en un apíñado campamento, celebrándose una solemne procesion en honor de Nuestra Señora.

Mientras el fraile se esmeraba en manifestarnos los méritos y nombradía de la imagen, yo me entretenía en mecer mi imaginación con los sueños que estando despierto me son tan habituales. Lo interior del convento ha ido pasando sin alteracion años y años; figurábame estar en el mismo cuarto habitado por el guardian Juan Perez de Marchena cuando la visita de Colon; la antigua mesa que tenía delante pudo ser la misma en que desplegó sus mapas y espuso su teoría de un camino posible á las indias Occidentales; con solo recoger un poco las ideas veías á su alrededor el pequeño cónclave compuesto del fraile Juan Perez, el médico Garcí-Fernandez y el atrevido marinero Martin Alonso Pinzon, oyenlo atentamente á Colon ó otro viejo marinero de Palos, contar el descubrimiento de las islas que habian visto bácia la parte occidental del Océano.

Los frailes hicieron por complacerme en cuanto se lo permitieron sus pobres medios y escasos conocimientos: nos enseñaron todo el convento, que á la verdad ofrecia apenas que admirar no siendo la parte histórica, la librería se hallaba reducida á unos cuantos volúmenes relativos á asuntos eclesiásticos; teníanlos apíñados en un cuarto abovedado y lleno de polvo, la habitación era curiosa, pues estaba en lo mas antiguo del edificio, y se suponía haber formado parte de un templo en tiempo de los romanos.

Subimos al tejado del convento para admirar las

magníficas vistas que se dominaban desde allí; próximo al promontorio donde está situado, corre un rio bastante profundo, conocido con el nombre de Domingo Rubio, que desagua en el Tinto. Don Luis Fernandez Pinzon es de opinion que los buques de Colon, se carenaron y alistaron en este rio, porque posee mejor guarria que el Tinto y sus orillas tienen mas fondo; una sola barca de pescador se veia en su corriente, y un poco mas lejos en una punta de arena, las ruinas de una torre de vigia. Desde el tejado del convento se distinguian todas las vueltas y revueltas del Odiel y del Tinto, y su confluencia en el rio principal por donde salió Colon al mar. En efecto el convento, por la posición que ocupa, está visible á larga distancia de la tierra para los buques que se acercan á aquellas costas: al lado opuesto vi el solitario camino que atravesaba el bosque de pinos, por el cual el diligente guardian del convento fray Juan Perez, salió á media noche con su mula, cuando vió el campamento de Fernando é Isabel en la vega de Granada, á fin de inclinar el ánimo de la reina en favor del proyecto de Colon.

Concluida nuestra inspeccion del convento, nos preparamos á dejarlo, acompañándonos hasta la puerta para que montáramos; y al verlo uno de los frailes exclamó riéndose: «Santa María! ¿es posible! ¡una calesa delante de la puerta del convento de la Rábida!» y en verdad, es tan solitario este antiguo edificio, y tan sencillo el modo de vivir de los habitantes de aquel rincón de España, que no es extraño cause admiración la vista de una triste calesa. Sorprende que en tan retirado lugar encontrase oídos inteligentes y conductores, el proyecto de Colon, despues de haber sido desechado, escarneado y despreciado por espléndidas córtes y sabias universidades.

De vuelta á la hacienda, encontramos á don Rafael, hijo menor de don Juan Fernandez, gallardo joven de veinte y un años, el cual segun me dijo su padre, estudiaba matemáticas y francés; iba montado en un soberbio caballo, y vestido á la andaluza con chaqueta y calañes, manejando su cabalgadura con singular gracia y maestría. Me gustó mucho el modo franco y familiar con que don Juan trataba á sus hijas; este creo yo que era su favorito, y segun me dijo su padre el único que le acompañaba en sus partidas de caza, pues era tan aficionado como él.

La mujer del capataz nos habia hecho de comer y entrambos parecian sumamente complacidos con la visita de don Juan, porque el buen humor de este señor se comunicaba á todos y contaban siempre con una jocosa respuesta á cualquiera pregunta que les dirigian; nos sirvieron la comida á las dos. Las exquisitas frutas y excelentes vinos eran productos de la hacienda, el resto de las provisiones las habian traído de Moguer, porque el próximo pueblo de Palos no ofrecia nada para el caso; un viento fresco del mar suavizaba el calor de la estación. No recuerdo haber visto un sitio mas ameno que la casa de campo de los Pinzones: su posición en una ventilada colina, á poca distancia del mar en aquellos climas meridionales, ocasiona una dulce temperatura, ni calorosa en verano, ni fria en invierno; tiene magníficas vistas, y está rodeada de todo el esplendente lujo de la naturaleza. El país abunda en caza, el próximo rio suministra la suficiente pesca, y los aficionados á pasearse por las aguas pueden hacer deliciosas escursiones de noche y de dia. Durante la estación de los trabajos agrícolas, especialmente en el tiempo de la vendimia, la familia pasa algun tiempo allí, acompañada de numerosos huéspedes, en cuya época me aseguré don Juan que eran incensantes las diversiones por tierra y agua.

Despues de comer y dormir la siesta, tomamos el camino de Moguer, tocando al paso en Palos; don

Gabriel había ido delante para pedir las llaves de la iglesia y advertir al cura de nuestro deseo de visitar el archivo. El pueblo consiste en dos calles de casas bajas muy blancas; la mayor parte de los habitantes son sumamente morenos, no pudiendo ocultar la mezcla de la sangre africana.

Al entrar en el pueblo nos dirigimos á la humilde casa del cura, y yo tenía la esperanza de hallar un personaje parecido al cura del don Quijote, lleno de instrucción y sagacidad en su limitada esfera, y que podría darme conocimiento de algunas anécdotas concernientes á su parroquia, las cosas dignas de contarse, sus antigüedades y sus acontecimientos históricos; quizá en otro momento hubiera logrado mis deseos; pero desgraciadamente el cura era cazador, y le habían avisado de que había caza en los campos vecinos; le encontramos disponiéndose para salir; era una figura pintoresca. Figúrese V. un hombre grueso y pequeño, que había cambiado las sotanas de cura por la chaqueta y el sombrero calañés, en el acto de montar en un burro, sacado á la puerta por una ajada doncella, temeroso de que le interrumpiesen su caería. Se llegó á mi compañero así que le vió. «Dios guarde á V. señor don Juan! he recibido su recado y no tengo mas respuesta que dar, sino que los archivos fueron destruidos, y aquí no tenemos nada de lo que V. busca; nada, nada. Don Rafael tiene las llaves de la iglesia, puede V. examinarlo como guste. ¡A Dios caballero!» Con estas palabras el listo hombrecillo se montó en su burro, lo arreó con la escopeta y echó á correr por aquellos campos como un desesperado.

Yendo hacia la iglesia pasamos por el lado de las ruinas de una casa, de mejor apariencia que las demás; me dijo don Juan que era una posesion de la familia, pero desde que dejaron á Palos, se había ido arruinando por falta de habitantes; que probablemente había residido en ella la familia de Martin Alonso ó de Vicente Yañez Pinzon, en tiempo de Colon.

Llegamos á la iglesia de San Jorge, en cuyo pórtico Colon proclamó la órden que tenía de los soberanos, para que le suministrasen buques, á fin de emprender su gran viaje de descubierta. Este edificio ha sido últimamente reparado, y como es una fábrica bastante fuerte, promete ser por muchos años un monumento de recuerdo de aquella época; está situado fuera del pueblo en la cumbre de una colina, dando vista á un pequeño valle junto al rio; los restos de un arco morisco, prueban que en su primitiva construccion fue una mezquita; casi á su lado en la cresta de una colina se ven las ruinas de un castillo moro.

Me detuve en el pórtico y traté de representarme la interesante escena que ocurrió en aquel sitio, cuando Colon acompañado del diligente fraile Juan Perez, hizo al notario público leer la real órden en presencia de los asombrados alcaldes, regidores y alguaciles. ¡Qué consternacion debió causar en aquel pequeño pueblo la presencia de un extranjero revestido de absoluta autoridad para disponer de sus personas y buques, llevándoselos á navegar por mares desconocidos en busca de remotas tierras!

El interior de la iglesia no tiene nada de particular sino la imagen de madera de San Jorge, venciendo al dragon, que está en el altar mayor y es la admiracion de los habitantes de Palos, que la sacan en procesion todos los aniversarios del Santo. Este grupo existia en tiempo de Colon, y ahora está en un brillante estado, porque ha sido pintado y decorado de nuevo, dándole la posesion del Santo cierto aire de frescura.

Concluido el exámen de la iglesia, montámos en la acaesura y nos dirigimos á Moguer. Una cosa nos quedaba que hacer para llenar el objeto de mi pere-

grinacion, que era visitar la capilla del convento de Santa Clara. Cuando Colon se vió en inminente peligro de naufragar á su vuelta del gran viaje de descubierta, hizo el voto de velar y orar toda una noche en esta capilla; voto que cumplió así que llegó.

Mi condescendiente amigo don Juan me condujo al convento, que es el mejor de Moguer y pertenece á la órden de religiosos franciscanos; la capilla es grande y está adornada con magnificencia, particularmente la parte mas próxima al altar mayor, embellecida con magníficos monumentos de la ilustre familia de los Portocarreros, antiguos señores de Moguer, famosos en la guerra contra los moros. Las estatuas de alabastro de los distinguidos guerreros de la casa, de sus esposas y hermanas, están colocadas en hilera con las manos juntas, en sepuleros de mármol delante del altar, mientras otras están metidas en profundos nichos á entrambos lados; ya era de noche cuando entré en la capilla, lo que contribuyó á que me causase mas impresion; algunas lámparas esparcian su débil luz en lo interior; reflejando sus rayos en los dorados ornamentos, en los marcos de las pinturas que rodeaban la iglesia, y sobre las figuras de mármol de aquellos personajes que disfrutaban el descanso de la tumba. Aquel solemne conjunto debió presentar el mismo aspecto cuando el devoto descubridor vino á cumplir su promesa arrodillándose al pié de aquel altar, orando y velando toda una noche y dando á Dios las mas humildes gracias por haberle permitido llevar á cabo su grande obra.

Terminado ya el objeto de mi viaje, que era visitar todos los sitios que se enlazaban con la historia de Colon, sirviome de caplacion hallar algunos de ellos casi en el mismo estado que antiguamente, á pesar del tiempo transcurrido; pero en aquella tranquila region de España tan apartada de los caminios principales el transcurso del tiempo produce muy pocos cambios violentos. Nada me gustó ni me admiró mas que la familia de Pinzon. Al otro dia de mi visita á Palos la casualidad me proporcionó inspeccionar el interior de las casas de la poblacion. Teniendo curiosidad por reconocer los restos de un castillo árabe, antigua ciudadela de Moguer, don Juan quiso enseñarme una torre que servia de bodega á un individuo de la familia, y para encontrar la llave tuvimos que recorrer las habitaciones de casi todos los parientes; parecime que vivian en esa dichosa mediania, igualmente distante de la opulencia que de la miseria, y que comunica á los hombres cierto aire de cordial satisfacion; encontramos á las señoras generalmente sentadas en los patios, á la sombra de los toldos y rodeados de macetas con flores y arbustos; está es el gabinete de costura en donde generalmente habitan las damas andaluzas durante el verano, acompañadas de sus doncellas haciendo labor; reminiscencia de las costumbres orientales. Sobre las puertas de las casas ó á su entrada observé los escudos de armas, dados por Carlos V á los Pinzones, unos de mármol, y otros pintados como cuadros y colgados en la pared; recogí algunas anécdotas particulares de la familia, tanto por la conversacion con don Juan, como por los manuscritos que conservaba don Luis; y de todo esto saqué en claro que el largo espacio de tres siglos y medio no había producido cambios considerables entre ellos; de generacion en generacion habían mantenido su bien estar y buena reputacion en toda la comarca, desempeñando siempre cargos de dignidad y ejerciendo grande influencia entre sus conciudadanos, por su buen juicio y rectitud. ¡Cuán raro es ver esta estabilidad de fortuna en un mundo tan variable, y cuánto honran estas consideraciones hereditarias, que no son debidas á títulos honoríficos, sino á virtudes individuales! Le aseguro á V. que los mas ilustres descendientes de personas de alta gerarquía, jamás me inspirarán un

respeto tan sincero y cordial como el que aquella antigua familia han estado inspirando por tres siglos y medio, sin mas recomendacion que la de su honradez.

Como debía emprender mi viaje á Sevilla antes de las doce, hice mi comida de despedida en casa de don Juan á eso de las doce; y dije adios á su familia con un sincero sentimiento; el buen señor, con la mayor política, ó por mejor decir con la cordialidad de un verdadero español, me acompañó hasta la posada. Yo habia gastado muy poco, gracias á la hospitalidad de los Pinzones, y sin embargo, mis huéspedes se manifestaban llenos de orgullo por haber preferido su humilde cuarto y pobre cama á la suntuosa casa

de don Juan, y cuando les di las gracias por lo bien que se habian portado conmigo, y regalé al dueño algunos cigarros, el corazon del pobre hombre re-
hosaba de alegría; me cogió de ambas manos y me bendijo al partir, corriendo luego tras el caletero para encargarle muy particularmente que me cuidase por el camino.

Me despedí cordialmente de mi amigo don Juan, que no cesó de manifestarme las mas sinceras atenciones hasta el último momento; sali en mi vehiculo sumamente complacido del éxito de mi viaje, y lleno de los mas agradecidos sentimientos hacia Moguer y sus hospitalarios habitantes.

MANIFIESTO DE ALONSO DE OJEDA.

LA siguiente fórmula compuesta por ilustres teólogos españoles, se leyó la primera vez en alta voz por los frailes del séquito de Alonso de Ojeda, como preludio para atacar á los salvajes de Cartagena, y fue despues generalmente adaptada por todos los descubridores españoles, cuando invadian el territorio indio.

«Yo, Alonso de Ojeda, servidor de los muy altos y muy poderosos soberanos de Castilla y de León, conquistadores de bárbaros, su mensajero y capitán; os notifico y hago saber, del mejor modo que puedo, que Dios Nuestro Señor, único y eterno creó los cielos y tierra, y el primer hombre y primera mujer, de los cuales vosotros y nosotros descendemos, como así todos los habitantes de la tierra nacidos y por nacer; pero el gran número de generaciones procedentes de ellos en el curso de cinco mil años desde la creacion del mundo, hizo necesario que la raza humana se dispersase en todas direcciones, y se dividieran en reinos y provincias, porque no podian vivir en una sola. Todas estas gentes fueron encargadas por Dios Nuestro Señor á una persona llamada San Pedro, á quien hizo señor de todos los habitantes de la tierra y cabeza de todo el linaje humano; y á quien todos deben obedecer, en cualquier parte que vivan, y sea la que quiera su religion, secta, ó creencia: le dió tambien todo el mundo para su servicio, poniéndolo bajo su jurisdiccion, y aunque deseó que estableciese su silla en Roma, como sitio mas conveniente para gobernar el mundo, le permitió, no obstante, establecerla en otra parte y juzgar y gobernar las naciones, cristianos, moros, judios y gentiles, y cualquiera otra secta ó creencia que exista. Esta persona se llama papa, es decir, admirable, supremo, padre y guardian, porque es el padre y gobernador de todo el género humano. Este santo padre fue obedecido y honrado como señor, rey y superior del universo por todos los que vivian en su tiempo, y del mismo modo han sido honrados y obedecidos todos los que han sido elegidos pontífices, y continuan siéndolo y lo serán mientras el mundo dure.

»Uno de estos pontífices de quienes hemos hablado como señor del mundo, hizo donacion de las islas y continentes de este Océano y todo cuanto comprenden á los reyes católicos de Castilla, que á la sazón eran Fernando é Isabel, de gloriosa memoria, y á sus sucesores, nuestros soberanos, segun lo acreditan ciertos papeles extendidos al efecto (los que puedo manifestaros si quereis). De consiguiente, S. M. es rey y soberano de estas islas y continentes en virtud de dicha donacion, y como rey y soberano, ciertas

islas, y casi todos aquellos á quienes hemos hecho la presente notificacion, han aceptado á S. M. y le han obedecido, servido y sirven actualmente. Ademas como buenos súbditos, de buena voluntad, sin ninguna resistencia ni retardo desde el momento que se les informó de lo antedicho, han obedecido á todos los religiosos que se les han enviado para predicarles y enseñarles nuestra santa fe, y han consentido de su libre voluntad, sin ninguna condicion ni recompensa, el hacerse cristianos, y continuan siéndolo; por lo que S. M. los ha recibido benignamente y ha ordenado que les trate como á sus demás súbditos y vasallos; y á vosotros se os amonesta para que hagais lo mismo. De consiguiente, del mejor modo posible os ruego y os amonesta para que considereis lo que acabo de decir, y os concedo un término racional para que lo comprendais y tomeis la deliberacion conveniente, y para que reconozcais á la Iglesia por soberana y superior del todo el universo; y en su nombre al supremo pontífice llamado papa; y en lugar de este á S. M., como superior y soberano de estas islas y Tierra-Firme, en virtud de la dicha donacion; y que consintais en que estos religiosos padres os instruyan y prediquen de aquí en adelante. Si así lo hiciereis, obrareis bien, porque cumplireis con lo que estais obligados; y S. M., y yo en su nombre, os recibiremos con el debido amor y caridad cristiana, y os dejaremos vuestras mujeres é hijos libres de esclavitud, para que hagais con ellos lo que sea de vuestra voluntad, como los habitantes de las otras islas; ademas de esto, S. M. os dará muchos privilegios y excepciones, y os hará muchos favores. Pero si no haceis nada de lo dicho, ó con mala intencion y rebeldia dilatais el cumplimiento, yo os aseguro que con la proteccion de Dios, invadiré vuestro territorio con mis gentes, y os haré la guerra de todos cuantos modos esté en mi poder, y os subyugaré bajo la obediencia de la Iglesia y de N. S.; os quitaré vuestras mujeres y vuestros hijos; los haré esclavos y venderé como tales, y dispondré de ellos segun el mandado de S. M.; y os quitaré vuestras riquezas, y os haré todo el daño é injuria que pueda, como vasallos desobedientes que no quieren recibir á su soberano y le oponen resistencia. Y protesto que todas las muertes y desastres que ocurran por esta causa, será por culpa vuestra, y no por la de S. M., ni la mia, ni por la de estos caballeros que me acompañan. Y de todo cuanto aquí os he dicho y manifestado, suplico al notario, aquí presente, me dé fe y testimonio.»

FIN.

INDICE.

	Pág.		Pág.
Prólogo	3	CAP. II. Expedición á Coiba.—Vasco Nuñez recibe en rehenes á la hija del cacique.	36
ALONSO DE OJEDA.		CAP. III. Vasco Nuñez oye hablar de un mar al otro lado de los montes.	37
SU PRIMER VIAJE ACOMPAÑADO DE AMÉRICO VESPUTCIO.		CAP. IV. Expedición de Vasco Nuñez en busca del templo de oro de Dobayba.—(Año de 1512).	38
CAPITULO PRIMERO. Noticia acerca de Ojeda.—Juan de la Cosa.—Américo Vespucio.—Preparativos de viaje.—(Año de 1499).	5	CAP. V. Desgracias en el Rio-Negro.—Proyecto de los indios contra Darien.	40
CAP. II. Salida de España.—Llegada á las costas de Parí.—Costumbres de aquellas naciones.	6	CAP. VI. Nuevos disturbios en la Colonia.—Arrogancia de Alonso Perez y del bachiller Corral.	id.
CAP. III. Navegacion por Costa-Firme.—Expedicion militar de Ojeda.	7	CAP. VII. Vasco Nuñez se determina á buscar el mar al otro lado de los montes.—(Año de 1513).	41
CAP. IV. Descubrimiento del golfo de Venezuela.—Sucesos en él.—Ojeda reconoce el golfo.—Penetra en Maracaybo.	id.	CAP. VIII. Expedicion en busca del mar del Sur.	42
CAP. V. Prosigue su viaje.—Vuelta á España.	8	CAP. IX. Descubrimiento del oceano Pacifico.	45
PEDRO NIÑO Y CRISTOBAL GUERRA.		CAP. X. Vasco Nuñez se dirige á las playas del mar del Sur.	44
Año de 1499.	9	CAP. XI. Aventuras de Vasco Nuñez á orillas del oceano Pacifico.	45
VICENTE YAÑEZ PINZON.		CAP. XII. Nuevas aventuras y proezas de Vasco Nuñez en las playas del oceano Pacifico.	47
Año de 1499.	10	CAP. XIII. Vasco Nuñez verifica su retorno al través de las montañas.—Sus controversias con los salvajes.	id.
DIEGO DE LEPE Y RODRIGO DE BASTIDES.		CAP. XIV. Empresa contra Tubanamá, belicoso cacique de las montañas.—Vuelta á Darien.	48
Año de 1500.	13	CAP. XV. Sucesos de España.—Pedrarias Dávila nombrado gobernador de Darien.—Noticias recibidas en España del descubrimiento del oceano Pacifico.	49
ALONSO DE OJEDA.		CAP. XVI. Grande entrada de Pedrarias en Darien.	51
SEGUNDO VIAJE.		CAP. XVII. Pértida conducta de Pedrarias con Vasco Nuñez.	52
Año de 1502.	14	CAP. XVIII. Calamidades de los caballeros españoles en Darien.	55
ALONSO DE OJEDA.		CAP. XIX. Inútil expedicion de Pedrarias.	id.
TERCER VIAJE.		CAP. XX. Segunda expedicion de Vasco Nuñez en busca del templo de oro de Dobayba.	54
CAPITULO PRIMERO. Ojeda suplica que se le dé un mando.—Es su rival Diego Nicuesa.—Sus progresos.—(Año de 1509).	16	CAP. XXI. Cartas del rey en favor de Vasco Nuñez.—Llegada de Garabito.—Prision de Vasco Nuñez.—(Año de 1513).	55
CAP. II. Disputa entre los gobernadores rivales Ojeda y Nicuesa.—Dueto.	17	CAP. XXII. Expedicion de Morales y Pizarro á las costas del mar Pacifico.—Su visita á las islas de las Perlas.—Su vuelta desastrosa por entre los montes.	id.
CAP. III. Proezas y desastres de Ojeda en la costa de Cartagena.—Muerte del veterano Juan de la Cosa.	18	CAP. XXIII. Empresa desgraciada de los oficiales de Pedrarias.—Tratados matrimoniales entre el gobernador y Vasco Nuñez.	58
CAP. IV. Llegada de Nicuesa.—Venganza que tomó de los indios.	19	CAP. XXIV. Vasco Nuñez transporta los buques por los montes al oceano Pacifico.	id.
CAP. V. Ojeda funda la colonia de San Sebastian.—Es sitiada por los indios.	21	CAP. XXV. Crucero de Vasco Nuñez en el mar del Sur.—Noticias de Acia.	59
CAP. VI. Suponen los salvajes que Ojeda está invulnerable.—Prueba que hacen para cerciorarse de ello.	22	CAP. XXVI. Expedicion de Garabito en busca de noticias.—Estratagemas de Pedrarias para engañar á Vasco Nuñez.	60
CAP. VII. Llegada de un buque forastero á San Sebastian.	id.	CAP. XXVII. Vasco Nuñez ó el Astrólogo.—Su vuelta á Acia.	id.
CAP. VIII. Facciones en la Colonia.—Convenio.	23	CAP. XXVIII. Causa de Vasco Nuñez.	61
CAP. IX. Viaje desastroso de Ojeda en el barco pirata.	id.	CAP. XXIX. Ejecucion de Vasco Nuñez.—(Año de 1517).	62
CAP. X. Penosa marcha de Ojeda y sus compañeros á través de las marismas de Cuba.	24	AVENTURAS DE VALDIVIA Y SUS COMPAÑEROS.	
CAP. XI. Ojeda cumple su voto á la Virgen.	id.	Años de 1512 y 1519.	65
CAP. XII. Llegada de Ojeda á Jamaica.—Cómo lo recibe Juan de Esquivel.	25	MICER CODRO, EL ASTROLOGO.	66
CAP. XIII. Llegada de Ojeda á Santo Domingo.—Conclusion de su historia.	26	JUAN PONCE DE LEON.	
DIEGO DE NICUESA.		CONQUISTADOR DE PUERTO-RICO Y DESCUBRIDOR DE FLORIDA.	LA
CAPITULO PRIMERO. Nicuesa se hace á la vela hácia el Occidente.—Su naufragio y subsiguientes desastres.	27	CAPITULO PRIMERO. Expedicion de Juan Ponce de Leon para explorar la isla de Boriquen.—(Año de 1508).	67
CAP. II. Nicuesa y su gente en una isla desierta.	id.	CAP. II. Juan Ponce de Leon aspira al gobierno de Puerto-Rico.—(Año de 1509).	id.
CAP. III. Llegada de un bote.—Conducta de Lope de Olano.	28	CAP. III. Juan Ponce gobierna con mano fuerte.—Exasperacion de los indios.—Pruebas que hacen para asegurarse si los españoles son mortales.	68
CAP. IV. Nicuesa se reune con su gente.	id.	CAP. IV. Conspiracion de los caciques.—Muerte de Sotomayor.	id.
CAP. V. Trabajos de Nicuesa y su gente en la costa del Istmo.—(Año de 1510).	29	CAP. V. Guerra de Juan Ponce con el cacique Agueybaná.	70
CAP. VI. Expedicion del bachiller Enciso en busca del gobierno de Ojeda.	id.	CAP. VI. Juan Ponce de Leon oye hablar de un admirable pais y de una fuente milagrosa.	71
CAP. VII. Le dan al Bachiller malas noticias de su jurisdiccion.	30	CAP. VII. Expedicion de Juan Ponce de Leon en busca de la fuente de la Juventud.—(Año de 1512).	72
CAP. VIII. Cruzada del bachiller Enciso contra los sepulcros de Zenu.	31	CAP. VIII. Expedicion de Juan Ponce contra los caribes.—Su muerte.	73
CAP. IX. Llegada del Bachiller á San Sebastian.—Sus desastres allí.—Proezas en el Darien.	id.	APENDICE.	
CAP. X. El bachiller Enciso toma el mando.—Su caída.	32	Una visita á Palos.	74
CAP. XI. Dudas en la colonia.—Llegada de Colmenares.	id.	Manifiesto de Alonso de Ojeda.	79
CAP. XII. Colmenares va en busca de Nicuesa.	33		
CAP. XIII. Catástrofe del desgraciado Nicuesa.—(Año de 1511).	34		
VASCO NUÑEZ DE BALBOA.			
DESCUBRIMIENTO DEL OCEANO PACIFICO.			
CAPITULO PRIMERO. Partidos en Darien.—Vasco Nuñez elevado al mando.—(Año de 1511).	35		